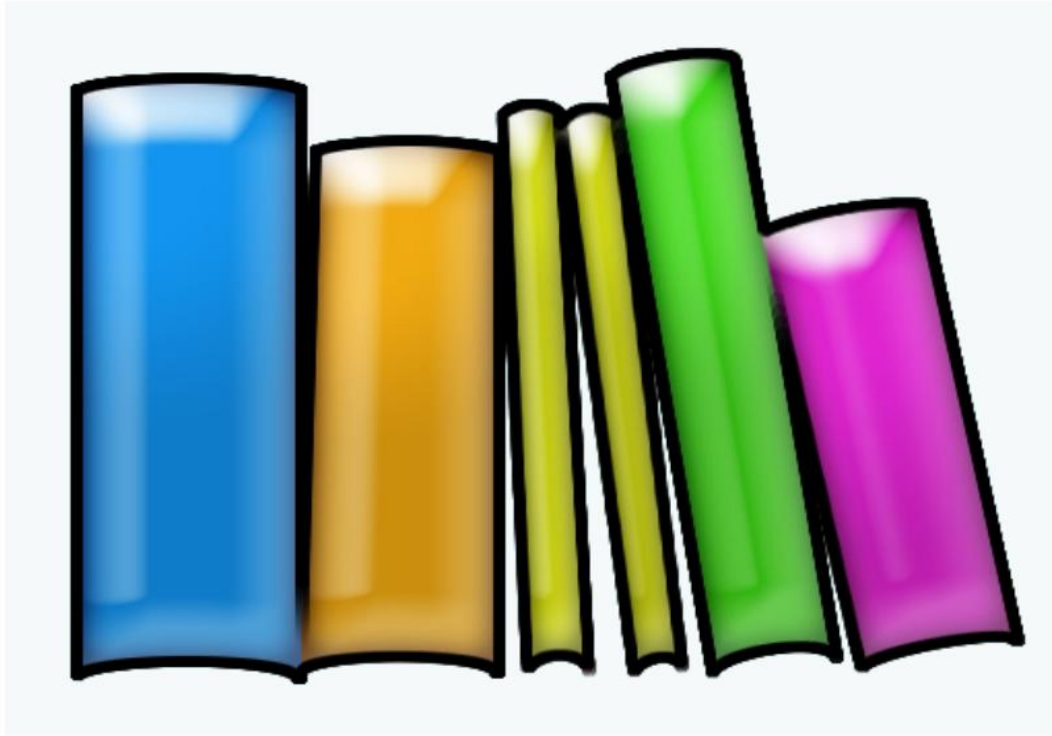


Escrito en las Estrellas



Sheldon, Sydney

Produced by calibre 0.6.13

OceanofPDF.com

Sydney Sheldon

Escrito en las Estrellas

OceanofPDF.com

Top Emecé

Escrito en las estrellas

Sheldon, Sydney

Emecé editores España, S.A.

Enrique Granados, 63 -08008 Barcelona- Tel 454 1072

Título original: *The Stars Shine Down*

Traducido por: Edith Zilli

ISBN 84-7888-250-2 22065

Copyright 1992 by Sydney Sheldon

Emecé Editores, 1996

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Lara Cameron es una empresaria moderna y visionaria que ha trabajado sin pausa para alcanzar el éxito y el poder. Desde el oscuro pasado que trata de ocultar, al presente de renombre y fortuna, el ascenso de Lara se explica por

su natural habilidad para elegir a quienes la ayudan a realizar sus ambiciones. Sin embargo, hay quien planea una venganza que puede costarle su reputación y el control del imperio que ha llevado toda una vida construir.

Verdadero maestro de la literatura de entretenimiento, **Sidney Sheldon** ha sido también guionista, director y productor de cine y TV. Ha ganado un Oscar, un Emma, un Tony y el prestigioso Premio Edgar Allan Poe.

Agradecimientos

Tengo una deuda de gratitud con quienes fueron generosos con su tiempo y experiencia.

Larry Russo, que me guió por el arcano laberinto de los más grandes apostadores: los constructores de inmuebles.

Los genios musicales que me invitaron a entrara en su mundo privado: Mona Gollabeck, John Lill, Zubin Mehta, Dudley Moore, André Previn y los administradores de los bienes de Leonard Bernstein.

También deseo expresar mi agradecimiento a los habitantes de Glace Bay por su cálida hospitalidad. Confío en que sabrán perdonarme las pocas licencias dramáticas que consideré necesario tomarme.

Cualquier pericia que pueda contener este libro pertenece a los nombrados. Cualquier error es mío.

El autor

Dedicado a Morton Janklow, un hombre para todo momento.

Capítulo Uno

Jueves, 10 de septiembre de 1992

OceanofPDF.com

20:00

El 727 se perdía en un mar de cúmulos que sacudían el avión como si fuera una gigantesca pluma plateada. Por el altavoz se oyó la voz preocupada del piloto.

—¿Tiene ajustado el cinturón de seguridad, señora Cameron?

No hubo respuesta.

—Señora Cameron... Señora Cameron...

Ella salió bruscamente de una profunda ensoñación.

—Sí. — Sus pensamientos habían derivado hacia épocas y lugares más felices.

—¿Se siente bien? Creo que pronto saldremos de esta tormenta.

—Estoy bien, Roger.

Tal vez tengamos la suerte de estrellarnos, pensó Lara Cameron. Sería un final adecuado. En algún momento, de algún modo, todo había empezado a ir mal. Es el destino, pensó Lara. Contra el destino no se puede. En el último año su vida había tomado un giro disparatado, fuera de control. Corría peligro de perderlo todo. Al menos ya no hay nada que pueda salir mal, pensó, irónica.

Se abrió la puerta delantera y el piloto entró en la cabina. Por un momento se detuvo a admirar a su pasajera. La mujer era hermosa, con un pelo negro y brillante recogido en un moño, el cutis impecable y unos ojos inteligentes y grises como los de un gato. Apenas el avión despegó de Reno, se había

cambiado la ropa por un vestido blanco de Scaasi, que dejaba los hombros al descubierto y acentuaba su esbelta y seductora figura.

Le rodeaba el cuello un collar de diamantes y rubíes. *¿Cómo puede mantener esa calma cuando el mundo se derrumba a su alrededor?* se preguntó el hombre. Durante todo el mes anterior los periódicos la habían estado atacando sin misericordia.

—¿El teléfono sigue sin funcionar, Roger?

—Temo que sí, señora Cameron. Hay mucha interferencia debido a la tormenta. Llegaremos a La Guardia con una hora de retraso. Lo siento.

Voy a llegar tarde a mi propia fiesta de cumpleaños, pensó Lara. Allí estará todo el mundo. Doscientos invitados, incluido el vicepresidente de Estados Unidos, el gobernador de Nueva York, el alcalde, celebridades de Hollywood, atletas famosos y financieros de cinco o seis países. Ella misma había aprobado la lista de invitados.

Imaginó el gran salón de baile del Cameron Plaza, donde se realizaba la fiesta. Del techo colgarían arañas de cristal, que reflejarían prismas de luz con deslumbrante fulgor de diamantes. Habría cubiertos para doscientos invitados en veinte mesas, cada una de las cuales luciría la mantelería más fina, porcelana, plata y cristalería, y en el centro habría un adorno floral de orquídeas y crisantemos blancos.

En cada extremo del gran salón habría un servicio de bar. En el centro, una larga mesa de platos fríos, con un cisne tallado en hielo; a su alrededor, caviar Beluga, camarones, langostas y cangrejos, mientras el champaña se

enfriaba en cubos de hielo. En la cocina esperaba una tarta de cumpleaños de diez pisos. A esas horas camareros, jefes de personal y guardias de seguridad estarían en sus puestos.

En el estrado del salón, la orquesta se prepararía para tentar a los invitados a pasar la noche bailando, como celebración de su cuadragésimo cumpleaños. Todo estaría listo.

La cena iba a ser deliciosa. Ella misma había elegido el menú. Para comenzar, paté de foie gras, seguido de sopa de crema de setas, filetes a la John Dory y el plato principal: cordero con romero y suflé de manzana, guisantes y ensalada con aceite de avellanas. Después, quesos y uvas seguidos por la tarta de cumpleaños y café.

Sería una fiesta espectacular. Ella mantendría la cabeza en alto, afrontando a sus invitados como si no ocurriera nada malo. Era Lara Cameron.

OceanofPDF.com

Cuando por fin el avión privado aterrizó en La Guardia, llevaba un retraso de una hora y media. Lara se volvió hacia el piloto.

–Esta misma noche volveremos a Reno, Roger.

–Aquí estaré, señora Cameron.

En la rampa la esperaban su limusina y su chofer.

–Empezaba a preocuparme por usted, señora Cameron.

–Hemos tenido mal tiempo, Max. Vamos al Plaza lo más rápido posible.

–Sí, señora.

Lara cogió el teléfono del coche y marcó el número de Jerry Townsend, quien se había encargado de organizar la fiesta. Quería asegurarse de que sus invitados estuvieran bien atendidos. No hubo respuesta. *Probablemente está en el salón de baile*, pensó.

–Dése prisa, Max.

–Sí, señora.

Al ver el enorme Cameron Plaza Hotel, Lara nunca dejaba de experimentar un sentimiento de satisfacción por lo que había creado, pero esa noche tenía demasiada prisa como para pensar en eso. Todo el mundo la estaría esperando en el gran salón de baile.

Transpuso la puerta giratoria y cruzó apresuradamente el espectacular

vestíbulo. Carlos, el subgerente, acudió corriendo.

—Señora Cameron...

—Más tarde -replicó Lara. Siguió caminando. Al llegar a la puerta cerrada del gran salón de baile, se detuvo para aspirar profundamente. *Ya estoy lista para enfrentarme a ellos*, pensó, y abrió la puerta de par en par, con una sonrisa en la cara. La sorpresa la inmovilizó. El salón se encontraba completamente a oscuras. ¿Estarían planeando alguna sorpresa? Alargó la mano hacia el interruptor, que estaba detrás de la puerta. El enorme salón se inundó de luz incandescente. Allí no había nadie. Ni una sola persona. Lara se quedó estupefacta.

¿Qué diantres podía haber ocurrido con los doscientos invitados? Estaban citados a las ocho. Ya eran casi las diez. ¿Cómo podía haber desaparecido tanta gente? Era un misterio. Paseó la vista por el enorme salón desierto y se estremeció. El año anterior, en su fiesta de cumpleaños, ese mismo salón se había llenado de amigos, de música y risas. Recordaba tan bien ese día...

Capítulo Dos

Un año antes, los compromisos de Lara Cameron para ese día habían sido los de rutina.

10 de septiembre de 1991

5:00 Ejercicios con preparador físico.

7:00 Presentación en *Buenos días, América*.

7:45 Reunión con banqueros japoneses.

9:30 Jerry Townsend.

10:30 Comisión Planificadora.

11:00 Faxes. Llamadas al exterior. Correspondencia.

11:30 Reunión de construcción.

12:30 Reunión con SL.

13:00 Almuerzo. Entrevista revista *Fortune*. Hugh Thompson.

14:30 Banqueros del Metropolitan Union.

16:00 Comisión de Urbanismo.

17:00 Reunión con alcalde. Gracie Mansion.

18:15 Reunión arquitectos.

18:30 Comisión de Vivienda.

19:30 Cóctel con grupo inversor Dallas.

20:00 Fiesta cumpleaños en gran salón Cameron Plaza.

Cuando llegó Ken, su instructor, ella estaba esperándolo con impaciencia, vestida con su equipo de gimnasia.

–Llega tarde.

–Lo siento, señora Cameron. Mi despertador no sonó y...

–Hoy tengo mucho que hacer. Comencemos.

–Bien.

Hicieron ejercicios de estiramiento durante media hora: después pasaron a los enérgicos aeróbicos.

Tiene el cuerpo de una muchacha de veinte años, pensó Ken. De buena gana me la llevaría a la cama. Le gustaba ir allí todas las mañanas sólo para mirarla y estar cerca de ella. La gente siempre le preguntaba cómo era Lara Cameron. Él respondía: «Perfecta».

Lara practicó la agotadora gimnasia con facilidad, pero esa mañana no estaba concentrada.

Por fin, al terminar la sesión, Ken dijo:

–Voy a verla en *Buenos días, América*.

–¿Qué? – Por un momento Lara se había olvidado del programa televisivo. Estaba pensando en la reunión con los banqueros japoneses.

–Hasta mañana, señora Cameron.

–No vuelva a retrasarse, Ken.

Lara se dio una ducha, se cambió y desayunó sola en la terraza del apartamento: pomelo, cereales y té verde. Al terminar pasó a su estudio y llamó a su secretaria.

–Haré las llamadas al exterior desde la oficina -dijo-. A las siete debo estar en el canal de ABC. Que Max traiga el coche.

Su presentación en *Buenos días, América* salió bien: Fue Joan Lunden quien se encargó de la entrevista, con la amabilidad de siempre.

La última vez que estuvo usted en este programa -dijo Joan Lunden-, acababa de poner la primera piedra del rascacielos más alto del mundo. Eso fue hace casi tres años.

Lara asintió.

–En efecto. El edificio Torres Cameron quedará terminado el año próximo.

–¿Qué se siente al estar en su situación, después de haber hecho tantas cosas increíbles, siendo todavía tan joven y hermosa? Usted es un modelo para muchas mujeres.

–¡Qué halago! – replicó Lara con una sonrisa-. No tengo tiempo para considerarme modelo de nada. Estoy demasiado ocupada.

–Usted ha tenido uno de los mayores éxitos en el negocio de la construcción, que habitualmente se considera dominio de los hombres. ¿Cómo trabaja? ¿Cómo decide, por ejemplo, dónde levantar un edificio?

–Yo no elijo el lugar -respondió Lara-. El lugar me elige a mí. A veces paso en automóvil por un solar vacío... pero no es eso lo que veo, sino un hermoso edificio de oficinas o un encantador bloque de apartamentos lleno de gente que vive cómodamente en una atmósfera agradable. Sueño.

–Y hace que esos sueños se tornen realidad. Volvemos después de una pausa publicitaria.

Los banqueros japoneses harían acto de presencia a las 7:45. habían llegado de Tokio la noche anterior. Lara había concertado la entrevista a primera hora de la mañana a fin de que aún estuvieran afectados por las doce horas y diez minutos de vuelo y le consiguiente jet-lag. Cuando ellos protestaron, les dijo:

–Lo siento mucho, señores, pero temo que es mi único horario disponible. Inmediatamente después de nuestra entrevista parto hacia América del Sur.

Y ellos aceptaron, a regañadientes. Eran cuatro, diminutos y corteses, de

mente tan afilada como las espadas de los samurai. Una década antes, la comunidad financiera subestimaba insensatamente a los japoneses. Ya no se cometía ese error.

La reunión se llevó a cabo en el Centro Cameron de la Sexta Avenida. Los banqueros tenían la intención de invertir cien millones de dólares en un nuevo complejo hotelero que Lara estaba construyendo. Se los hizo pasar a la gran sala de conferencias. Cada uno de ellos traía un regalo. Lara les dio las gracias y a su vez les entregó un obsequio a cada uno. Había indicado a su secretaria que fuesen envueltos en sencillo papel marrón o gris.

OceanofPDF.com

Para los japoneses, le blanco representaba la muerte y las envolturas vistosas eran inaceptables.

Tricia, su secretaria, trajo té para los japoneses y café para Lara. Los japoneses también habrían preferido café, pero eran demasiado corteses como para decirlo. Cando acabaron el té, Lara hizo que se llenasen otra vez las tazas.

Howard Keller, el socio de Lara, entró en la sala. Era un cincuentón pálido y delgado, de pelo pajizo; vestía un traje arrugado siempre se las ingeniaba para dar la impresión de que acababa de levantarse. Lara hizo las presentaciones. Keller repartió copias de la propuesta de inversiones.

—Como ustedes verán, caballeros -dijo Lara, ya tenemos una primera hipoteca. El complejo contendrá setecientas veinte unidades de alojamiento, aproximadamente veintiocho mil metros cuadrados de espacio para reuniones y un aparcamiento de novecientos treinta...

Su voz se estaba cargando de energía. Los banqueros japoneses estudiaban la propuesta de inversión, esforzándose por mantenerse despiertos.

La reunión terminó en menos de dos horas y fue un éxito completo. Lara sabía, desde hacia mucho, que era más fácil cerrar un contrato por cien millones de dólares que conseguir prestados cincuenta mil.

En cuanto se hubo marchado la delegación japonesa, Lara hizo pasar a Jerry Townsend. Ese hombre alto, hiperactivo, era un ex publicitario de Hollywood y estaba a cargo de las relaciones públicas de Cameron Enterprises.

—Estupenda la entrevista de esta mañana en *Buenos días, América*. He recibido muchas llamadas.

—¿Qué se sabe de *Forbes*?

—Todo arreglado. La semana que viene *People* la sacará en su portada. ¿Ha visto el artículo que ha publicado el *New Yorker* sobre usted? ¿No es magnífico?

Lara se acercó a su escritorio.

—No está mal.

—La entrevista con *Fortune* está acordada para esta tarde.

—La he cambiado.

Jerry Townsend puso cara de sorpresa.

—¿Por qué?

—He invitado al periodista a almorzar aquí.

—¿Para ablandarlo un poquito?

Lara puso el botón del intercomunicador.

—Ven, Kathy.

Una voz dijo:

–Sí, señora Cameron.

Lara alzó la mirada.

–Eso es todo Jerry. Quiero que usted y su personal se concentren en el Torres Cameron.

–Ya lo estamos haciendo...

–Hagamos más. Quiero que se escriba sobre ellas en todos los periódicos. Por el amor de Dios, va a ser el edificio más alto del mundo. ¡Qué mundo! Quiero que la gente hable de eso. Que cuando lo inauguramos la gente implore por comprar esos apartamentos y esos locales.

Jerry Townsend se puso de pie.

–De acuerdo.

Kathy, la secretaria ejecutiva de Lara, entró en la oficina. Era una mujer atractiva, de unos treinta y dos años, pulcramente vestida de negro.

–¿Has averiguado qué le gusta comer?

–El hombre es un gourmet. Le gusta la comida francesa. Llamé a Le Cirque y le pedí a Sirio que nos enviara un almuerzo para dos.

–Bien. Almorzaremos en mi comedor privado.

–¿Sabe usted cuánto tiempo le llevará la entrevista? Porque a las dos y media debe reunirse en el centro con los banqueros del Metropolitan.

–Posterga eso para las tres y haz que vengan ellos aquí.

Kathy tomó nota.

—¿Le leo los mensajes?

Adelante.

—La Fundación para la Infancia quiere que sea usted la invitada de honor el día veintiocho.

—No. Diles que me siento muy halagada. Envíales un cheque.

—El martes, en Tulsa, tiene una reunión con...

OceanofPDF.com

–Cancélala.

El próximo viernes está invitada a almorzar con cierto Grupo de Mujeres de Manhattan.

–No. Si piden dinero, envíales un cheque.

–La Coalición para la Alfabetización quiere que usted hable en un almuerzo que ofrece el día cuatro.

–Trata de hacerme tiempo.

–Hay una invitación especial a una función benéfica para la distrofia muscular, pero en esa fecha usted estará en San Francisco.

–Envíales un cheque.

–El sábado próximo los Srb dan una fiesta.

Trataré de ir -dijo Lara. Kristian y Deborah Srb eran divertidos y buenos amigos; con ellos lo pasaba bien.

Dime, Kathy, ¿cuántas Lara Cameron ves aquí?

¿Cómo?

Mira bien.

–Una, señora Cameron.

—En efecto. Soy sólo una. ¿Cómo pretendías que me reuniera con los banqueros del Metropolitan a las dos y media, con el alcalde a las cinco, con la Comisión de Vivienda a las seis y media, que fuera a un cóctel a las siete y media y a mi cena de cumpleaños a las ocho? La próxima vez que te ocupes de mi agenda trata de usar la cabeza.

—Disculpe. Usted quería que...

—Yo quería que pensaras. No necesito ineptos a mi alrededor. Reorganiza las citas con los arquitectos y la Comisión de Vivienda.

—Bien -dijo Kathy, turbada.

—¿Cómo está el bebé?

La pregunta tomó a la secretaria por sorpresa.

—¿David? Está... está bien.

—Ya ha de estar crecido.

—Tiene casi dos años.

—¿Has pensado en buscarle escuela?

—Todavía no. Es demasiado pronto para...

—Te equivocas. En Nueva York, si quieres enviar a tu hijo a una escuela decente, debes comenzar a buscarla antes de que nazca.

–Lara anotó algo en su bloc-. Conozco al director de Dalton. Haré que inscriban a David allí.

–Yo... gracias, señora.

Lara no se molestó en levantar la vista.

–Eso es todo.

–Sí, señora.

Kathy salió de la oficina sin saber si amar u odiar a su jefa. Al ingresar en Cameron Enterprises la habían prevenido contra Lara Cameron. «La Mariposa de Hierro es una apisonadora», le habían dicho. «Sus secretarias no calculan la duración de su empleo por el calendario sino por el cronómetro. Te va a comer viva.»

Kathy recordaba su primera entrevista. Aunque había visto fotos de Lara Cameron en cinco o seis revistas, ninguna de ellas le hacía justicia. En persona era de una belleza deslumbrante.

Lara Cameron había estado leyendo sus antecedentes. Levantó la vista y le indicó:

Siéntese, Kathy. – Su voz era sensual y vibrante. Había en ella mi energía casi sobrecogedora-. Su currículum es muy bueno.

–Gracias.

–¿Cuánto de esto es verdad?

–¿Cómo dice?

–Casi todos los que llegan a mi escritorio son pura ficción. ¿Es eficiente?

–Soy muy eficiente, señora Cameron.

–Dos de mis secretarias acaban de renunciar. Aquí el trabajo se está acumulando. ¿Puede trabajar bajo presión?

–Creo que sí.

–Esto no es un juego de adivinanzas. ¿Puede trabajar bajo presión o no?

En ese momento Kathy no estaba segura de desear el empleo.

–Sí.

–Bien. La tomo a prueba por una semana. Tendrá que firmar un formulario comprometiéndose a no hablar nunca de mí ni de su trabajo en Cameron Enterprises. Es decir: nada de entrevistas, de libros ni de nada. Todo lo que ocurre aquí es confidencial.

–Comprendo.

–Bien.

OceanofPDF.com

Así había comenzado todo, cinco años atrás. En ese tiempo Kathy aprendió a amar, odiar, admirar y despreciar a su jefa. En un principio, su esposo le había preguntado:

—¿Cómo es la legendaria Cameron?

La pregunta era difícil de responder.

—Colosal -había dicho Kathy-. De una hermosura que mata. Nunca he visto a nadie trabajar tanto. Sólo Dios sabe cuándo duerme. Y es tan perfeccionista que todos a su alrededor se sienten fatal. A su modo, es un genio. Puede mostrarse mezquina, vengativa e increíblemente generosa.

Su esposo sonrió.

—En otras palabras, es una mujer -dijo.

Kathy lo miró sin sonreír.

—No sé qué es. A veces me asusta.

—Vamos, tesoro, ¿no crees que exageras?

—No. Francamente, creo que si alguien se interpusiera en el camino de Lara Cameron, ella lo mataría.

Al terminar con los faxes y las llamadas de ultramar, Lara llamó a Charlie Hunter por el intercomunicador.

—Venga, Charlie.

—Sí, señora Cameron.

Entró en su oficina un minuto después; era un joven ambicioso, a cargo de la contabilidad.

—¿Sí, señora Cameron?

—Esta mañana he leído la entrevista que le concedió al *New Cork Times*.

La cara del hombre se iluminó.

—Todavía no la he visto. ¿Cómo salió?

—En ella habla usted de Cameron Enterprises y de algunos problemas que tenemos.

Él frunció el entrecejo.

—Bueno, probablemente ese periodista alteró algunas de mis...

—Está despedido.

—¿Yo? ¿Por qué? Si...

—Cuando fue contratado, firmó un documento comprometiéndose a no conceder entrevistas. Desocupe su oficina antes de mediodía.

—Pero... no puede hacer eso. ¿Quién ocupará mi puesto?

–Eso ya está arreglado -respondió Lara.

El almuerzo llegaba a su fin. Hugh Thompson, el periodista de *Fortune*, era un hombre nervioso, de aspecto intelectual y penetrantes ojos castaños detrás de unas gafas de montura negra.

–Ha sido un almuerzo delicioso -dijo-. Todos mis platos favoritos. Gracias.

–Me alegro de que lo haya disfrutado.

–No tenía por qué tomarse tantas molestias por mí.

–No ha sido ninguna molestia -sonrió Lara-.

Mi padre siempre decía que al corazón del hombre se llega por el estómago.

–¿Y usted quería llegar a mi corazón antes de iniciar la entrevista?

Lara sonrió.

–Exactamente.

–¿Hasta qué punto está su empresa en dificultades?

A Lara se le borró la sonrisa.

–¿Cómo dice?

–Señora Cameron, una cosa así no puede mantenerse en secreto por mucho tiempo. La calle comenta que algunas de sus propiedades están al borde del colapso, debido a los pagos de capital vencidos sobre sus bonos basura. Usted ha hecho muchas operaciones de especulación; como el mercado está deprimido, Cameron Enterprises debe de encontrarse en dificultades.

Lara se echó a reír.

—¿Eso es lo que se comenta en la calle? Créame, señor Thompson, haría bien en no prestar atención a esos rumores. Le propongo algo: le enviaré un resumen del estado de mis finanzas para aclarar la situación. ¿Le parece justo?

—Me parece justo. A propósito, no he visto a su esposo en la inauguración del nuevo hotel.

Lara suspiró.

—Philip tenía muchos deseos de ir, pero desgraciadamente tuve que ausentarse debido a una gira.

—Hace unos tres años fui a un concierto suyo. Es brillante, ¿Cuánto tiempo llevan casados?

OceanofPDF.com

–Un año... el más feliz de mi vida. Soy una mujer muy afortunada. Viajo mucho y Philip también, pero puedo escuchar sus grabaciones dondequiera que esté.

Thompson sonrió.

–Y él puede ver los edificios de Cameron Enterprises donde quiera que esté.

Lara se echó a reír.

–Me halaga usted.

–¿Acaso no es cierto? Usted ha levantado edificios en todo este país. Posee edificios de apartamentos, bloques de oficinas, una cadena de hoteles...
¿Cómo lo ha hecho?

Ella sonrió.

–Con espejos.

–Es usted una verdadera incógnita.

–¿De veras? ¿Por qué?

–En este momento se podría decir que tiene la empresa constructora más exitosa de Nueva York. Su nombre está grabado en la mitad de los edificios de esta ciudad. Está levantando el rascacielos más alto del mundo. Sus competidores la llaman la Mariposa de Hierro. Ha triunfado en un negocio tradicionalmente dominado por los hombres.

—¿Le molesta eso, señor Thompson?

—No. Lo que me molesta, señora Cameron, es no poder adivinar quién es usted. Si interrogo a dos personas sobre usted, obtengo tres opiniones. Todo el mundo concuerda en que es una empresaria brillante. No puede haber triunfado así sin más, de la noche a la mañana. Conozco bastante el negocio de la construcción; está en mano de hombres rudos y toscos. ¿Cómo hace una mujer como usted para mantenerlos a raya?

Ella sonrió.

—Porque no hay mujeres como yo. Verá usted, señor Thompson, me limito a contratar a los mejores y a pagarles bien.

Demasiado simple, pensó él. Demasiado. La verdad debo buscarla en lo que no me dice. Y decidió cambiar el rumbo de la entrevista.

—Todos los periódicos del país han escrito sobre sus éxitos. A mí me gustaría poner una nota más personal. Se ha hablado muy poco de su pasado.

—Estoy muy orgullosa de él.

—Bien, hablemos de eso. ¿Cómo empezó usted a interesarse por los bienes raíces?

Lara sonrió. El periodista notó que la sonrisa era sincera. De pronto parecía una niña.

—Por los genes.

—¿Sus genes?

—Los de mi padre. — Señaló un retrato colgado en la pared, detrás de ella. Mostraba a un hombre apuesto, de melena plateada-. Ése es mi padre: James Hugh Cameron -dijo, con voz suave-. Es responsable de mi éxito. Soy hija única. Mi madre murió cuando era muy pequeña; fue mi padre quien me crió. Mi familia emigró de Escocia hace mucho tiempo, señor Thompson, para llegar a Nueva Escocia, Canadá... a Glace Bay.

—¿Glace Bay?

Es una aldea pesquera, en la parte nordeste del cabo Bretón, en la costa atlántica. Recibió su nombre de los primeros exploradores franceses; significa «bahía de hielo». ¿Más café?

—No, gracias.

—En Escocia, mi abuelo poseía una gran extensión de tierras, y mi padre adquirió todavía más. Era un hombre muy rico. Aún conservamos nuestro castillo de Loch Morlich. Cuando yo tenía ocho años montaba mi propio caballo, me compraban los vestidos en Londres y vivíamos en una casa enorme, con muchos criados. Para una niñita eso era como vivir un cuento de hadas. — En su voz vibraban los ecos de viejos recuerdos-. En invierno hacíamos patinaje sobre hielo o íbamos a los partidos de hockey; en verano nadábamos en el gran lago de Glace Bay. También había bailes en el Fórum y en los Jardines Venecianos.

El periodista tomaba notas afanosamente.

—Mi padre levantó edificios en Edmonton, Calgary y Notario -continuó ella- Para él los bienes raíces eran como un juego; le encantaban. Me enseñó ese juego siendo yo muy joven. Y aprendí a disfrutarlo. — Su voz se llenó de pasión-. Debe usted comprender algo, señor Thompson. Lo que hago no tiene nada que ver con el dinero ni con los ladrillos y el acero que componen un edificio. Lo que importa es la gente. Yo puedo darles un sitio

c3modo para trabajar o vivir, un sitio donde puedan criar a sus hijos y llevar una vida decente.

OceanofPDF.com

Eso era lo importante para mi padre y pasó a ser importante para mí.

Hugh Thompson levantó la vista.

—¿Recuerda su primera operación inmobiliaria?

Lara se inclinó hacia adelante.

—Por supuesto. Cuando cumplí los dieciocho años, mi padre me preguntó qué regalo prefería. Por entonces a Glace Bay estaba llegando mucha gente nueva, y faltaba espacio. Yo pensaba que la ciudad necesitaba más viviendas. Dije a mi padre que deseaba comprar una pequeña casa de apartamentos. Él me dio el dinero como regalo de cumpleaños, pero dos años después pude devolvérselo. Entonces pedí un préstamo para levantar un segundo edificio. A los veintiún años era dueña de tres edificios y tenía éxito con todos.

—Su padre debe de haberse sentido muy orgulloso.

Otra vez apareció aquella sonrisa cálida.

—Sí. Fue él quien me puso el nombre de Lara. Es un antiguo nombre escocés, derivado del latín. Significa «muy conocida» o «famosa». Desde muy pequeña, mi padre me dijo que algún día sería famosa. — La sonrisa se borró—. Murió de un ataque cardíaco, siendo todavía demasiado joven. — Hizo una pausa—. Todos los años voy a visitar su tumba. Me... me era muy difícil seguir viviendo en la casa sin él. Decidí mudarme a Chicago. Tenía la idea de instalar algunos hoteles de lujo y convencí a un banquero de la ciudad para que me los financiara. Los hoteles tuvieron éxito. — Se encogió de hombros—. Y el resto, para usar una frase hecha, es cosa sabida.

Probablemente, un psiquiatra diría que no he creado este imperio sólo para mí. En cierto modo es un tributo a mi padre. James Cameron el hombre más maravilloso que he conocido.

–Parece haberlo amado mucho.

–Sí. Y él también me amaba mucho. – Una sonrisa se dibujó en rostro-. Me han contado que cuando nací mi padre pagó una copa a todos los hombres de Glace Bay.

–De modo que todo comenzó en Glace Bay.

–En efecto -dijo Lara, con suavidad-, todo comenzó en Glace Bay, hace casi cuarenta años...

Capítulo Tres

Glace Bay, Nueva Escocia,

10 de septiembre de 1952

La noche en que nacieron sus hijos, James Cameron estaba en un prostíbulo, borracho y en la cama, emparedado entre dos gemelas escandinavas. Kristie, la madama del burdel, golpeó con fuerza la puerta.

–James! – gritó. Abrió la puerta y entró.

–*Och, ye auld hen!* -chilló James, indignado-. ¿Ni siquiera aquí se puede

tener un poco de intimidad?

–Lamento interrumpir tus placeres, James. Se trata de tu esposa.

–Que se joda mi esposa -rugió Cameron.

–La jodiste tú -replicó Kristie- y está teniendo el bebé.

–Que lo tenga. Para eso están las mujeres, ¿no?

–Acaba de llamar el médico. Te ha estado buscando desesperadamente. Tu esposa está mal. Será mejor que te des prisa.

James Cameron se incorporó para deslizarse hasta el borde de la cama, legañoso y tratando de despejarse la cabeza.

–Maldita mujer. No me deja en paz. – Levantó la vista hacia la madama-. Vale, vale, ya voy. – Echó una mirada a las muchachas desnudas, que seguían en la cama- Pero no pienses que voy a pagar por estas dos.

–Eso ahora no importa. Pero tienes que volver a la pensión. – La mujer se volvió hacia sus pupilas-. Vosotras dos, venid conmigo.

James Cameron había sido atractivo, aunque su cara reflejaba los pecados satisfechos. Aparentaba algo más de cincuenta años. Tenía treinta y administraba una de las pensiones de Sean MacAllister, el banquero de la ciudad. Desde hacía cinco años James Cameron y Peggy, su esposa, se dividían las tareas: Peggy se ocupaba de limpiar y cocinar para los veinticuatro pensionistas; James se encargaba de emborracharse. Todos los viernes le correspondía cobrar los alquileres en las otras cuatro casas de huéspedes que MacAllister poseía en Glace Bay. Era un motivo más, si acaso le hacía falta, para salir a embriagarse.

James Cameron era un hombre amargado que disfrutaba de su amargura. Era un fracasado y estaba convencido de que la culpa era de todos los demás. Eso hacía que se sintiese un mártir. Cuando tenía un año de edad, su familia había emigrado de Escocia a Glace Bay sin otros bienes que las pocas pertenencias que llevaban consigo; allí lucharon por sobrevivir. El padre empleó James en las minas de carbón cuando tenía catorce años. A los dieciséis el muchacho sufrió una leve lesión en la espalda y se apresuró a abandonar el trabajo en la mina. Un año después sus padres murieron en un accidente ferroviario. Fue entonces cuando James Cameron decidió que no era responsable de su adversidad; el destino estaba contra él. Pero tenía dos grandes cosas a favor: su extraordinaria apostura y, cuando quería, su encanto personal. Un fin de semana, en la vecina ciudad de Sydney, conoció a una sensible joven norteamericana llamada Peggy Maxwell, que estaba allí de vacaciones con su familia. No era atractiva, pero los Maxwell contaban con una gran fortuna y James Cameron era muy pobre. Peggy Maxwell se enamoró perdidamente contra los consejos de su padre, se casó con él.

—Doy a Peggy una dote de cinco mil dólares -dijo el padre a James-. Con ese dinero tendrás una posibilidad de llegar a algo. Puedes invertirlo en

bienes raíces y duplicarlo en cinco años. Te ayudaré.

Pero James no tenía interés en esperar cinco años. Sin consultar a nadie, invirtió el dinero en la disparatada empresa petrolera de un amigo; sesenta días después estaba arruinado. Su suegro, furioso, se negó a seguir ayudándolo. «Eres un tonto, James, y no pienso malgastar mi dinero contigo», le dijo.

OceanofPDF.com

El matrimonio, que supuestamente debía ser la salvación de James, resultó una verdadera calamidad, pues ahora tenía una esposa que mantener y estaba sin empleo.

Fue Sean MacAllister quien acudió en su ayuda. El banquero de la ciudad era un cincuentón robusto y pomposo al que le faltaba medio kilo para llegar a obeso; acostumbraba usar chalecos adornados con gruesas cadenas de oro para reloj. Había llegado a Glace Bay veinte años atrás, y de inmediato se había dado cuenta de las posibilidades que el lugar tenía. A la ciudad llegaban en gran número mineros y leñadores que no podían hallar alojamiento adecuado. MacAllister habría podido financiar la construcción de casas, pero tenía un plan mejor. Decidió que era más barato amontonar a los hombres en casas de huéspedes. En el transcurso de dos años construyó un hotel y cinco pensiones, que estaban siempre completos.

Lo difícil era hallar administradores, pues el trabajo era agotador. Al administrador le tocaba mantener todas las habitaciones alquiladas, supervisar la cocina, encargarse de las comidas y cuidar de que las viviendas se conservaran razonablemente limpias. En lo concerniente a los salarios, Sean MacAllister no era dado a malgastar el dinero.

En una de sus pensiones acababa de renunciar el administrador y MacAllister decidió que James Cameron era un buen candidato. De tanto en tanto el hombre pedía dinero en préstamo a su banco y estaba atrasado con los pagos. MacAllister lo mandó llamar.

—Tengo un empleo para ti -le dijo.

—¿De veras?

–Estás de suerte. Acaba de quedar libre un puesto excelente.

–¿En el banco? – preguntó James Cameron. La idea de trabajar en un banco le parecía atractiva. Donde había mucho dinero siempre existía la posibilidad de que se le pegara un poco a los dedos.

–En el banco no -replicó MacAllister-. Eres un joven muy atractivo, James, y creo que serás muy hábil para tratar con gente. Me gustaría que administraras mi pensión de la avenida Cablehead.

–¿Una pensión? – Había desprecio en la voz del joven.

–Necesitas un techo -señaló el banquero-. Tú y tu esposa tendréis alojamiento y comida gratis, además de un pequeño sueldo.

OceanofPDF.com

–¿Qué tan pequeño?

–Seré generoso contigo, James: veinticinco dólares a la semana.

–¿Veinticinco?

–Decídete, James. Hay otros que esperan.

James Cameron no tenía opciones.

–Acepto.

–Bien. Por cierto, todos los viernes tendrás que cobrar también los alquileres de las otras pensiones. Y los sábados me traerás el dinero.

Peggy se horrorizó al enterarse de la noticia.

–¡Pero si no sabemos nada de administrar pensiones, James!

–Ya aprenderemos. Compartiremos el trabajo.

Y ella le creyó.

–Está bien. Ya nos arreglaremos -dijo.

Y a su modo se habían arreglado.

Con el correr de los años, James Cameron tuvo varias oportunidades de conseguir mejores empleos, que le habrían dado dignidad y más dinero, pero disfrutaba demasiado de su fracaso como para abandonar el que tenía.

—¿Por qué molestarse? — rezongaba-. Cuando el destino está contra uno, nunca ocurre nada bueno.

Aquella noche de septiembre pensó: *No puedo ni siquiera disfrutar en paz de mis putas. Al diablo con mi mujer.*

Cuando salió del establecimiento de madame Kristie, fuera soplaba un helado viento de otoño.

Será mejor juntar fuerzas para los problemas que me esperan, decidió, y se detuvo en El Anciano Marinero.

Una hora después caminaba lentamente hacia la pensión de New Aberdeen, el sector más pobre de Glace Bay.

Cuando por fin llegó lo esperaban, nerviosos, cinco o seis pensionistas.

—El doctor está dentro, con Peggy -le informó uno de los hombres-. Date prisa, hombre.

James entró tambaleándose en la diminuta y horrible habitación trasera que compartía con su esposa. Desde otra habitación le llegó el gimoteo de un recién nacido.

Peggy yacía en la cama, inmóvil, con el doctor Patrick Duncan inclinado sobre ella. El médico se volvió al oírlo entrar.

—¿Qué ocurre? — preguntó James.

El doctor irguió la espalda y lo miró con desagrado.

–Deberías haber hecho atender a tu esposa -dijo.

–¿Por qué malgastar el dinero? Iba a tener un bebé, nada más. ¿Qué gran...?

–Peggy ha muerto. He hecho todo lo que he podido. Tuvo gemelos. Al varón no pude salvarlo.

–Oh, Cristo -gimió James Cameron-. Otra vez el destino.

–¿Qué?

–El destino. Lo tengo siempre contra mí. Ahora me ha quitado a mi niño. Yo no sabía...

Entró una enfermera, llevando a un bebé diminuto envuelto en una manta.

–Ésta es su hija, señor Cameron -dijo.

–¿Una hija? ¿Qué demonios voy a hacer yo con una hija? – preguntó con voz cada vez mas pastosa.

–Me das asco -dijo el doctor Duncan.

La enfermera se volvió hacia James.

–Me quedaré hasta mañana y le enseñaré a cuidar de ella.

James Cameron miró el pequeño envoltorio arrugado y pensó, lleno de esperanzas: *Tal vez ella también muera.*

En las tres primeras semanas nadie estaba seguro de que la niña sobreviviera. Vino una nodriza para encargarse de ella. Por fin llegó el día

en que el médico pudo decir:

–Tu hija está fuera de peligro. – Mirando a James Cameron, agregó por lo bajo-: Dios se apiade de la pobre criatura.

–Tiene que elegir un nombre para la pequeña, señor Cameron -intervino la nodriza.

–Me importa un rábano el nombre, qué demonios. Póngale el que más le guste.

–¿Por qué no la llamamos Lara? Es un nombre bonito.

–Me da igual.

Y así fue como la niña fue bautizada con el nombre de Lara.

OceanofPDF.com

Lara no tenía a nadie que se ocupase de ella. La pensión estaba llena de hombres demasiado ocupados en sus propios asuntos para prestar atención a la niña. La única mujer disponible era Bertha, la enorme sueca contratada para encargarse de la cocina y la limpieza.

James Cameron había decidido que no quería saber nada de su hija. El maldito destino había vuelto a traicionarlo al permitir que sobreviviera. Por la noche se sentaba en la sala, con su botella de whisky, y se quejaba:

–Esa maldita criatura asesinó a mi mujer y a mi hijo.

–Haces mal en decir eso, James.

–Bueno, pues es así. El niño habría llegado a ser un hombre fuerte y apuesto. Habría sido inteligente y rico. Habría podido cuidar bien de su padre en la vejez.

Los inquilinos lo dejaban divagar.

James Cameron trató varias veces de ponerse en contacto con Maxwell, su suegro, con la esperanza de que él lo librara de la criatura, pero el viejo había desaparecido. *Tengo tan mala suerte que ese maldito viejo debe de haberse muerto*, pensó.

Glace Bay era una ciudad de habitantes transitorios que pasaban de una pensión a otra. Provenían de Francia, de la China, de Ucrania. Eran italianos, irlandeses y griegos; carpinteros, sastres, fontaneros y zapateros. Acudían en tropel a las calles Main, Bell, North y Water, cerca del puerto. Venían para trabajar en las minas, talar árboles y pescar en el mar. Glace

Bay era una ciudad de frontera, primitiva y tosca. El clima era una abominación: inviernos crudos, cuyas fuertes nevadas duraban hasta principios de primavera; debido al grueso hielo del puerto, hasta abril y mayo eran fríos y ventosos; desde julio a octubre llovía.

En la ciudad había dieciocho casas de huéspedes; algunas alojaban hasta setenta y dos inquilinos. En la pensión administrada por James Cameron eran veinticuatro, escoceses en su mayoría.

Lara estaba hambrienta de cariño sin saberlo. No tenía juguetes ni muñecas; tampoco compañeros de juego. Todo lo que tenía era a su padre.

OceanofPDF.com

Le hacía pequeños regalos infantiles, desesperada por complacerlo, pero él no les prestaba atención o se mofaba de ellos.

Cuando Lara tenía cinco años oyó que su padre decía a uno de los pensionistas:

No era ése el bebé que debía morir. Si hubiera sobrevivido mí hijo varón...

Esa noche Lara lloró hasta quedarse dormida. Amaba mucho a su padre. Tanto como lo odiaba.

A los seis años Lara parecía una pintura de Keane; ojos enormes en una cara pálida y delgada. Ese año llegó un inquilino nuevo. Se llamaba Mungo McSween y era enorme como un oso. De inmediato se encariñó con la niña.

¿Cómo te llamas, pequeña?

Lara.

Bonito nombre para una niña bonita: ¿Vas a la escuela?

¿A la escuela? No.

¿Por qué?

No lo sé.

Pues tendremos que averiguarlo.

Y el hombre fue en busca de James Cameron.

—¿De modo que su hija no va a la escuela?

—¿Para qué? Es sólo una niña. No necesita ir a la escuela.

—Se equivoca, hombre. Hay que darle educación, para que tenga una oportunidad en la vida.

—Ni pensarlo -dijo James-. Sería perder el tiempo.

Pero McSween insistió. Por fin, para acallarlo, James Cameron accedió. De ese modo la pequeña estaría fuera de su vista por unas cuantas horas.

A Lara le aterrorizaba la idea de ir a la escuela. Había pasado toda su breve vida en un mundo de adultos, casi sin contacto con otros niños.

El lunes siguiente, la enorme Bertha la dejó en la Escuela Primaria St. Anne, donde la llevaron al despacho de la directora.

—Ésta es Lara Cameron.

La señora Cummings, directora de la escuela, era una viuda madura, de pelo gris, con tres hijos. Estudió a la harapienta niñita que tenía delante.

—Lara. Qué nombre tan bonito -dijo, sonriendo-. ¿Cuántos años tienes, querida?

—Seis.

La niña estaba tratando de contener las lágrimas. *Está aterrorizada*, pensó la señora Cummings.

—Nos alegra mucho tenerte entre nosotros, Lara. Lo pasarás bien y aprenderás muchas cosas.

—No puedo quedarme -barbotó Lara.

—¿No? ¿Por qué?

—Mi papá me echa demasiado de menos. — Estaba ferozmente decidida a no llorar.

—Bueno, sólo pasarás aquí unas pocas horas al día.

Lara se dejó llevar a un aula llena de niños, donde le indicaron que ocupara uno de los asientos del fondo.

La señorita Terkel, la maestra, estaba escribiendo letras en una pizarra.

—A, para escribir «ala» -dijo-. B, para «burro». ¿Alguien sabe qué se escribe con C?

Se alzó una manita. — Casa -dijo una niña.

—¡Muy bien! ¿Qué más?

—Caramelo -respondió otra.

—¡Excelente! ¿Qué más?

Lara alzó la voz:

—Carajo.

Lara era la menor de su clase, pero la señorita Terkel tenía la impresión de que, en muchos sentidos, era la mayor. Había en ella una madurez inquietante. «Es una pequeña adulta que espera ganar altura», le comentó en una ocasión la maestra a la señora Cummings.

El primer día, a la hora del almuerzo, los otros niños sacaron de sus coloridas fiambreras manzanas, galletas y bocadillos envueltos en papel encerado.

OceanofPDF.com

A nadie se le había ocurrido preparar algo de comer para Lara.

—¿Dónde está tu almuerzo, Lara? — preguntó la señorita Terkel.

—No tengo hambre -respondió la niña, terca-. He comido mucho en el desayuno.

Casi todas las niñas de la escuela vestían faldas y blusas limpias y bonitas. Lara tenía unas pocas prendas descoloridas y gastadas, que le iban estrechas. Recurrió a su padre.

—Necesito ropa para ir a la escuela -le dijo.

—¿Ah, sí? ¿Te crees que me sobra el dinero? Pide algo al Ejército de Salvación.

—Eso es limosna, papá.

Y el padre le dio una fuerte bofetada.

Los niños de la escuela conocían juegos de los que Lara nunca había oído hablar. Las niñas tenían muñecos y juguetes; algunas estaban dispuestas a prestárselos, pero Lara era dolorosamente consciente de que nada le pertenecía. Y había algo más. En los años siguientes pudo atisbar un mundo diferente, un mundo donde los niños tenían padres que les hacían regalos, les festejaban los cumpleaños, los amaban, les daban besos y abrazos. Por primera vez, Lara empezó a comprender cuánto faltaba en su vida. Sólo sirvió para que se sintiese aún más sola.

La casa de huéspedes era otro tipo de escuela, un microcosmos internacional. Lara aprendió a adivinar de dónde venía cada inquilino por su apellido. Los Mac eran de Escocia; Hodder y Pyke, de Terranova; Chiasson y Aucoin, de Francia; Dudash y Kosick, de Polonia. Los inquilinos eran leñadores, mineros, pescadores y comerciantes. Por la mañana se reunían en el gran comedor para desayunar; por la noche otra vez, para la cena. Las conversaciones fascinaban a Lara. Cada grupo parecía tener un lenguaje propio y misterioso.

En Nueva Escocia había miles de leñadores, diseminados en toda la península. Los de la pensión olían a aserrín y corteza quemada; hablaban de cosas arcanas como desmochar, sangradores y virutas.

–Parece que este año sacaremos casi doscientos millones de pies tablares.

–¿Pies qué? – preguntó Lara.

Todos se echaron a reír.

–Un pie tablar, niña, es una tabla de treinta centímetros de lado por dos centímetros y medio de grosor. Cuando crezcas y te cases, si quieres construir una casa de madera de cinco habitaciones, necesitarás doce mil pies tablares.

–No voy a casarme –juró Lara.

Los pescadores eran otra raza. Volvían a la pensión apestando a mar. Hablaban del nuevo experimento de criar ostras en los lagos de Bars d'Or y

se jactaban de los arenques, bacalaos y sardinas que habían pescado.

Pero los que más fascinaban a Lara eran los mineros. En Cabo Bretón había tres mil quinientos que trabajaban en las minas de Lingan, Prince y Phalen. A Lara le gustaban los nombres de esas minas: Jubileo, Ultima Oportunidad, Diamante Negro, Dama Afortunada.

Le encantaba oírlos hablar de la jornada de trabajo.

—¿Es cierto lo que dicen de Mike?

—Es cierto. El pobre tipo iba a la galería cuando el vagón descarriló y le aplastó la pierna. El cabrón del capataz dice que la culpa fue de Mike por no apartarse a tiempo y le va a apagar la lámpara.

Lara quedó desconcertada.

—¿Y eso qué quiere decir?

Uno de los mineros explicó:

—Quiere decir que Mike iba hacia el trabajo en un carro que te lleva por dentro de la mina. Uno de los carros se salió de la vía y lo golpeó.

—¿Y lo de la lámpara? — preguntó Lara.

El minero se echó a reír.

—Cuando te apagan la lámpara quiere decir que te despiden.

A los quince años, Lara ingresó en la Escuela Secundaria St. Michael. Era desgarbada y torpe, de piernas largas, pelo negro muy rizado e inteligentes ojos grises todavía demasiado grandes para su cara pálida y delgada.

OceanofPDF.com

Nadie podía imaginarse en qué acabaría. Estaba a punto de hacerse mujer y pasaba por una etapa de metamorfosis. Podía volverse fea o hermosa.

Para James Cameron su hija era fea.

—Harás bien en casarte con el primer tonto que te lo proponga le dijo—. No tienes pinta para hacer buen negocio.

Lara, de pie, guardó silencio.

—Y le dices al pobre tipo que no espere dotes de mí.

Mungo McSween, que había entrado en el cuarto, escuchaba, furioso.

—Eso es todo, niña -dijo James Cameron-. Vuelve a la cocina.

Lara huyó.

—¿Por qué le haces eso a tu hija? — lo increpó McSween.

James Cameron levantó los ojos legañosos,

—No es asunto tuyo.

—Estás borracho.

—¿Y qué otra cosa se puede hacer aquí? O mujeres o whisky.

McSween fue a la cocina, donde Lara estaba lavando platos con los ojos arrasados en lágrimas. El escocés la rodeó con sus brazos.

—No te aflijas, pequeña -le dijo-. No lo decía en serio.

—Me odia.

—No, no es cierto.

—Nunca me dice una palabra amable. Nunca. ¡Nunca!

No había nada que McSween pudiera decir.

En verano llegaban los turistas a Glace Bay. Venían en coches caros, luciendo ropas hermosas; hacían sus compras en la calle Castle; cenaban en la Cedar House y en Jasper's; visitaban la playa Ingonish, el cabo Smokey y la isla Bird. Eran seres superiores, de otro mundo. Lara los envidiaba y se moría por escapar con ellos cuando se marcharan, al terminar el verano. Pero ¿cómo? Lara había oído hablar del abuelo Maxwell.

—Ese viejo cerdo trató de impedir que me casara con su preciosa hija -se quejaba James Cameron a cualquiera de los inquilinos que quisiera escucharlo-.

Nadaba en dinero, pero ¿crees que me dio algo? Nada. De cualquier modo, yo me encargué de su Peggy, sí...

Y Lara soñaba que algún día llegaría su abuelo para llevarla a las encantadoras ciudades que figuraban en los libros: Londres, Roma, París... *Y tendré ropa bonita. Cientos de vestidos y zapatos nuevos.*

Pero pasaban los meses y los años sin que hubiera noticias. Por fin Lara comprendió que jamás vería a su abuelo. Estaba condenada a pasar el resto de su vida en Glace Bay.

OceanofPDF.com

Capítulo Cuatro

En Glace Bay había muchas actividades para los adolescentes: partidos de fútbol y de hockey, pistas de patinaje y boleras, y en verano podía nadar y pescar. El drugstore de Cari era el sitio más concurrido a la salida de la escuela. También había dos cines y, para bailar, los Jardines Venecianos.

Lara no tenía posibilidades de disfrutar esas cosas. Todas las mañanas se levantaba a las cinco y ayudaba a Bertha a preparar el desayuno para los inquilinos; antes de partir hacia la escuela hacía las camas. Por la tarde corría a casa para empezar a preparar la cena. Ayudaba a Bertha a servirla y, después de comer, recogía los platos, los lavaba y los secaba.

En la pensión se servían algunos platos escoceses típicos: *howtow*, *die*, *hairst bree*, *cabbieclaw*, *skirlie*. Uno de los favoritos era el *black bun*, un pastel de uvas pasas.

Durante la cena, la conversación de los escoceses hacía que las Tierras Altas de Escocia cobraran vida para Lara. Como sus antepasados provenían de allí, al escuchar esos relatos la invadía la sensación de tener raíces.

Los inquilinos hablaban del gran valle donde estaban los lagos Ness, Lochy y Linnhe; también mencionaban las escarpadas islas que había frente a la costa.

En la sala había un piano maltrecho; a veces, después de la cena, cinco o seis inquilinos se reunían a su alrededor para entonar canciones de la patria: *Annie Laurie*, *Comin' through the rye*, *The hills of home* y *Loch Lomond*.

Una vez al año la ciudad organizaba un desfile. Entonces todos los escoceses de Glace Bay se ponían orgullosamente sus *kilts* de tartán para marchar por las calles, al compás de las ruidosas gaitas.

¿Por qué los hombres usan faldas? – preguntó Lara a Mungo McSween.

Él frunció el entrecejo.

—No son faldas, pequeña. Son *kilts*. Los inventaron nuestros antepasados hace mucho tiempo. En las Tierras Altas, el *kilt* defendía el cuerpo del intenso frío, pero dejaba las piernas libres para poder correr entre los brezos y escapar de los enemigos. Y por la noche, si uno estaba a la intemperie, esa gran pieza de tela servía a un tiempo de cama y de tienda.

Para la muchacha, los nombres de las aldeas escocesas eran pura poesía: Llandaff y Breadalbane, Glenfinnal y Kilbride, Kilninver y Kilmichael. Aprendió que la palabra «kil» designaba una celda monacal de los tiempos medievales. Si el nombre comenzaba con «inver» o «aber», significaba que la aldea se alzaba en la desembocadura de un río. Si comenzaba con «strath», estaba en un valle. «Bad» indicaba un bosquecillo.

Todas las noches se producía algún altercado durante la cena. Los escoceses discutían por cualquier cosa. Sus antepasados habían pertenecido a clanes orgullosos y ellos seguían defendiendo empecinadamente su historia.

—La casa de Bruce produjo sólo cobardes. Se postraron ante los ingleses

igual que perros sumisos.

—Como de costumbre, no sabes lo que dices, Ian. Fue Bruce en persona el que hizo frente a los ingleses. Los que se sometieron fueron los de la casa de Stuart.

—Pero qué tonto eres. Y tu clan es una larga estirpe de tontos.

OceanofPDF.com

La discusión subía de tono.

—¿Sabes qué necesitaba Escocia? Más líderes como Roberto II. Ése sí que fue un gran hombre. Engendró veintiún críos.

—¡Sí, y la mitad fueron hijos de puta!

Y se iniciaba otra reyerta.

Lara no podía creer que discutieran por hechos acontecidos más de seiscientos años antes.

Mungo McSween le decía:

—No te preocupes, pequeña. Un escocés es capaz de iniciar una riña en una casa vacía.

Fue un poema de Sir Walter Scott lo que encendió la imaginación de Lara.

Lochinvar el joven vino del oeste.

No hubo en la frontera corcel como el suyo.

Salvo por su espada, no ceñía más armas.

Y así, desarmado, cabalgaba solo.

Fiel en el amor, audaz en la guerra,

Lochinvar el joven nunca tuvo igual.

Y el glorioso poema continuaba narrando que Lochinvar había arriesgado la vida para rescatar a su bienamada, a quien obligaban a casarse con otro.

Algún día, pensaba Lara, un apuesto Lochinvar vendrá a rescatarme.

Una noche, mientras trabajaba en la cocina, Lara vio en una revista un anuncio que la dejó sin aliento. Mostraba a un hombre alto y gallardo, rubio, elegante con su frac y su corbata blanca; tenía ojos azules y una sonrisa cálida; parecía un príncipe de pies a cabeza. *Así será mi Lochinvar, pensó. Está en alguna parte, buscándome. Él vendrá a rescatarme. Estaré en la cocina, lavando los platos, y él se me acercará por detrás y me rodeará con sus brazos, susurrando: «¿Puedo ayudarte?». Entonces yo me volveré a mirarlo a los ojos y le diré: «Sabes secar los platos?»*

—¿Si sé qué? —dijo la voz de Bertha.

Lara giró en redondo. La sueca estaba de pie detrás de ella. Lara había hablado en voz alta sin darse cuenta.

—Nada -respondió, ruborizándose.

Para la muchacha, los relatos más fascinantes eran los que se referían a los «grandes desalojos» de las Tierras Altas. Aunque los había escuchado muchas veces, no se cansaba de ellos.

—Cuéntamelo otra vez -pedía.

Y Mungo McSween no se hacía rogar.

—Bueno, esa vergüenza comenzó en 1792 y duró más de -veinte años. Lo llamaron *Bliadhna nan Coarach*, el Año de la Oveja. Los propietarios de las Tierras Altas decidieron que sus fincas rendirían más con ovejas que con arrendatarios, de modo que llevaron grandes rebaños y descubrieron que esos animales soportaban bien los inviernos fríos. Fue entonces cuando se inició el gran desalojo.

»El grito popular era: *¡Mo thruaighe orta thir, tha'n caoraich mhor a 'teachd!* «Ay de ti, oh tierra, viene la Gran Oveja.» Primero fueron cien; luego, mil; después, diez mil. Era una invasión infernal. Los señores vieron riquezas inimaginables, pero antes debían deshacerse de los agricultores, los arrendatarios que labraban sus pequeñas parcelas. Sabe Dios que esa gente ya tenía bastante poco. Vivían en casitas de piedra sin chimeneas ni ventanas. Pero los señores los echaron.

La muchacha lo miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo? El gobierno ordenó a la Guardia Negra que atacara a los aldeanos y expulsase a los arrendatarios. Los soldados llegaban a una aldea y daban a los arrendatarios seis horas de plazo para reunir ganado y muebles y salir de allí. Tenían que dejar sus sembrados. Luego la Guardia Negra quemaba las chozas por completo. Más de doscientos cincuenta mil hombres, mujeres y niños tuvieron que abandonar sus sembradíos y marchar hasta la costa del mar.

—Pero ¿cómo podían expulsarlos de su propia tierra?

Ah, es que la tierra nunca había sido de ellos. Tomaban en arriendo media hectárea, a veces una, pero no era de ellos. Pagaban una cantidad estipulada al jefe de su clan para arar la tierra, cultivar unas cuantas patatas y criar un poco de ganado.

—¿Y qué pasaba si la gente no quería irse? — preguntó Lara, sin aliento.

OceanofPDF.com

–Las familias que no se iban a tiempo eran quemadas junto con la choza. El gobierno era implacable. Fue una época terrible. La gente no tenía nada que comer. Hubo una epidemia de cólera. Las enfermedades se extendían como el fuego en pasto seco.

–Qué horrible -comentó Lara.

–Sí, pequeña. Nuestra gente vivía a base de patatas, pan y gachas de avena, cuando había. Pero hubo algo que el gobierno no pudo quitar a los montañeses: su orgullo. Se resistían como podían. Cuando acababa el incendio, los desalojados permanecían en el valle, tratando de rescatar lo que hubiera entre las ruinas. Por las noches, se cubrían la cabeza con lonas para protegerse de la lluvia. Mis tatarabuelos estuvieron allí y soportaron todo eso. Es parte de nuestra historia y la llevamos grabada a fuego en el alma.

Lara imaginaba los miles de personas desesperadas, abatidas, privadas de cuanto poseían, aturdidas por lo que les había ocurrido. Le pareció oír el llanto de las viudas y los gritos de los niños aterrorizados.

Y qué fue de esa gente? – preguntó.

Partieron hacia otras tierras, en barcos que eran trampas mortíferas. Los pasajeros morían de fiebre o de disentería. A veces el barco se encontraba con tormentas que lo demoraban semanas enteras. Los alimentos se acababan. Cuando los barcos llegaban a Canadá, ni los más fuertes estaban aún con vida. Pero aquí tuvieron algo que antes nunca habían tenido.

–Tierra propia -arriesgó Lara.

–Eso es, pequeña.

Algún día, pensaba Lara, yo también tendré tierra propia. Y nadie, nadie podrá quitármela jamás.

Una noche, a principios de julio, James Cameron sufrió un ataque mientras se encontraba, completamente ebrio, en el burdel de Kristie. Cuando se derrumbó súbitamente, la prostituta que estaba con él supuso que se había dormido.

–¡Oh, no te duermas! Tengo otros clientes esperando. ¡Despierta James, despierta!

Él, jadeando, se llevó las manos al pecho.

Por Dios -gimió-, ve por un médico.

Una ambulancia lo llevó al pequeño hospital de la calle Quarry. El doctor Duncan mandó avisar a Lara. Cuando entró en el hospital, el corazón le latía con fuerza. Duncan la estaba esperando.

–¿Qué ha ocurrido? – preguntó Lara, ansiosa-. ¿Mi padre ha muerto?

–No, Lara, pero temo que ha sufrido un ataque cardíaco. – Ella quedó petrificada.

–¿Va a...? ¿Se salvará?

–No lo sé. Estamos haciendo todo lo posible.

—¿Puedo verlo?

—Será mejor que vuelvas por la mañana, pequeña.

Lara regresó a su casa, entumecida de miedo. *Por favor, Dios mío, que no muera. Es todo lo que tengo.*

Cuando llegó a la pensión, Bertha la estaba esperando.

—¿Qué ha pasado?

Lara se lo dijo.

—¡Oh, Dios! — exclamó la mujer-. Y hoy es viernes.

—¿Qué?

—Es viernes, día de cobrar los alquileres. Si conozco a Sean MacAllister, aprovechará la excusa para echarnos a todos a la calle.

En diez o doce ocasiones anteriores, estando James Cameron demasiado borracho para encargarse personalmente, había mandado a Lara a cobrar los alquileres en las otras pensiones de Sean MacAllister. Lara entregaba el dinero a su padre y al día siguiente éste lo llevaba al banquero.

—¿Qué vamos a hacer? — gimió Bertha.

Y de pronto Lara supo lo que debía hacer.

—No te preocupes -dijo-. Yo me encargo de eso.

Esa noche, en medio de la cena dijo:

—¿Pueden prestarme atención, señores, por favor?

Las conversaciones cesaron. Todos la miraban.

Mi padre ha sufrido un... un pequeño mareo. Está en el hospital. Quieren mantenerlo bajo observación por un tiempo. Hasta que él vuelva seré yo quien cobre los alquileres. Los espero a todos en la sala, después de cenar.

—¿Se pondrá mejor? — preguntó uno de los inquilinos.

OceanofPDF.com

–Oh, sí -aseguró Lara, con una sonrisa forzada-. No es nada serio.

Después de cenar, los hombres se presentaron en la sala con el dinero de la semana.

–Espero que tu padre se recupere pronto, pequeña.

–Si en algo puedo ayudar, dímelo-

–¿Y las otras pensiones? – preguntó Bertha a Lara-. Hay que cobrar en otras cuatro.

–Lo sé -dijo Lara-. Si tú te ocupas de los platos, iré a cobrar los alquileres.

Bertha la miró con aire dubitativo.

–Que tengas suerte.

Fue más fácil de lo que esperaba. Casi todos los inquilinos se mostraron solidarios y dispuestos a ayudarla. Temprano por la mañana, Lara reunió los sobres y fue a visitar a Sean MacAllister. El banquero la recibió en su despacho.

–Me ha dicho mi secretaria que quieres verme.

–Sí, señor.

MacAllister observó a la delgada y desaliñada jovencita que tenía ante sí.

–Eres la hija de James Cameron, ¿verdad?

–Sí, señor.

–Sara.

–Lara.

–Lamento lo de tu padre -dijo MacAllister. No había simpatía alguna en su voz-. Tendré que buscar un sustituto, claro, porque está demasiado enfermo para ocuparse de esto.

–¡Oh, no, señor! – se apresuró a decir Lara-. Él me pidió que me hiciera cargo.

–¿Tú?

–Sí, señor.

–Temo que eso no...

Lara puso los sobres en el escritorio.

–Aquí están los alquileres de esta semana.

MacAllister la miró, sorprendido.

–¿Todos?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Los cobraste tú?

—Sí, señor. Y lo haré hasta que mi papá se reponga.

—Comprendo.

El banquero abrió los sobres y contó cuidadosamente el dinero. Lara vio que anotaba la cifra en un gran libro verde.

Desde hacía algún tiempo, MacAllister tenía intención de reemplazar a James Cameron, por su afición al alcohol y su desempeño errático. Ahora veía la oportunidad de deshacerse de toda la familia.

Estaba seguro de que esa jovencita no podría cumplir con las funciones de su padre, pero al mismo tiempo imaginaba la reacción de la ciudad si dejaba en la calle a James Cameron y a su hija. Tomó una decisión.

—Te pondré a prueba durante un mes -dijo-. Terminado ese tiempo, ya veré qué hacer.

—Gracias, señor MacAllister. Muchísimas gracias.

—Aguarda. — Le entregó veinticinco dólares-. Esto es tuyo.

Lara apretó el dinero en la mano. Era el sabor de la libertad. Por primera vez le pagaban por algo que había hecho.

Desde el banco Lara fue al hospital. El doctor Duncan salía de la habitación de su padre. Lara tuvo una súbita sensación de pánico.

—¿No se ha...?

—No, no... Se repondrá, Lara. — El médico vaciló-. Cuando digo que se va a reponer quiero decir que no va a morir... todavía no, al menos. Pero

tendrá que pasar varias semanas en cama. Necesitará atención.

—Yo me ocuparé de él -dijo Lara.

El médico la miró y dijo, suavemente:

—Aunque tu padre no lo sepa, querida, tiene muchísima suerte.

—¿Puedo verlo ahora?

—Sí.

Lara entró en la habitación de su padre y lo miró Fijamente. James Cameron, pálido e indefenso, yacía en el lecho.

OceanofPDF.com

De pronto parecía muy viejo. Lara sintió que la invadía una oleada de ternura. Por fin podría hacer algo por su padre. Se ganaría su aprecio y su amor. Se acercó a la cama.

—Papá...

Él levantó la vista, murmurando:

—¿Qué demonios haces aquí? Tienes bastante que hacer en la pensión.

Lara se quedó petrificada.

—Ya... ya lo sé, papá. Sólo quería decirte que estuve con el señor MacAllister. Le dije que yo cobraría los alquileres hasta que mejoraras y...

—¿Que tú vas a cobrar los alquileres? — Lo sacudió un súbito espasmo. Cuando volvió a hablar, su voz era débil—. Es el destino -gimió-. Me van a echar a la calle.

No pensaba siquiera en lo que pudiera pasarle a ella. Lara lo miró durante un rato. Luego giró en redondo y abandonó la habitación.

Tres días más tarde llevaron a Cameron a su casa y lo pusieron en la cama.

—No puede levantarse durante dos semanas -le dijo el doctor Duncan-. Dentro de un par de días vendré a ver cómo sigue.

No puedo quedarme en la cama -protestó James-. Soy un hombre ocupado. Tengo mucho que hacer.

El médico lo miró y dijo, en voz baja:

–Tiene dos opciones: puede quedarse en la cama y vivir o levantarse y morir.

Al principio, los inquilinos de MacAllister se mostraron encantados de ver a la inocente muchachita cobrando los alquileres. Pero cuando se agotó la novedad, todos encontraban alguna excusa.

–Esta semana estuve enfermo y he tenido muchos gastos...

–Mi hijo me envía dinero todas las semanas, pero se ha retrasado el correo...

–Tuve que comprar algunas herramientas...

–La semana que viene te daré el dinero, sin falta.

Pero la jovencita luchaba por su vida. Después de escuchar cortésmente, decía:

–Lo siento mucho, pero el señor MacAllister dice que el alquiler vence hoy. Si usted no tiene el dinero, tendrá que desocupar el cuarto de inmediato.

Y de algún modo todos se las ingeniaban para pagar. Lara se mostraba inflexible.

–Era más fácil tratar con tu padre -gruñó uno de los inquilinos. – Siempre

estaba dispuesto a esperar algunos días.

Pero aun así, no podían por menos que admirar el vigor de la muchacha.

Lara se equivocaba al pensar que la enfermedad de su padre lo acercaría a ella. Trataba de anticiparse a todas sus necesidades, pero cuanto más solícita se mostraba ella, peor se comportaba él.

La muchacha le llevaba flores frescas todos los días, junto con pequeños regalos.

—¡Por el amor de Dios! —exclamaba él-. ¡Deja de rondarme! ¿No tienes nada que hacer?

—Se me ocurrió que tal vez te gustaría...

—¡Fuera! —Y el enfermo volvía la cara hacia la pared.

Lo odio, pensaba Lara. Lo odio.

Al terminar el mes, cuando Lara entró en el despacho de Sean MacAllister con los sobres llenos, él contó el dinero y dijo:

—Debo admitir, jovencita, que me has sorprendido. Trabajas mejor que tu padre.

—Gracias -dijo, emocionada.

Más aún, éste es el primer mes que todo el mundo ha pagado dentro del plazo.

—¿Eso significa que mi padre y yo podemos quedarnos en la pensión? —preguntó Lara, ansiosa.

MacAllister la estudió por un momento.

–Supongo que sí. Parece que amas mucho a tu padre.

–Nos veremos el sábado próximo, señor MacAllister.

OceanofPDF.com

Capítulo Cinco

A los diecisiete años, la delgada y desgarbada niñita se había convertido en una mujer. Los rasgos de su rostro delataban su ascendencia escocesa. La piel radiante, las cejas finas y arqueadas, los ojos grises como nubes de tormenta, el abundante pelo negro. Pero sobre ella parecía pender una nota de melancolía, la emanación de la trágica historia de un pueblo. Era difícil apartar la vista de Lara Cameron.

Los inquilinos, en su mayoría, estaban sin mujeres, salvo aquellas por cuya compañía pagaban en casa de madame Kristie y algunos otros prostíbulos; en consecuencia, la hermosa muchacha era una presa deseada. En ocasiones alguno de los hombres la arrinconaba en la cocina o en su dormitorio, mientras ella hacía la limpieza, para decirle: «¿Por qué no te portas bien conmigo, Lara? Yo podría ser muy útil». O: «No tienes novio, ¿verdad? Deja que te muestre cómo es un hombre». O: «¿No te gustaría ir a Kansas City? Viaja la mañana próxima y me gustaría llevarte conmigo».

Cuando uno u otro de los inquilinos trataba de convencerla de irse acostase con él, Lara entraba en la pequeña habitación donde yacía su padre, indefenso, para decirle: «Te equivocaste, padre. Todos los hombres me desean», y luego salía, dejándolo estupefacto.

James Cameron murió una mañana de primavera. Lara lo enterró en el cementerio de Greenwood. Aparte de ella, sólo Bertha asistió al funeral. No hubo lágrimas.

Un día llegó un nuevo inquilino: un norteamericano llamado Bill Rogers. Tenía más de setenta años; era calvo y gordo, y se trataba de un hombre afable a quien le gustaba conversar. Después de la cena se sentaba a charlar con Lara.

—Eres demasiado bonita para estar en una ciudad perdida como ésta -le decía-. Deberías ir a Chicago o a Nueva York. Allí lo pasarías en grande.

—Algún día iré -decía Lara.

—Tienes toda la vida por delante. ¿Sabes qué vas a hacer con ella?

—Quiero tener cosas.

—Ah, ropa bonita y...

—No. Tierra. Quiero tener tierras. Mi padre nunca fue dueño de nada. Tuvo que vivir de los favores ajenos durante toda la vida.

A Bill Rogers se le iluminó la cara.

—Yo me dedicaba a los bienes raíces.

—¿De veras?

—Tenía edificios en todo el Medio Oeste. Incluso llegué a tener una cadena de hoteles. — Su tono era melancólico.

—¿Y qué ocurrió?

Él se encogió de hombros.

Me volví codicioso. Lo perdí todo. Pero mientras duró fue divertido.

A partir de entonces hablaron de inmuebles casi todas las noches.

—En cuestión de inmuebles -le decía Rogers-, la primera regla es DDO. Nunca lo olvides.

—¿Qué significa DDO?

—Dinero De Otros. Si los bienes raíces son tan buen negocio es porque el gobierno te permite hacer deducciones por intereses y depreciación, mientras que tus activos continúan creciendo. Las tres cosas más importantes de una propiedad son el lugar, el lugar y el lugar. Un bello edificio en una colina es una pérdida de tiempo. Con un edificio feo en el centro te haces rico.

Rogers le hablaba de hipotecas, refinanciaciones y préstamos bancarios. Lara escuchaba, aprendía y memorizaba.

OceanofPDF.com

Era como una esponja que absorbía ansiosamente hasta los mínimos detalles de toda aquella información que él le estaba brindando.

Lo más importante que Rogers le dijo fue:

–Mira, en Glace Bay hay una gran escasez de vivienda. Es una gran oportunidad. Si yo tuviera veinte años menos...

A partir de ese momento, Lara observó a Glace Bay de otro modo; imaginaba edificios de oficinas y casas particulares en cada solar desierto. Eso la entusiasmaba y, al mismo tiempo, hacía que se sintiese frustrada. Allí estaban sus sueños, pero no tenía dinero para llevarlos a cabo.

Y el día en que Bill Rogers abandonó la ciudad, le dijo:

–Recuerda: dinero de otros. Buena suerte, hija.

Una semana después se instaló en la pensión Charles Cohn, un hombre menudo, sesentón, limpio, atildado y bien vestido. Se sentó a cenar con los otros inquilinos, casi sin decir nada. Parecía concentrado en su mundo particular.

Contempló a Lara, que trabajaba sin quejarse nunca.

–¿Cuánto tiempo piensa quedarse? – le preguntó Lara.

–Pues, la verdad, no sabría decirle. Puede que una semana, o tal vez un mes, o quizá dos...

Para la muchacha, aquel hombre era un enigma. No se parecía en absoluto a los otros inquilinos. Trató de imaginar a qué se dedicaba. No era minero ni pescador; tampoco parecía comerciante. Se lo veía superior a los otros inquilinos, más educado. Dijo a Lara que había tratado de inscribirse en el único hotel de la ciudad, pero que no había habitaciones libres. Lara notó que durante las comidas casi no probaba bocado.

Si tienes un poco de fruta -decía, como pidiendo disculpas- o algunas verduras...

—¿Sigue usted alguna dieta especial? — le preguntó Lara.

En cierto modo. Sólo como alimentos *kosher* me temo que en Glace Bay no los hay.

A la noche siguiente, cuando Charles Cohn se sentó a cenar, le puso delante un plato con costillas de cordero. Miró a Lara, sorprendido.

—Disculpa, pero no puedo comer esto -dijo-. ¿No te expliqué que...?

Lara sonrió.

—Sí. Esto es *kosher*.

—¿Qué?

En Sydney encontré una carnicería *kosher*. Esto lo compré al *shochet*. Que lo disfrute. El alquiler incluye dos comidas al día. Mañana le serviré bistec.

Desde entonces, cada vez que Lara tenía un momento libre, Cohn se

dedicaba a conversar con ella y a enseñarle a expresarse. Lo impresionaron su aguda inteligencia y su espíritu independiente.

Un día Charles Cohn le reveló a qué había ido a Glace Bay.

—Soy ejecutivo de Continental Supplies. — Era una famosa cadena nacional-. He venido a buscar un sitio para instalar otro local.

—Qué interesante -dijo Lara. *Sabía que había venido para algo importante*, pensó-. ¿Va a edificar?

—No. Buscaremos a otra persona para que lo haga. Nosotros sólo alquilamos a largo plazo.

A las tres en punto de la mañana, Lara despertó de un sueño profundo y se incorporó en la cama. El corazón le latía con fuerza. ¿Había sido un sueño? No. Su mente volaba. Estaba tan excitada que no pudo volver a dormir.

Cuando Charles Cohn salió de su habitación para desayunar, Lara lo estaba esperando.

—Señor Cohn... conozco un sitio estupendo -barbotó.

Él la miró, intrigado.

—¿Qué?

—El sitio que usted busca.

—¿Sí? ¿Dónde?

Lara eludió la respuesta.

—Permítame preguntarle algo. Si yo fuera dueña de una parcela que a usted le agradara y levantase en ella un edificio, ¿aceptaría alquilármelo por cinco años?

Él meneó la cabeza.

OceanofPDF.com

–Es una pregunta bastante hipotética, ¿no?

–¿Lo haría? – insistió Lara.

–¿Qué sabes tú de levantar un edificio, Lara?

–No lo levantaría yo -replicó ella-. Contrataría a un arquitecto y a una buena firma constructora.

Charles Cohn la observaba atentamente.

–Comprendo. ¿Y dónde está ese maravilloso lugar?

–Se lo mostraré -dijo Lara-. Créame que le gustará mucho. Es Perfecto.

Después del desayuno, Lara llevó a Charles Cohn al centro. En la esquina de las calles Main y Commercial había una manzana libre.

Cohn la había examinado dos días antes.

–Éste es el lugar en el que había pensado -dijo Lara.

Cohn fingió analizarlo.

–Tienes muy buen olfato. Es un sitio estupendo.

Ya había hecho discretas averiguaciones y sabía que la propiedad pertenecía a un banquero llamado Sean MacAllister. La misión de Cohn insistía en localizar una parcela, disponer que alguien construyera el edificio y luego alquilarlo. A la empresa no le importaba quién se encargara de construirlo,

siempre que se respetaran sus requisitos.

Cohn estaba estudiando a Lara. *Es demasiado joven, pensó. La idea es descabellada. Sin embargo...* «En Sydney encontré una carnicería kosher... Mañana le serviré un bistec.» *Tiene tanta neshamam... compasión...*

Lara estaba diciendo, entusiasmada:

—Si yo pudiera adquirir esta parcela y levantar un edificio según sus requisitos, ¿me firmaría un contrato de alquiler por cinco años?

Él hizo una pausa. Luego dijo, lentamente:

—No, Lara. Tendría que ser un contrato por diez años.

Esa tarde Lara fue a ver a Sean MacAllister. El levantó la vista, sorprendido, al verla entrar en su despacho.

Creo que te has anticipado algo, Lara. Hoy es miércoles.

—Lo sé. Quiero pedirle un favor, señor MacAllister.

Sean MacAllister la observó. *Se ha convertido en una niña hermosa, niña no, mujer.* Se veía la curva de los senos contra la blusa de algodón.

—Siéntate, querida. ¿Qué puedo hacer por ti?

Lara estaba demasiado excitada para sentarse.

—Quiero solicitar un préstamo.

Eso lo cogió por sorpresa.

—¿Qué?

—Necesito dinero prestado.

MacAllister le dirigió una sonrisa indulgente.

—No veo por qué no. Si necesitas un vestido nuevo o algo así, sería un placer adelantarte...

—Quiero solicitar doscientos mil dólares.

La sonrisa desapareció del rostro de MacAllister.

—¿Estás bromeando?

—No, señor. — Lara se inclinó hacia adelante y dijo, con seriedad-: Hay una parcela de tierra que quiero comprar para construir un edificio. Tengo un inquilino importante que está dispuesto a firmarme un contrato de alquiler por diez años. Con eso cubriría el costo de la tierra y del edificio.

MacAllister la estudiaba ceñudo.

—¿Has discutido esto con el propietario de la parcela?

—Lo estoy haciendo en este momento -dijo Lara.

Él tardó un momento en captarlo.

—Espera un minuto. ¿Quieres decir que esa parcela es mía?

—Sí. Es la esquina de las calles Main y Commercial.

—¿Vienes a pedirme dinero prestado para comprar mi propia parcela?

—Ese solar no vale más de veinte mil dólares. Ya lo he averiguado. Le ofrezco treinta. Usted ganará diez mil dólares por la parcela más los intereses de los doscientos mil dólares que va a prestarme para levantar el edificio.

MacAllister meneó la cabeza.

—Me estás pidiendo que te preste doscientos mil dólares sin garantías. Ni pensarlo.

Lara se inclinó hacia adelante.

—Claro que hay garantías. Usted tendrá la hipoteca del edificio y de la tierra. Yo ya tengo el inquilino. No puede perder.

MacAllister la estudiaba, dando vueltas mentalmente a la propuesta. Sonrió.

OceanofPDF.com

–Mira -dijo-, eres muy valiente. Pero jamás podría explicar un préstamo así a mi consejo directivo.

–Usted no tiene ningún consejo directivo -replicó Lara.

La sonrisa se ensanchó.

Eso es verdad.

a muchacha se inclinó todavía más. El banquero notó que sus senos tocaban el borde del escritorio.

Si acepta, jamás lo lamentaré. Se lo prometo.

MacAllister no podía quitarle los ojos de los pechos.

–No te pareces en nada a tu padre, ¿eh?

–No, señor. – *No me parezco en nada a él*, pensó Lara.

–Supongamos -musitó MacAllister, cauteloso-, que yo estuviese interesado en la operación. ¿Quién es ese inquilino tuyo?

–Se llama Charles Cohn. Es ejecutivo de Continental Supplies.

–¿La cadena de grandes tiendas?

–Sí.

De pronto MacAllister mostró mucho interés. Lara prosiguió:

–Quieren instalar aquí un gran almacén para proporcionar equipo a los mineros y los leñadores.

A MacAllister eso le olió a éxito instantáneo.

–¿Dónde conociste a ese hombre? – preguntó, al desgaire.

–Se hospeda en la pensión.

–Comprendo. Deja que lo piense, Lara. Mañana volveremos a conversar.

La muchacha casi temblaba de nerviosismo.

–Gracias, señor MacAllister. No lo lamentaré.

El sonrió.

–No, creo que no.

Esa tarde, Sean MacAllister fue a la pensión para presentarse a Charles Cohn.

–Me enteré de que estaba usted en la ciudad y he venido a darle la bienvenida a Glace Bay -dijo-. Me llamo Sean MacAllister. Soy dueño del banco local. Permítame decirle que hace mal en hospedarse en mi pensión. Debería hacerlo en mi hotel, que es mucho más cómodo.

–No había habitaciones libres -explicó el señor Cohn.

—Sólo porque no sabíamos quién era usted.

El señor Cohn sonrió y dijo:

—¿Quién soy?

—No es necesario que nos andemos con rodeos, señor Cohn. Todo se sabe. Tengo entendido que está interesado en alquilar un edificio que se habría de construir en un solar de mi propiedad.

—¿Qué solar es éste?

—El de Main y Commercial. Es un sitio estupendo, ¿verdad? No creo que tengamos problemas para cerrar un trato.

—Ya he cerrado trato con otra persona.

MacAllister se echó a reír.

—¿Con Lara? Es bonita, la pequeña, ¿verdad? ¿Por qué no me acompaña al banco para que redactemos un contrato?

—Me parece que no me ha entendido, señor MacAllister. Le he dicho que ya he cerrado trato.

—Creo que es usted el que no entiende, señor Cohn. Lara no es propietaria de esa tierra. Es mía.

—Pero ella está tratando de comprársela, ¿no?

—Sí. Pero yo no estoy obligado a vendérsela.

—Ni yo estoy obligado a utilizar esa parcela. He visto otras tres que me servirían perfectamente. Gracias por venir a verme.

Sean MacAllister se lo quedó mirando.

—Entonces, ¿va en serio?

—Muy en serio. Nunca cierro un trato que no sea *kosher*, y nunca falto a mi palabra.

—Pero Lara no sabe nada de construcción. Ella...

—Piensa buscar gente que sepa. Naturalmente, nos reservaremos el derecho a la aprobación final.

El banquero reflexionó unos instantes.

—Tengo entendido que Continental Supplies piensa firmar un contrato de alquiler por diez años.

—Correcto.

—Comprendo. Bien, dadas las circunstancias, voy a... Permítame pensarlo.

OceanofPDF.com

Cuando Lara llegó a la pensión, Charles Cohn le relató su conversación con el banquero. La muchacha parecía preocupada.

—¿Es decir que el señor MacAllister, a mis espaldas...?

—No te aflijas -la tranquilizó Cohn-. Cerrará trato contigo.

—¿De veras?

—Es banquero. Su trabajo es ganar dinero.

—¿Y usted? ¿Por qué hace esto por mí? — preguntó Lara.

Él se había hecho la misma pregunta. *Porque eres patéticamente joven,* pensó. *Porque en esta ciudad estás fuera de lugar. Porque me gustaría tener una hija como tú.*

Pero no dijo nada de todo eso.

—No tengo nada que perder, Lara. He hallado algunas otras parcelas que me servirían igualmente. Si puedes adquirir ese solar, me gustaría hacerte el favor. A mi empresa le da igual con quién cerremos trato. Si consigues tu préstamo y tu constructor me parece aceptable, haremos negocio.

Lara se llenó de regocijo.

—Yo... no sé cómo agradeceréelo. Iré a ver al señor MacAllister

—Yo en tu lugar no lo haría -le aconsejó Cohn-. Deja que sea quien venga a ti.

La muchacha puso cara de preocupación.

–Pero ¿y si no lo hace...?

Cohn sonrió.

Lo hará. – Le entregó un contrato impreso-. Aquí está el de alquiler compromiso de alquiler por diez años. Ya lo sabes, sólo tendrá validez si el edificio satisface todos nuestros requisitos. – Le dio una serie de planos-. Éstas son nuestras especificaciones. Lara pasó la noche estudiando los dibujos e instrucciones.

A la mañana siguiente Sean MacAllister la llamó por teléfono.

–¿Puedes venir a verme, Lara?

El corazón de la muchacha palpitaba con fuerza.

En quince minutos estaré allí.

Lo encontró esperándola.

–He estado pensando en lo que conversamos -dijo MacAllister -Necesitaría un acuerdo escrito del señor Cohn comprometiéndose a alquilar el edificio por diez años.

–Ya lo tengo -dijo Lara. Abrió su bolso y sacó el contrato.

Sean MacAllister lo examinó con atención.

–Parece estar en orden.

–Entonces, ¿cerramos el trato? – preguntó Lara, conteniendo el aliento.

MacAllister meneó la cabeza.

No.

–Pero yo creía...

Los dedos del banquero tamborileaban en el escritorio, inquietos.

–A decir verdad, Lara, no tengo ninguna prisa por vender esa parcela. Cuanto más tiempo la retenga, más aumentará su precio.

Lara lo miró sin comprender.

–Pero usted...

–Tu solicitud es muy poco común. No tienes experiencia alguna, debería tener motivos muy especiales para hacerte ese préstamo.

–No comprenden... ¿Qué tipo de motivos?

–Digamos... un pequeño incentivo. Dime, Lara, ¿has tenido algún amante? La pregunta la tomó completamente por sorpresa.,

–Yo... no. – La muchacha sentía que el trato se le escapaba de las manos- ¿Pero eso qué tiene que ver con...?

MacAllister se inclinó hacia adelante.

–Te hablaré francamente, Lara. Me pareces muy atractiva. Me gustaría acostarme contigo. *Quid pro quo*. Eso significa.

–Ya sé lo que significa. – La cara de la muchacha se había vuelto de piedra.

–Piénsalo de este modo: ésta es tu oportunidad de llegar a algo en la vida, ¿no es cierto? De poseer algo, de ser alguien. De demostrar que no eres como tu padre.

A Lara le daba vueltas la cabeza.

–Difícilmente volverás a tener otra posibilidad como esta, Lara. Tal vez necesites algún tiempo para pensarlo y...

–No. – Su voz sonó a hueco-. Puedo responderle ahora mismo -Apretó los brazos contra el cuerpo para no temblar. De su próximas palabras dependía todo su futuro, su vida misma. – Me acostaré con usted.

OceanofPDF.com

MacAllister, muy sonriente, se levantó para acercarse a ella, extendiendo los brazos regordetes.

–Ahora no -dijo Lara-. Después de firmar el contrato.

Al día siguiente, Sean MacAllister entregó a Lara un contrato por el préstamo bancario.

–Es muy simple, querida. Se trata de un préstamo de doscientos mil dólares por diez años, al ocho por ciento. – Le dio una estilográfica-. Puedes firmar aquí, en la última página.

–Si no le molesta, prefiero leerlo antes. – Lara consulto su reloj. Pero ahora no tengo tiempo. ¿Puedo llevármelo? Se lo traeré mañana.

Sean MacAllister se encogió de hombros.

–Como quieras. – Bajó la voz- Con respecto a nuestra pequeña cita, el sábado próximo debo ir a Halifax. Se me ocurrió que podrías acompañarme.

Lara miró aquella sonrisa lasciva y sintió que se le revolvía el estómago.

–De acuerdo -respondió en un susurro.

–Bien. Firma el contrato, tráelo y el trato estará cerrado. – Pensó por un momento-. Vas a necesitar una buena empresa constructora. ¿Conoces la Nova Scotia?

A Lara se le iluminó el rostro.

—Sí. Conozco a Buzz Steele, el aparejador.

El hombre había levantado algunos de los edificios más grandes en Glace Bay.

Es una buena constructora. Te la recomiendo.

—Mañana hablaré con Buzz.

Esa noche Lara le mostró el contrato a Charles Cohn. No se atrevió a hablarle del trato privado que había hecho con MacAllister; le daba demasiada vergüenza. Cohn leyó el contrato con atención. Al terminar se lo devolvió.

—Te aconsejaría que no firmaras esto.

Ella se quedó horrorizada.

—¿Por qué?

—Contiene dos trampas. Hay una cláusula según la cual el edificio debe estar terminado el día treinta y uno de diciembre; de lo contrario la propiedad vuelve al banco. Y el edificio no puede costar más de ciento setenta mil dólares. En otras palabras, el edificio pertenece a MacAllister y mi empresa se lo alquilará a él. Tú pierdes el acuerdo y aún estás obligada a devolver el préstamo con intereses. Dile que cambie eso.

En los oídos de Lara aún resonaban las palabras de MacAllister: No tengo

ninguna prisa por vender esa parcela. Cuanto más esperas crecerá su valor». Meneó la cabeza.

—No lo hará.

En ese caso estás haciendo una apuesta muy grande, Lara. Podrías quedar con las manos vacías y una deuda de cien mil dólares sin contar intereses.

—Pero si termino el edificio a tiempo...

—El riesgo es demasiado grande. Cuando se edifica se está a merced de mucha gente. No imaginas cuántas cosas pueden salir mal.

—En Sydney hay una empresa constructora muy buena. Han levantado muchos edificios por aquí. Conozco al aparejador. Hablare con él. Si dice que podemos terminar el edificio a tiempo, firmare.

Fue la desesperada ansiedad en la voz de Lara lo que indujo a Cohn a hacer a un lado sus dudas.

—Muy bien -dijo, finalmente-, habla con él.

Lara encontró a Buzz Steele caminando por los andamios de un edificio de cinco plantas que estaba levantando en Sydney. Era un hombre canoso y curtido, de cuarenta y tantos años. Saludo a la muchacha con calidez.

—Qué agradable sorpresa -dijo- ¿Cómo han dejado que una muchacha tan bonita salga de Glace Bay?

—Me escapé -respondió Lara-. Tengo un trabajo para usted señor Steele.

Él sonrió.

—De veras? ¿Vas a construir una casa de muñecas.

OceanofPDF.com

–No. – Lara sacó los planos que Charles Cohn le había dado.-Se trata de este edificio.

Buzz Steele lo estudió por un momento. Luego levanto la vista sorprendido.
– Es un trabajo bastante grande. ¿Qué tienes tú que ver con esto.

–El edificio será mío -respondió ella, con orgullo.

Steele silbó por lo bajo.

–Pues te felicito, tesoro.

–Pero existe un problema.

–¿Cuál?

–El edificio debe estar terminado el treinta y uno de diciembre.

–Faltan sólo diez meses.

–Lo sé. ¿Se puede hacer?

Steele estudió otra vez los planos. Lara vio que calculaba en silencio. Por fin él dijo:

–Podemos terminarlo para el treinta y uno de diciembre si comenzamos ahora mismo.

–Trato hecho.

Lara apenas pudo contenerse para no gritar. *Lo hice*, pensó. ¡*Lo hice!*

Se dieron la mano.

—Nunca he tenido un patrón tan bonito -bromeó Buzz Steele.

—Gracias. ¿Cuándo podemos comenzar?

—Mañana iré a Glace Bay para ver esa parcela. Vas a tener un edificio que será la envidia de todos.

Lara se fue como si tuviera alas.

Al llegar a Glace Bay dio la noticia a Charles Cohn.

—¿Estás segura de que la empresa es digna de confianza, Lara?

—Sí -le aseguró ella-. Han construido edificios aquí, en Sydney, en Halifax y...

Su entusiasmo era contagioso. Cohn sonrió.

Bien, pues parece que tenemos un negocio en marcha.

—¿Verdad que sí? — Lara estaba radiante. Entonces recordó el trato que había hecho con Sean MacAllister y se le borró la sonrisa.

«El sábado próximo tengo que ir a Halifax. Se me ocurrió que podrías acompañarme.» Faltaban sólo dos días para el sábado.

Lara firmó los contratos a la mañana siguiente. Cuando salió del edificio, Sean MacAllister la siguió con la mirada, muy satisfecho de sí. No tenía intenciones de permitir que aquella muchacha se quedara con el nuevo edificio. Tanta ingenuidad le parecía increíble. Claro que le prestaría el dinero, pero sería como prestárselo a sí mismo. Se imaginó haciendo el amor con ese maravilloso cuerpo joven y experimentar una erección.

Lara sólo había ido dos veces a Halifax. Comparada con Glace Bay era una ciudad bulliciosa, llena de automóviles y tiendas repletas de mercancías. Sean MacAllister la llevó a un motel, en las afueras de la ciudad. Después de aparcar le dio una palmadita en la rodilla.

—Espera aquí mientras firmo el registro, tesoro.

Lara esperó en el coche, presa del pánico. *Voy a venderme, pensó. Igual que una prostituta. Pero no tengo otra cosa que vender. Al menos él piensa que valgo doscientos mil dólares. Mi padre no vio doscientos dólares en toda su vida. Siempre fue demasiado...*

Se abrió la portezuela del coche. Allí estaba MacAllister, muy sonriente.

Todo arreglado. Vamos.

De pronto a Lara le costó respirar. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía que iba a escapársele del pecho. *Va a darme un ataque al corazón, pensó.*

—Lara... -MacAllister la miraba con aire extraño-. ¿Te encuentras bien?

No. Me estoy muriendo. Me llevarán al hospital y moriré allí, virgen.

—Perfectamente -respondió.

Bajó lentamente del coche y entró con MacAllister en una fea cabaña donde había una cama, dos sillas, un tocador maltrecho y un diminuto cuarto de baño.

OceanofPDF.com

Estaba atrapada en una pesadilla.

–Conque ésta es tu primera vez, ¿eh? – comentó MacAllister.

Ella pensó en los chicos de la escuela que la habían acariciado, que habían besado sus pechos y tratado de ponerle las manos entre la piernas.

–Sí.

–Bueno, no te pongas nerviosa. El sexo es lo más natural del mundo.

Lara observó a MacAllister, que empezaba a quitarse la ropa. Su cuerpo era regordete y fofo.

–Desvístete -ordenó él.

Con lentitud, Lara se quitó la blusa, la falda y los zapatos. Quedó en sostén y bragas.

MacAllister se quedó unos instantes admirándola, y luego se acercó a ella.

–Eres hermosa, pequeña, ¿lo sabías?

Ella sintió la dureza masculina apretada contra su cuerpo. Cuando MacAllister la besó en los labios, Lara sintió asco.

–Quítate el resto de la ropa -la instó él, acercándose a la cama para quitarse los calzoncillos. Tenía el pene duro y rojo.

Es imposible que eso entre dentro de mí, pensó Lara. Me matará.

–Date prisa.

Lara se quitó lentamente el sostén y las bragas.

–Dios, eres fantástica. Acércate.

Lara se sentó en el borde de la cama. MacAllister le estrujó los pechos con fuerza y ella gritó de dolor.

–Bonito, ¿no? Ya era hora de que te buscaras un hombre.

MacAllister la tendió de espaldas y le abrió las piernas. De pronto Lara sintió pánico.

–No estoy protegida -objetó-. Es decir... podría quedarme embarazada.

–No te preocupes -le prometió MacAllister-. Me correré fuera.

Un instante después, Lara sintió que la penetraba. Le dolía.

–¡Aguarde! – exclamó-. No...

MacAllister no podía esperar. Empujó dentro de ella y el dolor fue en aumento. Empezó a sacudirse, cada vez con más fuerza, y Lara se apretó la mano contra la boca para no gritar.

Pasará en un minuto, se dijo y yo seré dueña de un edificio. Después puedo levantar otro. Y otro más...

El dolor se estaba volviendo insoportable.

¡Mueve el culo! – exclamó MacAllister-. No te quedes así. ¡Muévelo!

Ella trató de moverse, pero era imposible. El dolor era demasiado fuerte.

De pronto, MacAllister soltó una exclamación y Lara sintió que todo se convulsionaba. Luego dejó escapar un suspiro de satisfacción y quedó laxo sobre ella.

La muchacha se horrorizó.

–Pero usted prometió que no...

Él se incorporó sobre los codos y dijo, muy serio:

–No he podido evitarlo, querida, porque eres muy hermosa. Pero no te preocupes. Si te quedas embarazada, conozco un médico que se encargará de todo. Lara giró la cabeza para no demostrar su asco. Luego rengueó hasta el baño, dolorida y sangrante. Mientras dejaba que el agua caliente de la ducha corriese por su cuerpo, pensó: *Ya pasó. Ya lo hice. La parcela es mía. Voy a ser rica.*

Ahora podría vestirse, volver a Glace Bay y comenzar con su edificio.

Cuando salió del cuarto de baño, Sean MacAllister dijo:

–Ven aquí, tesoro, me ha gustado tanto que vamos a hacerlo otra vez.

Capítulo Seis

Después de inspeccionar cinco edificios levantados por la empresa constructora Nova Scotia, Charles Cohn le había dicho a Lara. «Son de primera. No creo que tengas problemas».

hora los dos estaban con Buzz Steele inspeccionando la parcela

Es perfecta -dijo el aparejador-. Las medidas dan cuarenta mil quinientos diez metros cuadrados. De allí saldrá el edificio de dieciocho mil quinientos metros cuadrados que quieres.

¿Y estará terminado para el treinta y uno de diciembre? – preguntó Charles Cohn, que estaba decidido a proteger a Lara.

Antes -aseguró Steele-. Puedo prometerlo para Nochebuena.

ara estaba radiante.

¿Cuándo podemos comenzar?

Traeré mi equipo a mediados de la semana próxima, ¿de acuerdo?

John miró a Lara y asintió con la cabeza.

De acuerdo -respondió la muchacha, que no cabía en sí de alegría.

Ver cómo crecía el nuevo edificio era lo más excitante que Lara había

experimentado jamás. Acudía a la obra todos los días.

Quiero aprender -le dijo a Charles Cohn-. Para mí esto es sólo el principio. Voy a construir un centenar de edificios.

Cohn se preguntó si la muchacha sabría en qué se estaba metiendo.

Los primeros en pisar el solar fueron los agrimensores. Establecieron los bordes geométricos legales de la propiedad y clavaron mojones en cada esquina, pintados de colores fosforescentes para facilitar la identificación. El trabajo de agrimensura se terminó en dos días. A la mañana siguiente, muy temprano, llegó el bulldozer.

Allí estaba Lara, esperando.

—¿Y ahora? — le preguntó a Buzz Steele.

—Limpiamos y desmontamos.

Lara lo miró.

—¿Qué quiere decir eso?

—El bulldozer va a quitar todos los tocones y a nivelar un poco el terreno.

Luego llegó una excavadora para abrir las zanjas donde irían los cimientos, las tuberías y los desagües.

Para entonces todos los inquilinos estaban enterados de lo que ocurría; se convirtió en el principal tema de conversación durante el desayuno y la

cena. Todos apoyaban a Lara.

—¿Y ahora qué harán? — le preguntaban.

La muchacha, que se estaba convirtiendo en una experta, respondía:

—Esta mañana colocarán las tuberías subterráneas. Mañana comenzarán a levantar la estructura de madera y cemento para poder atar las barras de acero a la parrilla. — Sonrió—. ¿Se comprende lo que digo?

El paso siguiente fue verter el cemento; cuando los cimientos de cemento estuvieron secos, los carpinteros comenzaron a levantar las estructuras de madera. El ruido era horrendo, pero a Lara le sonaba a música. Todo se llenaba de rítmicos martillazos y gemido de sierras. Al cabo de dos semanas ya se erguían las paredes, perforadas por ventanas y puertas, como si el edificio se hubiera inflado súbitamente.

Para quienes pasaban por el sitio, el edificio era un laberinto de madera y acero; para Lara era otra cosa: su sueño hecho realidad.

Todos los días, por la mañana y por la tarde, iba al centro a contemplar la obra. *Yo soy la propietaria, pensaba. Esto me pertenece.*

Tras el episodio con MacAllister vivía aterrorizada ante la posibilidad de quedarse embarazada. Con sólo pensarlo se descomponía. Al llegar su periodo menstrual respiró aliviada. *Ahora sólo tengo que preocuparme por mi edificio.*

Continuaba cobrando los alquileres de Sean MacAllister porque necesitaba un sitio para vivir, pero tenía que reunir fuerzas para entrar en su despacho y enfrentarse a él.

En Halifax lo pasamos bien, ¿verdad, tesoro? ¿Por qué no lo repetimos?

—Estoy ocupada con mi edificio -decía Lara, con firmeza.

El ritmo de la construcción empezó a acelerarse; los equipos de láminas metálicas, los techistas y carpinteros trabajaban simultáneamente; el número de hombres, materiales y camiones se triplicaba.

Charles Cohn ya no estaba en Glace Bay, pero telefoneaba a Lara una vez por semana.

—¿Cómo marcha el edificio? — le había preguntado la última vez

—¡De maravilla! — fue la entusiasta respuesta.

—¿No hay retrasos?

–¡Qué va! Incluso vamos adelantados.

–Estupendo. Te confieso que no estaba del todo seguro de que pudieras hacerlo.

–Pero usted me dio una oportunidad. Gracias, Charles.

–Un favor por otro. No olvides que de no haber sido por ti, habría muerto de hambre.

De tanto en tanto Sean MacAllister visitaba la obra.

–Marcha bien, ¿verdad? – preguntaba.

–Sí -respondía Lara.

MacAllister parecía sinceramente complacido. Lara pensaba: *el señor Cohn se equivocó con respecto a él. No está tratando de aprovecharse.*

Hacia finales de noviembre el edificio progresaba rápidamente. Las ventanas y las puertas estaban en su sitio; los muros exterior terminados. La estructura estaba lista para aceptar la red de nervios y canales.

El primer lunes de diciembre, el ritmo de trabajo comenzó a aminorar. Una mañana, al llegar a la construcción, Lara encontró solo dos hombres, que parecían estar haciendo muy poca cosa.

–¿Dónde está el resto del equipo? – pregunto la muchacha.

–En otra obra -explicó uno de los hombres- Volverán mañana.

Al día siguiente no había nadie trabajando.

Lara tomó el autobús a Halifax para ver a Buzz Steele.

–¿Qué ocurre? – le preguntó- La obra está detenida.

–No hay por qué preocuparse -le aseguró Steele-. Tuvimos un pequeño aprieto en otro trabajo y he tenido que retirar momentáneamente a mis hombres.

–¿Cuándo volverán a trabajar?

–La semana próxima. Terminaremos a tiempo.

–Sabes lo mucho que esto representa para mí, Buzz.

–Desde luego, Lara.

–Si el edificio no está terminado a tiempo, lo perderé. Perderé todo.

–No te preocupes, pequeña. No dejaré que pase.

Lara se marchó con una sensación de intranquilidad.

A la semana siguiente los obreros aún no habían reaparecido. Volvió a Halifax para hablar con Steele.

–Lo siento -dijo la secretaria-. El señor Steele no está.

–Necesito hablar con él. ¿Cuándo vuelve?

Ha salido de la ciudad por un trabajo. No sé cuándo volverá.

Lara sintió las primeras punzadas de pánico.

—Es muy importante -insistió-. Está construyendo un edificio para mí. Tiene que estar terminado dentro de tres semanas.

—Yo no me preocuparía, señorita Cameron. Si el señor Steele le dijo que lo terminaría a tiempo, puede estar segura de que lo hará.

OceanofPDF.com

–Pero no hay nadie trabajando -dijo Lara, al borde de la desesperación.

–¿Quiere hablar con el señor Ericksen, su ayudante?

–Sí, por favor.

Ericksen era un gigante cordial, de anchos hombros. Irradiaba un aire reconfortante.

–Ya sé a qué viene usted -le dijo-. Buzz me encargó que le dijera que no hay de qué preocuparse. Hemos tenido que dejar momentáneamente su proyecto porque surgieron algunos problemas en ciertas construcciones grandes, pero al suyo sólo le faltan tres semanas.

–Aún queda mucho por hacer.

–No se preocupe. El lunes a primera hora nuestro equipo estará ahí lo aseguro.

–Gracias -dijo Lara, aliviada-. Discúlpeme por haberlo molestado estoy un poco nerviosa. Esto representa mucho para mí.

–No padezca usted, señorita Cameron -sonrió Ericksen-. Vaya a casa y descanse, que está en buenas manos.

El lunes por la mañana no había un solo obrero en la obra. Lara se puso frenética. Telefonó a Charles Cohn.

–Los hombres han dejado de trabajar y no puedo averiguar por qué -le dijo-

No hacen sino prometer lo que no cumplen.

—¿Cómo se llamaba la empresa? ¿Nova Scotia?

—Sí.

—Te llamaré más tarde -dijo Cohn.

Charles Cohn telefoneó al cabo de dos horas.

—¿Quién te recomendó la empresa Nova Scotia?

Lara hizo memoria.

—Sean MacAllister.

—No me sorprende. La empresa es de él.

La muchacha se sintió de pronto al borde del desmayo.

—¿Y él impide que los hombres terminen a tiempo...?

—Mucho me temo que sí.

—Oh, Dios mío.

—Ese hombre es una *nahash tzefa*, una serpiente venenosa.

Era demasiado bondadoso para recordarle que se lo había advertido. Sólo pudo agregar:

–Tal vez... tal vez pase algo.

Admiraba la entereza de espíritu y ambición de la joven tanto como despreciaba a Sean MacAllister. Pero no había nada que pudiera hacer.

Lara pasó la noche despierta, pensando en lo estúpida que había sido. El edificio que había levantado pertenecería ahora a Sean MacAllister, y ella tendría que trabajar por el resto de su vida para saldar esa deuda descomunal. Se estremecía al pensar cómo podía querer aquel maldito banquero que se la pagara.

Por la mañana fue a ver a Sean MacAllister.

–Buenos días, querida. Hoy estás encantadora.

Lara fue al grano.

–Necesito una prolongación del plazo. El edificio no estará listo el día treinta y uno.

MacAllister, ceñudo, se retrepó en su sillón.

–Pues es una noticia muy mala, Lara.

–Necesito un mes más. MacAllister suspiró.

–Temo que es imposible, querida. Firmaste un contrato, ¿lo recuerdas?

–Pero...

–Lo siento, Lara. El día treinta y uno la propiedad vuelve al banco.

Cuando los inquilinos de la pensión se enteraron de lo que estaba

ocurriendo, se pusieron furiosos.

–¡Maldito cabrón! – exclamó uno-. No puede hacerte eso.

–Pues ya lo ha hecho -dijo Lara, desesperada-. Se acabó.

–¿Y vamos a dejar que se salga con la suya? – preguntó otro.

–No, qué diablos. ¿Cuánto tiempo te queda? ¿Tres semanas? quiso saber un tercero.

OceanofPDF.com

Lara sacudió la cabeza.

–Menos. Dos y media.

El hombre se volvió hacia los otros.

–Vamos a echar un vistazo a ese edificio.

–¿De qué serviría? – preguntó Lara.

–Eso ya lo veremos.

Pronto había seis inquilinos de pie frente a la construcción, estudiándola con cuidado.

–Las tuberías de agua no están instaladas -señaló uno.

–La electricidad tampoco -dijo otro.

De pie, temblando por el viento helado, discutieron lo que restaba por hacer. Uno se volvió hacia Lara.

Tu banquero es un tramposo. Ha dejado el edificio casi terminado. De ese modo no tendrá mucho que hacer cuando venza el plazo. – Se volvió hacia los otros-. Yo diría que esto se puede terminar en dos semanas y media.

Todos asintieron a coro. Lara quedó desconcertada.

–Pero ustedes no han comprendido. Los trabajadores no vendrán.

–Mira, pequeña, en la pensión tienes fontaneros, carpinteros y electricistas. Y nosotros contamos con muchos amigos en la ciudad que se encargarán del resto.

–Pero no tengo con qué pagarles -dijo Lara-. El señor MacAllister no me dará...

–Considéralo nuestro regalo de Navidad.

Lo que ocurrió después fue increíble. Pronto se supo en todo Glace Bay lo que estaba ocurriendo. Los trabajadores de otras obras acudieron a echar un vistazo a la propiedad de Lara. Algunos iban por afecto hacia la muchacha: otros porque habían tratado con Sean MacAllister y lo odiaban. «Vamos a ajustarle las cuentas a ese hijo de puta», decían, y se acercaban a la salida de sus trabajos para echar una mano. Trabajaban hasta pasada la medianoche, incluidos sábados y domingos. Recomenzó el ruido de la construcción, llenando el aire de gozoso bullicio. Terminar a tiempo se convirtió en un desafío. Pronto la construcción hervía de carpinteros, electricistas y fontaneros, todos deseosos de ayudar. Cuando Sean MacAllister se enteró de lo que ocurría voló a la construcción.

Allí se detuvo, estupefacto.

–¿Qué ocurre aquí? – la increpó-. Esos obreros no son los míos.

–No, son los míos -lo desafió Lara-. El contrato no dice que no pueda emplear a mis propios hombres.

–Bueno, pero... -tartamudeó Sean MacAllister- Será mejor que el edificio respete lo especificado.

–Lo respetará -le aseguró Lara.

En la víspera de Fin de Año el edificio quedó terminado. Se erguía orgulloso contra el cielo, sólido y fuerte. Era lo más hermosos que Lara había visto jamás. Se quedó mirándolo fijamente, deslumbrada.

–Es, todo tuyo -le dijo uno de los trabajadores, orgulloso-. ¿No vamos a festejarlo?

Esa noche la ciudad entera celebró la construcción del edificio de Lara Cameron.

Y aquello fue sólo el principio.

A partir de entonces no hubo quién detuviese a Lara. La mente le desbordaba de ideas.

–Tus nuevos empleados van a necesitar alojamiento en Glace Bay -le dijo a Charles Cohn-. Me gustaría construir casas para ellos. ¿Te interesaría?

Él asintió.

–Mucho.

Lara visitó a un banquero de Sydney y consiguió un préstamo para financiar el nuevo proyecto, con su edificio como garantía.

Cuando las casas estuvieron terminadas, Lara dijo a Charles Cohn:

–¿Sabes qué otra cosa necesita esta ciudad, Charles? Cabañas para los turistas que vienen en verano. Conozco un lugar estupendo cerca de la bahía, donde podría construir...

Charles Cohn se convirtió en su asesor financiero extraoficial. En los tres años siguientes, Lara construyó un edificio de oficinas, seis cabañas en la costa y una galería comercial, todo ello con el dinero que le prestaban los bancos de Sydney y Halifax.

OceanofPDF.com

Dos años más tarde, al vender sus propiedades, Lara obtuvo un cheque por tres millones de dólares. Tenía veintiún años. Al día siguiente se despidió de Glace Bay y partió hacia Chicago.

Capítulo Siete

Chicago fue una revelación. Halifax era la ciudad más grande que Lara había visto, pero al lado de la gigante del Medio Oeste parecía un caserío. Chicago era una ciudad bulliciosa, activa y enérgica; todo el mundo parecía tener prisa por llegar a algún sitio importante.

Lara se inscribió en el Palmer House, del bulevar Michigan. Después de echar un vistazo a las elegantes mujeres que cruzaban el vestíbulo se avergonzó de sus ropas. *Para Glace Bay servían*, pensó. *Para Chicago no*. A la mañana siguiente entró en acción. Compró vestidos en Canes y Último, zapatos en Joseph's, ropa interior en Saks y Marshall Fields, joyas en Trabert y Hoeffler y un abrigo de visón en Ware. Cada vez que compraba algo oía la voz de su padre: «Pide algo al Ejército de Salvación». Antes de que terminase sus compras los armarios de su habitación estaban repletos de hermosa prendas.

Su siguiente paso fue buscar agentes inmobiliarios en las páginas amarillas

del listín telefónico. Eligió el que publicaba el anuncio más grande: Parker y Asociados. Llamó por teléfono y pidió hablar con el señor Parker.

—¿Quién lo llama?

—Lara Cameron.

Un momento después, una voz anuncio:

—Habla Bruce Parker. ¿En qué puedo servirle?

—Busco un solar donde se pueda construir un buen hotel -dijo Lara.

Al otro lado de la línea, la voz se tornó más cordial.

—Bueno, en eso somos expertos, señora Cameron.

—Señorita.

—Bien. ¿Ha pensado en alguna zona en especial?

—No. A decir verdad, no estoy familiarizada con Chicago.

—Eso no es problema. Podemos mostrarle algunas propiedades interesantes. Sólo para darme una idea de lo que busca, ¿con qué suma cuenta?

Con orgullo, Lara dijo:

—Tres millones de dólares.

Hubo un largo silencio.

—¿Tres millones de dólares?

—Sí.

—¿Y quiere construir un buen hotel?

—Sí.

Otro silencio.

—¿Le interesa construir o adquirir algo en las afueras, señorita Cameron?

—No, por supuesto -dijo Lara-. Lo que tengo pensado es exactamente lo contrario. Quiero construir un hotel lujoso en una zona bonita del centro.

¿Con tres millones de dólares? — Parker rió entre dientes-. Temo que no podremos ayudarla.

Gracias. — Lara colgó. Obviamente había llamado a una agencia inadecuada. Volvió a las páginas amarillas e hizo seis llamadas más. Al caer la noche se vio obligada a afrontar la realidad. Ninguno de los agentes tenía interés en buscar un buen lugar para que ella pudiese construir un hotel con un pago inicial de tres millones de dólares. Le habían dado varias sugerencias, pero todo se reducía a lo mismo: un hotel en las afueras.

Jamás, se dijo Lara. Antes que eso prefiero volverme a Glace Bay.

Llevaba meses soñando con el hotel que deseaba construir; en su mente ya era una realidad: bello, vivido, tridimensional. Su proyecto era convertir el hotel en un verdadero hogar lejos de casa. Tendría principalmente suítes, cada una con sala y antecámara, con una chimenea en cada habitación, amuebladas con sofás cómodos, sillones de cola. Habría dos dormitorios grandes y una terraza exterior a lo largo de todo el apartamento. Tendrían jacuzzi y bar. Lara sabía exactamente lo que deseaba. El problema era cómo conseguirlo.

Entró en una imprenta de la calle Lake.

—Quiero hacer imprimir cien tarjetas de visita, por favor.

—Muy bien. ¿Con qué texto?

—«Señorita Lara Cameron», y, al pie, «Construcción de Inmuebles;

—Sí, señorita Cameron. Estarán listas dentro de dos días.

—No. Las quiero esta tarde, por favor.

El paso siguiente fue familiarizarse con la ciudad.

Lara caminó por el bulevar Michigan y por las calles State y La Salle; se paseó por Lakeshore Drive y visitó el parque Lincoln, con su zoológico, su campo de golf y su lago. Conoció el Merchandise Mart y fue a Kroch's y Brentano's a comprar libros sobre Chicago. Leyó acerca de los famosos que habían establecido su hogar en la ciudad: Cari Sandburg, Theodore Dreiser, Frank Lloyd Wright, Louis Sullivan, Saul Bellow. Leyó sobre las familias

pioneras de Chicago; las de John Baird y Gaylord Donnelley, Marshall Field y Potter Palmer, los Walgreen; pasó ante las casas que ocupaban en Lakeshore Lui. Drive y en la suburbana Lake Forest. Visitó la parte sur y se sintió como en su casa, debido al gran número de grupos étnicos: suecos polacos, irlandeses, lituanos. Eso le recordaba a Glace Bay.

Volvió a las calles en busca de edificios que tuvieran de «Se vende»; pidió ver a los agentes encargados de la operación.

—¿Cuánto cuesta ese edificio?

—Sesenta millones de dólares...

—Ochenta millones...

—Cien millones...

Sus tres millones de dólares eran cada vez más insignificantes. Sentada en su habitación del hotel, estudió alternativas. Podía ir a uno de los arrabales e instalar allí un pequeño hotel o volver a su casa. Ninguna de esas opciones la atraía.

Tengo demasiado en juego como para renunciar, pensaba.

A la mañana siguiente entró en un banco de la calle La Salle, se acercó a un empleado, le entregó su tarjeta y dijo:

—Quisiera hablar con el vicepresidente, por favor. Al cabo de cinco minutos

estaba en el despacho de Tom Peterson, hombre maduro, flácido y con un tic nervioso, que estudiaba atentamente su tarjeta.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Cameron?

—Pienso construir un hotel en Chicago. Necesito un préstamo. El le dedicó una sonrisa simpática.

—Para eso estamos aquí. ¿Qué tipo de hotel piensa construir?

—Uno lujoso, en una zona elegante.

—Parece interesante.

—Debo decirle que sólo tengo tres millones para invertir y...

Él sonrió.

—Eso no es problema.

Lara sintió un cosquilleo de entusiasmo.

—¿De veras?

—Con tres millones se puede hacer mucho, si se sabe cómo emplearlos. — Consultó su reloj—. Ahora tengo otro compromiso. ¿No podríamos cenar juntos para hablar de eso? ´

—Encantada -respondió Lara.

—¿Dónde se hospeda usted?

—En el Palmer House.

—¿Le parece bien que pase a buscarla a las ocho?

Lara se puso de pie.

—Muchísimas gracias. Hablar con usted me ha hecho mucho bien.
Francamente, empezaba a desalentarme.

OceanofPDF.com

–Tranquilícese -dijo él-. Yo me encargaré de usted.

A las ocho en punto, Tom Peterson pasó a recoger a Lara y la llevó a Henrici's. En cuanto estuvieron sentados le dijo:

–Me alegro de que hayas ido a verme. Podemos ayudarnos mutuamente. Sí. En esta ciudad hay muchos traseros, pero ninguno tan bonito como el tuyo, encanto. Puedes abrir un prostíbulo de lujo y atender a una clientela exclu...

Lara se quedó petrificada.

–¿Cómo ha dicho?

–Si consigues a cinco o seis chicas...

Lara se puso de pie y se marchó.

Al día siguiente, Lara visitó otros tres bancos. El gerente del primero, una vez enterado de sus planes, le dijo:

–Voy a darle el mejor consejo que pueda recibir: olvídense del asunto. El negocio de la construcción es cosa de hombres. En él no hay sitio para una mujer.

¿Por qué? – preguntó Lara, inexpresiva.

–Porque hay que tratar con un montón de bestias machistas. Acabarían con usted.

–En Glace Bay nadie acabó conmigo.

Él se inclinó hacia adelante.

–Voy a revelarles un pequeño secreto. Chicago no es Glace Bay.

El gerente del segundo banco le dijo:

–Sería un placer ayudarla, señorita Cameron. Desde luego, lo que usted tiene pensado es imposible. Pero le sugeriría que nos trajera su dinero para que nosotros se lo invirtiéramos...

Lara abandonó la oficina antes de que él pudiese terminar la frase.

En el tercer banco la hicieron pasar a la oficina de Bob Vance, un hombre canoso, de apariencia agradable, con todo el aspecto de un auténtico presidente de banco. Lo acompañaba un hombre pálido y delgado, de pelo pajizo, que aparentaba unos treinta y dos años; vestía un traje arrugado y parecía completamente fuera de lugar.

–Le presento a Howard Keller, señorita Cameron; uno de nuestros subgerentes.

–Mucho gusto.

–¿Qué puedo hacer por usted? – preguntó Bob Vance.

–Tengo interés en construir un hotel aquí, en Chicago, y estoy buscando

financiación.

Bob Vance sonrió.

Ha venido al sitio adecuado. ¿Ha pensado en algún lugar?

Una zona que no esté lejos del distrito comercial y del bulevar Michigan.

Excelente.

Lara le habló de su hotel de lujo.

—Parece interesante -dijo Vance-. ¿Con cuánto dinero cuenta?

—Con tres millones de dólares. Quiero pedir un préstamo por el resto.

Hubo una pausa cavilosa.

—Temo que no puedo ayudarla. Su problema es que tiene muchas ideas y poco dinero. Ahora bien, si quiere que nos ocupemos de invertir...

—No, gracias -dijo Lara-. De todos modos, le agradezco que me haya atendido. Buenas tardes, caballeros.

Salió del despacho furiosa. En Glace Bay tres millones de dólares eran una fortuna. Allí la gente parecía pensar que no eran nada.

Cuando Lara salió a la calle, oyó que alguien la llamaba.

—¡Señorita Cameron!

Lara se volvió. Era Howard Keller, el hombre que acababan de presentarle.

— ¿Sí?

—Me gustaría hablar con usted. ¿Podemos tomar un café?

Lara se puso rígida. *Chicago está lleno de maníacos sexuales*, pensó.

—Hay una buena cafetería a la vuelta de la esquina.

La muchacha se encogió de hombros.

Muy bien.

OceanofPDF.com

Una vez pedido el café, Howard Keller dijo:

–Si no le molesta que me entrometa, me gustaría darle algunos consejos.

Lara lo observaba con desconfianza.

–Adelante.

–En primer lugar, ha encarado mal este asunto.

–¿Cree que mi idea no dará resultado?

–Por el contrario. Estoy convencido de que ese hotel de lujo es una gran idea.

Lara se sorprendió.

–¿Entonces...?

En Chicago hace falta un hotel de ese tipo, pero no creo que deba construirlo.

–¿Qué quiere decir?

–Le sugiero que busque un hotel viejo, bien ubicado, y lo rehabilite. Hoteles como esos hay muchos, y puede comprarlos por poco dinero. Sus tres millones de dólares bastarían para la paga y señal. Luego podría conseguir un préstamo bancario para remodelarlo y convertirlo en el hotel de lujo. Lara se quedó pensando. Tenía razón. Era la mejor táctica.

—Pero hay algo más -continuó él-. Ningún banco tendrá interés en financiar su proyecto a menos que se presente con un arquitecto y un constructor responsables. Querrán ver el proyecto completo.

Lara recordó por un instante a Buzz Steele.

—Comprendo. ¿Puede usted recomendarme a un arquitecto y un constructor?

Howard Keller sonrió.

—Conozco a unos cuantos.

—Gracias por su consejo, señor Keller -dijo Lara-. Si encuentro algo adecuado ¿puedo consultarlo con usted?

—Cuando guste. Buena suerte.

Lara esperaba oírle decir algo como «¿Por qué no lo conversamos en mi apartamento?». Pero Howard Keller se limitó a preguntarle.

—¿Quiere más café, señorita Cameron?

Lara volvió a recorrer las calles del centro, pero esta vez en busca de algo diferente. En la calle Delaware, a pocas manzanas del bulevar Michigan, pasó junto a un viejo hotel anterior a la guerra. El letrero decía: «Hotel

Congress Inn». Lara iba a pasar de largo pero se detuvo súbitamente. Miró con más atención. La fachada de ladrillos estaba tan sucia que costaba distinguir el color original. Tenía ocho plantas. Se volvió para entrar en el vestíbulo. El interior era aún peor. Un empleado, vestido con téjanos y un

jersey raído, estaba sacando a empujones a un vagabundo. La recepción parecía la taquilla de un cine. En un extremo se elevaba una escalera hacia salas que en otros tiempos habían sido para reuniones, convertidas ahora en oficinas de alquiler. En el entresuelo se veía una agencia de turismo, un servicio de entradas para teatro y una agencia de colocación.

El empleado volvió a su escritorio.

—¿Quiere una habitación?

—No. Quiero saber si...

La interrumpió una joven muy maquillada, que vestía una falda extremadamente corta e iba acompañada por un hombre de cierta edad.

—Dame una llave, Mike.

El empleado le entregó una llave. Lara vio que la pareja se dirigía hacia el ascensor.

—¿En qué puedo serle útil? — preguntó el empleado.

—Me interesa este hotel. ¿Está en venta?

—Supongo que todo está en venta. ¿Su padre se dedica a bienes raíces?

—No -respondió Lara-. La que se dedica soy yo.

El hombre la miró, sorprendido.

—En ese caso tiene que hablar con uno de los hermanos Diamond. Son dueños de una cadena de tugurios como éste.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

El empleado le dio una dirección en la calle State.

—¿Le molesta si echo un vistazo?

Él se encogió de hombros.

—Como guste. — Sonrió de oreja a oreja-. Quién sabe. A lo mejor usted termina siendo mi jefa.

No, si puedo evitarlo, pensó Lara.

OceanofPDF.com

Caminó por el vestíbulo, examinándolo con atención. La entrada estaba flanqueada por viejas columnas de mármol. Siguiendo una corazonada, Lara levantó una esquina de la alfombra, gastada y sucia. Debajo de ella, el suelo era de mármol, pero había perdido todo su brillo. Subió al entresuelo. El empapelado de la pared, color mostaza se estaba desprendiendo. Tiró de una punta y debajo encontró el mismo mármol. Lara se iba entusiasmando más y más. La barandilla de la escalinata estaba pintada de negro. Lara se volvió para asegurarse de que el empleado no la observaba y, sacando la llave del Palmer House, raspó parte de la pintura. Encontró lo que esperaba: una sólida barandilla de bronce. Luego se acercó a los ascensores pintados de negro; al raspar encontró más bronce.

Volvió a reunirse con el empleado, tratando de disimular su entusiasmo.

—¿Podría ver alguna de las habitaciones?

—El se encogió de hombros.

—Como quiera. — Le entregó una llave—. La 410.

—Gracias.

Lara subió al ascensor. Era lento y anticuado. *Lo haré remodelar* pensó, y *dentro pondré paneles de cedro.*

En su mente ya estaba modificando el hotel.

La habitación 410 estaba prácticamente en ruinas, pero sus posibilidades eran evidentes a primera vista. El ambiente era muy amplio, con instalaciones anticuadas y muebles de mal gusto. El corazón de Lara

empezó a latir más deprisa. *Es perfecto*, pensó.

Bajó la escalera. Era antigua y olía a mohó. Las alfombras estaban raídas, pero cubrían el mismo suelo de mármol.

Devolvió la llave al recepcionista.

—¿Ha encontrado lo que deseaba?

—Sí. Gracias.

El le sonrió.

—¿Está segura de que quiere comprar esto?

—Segura -confirmó Lara-. Voy a comprarlo.

—Estupendo.

Se abrió la puerta del ascensor y salió la joven prostituta con el anciano caliente. Entregó al empleado la llave y algún dinero.

—Gracias, Mike.

—De nada, Debbie -replicó Mike. Se volvió hacia Lara-. ¿Piensa volver?

—Oh, sí -le aseguró ella-. Pienso volver.

Del hotel se dirigió directamente a la Oficina Catastral y pidió los registros

de la propiedad que le interesaba. A cambio de diez dólares le entregaron la carpeta del hotel Congressional. Los hermanos Diamond lo habían comprado cinco años atrás, por seis millones de dólares.

La oficina de los hermanos Diamond estaba en un viejo edificio en la esquina de State y Lake. Al entrar Lara, la saludó una recepcionista oriental con minifalda roja.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero ver al señor Diamond.

—¿A cuál de ellos?

—A cualquiera.

—La pondré en contacto con John.

Cogió el teléfono y dijo:

—Una señorita quiere verlo, John. — Escuchó un momento y levantó la vista hacia Lara—. ¿Por qué asunto es?

—Quiero comprar uno de sus hoteles.

La muchacha habló otra vez por teléfono.

—Dice que quiere comprar uno de los hoteles. Bien. — Colgó el auricular—. Puede usted pasar.

John Diamond era un hombre maduro, corpulento y velludo; tenía aspecto de haber jugado mucho al fútbol americano. Vestía camisa de manga corta y fumaba un gran cigarro. Al entrar Lara alzó vista.

—Me ha dicho mi secretaria que quiere usted comprar uno de mis edificios.

– La miró por un momento-. Me parece que ni siquiera está usted edad para votar.

–Le aseguro que la tengo, señor Diamond -lo tranquilizó Lara. Y también para comprar uno de sus edificios.

–¿Sí? ¿Cuál?

–El hotel Cong essi nal.

OceanofPDF.com

–¿Qué?

–Eso es lo que dice el letrero. Supongo que el nombre original debe de haber sido Congressional.

–Ah, sí.

–¿Está en venta?

El hombre meneó la cabeza.

Cristo, no lo sé. Es una de nuestras minas de oro. No estoy seguro de que podamos deshacernos de él.

–Pues ya lo han deshecho. Se está cayendo a pedazos.

–¿Sí? ¿Y para qué diablos lo quiere?

–Para arreglarlo un poco. Desde luego, lo quiero desocupado.

–No hay problema. Nuestros pasajeros se registran por semana.

–¿Cuántas habitaciones tiene?

–Ciento veinticinco. La superficie cubierta es de nueve mil metros cuadrados.

Demasiadas habitaciones, pensó Lara. Pero si las combino para crear apartamentos me quedarán entre sesenta y setenta y cinco unidades. Podría funcionar.

Era hora de discutir el precio.

–Si yo decidiera comprar el edificio, ¿cuánto pediría usted por él?

–Si yo decidiera vender el edificio, pediría diez millones de dólares, con un pago inicial de seis millones -respondió Diamond.

Lara meneó la cabeza.

–Yo ofreceré...

–Punto. Sin discusiones.

Lara calculó mentalmente el costo de la rehabilitación. Serían aproximadamente doscientos cincuenta dólares por metro cuadrado. Ocho millones de dólares, más muebles, instalaciones y equipo. La mente de la muchacha calculaba furiosamente. Estaba segura de conseguir un préstamo bancario, el problema era que necesitaba seis millones de dólares al contado y no tenía más que tres. Diamond pedía demasiado por el hotel, pero ella lo quería. Lo quería como nunca había querido nada en su vida.

–Hagamos un trato -dijo.

–Adelante.

–Le daré lo que pide.

–Muy bien -dijo Diamond, con una sonrisa.

–Pero el pago inicial será de tres millones en efectivo.

Él meneó la cabeza.

–Imposible. Necesito seis millones.

–Los tendrá.

–¿Sí? ¿De dónde saldrán los otros tres?

–De usted.

–¿Qué?

–Va a darme una segunda hipoteca por tres millones.

–¿Quiere pedirme dinero prestado para comprar mi propio edificio?

Era lo mismo que le había preguntado Sean MacAllister en Glace Bay.

–Considérelo de este modo: en realidad, no hará sino prestarse el dinero a sí mismo. Será el dueño del edificio hasta que yo acabe de pagarlo. No arriesga nada.

Después de pensarlo, el hombre sonrió:

–Señorita, acaba usted de comprar un hotel.

Howard Keller ocupaba en el banco un cubículo con su nombre en la puerta. Lara lo vio más desaliñado que nunca.

–No esperaba volver a verla tan pronto.

–Usted me dijo que viniese cuando consiguiera un hotel. Pues ya lo he

conseguido.

Keller se retrepó en su silla.

–Cuénteme.

–Encontré un viejo hotel llamado Congressional, en la calle Delaware, a pocas manzanas del bulevar Michigan. Está sucio y medio destruido. Quiero comprarlo para convertirlo en el mejor hotel de Chicago.

–Hábleme del trato.

Lara le dio los datos. Keller se quedó pensando.

–Vamos a proponérselo a Bob Vance.

Bob Vance escuchó y tomó algunas notas.

Tal vez -dijo-. Pero... -Miró a Lara-. ¿Tiene usted experiencia en administración de hoteles, señorita Cameron?

OceanofPDF.com

Lara pensó en todos los años que había pasado en la pensión de Glace Bay, haciendo camas, fregando suelos, lavando sábanas y platos, tratando de mantener contentos a todos y conservar la paz.

—He llevado una pensión llena de mineros y leñadores. Un hotel será coser y cantar.

—Me gustaría echar un vistazo a la propiedad, Bob -dijo Howard Keller.

El entusiasmo de Lara era irresistible. Mientras recorrían las sucias habitaciones, Howard Keller observaba su expresión y lo veía todo por los ojos de ella.

—Éste será un hermoso apartamento con sauna incluida -decía Lara entusiasmada-. Aquí estará el hogar; en ese rincón, el piano de cola. — Empezó a pasearse de un lado a otro-. Cuando llegan a Chicago viajeros adinerados se hospedan en los mejores hoteles, pero son todos iguales: habitaciones frías, sin personalidad. Si les ofrecemos algo como esto, aunque cueste un poco más, no dudo que lo preferirán. Éste será, realmente, un hogar lejos del hogar.

—Estoy impresionado -reconoció Howard Keller.

Lara se volvió hacia él.

—¿Cree usted que el banco me prestará el dinero? — preguntó, ansiosa.

—Vamos a averiguarlo.

Treinta minutos más tarde Howard Keller hablaba con Vance sobre el proyecto de Lara.

—¿Qué opinas? — preguntó Vance.

—Me parece que esa mujer tiene una buena idea. Me gusta lo del hotel de lujo.

—A mí también. El problema es que es demasiado joven y no tiene experiencia, y nosotros no estamos aquí para apostar por nadie.

La siguiente media hora se la pasaron discutiendo costos y calculando utilidades.

—Creo que deberíamos aceptar -dijo Keller, por fin-. No debemos perder. — Sonrió-. En el peor de los casos, tú y yo podemos instalarnos en el hotel.

Howard Keller telefoneó a Lara al Palmer House.

—El banco ha aprobado su préstamo.

Lara lanzó un grito de alegría.

—¿De veras? ¿Qué maravilla! Gracias, gracias.

—Tenemos que conversar de algunas cosas -dijo él-. ¿Tiene algún compromiso para la hora de cenar?

–Ninguno.

–Perfecto. Pasaré a buscarla a las siete y media.

Cenaron en el Imperial House. Lara estaba tan excitada que apenas probó la comida.

–No sabe usted lo emocionada que estoy, Howard -dijo-. Va a ser el hotel más hermoso de Chicago.

–Tranquila -dijo Keller-. Todavía hay mucho camino por recorrer. – Vacilaba-. ¿Puedo hablarle con franqueza, señorita Cameron?

–Lara.

–Lara...Usted no tiene antecedentes.

–En Glace Bay.

–Esto no es Glace Bay

–En ese caso, ¿por qué el banco ha aceptado?

–No quiero que me malinterprete. No somos una institución benéfica. Lo peor que puede pasar es que el banco no gane ni pierda. Yo tengo una corazonada con respecto a usted. Creo que va a tener éxito. Creo que podría ser una buena relación comercial. Usted no piensa conformarse con este único hotel, ¿verdad?

–Por supuesto que no -respondió Lara.

–Lo imaginaba. Debo decirle que, cuando hacemos un préstamo, no acostumbramos a participar personalmente en el proyecto. Pero en este caso me gustaría brindarle toda la ayuda que sea necesaria.

OceanofPDF.com

Y Howard Keller tenía intenciones de establecer una relación mucho más personal. Desde el primer momento se había sentido atraído por Lara. Su entusiasmo y decisión lo cautivaban. Era una hermosa niña-mujer. Estaba desesperado por impresionarla.

Tal vez, se dijo, algún día pueda contarle cuán cerca estuve de la fama.

Capítulo Ocho

Era el último partido de la Serie Mundial y el estadio estaba atestado por treinta y ocho mil novecientos sesenta vociferantes fanáticos «Es el top de la novena y el marcador es Cubs uno, Yankees cero. Yankees van a batear, con dos outs. Las bases están cargadas con Tony Kubek en la primera, Whitey Ford en la segunda y Yogi Berra en la tercera.»

Cuando Mickey Mantle se acercó al plato, la multitud aulló. Mick había anotado. Trescientos cuatro en la temporada, incluidos cuarenta y dos homeruns.

Jack Brickhouse, el locutor de Wrigley Field, dijo con entusiasmo «Oh, oh... parece que van a cambiar de pitchers. Sacan a Moe Drabowsky Bob Scheffing, por los Cubs, están hablando con el árbitro. Veamos quién entra... ¡Es Howard Keller! Keller camina hacia el montículo del pitcher y la muchedumbre aúlla. Todo el peso de la Serie Mundial descansa sobre los hombros de este jovencito. ¿Podrá vencer al gran Mickey Mantle? ¡Lo sabremos en un momento! Keller está ahora en el montículo... mira las bases cargadas... aspira hondo y se prepara. Aquí está el pitch. Mantle echa el bate hacia atrás... ¡y falla! ¡Strike uno!».

El estadio quedó sumido en el silencio. Mantle avanzó un poco, sombrío, listo para batear. Howard Keller miró a los runners. La presión era enorme, pero se lo veía sereno y compuesto.

Se volvió hacia el catcher, esperó la señal y se preparó para otro pitch.

«¡Aquí va el pitch!», chilló el locutor. «Es la famosa pelota curva de Keller... Mantle batea y falla. ¡Strike dos! Si el joven Keller puede superar a Mick, los Cubs de Chicago ganarán la Serie Mundial. Estamos observando a David y Goliat, señoras y señores. El joven Keller lleva apenas un año jugando en las Grandes Ligas, pero en ese tiempo se ha creado una reputación envidiable. Mickey Mantle es Goliat. ¿Podrá Keller derrotarlo? Todo depende del próximo pitch...»

«Keller vuelve a mirar a los runners. Se prepara... ¡y lanza! Es la curva. Mantle se estira por encima del plato. ¡Strike tres!» El locutor no dejaba de gritar. «¡Mantle cogido por sorpresa. El poderoso Mick ha fallado, señoras y señores. El joven Howard Keller acaba de derrotar al gran Mickey Mantle. El partido ha terminado. La Serie Mundial pertenece a los Cubs de Chicago. ¡Los aficionados se han puesto de pie! ¡Enloquecen! En el campo, los compañeros de equipo corren hacia Howard Keller y lo alzan en hombros para cruzar el...»

—¿Qué es lo que estás haciendo, Howard?

—Los deberes, mamá. — Con aire culpable, el quinceañero Howard Keller apagó el televisor. De cualquier modo, el partido casi había terminado.

El béisbol era la pasión y la vida de Howard. Estaba seguro de que algún

día jugaría en las Grandes Ligas. A los seis años competía contra niños que lo doblaban en edad; a los doce comenzó a lanzar para un equipo de la Legión Americana. Cuando tenía quince, un hombre que buscaba jugadores para los Cubs oyó hablar de él.

—Nunca he visto nada parecido -dijo su informante-. Ese chico tiene una curva asombrosa, un *slider* endemoniado y un cambio increíble.

El delegado se mostró escéptico.

—Vale -dijo, a regañadientes-. Iré a echarle un vistazo.

Asistió al siguiente partido de la Legión Americana en que participó Howard Keller y se convenció de inmediato. Después del partido buscó al jovencito.

—¿Qué quieres hacer en tu vida, hijo?

OceanofPDF.com

–Jugar al béisbol -respondió Howard sin vacilar.

–Me alegro. Te vamos a contratar para nuestro equipo de la liga de novatos.

Howard no veía la hora de dar a sus padres la fantástica noticia.

Los Keller eran una familia unida y católica. Asistían a misa todas los domingos y cuidaban de que su hijo hiciera lo mismo. Howard Keller padre era vendedor de máquinas de escribir y viajaba mucho. Cuando estaba en casa dedicaba a su hijo todo el tiempo posible Howard tenía una buena relación con los dos. La madre no dejaba de asistir a todos los partidos en que jugaba su hijo y lo alentaba desde la tribuna. Le habían regalado el primer equipo de béisbol a los seis años. Era fanático de ese deporte. Tenía una memoria enciclopédica para las estadísticas de partidos que se habían jugado aún antes de que naciera. Conocía todos los datos de los *pitchers* triunfadores. Ganaba dinero apostando con sus compañeros de escuela que era capaz de nombrar a los primeros *pitchers* de cualquier formación.

–¿La de 1949? – le preguntaba uno.

–Eso es fácil -respondía Howard-. Newcombe, Roe y Branca por los Dodgers. Reynolds, Raschi, Byrne y Lopat por los Yankee

–Bien -lo desafiaba uno de sus compañeros de equipo, con Libro Guinness en la mano-. ¿Quién jugó más partidos consecutivos en la historia de las Grandes Ligas?

Howard Keller no vaciló siquiera.

–Lou Gehrig. Doscientos treinta.

–¿Quién posee el récord de *shut-outs*?

–Walter Johnson. Ciento trece.

–¿Quién hizo más homeruns en toda su carrera?

–Babe Ruth. Setecientos catorce.

Empezaban a circular rumores sobre la capacidad del bisonño jugador. Algunos profesionales venían a echar un vistazo al joven fenómeno que jugaba para el equipo juvenil de los Chicago Cubs. Quedaban atónitos. A los diecisiete años Keller ya tenía ofertas de los Cardinals de St. Louis, los Orioles de Baltimore y los Yankees Nueva York.

Su padre estaba orgulloso.

–Yo era igual -se jactaba-. De jovencito solía jugar al béisbol.

En el verano de su último año de instituto, Howard Keller trabajaba como empleado en el banco de uno de los patrocinadores de su equipo.

Por entonces salía con una bonita compañera de escuela llama Betty Quinlan. Estaba acordado que se casarían al terminar los estudios universitarios. Howard no hacía más que hablar de béisbol; ella, porque lo quería, escuchaba pacientemente. A Howard le encantaban las anécdotas de sus jugadores favoritos; cada vez que se enteraba de una nueva, corría a repetírsela a Betty: «Casey Stengel dijo: “El secreto para vivir tranquilo es mantener a los cinco tipos que te odian lejos de los cinco que todavía no se

han decidido a odiarte"». O: «Alguien le preguntó a Yogi Berra qué hora era y él dijo: "¿En este mismo instante?"». O: «Un jugador fue alcanzado en el hombro por una pelota y su compañero de equipo dijo: "No le ocurre nada. Sólo le duele un poco el hombro, pero el dolor no le hace mal a nadie"».

El joven Keller sabía que pronto se uniría al panteón de grandes jugadores. Pero los dioses tenían otros planes para él.

Un día, Howard llegó a su casa con Jesse, su mejor amigo, que jugaba con él en el mismo equipo. Lo esperaban dos cartas. Una le ofrecía una beca como beisbolista en la universidad de Princeton; la otra, una beca como beisbolista en la universidad de Harvard.

—¡Te felicito! — exclamó Jesse.

Lo decía sinceramente. Howard Keller era su ídolo.

—¿Cuál vas a aceptar? — preguntó el padre.

—¿Es necesario que vaya a la universidad? — preguntó Howard-. Podría ingresar ahora mismo en un equipo importante.

Su madre intervino con firmeza:

—Para eso tienes tiempo de sobra, hijo. Primero tienes que estudiar y conseguir un diploma. De ese modo, cuando ya no juegues al béisbol podrás dedicarte a otra cosa.

—Vale -aceptó Howard-. Harvard. Betty irá a Wallsley. Así estaremos cerca.

Betty Quinlan quedó encantada al conocer su decisión.

—¡Podremos vernos todos los fines de semana! — dijo.

Su amigo Jesse comentó:

—Pues te voy a echar mucho de menos.

La víspera del día en que Howard Keller debía partir hacia la universidad, su padre se fue de casa con la secretaria de un cliente. El joven quedó aturdido.

—¿Cómo ha podido hacer eso?

Su madre estaba destrozada.

—Debe... debe de estar pasando por una etapa -tartamudeó-. Tu... tu padre me ama mucho. Volverá. Ya verás.

Al día siguiente, la madre de Howard recibió una carta firmada por un abogado, quien le informaba que su cliente, Howard Keller padre, quería el divorcio y, como no tenía dinero para pagar pensión alimenticia, estaba dispuesto a permitir que su esposa se quedara con la pequeña casa.

Howard abrazó a su madre.

—No te preocupes, mamá. Me quedaré en casa para cuidar de ti.

—No. No quiero que dejes los estudios. Desde el día en que naciste tu padre

y yo planeamos que fueras a la universidad. – Y en voz baja, al cabo de un momento, agregó-: Hablaremos mañana. Este muy cansada.

Howard pasó la noche levantado, sopesando sus posibilidades. Podía ir a Harvard con una beca de beisbolista o aceptar uno de los ofrecimientos de las Grandes Ligas. De un modo u otro tenía que dejar sola a su madre. La decisión era difícil.

A la mañana siguiente, como su madre no se presentó a desayunar, Howard subió al dormitorio. La encontró sentada en la cama sin poder moverse, con la cara contraída hacia un costado. Había sufrido un ataque.

Como no tenía dinero para pagar la atención médica, Howard volvió a trabajar en el banco la jornada completa. Todas las tardes, a las cuatro, corría a su casa para cuidar de su madre.

El ataque había sido leve. El médico le aseguraba que se recuperaría con el tiempo: «Sufrió un golpe terrible, pero se repondrá».

Howard aún recibía llamadas de los equipos de las Grandes pero sabía que no era posible dejar sola a su madre. *Iré cuando ella mejore*, se prometía...

Los honorarios del médico seguían acumulándose.

Al principio hablaba con Betty Quinlan una vez por semana al cabo de algunos meses las llamadas se hicieron menos frecuentes.

La madre no parecía mejorar. Howard habló con el médico.

—¿Cuándo se repondrá?

—En casos como éste nunca se sabe, hijo. Podrían pasar meses o tal vez años enteros. Lamento no poder ser más preciso.

Terminó el año, comenzó otro. Howard aún vivía con su madre y trabajaba en el banco. Un día recibió una carta de Betty que le decía que se había enamorado de otro muchacho y le deseaba que su madre se repusiese. Las llamadas de las Grandes Ligas fueron raleando hasta cesar por completo. La vida de Howard se centraba en la atención de su madre. Hacía las compras y cocinaba, además de trabajar en el banco. Ya no pensaba en el béisbol. La supervivencia diaria era demasiado difícil.

Cuatro años más tarde, cuando su madre murió, Howard Keller no tenía interés por el béisbol. Se había convertido en banquero, no existía ninguna posibilidad de llegar a la fama.

OceanofPDF.com

Capítulo Nueve

Howard Keller estaba cenando con Lara.

—¿Por dónde empezamos? — preguntó Lara.

—Ante todo, debemos buscar al mejor equipo disponible. Comenzaremos con un abogado que se dedica a los bienes raíces; él redactará el contrato a firmar con los hermanos Diamond. Después buscaremos un arquitecto de primera. Ya he pensado en uno. A continuación debemos contratar una excelente empresa constructora. He hecho algunos cálculos. Los costos del proyecto sumarán alrededor de trescientos mil dólares por habitación. El costo del hotel será de unos siete millones de dólares. Si lo planificamos bien, resultará.

El arquitecto se llamaba Ted Tuttle. Cuando supo los planes de Lara dijo, con una gran sonrisa:

—Bendita sea. Estaba esperando que a alguien se le ocurriera una idea así.

Dos semanas después presentó sus dibujos. Todo era tal como Lara lo había soñado.

—Originariamente, el hotel tenía ciento veinticinco habitaciones -dijo el arquitecto-. Como verá, he reducido el número a setenta y cinco, tal como era su deseo.

En el dibujo había cincuenta apartamentos y veinticinco habitaciones de lujo.

–Es perfecto -dijo Lara.

Después le mostró los planos a Howard Keller, quien se mostró igualmente entusiasmado.

–Pongamos manos a la obra. Tengo una entrevista con un contratista llamado Steve Rice.

Steve Rice era uno de los principales contratistas de Chicago. A él le gustó de inmediato. Pertenecía a esa categoría de hombres rudos, prácticos y con los pies en la tierra.

–Me ha dicho Howard Keller que usted es el mejor -comentó Lara.

–Tiene razón -replicó Rice-. Nuestro lema es: «Construimos para la posteridad».

–Buen lema.

Rice sonrió.

–Acabo de inventarlo.

El primer paso consistió en dividir cada elemento en una serie de dibujos. Los dibujos eran enviados a los posibles subcontratistas: acerías, fabricantes de ladrillos, de ventanas, empresas de electricidad. En total participaban más de sesenta subcontratistas.

El día en que se firmó la escritura definitiva, Howard Keller se tomó la tarde libre para celebrarlo con Lara.

—¿No le molesta al banco que te tomes el día libre? — preguntó ella.

—No -mintió Keller-. Es parte de mi trabajo.

La verdad era que estaba disfrutando como no lo había hecho en años. Le encantaba estar con Lara, conversar con ella, contemplarla. Se preguntó qué pensaría del matrimonio.

Lara dijo:

—Esta mañana leí que la torre Sears está casi terminada. Son ciento diez pisos. El edificio más alto del mundo.

—Así es -dijo Keller.

OceanofPDF.com

Lara se puso muy seria.

—Algún día construiré uno más alto, Howard -dijo.

Y él le creyó.

Estaban almorzando con Steve Rice en el Whitehall.

—¿Cuál es el siguiente paso? — preguntó Lara.

—Verá -dijo Rice-. Primero vamos a limpiar el interior del edificio. Conservaremos el mármol. Retiraremos todas las ventanas y destriparemos los cuartos de baño. Sacaremos los conductores verticales para la nueva instalación eléctrica y renovaremos las tuberías. Cuando acabe la empresa de demolición estaremos listos para empezar a construir su hotel.

—¿Cuántas personas trabajarán en él?

Rice se echó a reír.

—Una muchedumbre, señorita Cameron. Habrá un equipo para las ventanas, otro para los cuartos de baño, otro para los pasillos. Trabajarán piso por piso, empezando desde el superior. El hotel va a tener dos restaurantes y servicio de habitación.

—¿Cuánto tiempo hará falta?

—Con equipamiento y muebles, unos dieciocho meses.

–Le daré una bonificación si lo termina en un año -le dijo

–Estupendo. El Congressional puede...

–Voy a cambiarle el nombre. Se llamará Cameron Palace.

Sólo por decir esas palabras, Lara sintió un estremecimiento de emoción casi sexual. Su nombre estaría en un edificio, a la vista de todos.

A las seis de una lluviosa mañana de septiembre, se inició la rehabilitación del hotel. Lara estaba allí, observando ansiosamente a los obreros que entraban en tropel al vestíbulo para empezar a desmantelarlo.

Se sorprendió al ver aparecer a Howard Keller.

–Te levantas temprano -dijo ella.

–No podía dormir -replicó él, con una sonrisa-. Tengo la corazonada de que esto es el comienzo de algo grande.

Doce meses después se inauguró el Cameron Palace, entre grandes elogios de las revistas especializadas.

En el *Chicago Tribune*, el crítico de arquitectura escribió: «Por fin Chicago tiene un hotel digno de su lema: "Su hogar lejos del hogar. Lara Cameron merece que no se la pierda de vista...».

Al terminar el primer mes, el hotel trabajaba al completo y una larga lista de espera.

Howard Keller se mostraba entusiasmado.

—A este paso -decía-, saldarás tus deudas en doce años. Estupendo. Tenemos...

—No basta -dijo Lara-. Voy a elevar los precios. — Al ver la expresión de Keller agregó-: No te preocupes. Lo pagarán. ¿Qué otro lugar les ofrece dos hogares, un sauna y un piano de cola?

A las dos semanas de inaugurado el Cameron Palace, Lara se reunió con Bob Vance y Howard Keller.

—He hallado otro buen lugar para un hotel -dijo-. Será como Cameron Palace, pero más grande y mejor.

Howard Keller sonrió.

—Iré a echarle un vistazo.

El sitio era perfecto, pero existía un problema.

—Llega usted tarde -le dijo el agente a Lara-. Esta mañana vino un constructor llamado Steve Murchison y me hizo una propuesta. Piensa comprarlo.

—¿Cuánto le ofreció?

—Tres millones.

—Yo le daré cuatro. Redacte los documentos.

El agente apenas parpadeó.

—De acuerdo.

A la tarde siguiente, Lara recibió una llamada telefónica.

—¿Lara Cameron?

—Sí. — Soy Steve Murchison. Por esta vez lo dejaré pasar, grandísima perra, porque no creo que sepas en qué te has metido. Pero en adelante no te interpongas en mi camino. Podría ocurrirte algo desagradable.

Y la comunicación se cortó.

OceanofPDF.com

Corría 1974 y en el mundo entero estaban ocurriendo grandes acontecimientos. El presidente Nixon renunció para evitar el juicio político y Gerald Ford entró en la Casa Blanca. La OPEP puso fin al embargo sobre el petróleo; Isabel Perón asumió la Presidencia de Argentina. En Chicago, Lara comenzaba a construir su segundo hotel Cameron Plaza. Se terminó al cabo de dieciocho meses y fue un éxito aún mayor que el Cameron Palace. A partir de entonces no hubo quien detuviese a Lara. Tal como escribiría más adelante la revista *Forbes*: «Lara Cameron es un fenómeno. Sus innovaciones están cambiando el concepto de los hoteles. La señorita Cameron ha invadido el terreno de la construcción, tradicionalmente masculino, para demostrar que una mujer puede ser tan apta como cualquier hombre».

Una mañana Charles Cohn llamó por teléfono a Lara.

—Te felicito -dijo él-. Estoy orgulloso de ti. Hasta ahora nunca había tenido una protegida.

—Ni yo un mentor. Sin ti nada de todo esto hubiera ocurrido.

—Ya te las habrías ingeniado -aseguró Cohn.

En 1975, la gente dejó de ir a la playa a causa de la película *Tiburón*. La población mundial superó los cuatro mil millones de seres humanos, menos uno, cuando desapareció el presidente James Hoffa. Cuando Lara supo lo de los cuatro mil millones, comentó Keller:

—¿Tienes idea de cuántas viviendas harán falta para tanta gente?

Él no habría podido asegurar que se tratara de una broma.

En los tres años siguientes completó dos edificios de apartamentos y una urbanización.

—Ahora quiero hacer un edificio de oficinas -dijo Lara a Keller-. En el centro mismo del distrito comercial.

—Pronto se pondrá en venta una propiedad interesante – le informó Keller-. Si te gusta, nosotros te financiamos.

—Esa tarde fueron a verla. Estaba en la costa, en un sitio selecto.

—¿Cuánto costará? – preguntó Lara.

—Según mis cálculos, unos ciento veinte millones de dólares.«

Lara tragó saliva.

—Eso me asusta.

—En el negocio de bienes raíces, Lara, la cuestión es pedir prestado.

Dinero de otros, se dijo ella, tal como le había asegurado Bill Rogers en la pensión. Todo eso parecía muy lejano; desde entonces habían ocurrido muchas cosas. *Y es sólo el comienzo*, pensó Lara. *Sólo el comienzo*.

—Algunos constructores levantan edificios sin contar prácticamente con capital propio.

–Adelante.

–La idea es alquilar o revender el edificio por una suma que cubra la deuda, dejando dinero suficiente para comprar otra propiedad; entonces pides prestado más dinero y compras una nueva. Es una pirámide invertida, una pirámide de bienes raíces que puedes construir con una inversión inicial muy pequeña.

–Comprendo -dijo Lara.

–Debes tener cuidado, por supuesto. La pirámide se edifica sobre papel: las hipotecas. Si algo sale mal, si el rendimiento de una inversión no puede cubrir la deuda de la siguiente, la pirámide puede caer y aplastarte.

–De acuerdo. ¿Cómo hago para adquirir la propiedad de la costa?

–Te organizaremos una sociedad anónima. Hablaré con Vance. Si la operación es demasiado grande para nuestro banco, recurriremos a una empresa de seguros o a una sociedad de crédito hipotecario. Pedirás un préstamo hipotecario por cincuenta millones de dólares, a pagar del modo acostumbrado: cinco millones y diez por ciento de interés, más amortizaciones sobre la hipoteca. Ellos serán socios y se quedarán con el primer diez por ciento de la ganancia, pero tú tendrás tu propiedad completamente financiada. Puedes hacer que te reembolsen el efectivo y conservar el cien por ciento de la depreciación, porque a las entidades financieras no les interesan las pérdidas.

Lara lo escuchaba, asimilando cada una de sus palabras.

—¿Hasta aquí me entiendes?

Te entiendo.

—En cinco o seis años, después de alquilar el edificio, lo vendes. La propiedad se vende por setenta y cinco millones, después de pagar la hipoteca te quedarán doce millones y medio limpios. Además de un torrente de ganancias libres de impuestos de ocho millones de depreciación, que puedes aprovechar para reducir los impuestos de otros ingresos. Todo eso por una inversión en efectivo de diez millones.

—¡Es fantástico! — dijo Lara.

Keller sonrió de oreja a oreja.

—El gobierno quiere que ganes dinero.

—Y a ti, Howard, ¿no te gustaría ganar dinero? ¿Mucho dinero?

—¿Cómo dices?

—Quiero que trabajes para mí.

Keller se quedó súbitamente callado. Se enfrentaba a una de las decisiones más importantes de su vida y no tenía nada que ver con el dinero, sino con Lara. Se había enamorado de ella. Cierta vez, en un episodio doloroso, trató de decírselo. Se había pasado la noche ensayando su propuesta matrimonial. A la mañana siguiente la encaró y tartamudeando, le dijo: «Lara, te amo».

Antes de que pudiera decir nada más, ella le dio un beso en la mejilla y dijo: «Yo también te amo Howard. Echemos un vistazo a este nuevo plan de producción». Y a él le faltó el coraje suficiente para intentarlo de nuevo.

Ahora le proponía que fueran socios. Trabajaría junto a ella todo los días, sin poder tocarla, sin poder...

—¿No crees en mí, Howard?

—Sería una locura no creer, ¿verdad?

—Te pagaré el doble de lo que ganas ahora y te daré el cinco por ciento de la empresa.

—¿Puedo... pensarlo?

—No creo que haya nada que pensar.

Él tomó una decisión.

—Supongo que no... socia.

Lara lo abrazó.

—¡Estupendo! Tú y yo construiremos muchas cosas bellas. Hay tantos edificios feos... No tienen justificación. Cada edificio debería ser un tributo a esta ciudad.

Él le apoyó una mano en el brazo.

—No cambies jamás, Lara.

Ella se lo quedó mirando.

—No voy a cambiar.

OceanofPDF.com

Capítulo Diez

Los últimos años de la década de 1970 fueron una época de crecimiento, cambios y entusiasmo. En 1976 los israelíes atacaron el aeropuerto de Entebbe, murió Mao Tse Tung y James Earl Cáster Jr. fue elegido presidente de los Estados Unidos. Lara construyó otro edificio de oficinas.

En 1977 murió Charlie Chaplin. También murió Elvis Presley, al menos momentáneamente.

Lara construyó la galería comercial más grande de Chicago.

En 1978 el reverendo Jim Jones y novecientos once seguidores se suicidaron en masa en Guayana. Estados Unidos reconoció a China y se ratificó el tratado del canal de Panamá.

Lara construyó una serie de urbanizaciones en Rogers Park.

En 1979 Israel y Egipto firmaron un tratado de paz en Camp David, hubo un accidente nuclear en Three Mile Island y, en Irán, fundamentalistas musulmanes se apoderaron de la embajada de los Estados Unidos.

Lara construyó un rascacielos y un elegante enclave turístico con club de campo en Deerfield, al norte de Chicago.

Lara salía raras veces; cuando lo hacía, habitualmente iba a un club donde se tocaba jazz. Le gustaba Andy's, un sitio donde actuaban los mejores artistas del género.

Allí escuchó a Don Friedman, el gran pianista, a Eric Scheider y a Anthony Braxton.

Lara no tenía tiempo para sentirse sola. Pasaba todo el día con su familia: los arquitectos y el personal de construcción, los carpinteros, los electricistas, agrimensores y fontaneros. Los edificios que estaba levantando eran su obsesión. Su escenario era Chicago y ella era la estrella.

Su vida profesional avanzaba más allá de sus sueños más locos, pero carecía de vida privada. Su experiencia con Sean MacAllister la había agriado en cuanto a las relaciones sexuales; nunca conoció a un hombre que le interesase tratar por más de una o dos noches. En el fondo de su mente había una imagen elusiva, la de alguien a quien había conocido y quería reencontrar, pero nunca lograba captarla. La recordaba durante un momento fugaz; luego desaparecía.

No le faltaban pretendientes, por cierto. Los había ejecutivos, petroleros y poetas, incluyendo a algunos de sus empleados. Lara se mostraba simpática con todos, pero nunca permitía que sus relaciones con ellos fueran más allá de un apretón de manos al despedirse, frente a la puerta de su casa.

Pero al fin se sintió atraída por Pete Ryan, el aparejador de una de sus obras; era un apuesto joven de acento irlandés y sonrisa espontánea. Lara empezó a visitar esa obra con más frecuencia. Conversaba con Ryan sobre los pequeños problemas que aparecían a diario, pero ambos eran conscientes de que estaban hablando de otra cosa.

—¿Quieres cenar conmigo? — preguntó Ryan, estirando lentamente la palabra «cenar».

Lara sintió que su corazón daba un pequeño respingo.

—Sí.

Ryan fue a buscarla a su apartamento, pero nunca llegaron a cenar.

—Dios mío, eres encantadora -dijo él. Y la rodeó con sus fuertes brazos.

Ella estaba lista para aceptarlo. Los juegos previos se prolongaban desde hacía meses. Ryan la alzó en sus brazos para llevarla al dormitorio. Se desvistieron juntos, apresuradamente. Él era delgado y duro; Lara tuvo una rápida imagen mental del cuerpo regordete y pesado de Sean MacAllister.

OceanofPDF.com

Un momento después estaba tendida en la cama y Ryan sobre ella, recorriéndola con las manos y la lengua; Lara gritó de júbilo por lo que le estaba pasando, después de hacer el amor permanecieron abrazados durante un largo rato.

Por Dios -dijo al cabo Ryan, con suavidad-, eres un verdadero milagro.

—También tú -susurró Lara.

No recordaba haber sido tan feliz. Ryan era todo lo que podía desear. Era inteligente y cálido, y la comprendía; hablaban el mismo idioma.

Ryan le estrechó la mano.

—Estoy hambriento.

—Yo también. Voy a preparar unos bocadillos.

—Mañana por la noche te llevaré a cenar como corresponde -prometió Ryan. Lara lo abrazó.

—Aceptado.

A la mañana siguiente, Lara fue a visitar a Ryan a la obra en que éste trabajaba. Lo vio muy arriba, en uno de los armazones de acero, dando órdenes a sus hombres. Mientras caminaba hacia el ascensor de obra, uno de los trabajadores le dirigió una amplia sonrisa.

–Buenos días, señorita Cameron. – En su voz había una nota extraña.

Otro obrero pasó a su lado y sonrió con sorna

–Buenos días, señorita.

Dos trabajadores más la miraron con aire lascivo.

Lara miró a su alrededor. Todos los empleados la miraban con sonrisas burlonas. Se puso roja de furia. Entró en el ascensor de obra y subió hasta el sitio donde estaba Ryan. Éste, al verla, le sonrió.

–Buenos días, dulzura -le dijo-. ¿A qué hora cenamos hoy?

–Puedes morirte» de hambre -le dijo Lara, con firmeza-. Estás despedido.

Cada edificio que Lara construía era un desafío. Levantó pequeños edificios de oficinas con plantas de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados, grandes edificios de oficinas y hoteles. Pero cualquiera que fuese el tipo de edificio, para ella lo más importante era el lugar.

Bill Rogers tenía razón: el lugar, el lugar y el lugar.

El imperio de Lara continuaba expandiéndose. Comenzaba a ser reconocida por los Padres de la Ciudad, el periodismo, el público. Era un personaje famosos. Cuando iba a funciones de caridad, a la ópera o a un museo, los fotógrafos siempre estaban deseosos de fotografiarla. Empezó a aparecer en la televisión cada vez con mayor frecuencia. Todos sus edificios eran éxitos; sin embargo, no se sentía satisfecha. Parecía estar aguardando que le ocurriese algo maravilloso, que se abriera una puerta, que la tocara una

desconocida varita mágica.

Keller no conseguía entenderla.

—¿Qué deseas, Lara?

—Más.

Y eso era todo cuanto podía sacarle.

Un día, Lara le dijo a Keller:

—¿Sabes, Howard, cuánto pagamos todos los meses por porteros, servicio de lavandería y limpieza de ventanas?

—Es parte del negocio -dijo Keller.

—Pues quedémonos con el negocio.

—¿De qué hablas?

—Vamos a organizar una subsidiaria. Proveeremos esos servicio para nosotros mismos y para otros constructores.

La idea fue un éxito desde el principio. Las ganancias seguían llegando a raudales.

Keller tenía la sensación de que Lara había construido a su alrededor una muralla emocional. Si bien se sinceraba con él más que con nadie, nunca le hablaba de su familia ni de su niñez. Era como si hubiera emergido ya adulta de entre las nieblas de la nada.

En un principio Keller había sido su mentor; le enseñaba y la guiaba. Ahora ella tomaba sola todas las decisiones. La alumna había superado al maestro.

Lara no dejaba que nada se interpusiera en su camino. Se estaba convirtiendo en una fuerza irresistible; no había quien la detuviese. Era perfeccionista. Sabía lo que deseaba e insistía en conseguirlo.

Al principio, algún trabajador intentó aprovecharse de ella. Nunca habían trabajado para una mujer y la idea los divertía. Pero todos se llevaron un chasco. Cuando Lara sorprendió a uno de los capataces facturando trabajos no realizados, lo llamó delante de todos para despedirlo. Todas las mañanas visitaba la construcción. Los trabajadores llegaban a las seis y la encontraban allí esperando. El sexismo era rampante. Cuando sabían que se encontraba cerca de ellos, los hombres intercambiaban chistes subidos de tono.

—¿Conoces el del loro y la gatita campesina?

—... Y la niñita preguntó: «Si te tragas una semilla de hombre, y tienes un bebé?». Y la madre le respondió: «No, querida; así es como se tienen las joyas».

Había algunos gestos descarados. De tanto en tanto, alguno de los trabajadores pasaba junto a Lara y le rozaba «por casualidad» los pechos con un brazo o se apretaba contra su trasero.

—Oh, perdón.

—No es nada -decía Lara-. Recoja su cheque y largo de aquí.

Las diversiones acabaron por convertirse en respeto.

Un día, mientras Lara conducía por la avenida Kedzie en compañía de Howard Keller, pasaron por una manzana llena de tiendas pequeñas. Ella detuvo el coche.

—Esta manzana está totalmente desperdiciada -dijo-. Aquí debería haber un edificio grande. Estos pequeños locales no pueden rendir mucho.

Sí, pero tendrías que persuadir a cada uno de los inquilinos de que te vendiera su negocio -observó Keller-. Tal vez alguno de ellos no quiera vender, Lara, y en ese caso podrías verte en dificultades. Tendrías un montón de pequeños locales que no te interesan y no podrías levantar tu edificio. Y si los inquilinos se enteran de que allí se va a levantar un edificio grande, se harán rogar.

OceanofPDF.com

—No dejaremos que se enteren -dijo Lara, que empezaba a entusiasmarse-. Haremos que sean personas diferentes las que hablen con los propietarios de las tiendas.

—Ya conozco eso -le advirtió Keller-. Si la cosa se sabe te sacarían hasta el último centavo.

Pues tendremos que andar con cuidado. Consigamos una opción de compra.

La manzana de la avenida Kedzie consistía en doce o más locales comerciales pequeños. Había allí una panadería, una ferretería, una pinturería, una tienda de ropa, una carnicería, una sastrería, una farmacia, una imprenta, una cafetería y varias tiendas más.

—No te olvides del riesgo -le advirtió Keller a Lara-. Si uno solo se niega, pierdes todo el dinero que te has gastado en todos los demás locales.

—No te preocupes -dijo Lara-. Ya me apañaré.

Una semana después, un desconocido entró en la peluquería, donde sólo había dos sillones. El peluquero estaba leyendo una revista. Al abrirse la puerta, levantó la vista y saludó con la cabeza.

—¿Corte de pelo, señor?

El desconocido sonrió.

—No -dijo-. Acabo de llegar a la ciudad. En Nueva Jersey tenía una

peluquería, pero mi esposa quiso mudarse aquí para estar cerca de su madre. Estoy buscando una barbería para comprarla.

—Ésta es la única del vecindario -dijo el peluquero-. No está en venta.

El forastero sonrió.

—Pero podría estarlo, ¿verdad? Por el precio justo, claro. ¿Cuánto vale este negocio? ¿Cincuenta, sesenta mil dólares?

—Aproximadamente -admitió el peluquero.

—Tengo muchos deseos de instalarme otra vez. Le propongo un cosa: le daré setenta y cinco mil dólares por esta peluquería.

—No. Ni pensar en venderla.

—Cien mil.

—De veras, señor, no...

—Y puede llevarse todo el equipo.

El peluquero lo miraba fijamente.

—¿Me ofrece cien mil dólares y deja que me lleve los sillones y el resto del equipo?

—Así es. Tengo mi propio equipo.

—¿Puedo pensarlo? Debo hablar con mi esposa antes de tomar una decisión.

—Claro. Volveré mañana.

Dos días después la peluquería estaba adquirida.

—Ya tenemos uno -dijo Lara.

Siguió la panadería. Era una pequeña empresa familiar, atendida por una pareja. Los hornos de la trastienda llenaban el local de olor a pan fresco. Una mujer habló con uno de los propietarios.

—Mi esposo murió y me dejó el dinero de su seguro. En Florida teníamos una panadería. Estoy buscando un lugar como éste. Me gustaría comprarlo.

—Vivimos bien -dijo el propietario-. Mi esposa y yo nunca hemos pensado en vender.

—Si les interesara vender, ¿cuánto pedirían?

El propietario se encogió de hombros. — No lo sé.

—¿Le parece que esta panadería puede valer sesenta mil dólares?

—No menos de setenta y cinco mil -dijo el propietario.

—Mire -dijo la mujer-, le daré cien mil.

El panadero la miró fijamente. — ¿Lo dice en serio?

—Nunca en mi vida he hablado tan en serio.

A la mañana siguiente, Lara dijo:

—Van dos.

El resto de los tratos se efectuó con la misma facilidad. Doce hombres y mujeres circularon por la zona representando a sastres, panaderos, farmacéuticos y carniceros. En un periodo de seis meses, Lara compró los negocios; luego contrató a otras personas para que se hicieran cargo de las diferentes operaciones. Los arquitectos ya habían empezado a dibujar los planos del edificio.

Lara estudió los últimos informes.

OceanofPDF.com

–Parece que lo hemos conseguido -dijo a Keller.

–Temo que tenemos un problema.

–¿Por qué? Sólo queda la cafetería.

–Ése es nuestro problema. Tiene un contrato de alquiler por cinco años, pero se niega a renunciar a él.

–Ofrécele más.

–Dice que no se irá a ningún precio.

Lara lo miró.

–¿Sabe lo del edificio que vamos a levantar?

–No.

–Iré a hablar con él. No te preocupes, todo saldrá bien. Averigua quien es el dueño del local.

A la mañana siguiente Lara visitó la cafetería. Haley's estaba en el extremo más alejado de la esquina sudoeste. Era un local pequeño, con seis taburetes a lo largo de la barra y ocho, mesas. Detrás de barra había un hombre de unos sesenta y cinco años, que parecía propietario.

Lara se sentó a una de las mesas.

–Buenos días -dijo el hombre, con simpatía-. ¿Qué le sirvo?

–Zumo de naranja y café, por favor.

–Enseguida.

Ella lo vio exprimir algunas naranjas.

–La camarera no ha venido. Hoy en día es difícil conseguir buenos empleados. – Sirvió el café y salió de detrás de la barra. Iba en silla de ruedas. No tenía piernas. Lara, en silencio, dejó que le llevase el café y el zumo de naranja a la mesa.

–Gracias -dijo, mirando a su alrededor-. Bonito local.

–Sí, me gusta.

–¿Cuánto tiempo hace que lo tiene?

–Diez años.

–¿Y nunca ha pensado en retirarse?

El hombre negó con la cabeza.

–Usted es la segunda persona que me hace esa pregunta en lo que va de la semana. No, no pienso retirarme.

–Quizá no le han ofrecido suficiente dinero -sugirió Lara.

–Esto no tiene nada que ver con el dinero, señorita. Antes de venir aquí pasé dos años en un hospital. No tenía amigos. No encontraba sentido a mi existencia. Entonces alguien me convenció para que alquilara este local. – Sonrió-. Esto cambió mi vida por completo. Todos los vecinos vienen aquí. Nos hemos hecho amigos; prácticamente son como de la familia. Me dan un motivo para seguir viviendo. – Meneó la cabeza-. No. El dinero no tiene nada que ver. ¿Le traigo más café?

Lara se había reunido con Howard Keller y el arquitecto.

–No necesitamos siquiera comprarle el contrato -decía Keller-. Acabo de hablar con el propietario del local. Existe una cláusula según la cual, si la cafetería no rinde cierta cantidad por mes, se la cierra. Como hace varios meses que no alcanza esa suma, podemos cerrarla.

Lara se volvió hacia el arquitecto.

–Quiero hacerle una pregunta. – Miró los planos extendidos en la mesa y señaló la esquina sudoeste del dibujo-. ¿Y si aquí construyéramos más atrás, eliminando esta pequeña superficie para dejar la cafetería en pie? ¿Sería posible levantar el edificio?

El arquitecto estudió el plan.

–Supongo que sí. Quedaría mejor si no fuera necesario, por supuesto...

–Pero se podría hacer -insistió Lara

–Sí.

Keller intervino:

–Te digo que podemos sacarlo por la fuerza, Lara.

Ella meneó la cabeza.

—¿No hemos comprado ya el resto de la manzana?

Keller asintió.

—Seguro. Eres la orgullosa propietaria de una tienda de ropas, una sastrería, una imprenta, una farmacia, una panadería, un...

—Esta bien -dijo Lara-. Los inquilinos del nuevo edificio tendrán una cafetería que visitar. Y nosotros también. Haley se queda.

OceanofPDF.com

El día en que su padre habría cumplido años, Lara le dijo a Keller:

—Necesito que me hagas un favor, Howard.

—Por supuesto.

—Quiero que vayas a Escocia en mi lugar.

—¿Vamos a construir algo en Escocia?

—Vamos a comprar un castillo. En las Tierras Altas hay un lugar llamado Loch Morlich. Está junto a la carretera a Glenmore. Eso está lleno de castillos. Compra uno.

—¿Como casa de verano?

—No pienso vivir en él.

—Lo quiero para enterrar a mi padre en los terrenos.

Keller dijo, lentamente:

—¿Quieres que compre un castillo escocés para sepultar a tu padre?

—En efecto. No tengo tiempo para ocuparme personalmente de eso. Tú eres el único en quien puedo confiar. Mi padre está en el centeno de Greenwood, en Glace Bay.

Fue la primera vez que Keller pudo intuir algo sobre los sentimientos familiares de Lara.

–Debes de haberlo amado mucho.

–¿Harás eso por mí?

–Claro.

–Después de enterrarlo, contrata a un cuidador para que atienda la tumba.

Tres semanas más tarde, Keller regresó de Escocia y le dijo:

–Todo listo. Tienes un castillo. Tu padre descansa en sus terrenos. Es un hermoso lugar, cerca de las colinas, con un lago. Te encantará. ¿Cuándo irás?

Lara levantó la vista, sorprendida.

–¿Yo? Nunca -dijo.

Libro Segundo

Capítulo Once

En 1984 Lara Cameron decidió que había llegado el momento de conquistar Nueva York. Cuando reveló su plan a Keller, éste quedó horrorizado.

No me gusta la idea -dijo, directamente-. No conoces Nueva York. Yo tampoco. Es una ciudad diferente, Lara. Nosotros...

Lo mismo me dijeron cuando me mudé de Glace Bay a Chicago.-señaló Lara-. Los edificios son iguales en todos lados, ya los levantes en Glace Bay, ya en Chicago, Nueva York o Tokio. Todos jugamos según las mismas reglas.

—Pero si aquí te va estupendamente -protestó Keller-. ¿Qué quieres ahora?

—Ya te lo dije: más. Quiero ver mi nombre en Nueva York. Voy a construir allá un Cameron Plaza y un Cameron Center. Y algún día, Howard, voy a levantar el rascacielos más alto del mundo. Eso es lo que quiero. Cameron Enterprises se muda a Nueva York.

En Nueva York, el negocio de la construcción estaba viviendo un período de gran prosperidad, dominado por verdaderos gigantes de bienes raíces: los Zeckendorf, Harry Helmsley, Donald Trump, Uris y los Rudin.

—Nosotros entraremos en la corriente -dijo Lara a Keller.

Se inscribieron en el Regency y comenzaron a explorar la ciudad, cuyo tamaño y dinámica Lara no podía habituarse. Era un cañón de rascacielos por el que corrían ríos de automóviles.

—Al lado de esto, Chicago parece Glace Bay-comentó. No veía la hora de comenzar-. Lo primero que haremos será formar un equipo. Buscaremos al mejor abogado de bienes raíces de Nueva York. Luego un buen director de equipo. Averigua a quién emplea Rudin y trata de robárselo.

—Bien.

—Aquí tienes una lista de edificios cuyo aspecto me gusta. Averigua quienes son los arquitectos. Quiero conocerlos

Keller comenzaba a contagiarse de su entusiasmo.

—Abriré una línea de crédito en los bancos. Con los bienes que tenemos en Chicago no habrá problemas. Me pondré en contacto con algunas sociedades de crédito hipotecario y algunos agentes inmobiliarios.

—Bien, pero antes de enredarnos en todo esto, Lara, ¿no deberías decidir cuál va a ser tu próximo proyecto?

Lara levantó la vista y con tono inocente preguntó:

—¿No te lo he dicho? Vamos a comprar el Hospital Central de Manhattan.

Varios días antes, Lara había ido a una peluquería de la avenida Madison. Mientras la peinaban escuchó involuntariamente una conversación.

–La vamos a echar de menos, señora Walker.

–Yo también, Marlene. ¿Cuánto hace que vengo aquí?

–Casi quince años.

–Qué rápido pasa el tiempo. Sí, voy a echar de menos Nueva York.

–Inmediatamente. Esta mañana recibimos la noticia del cierre. Imagínese, un hospital como el Central de Manhattan, cerrar por falta de fondos... Hace veinte años que trabajo allí de supervisora ¡y me envían un memorándum diciéndome que estoy despedida! Podrían haber tenido la decencia de decírmelo personalmente, ¿no le parece?

Ahora Lara escuchaba con atención.

–Los periódicos no dicen nada del cierre.

–No. Se lo callan. Quieren que primero se enteren los empleados.

–La peluquera estaba secando el pelo a Lara cuando ésta hizo ademán de levantarse.

–Todavía no he terminado.

–No importa -dijo Lara. Tengo prisa.

El Hospital Central de Manhattan era un edificio feo y maltrecho, situado en el East Side, entre las calles Sesenta y ocho y Sesenta y nueve; ocupaba toda una manzana. Lara se quedó un rato contemplándolo; en su lugar imaginaba un majestuoso rascacielos con elegantes tiendas en la planta baja y lujosos apartamentos en los pisos superiores.

Entró en el hospital y preguntó cuál era el nombre de la corporación propietaria. La enviaron a las oficinas de cierto Roger Burnham, de Wall Street.

—¿En qué puedo serle útil, señorita Cameron?

—Me he enterado de que el Hospital Central de Manhattan está en venta.

Burnham la miró, sorprendido.

—¿Cómo se ha enterado de eso??

—¿Está o no en venta?

Él se mostró esquivo.

—Tal vez.

—En ese caso, es posible que me interesase comprarlo -dijo Lara. ¿Cuánto pide?

—Mire, señorita... Yo no la conozco. No puedo discutir una operación de noventa millones con cualquier desconocido. Yo...

—¿Noventa millones? — A Lara el precio le pareció alto, pero quería esa manzana. Sería un comienzo excitante-. ¿De eso estamos hablando?

—No estamos hablando de nada.

OceanofPDF.com

Lara entregó a Roger Burnham un billete de cien dólares.

—¿Por qué me da esto?

—Para una opción de compra por cuarenta y ocho horas. Sólo le doy cuarenta y ocho horas. De cualquier modo usted no iba a anunciar que estaba en venta. ¿Qué puede perder? Si yo le doy lo que pide usted tiene lo que deseaba.

—Yo no sé nada de usted.

—Llame al Mercantile Bank de Chicago. Pregunte por Bob Vance. Es el presidente.

Burnham se la quedó mirando; después meneó la cabeza, murmurando algo que contenía la palabra «locos».

Él mismo buscó el número de teléfono. Lara esperó, mientras la secretaria lo comunicaba con Bob Vance.

—¿El señor Vance? Habla Roger Burnham, de Nueva York. Aquí tengo a cierta señorita... -La miró.

—Lara Cameron.

—La señorita Lara Cameron. Está interesada en comprarnos una propiedad y dice que usted la conoce. — Escuchó-. ¿Es...? Comprendo... ¿De veras? No, no sabía que... Por supuesto, yo... -Al cabo de un largo rato dijo-: Muchas gracias, señor Vance.

Colgó el auricular y clavó la mirada en Lara.

—Al parecer usted ha causado una gran impresión en Chicago.

—Pienso causar la misma impresión en Nueva York.

Burnham miró el billete de cien dólares.

—¿Qué debo hacer con esto?

—Cómprase algunos puros habanos. Si pago lo que usted pide, ¿tengo la opción?

Él la estudió, sin moverse.

—Es poco ortodoxo, pero... sí. Le daré cuarenta y ocho horas.

—Hay que actuar deprisa -dijo Lara a Keller. Tenemos cuarenta y ocho horas para conseguir financiación.

—¿Has hecho cuentas?

—Unos noventa millones por la propiedad y, según mis cálculos otros doscientos para demoler el hospital y levantar el edificio.

Keller la miró ceñudo.

—Eso suma doscientos noventa millones de dólares.

–Siempre fuiste rápido para las cifras -dijo Lara.

Él no le prestó atención.

–¿De dónde vamos a sacar tanto dinero, Lara?

–Lo pediremos prestado. Entre las garantías que tengo en Chicago y la nueva propiedad, no creo que haya problemas.

–Es un gran riesgo. Podrían surgir cien inconvenientes. Estás apostando todo lo que tienes a...

–Me entusiasma arriesgar -dijo Lara-. Y ganar.

En Nueva York, conseguir financiación para un «edificio sería más fácil que en Chicago. El alcalde Koch había instituido un programa de impuestos llamado 421-A, según el cual todo constructor que reemplazara un edificio funcionalmente obsoleto podía pedir exención de impuestos y quedaba libre de pagarlos los dos primeros años.

Cuando los bancos y las sociedades de crédito verificaron las garantías de Lara Cameron, se mostraron muy dispuestos a negociar con ella.

Antes de que pasaran cuarenta y ocho horas, Lara entró en el despacho de Burnham y le entregó un cheque por tres millones de dólares.

–Es el anticipo -dijo-. Voy a pagarle lo que pide. Por cierto, puede quedarse con los cien dólares.

En los seis meses siguientes, Keller trató con los bancos para obtener la financiación, mientras Lara trabajaba con los arquitectos sobre los planos.

Todo marchaba bien. Los arquitectos, los constructores y la gente de

comercialización trabajaban sin retrasos. Pronto se iniciaría la demolición del hospital, para comenzar a construir el edificio nuevo en abril.

Lara estaba inquieta. Todas las mañanas, a las seis, aparecía en la obra para ver cómo progresaba el edificio. Se sentía frustrada porque, en esa etapa, la construcción pertenecía a los trabajadores. Ella no podía hacer nada y estaba acostumbrada a gozar de más acción.

OceanofPDF.com

Le gustaba tener cinco o seis proyectos en marcha al mismo tiempo.

—¿Por qué no buscamos otra operación? — le propuso una mañana a Keller.

—Porque estás metida en ésta hasta el cuello. Si se te escapa un poco todo se vendrá abajo. ¿Sabes que has empeñado hasta tu último centavo para levantar esto? Si algo sale mal...

—Nada saldrá mal -lo interrumpió-. ¿Qué te preocupa?

—El trato que hiciste con la sociedad de crédito...

—¿Por qué? Conseguimos la financiación, ¿no?

—No me gusta lo de la cláusula de conclusión. Si el edificio no está terminado el 15 de marzo, se lo quedan ellos. Y tú pierdes todo lo que tienes.

Lara pensó en el edificio que había levantado en Glace Bay, el que sus amigos habían terminado para salvarla. Pero ahora era diferente.

—No te preocupes -dijo-. El edificio estará terminado a tiempo. ¿Estás seguro de que no podemos buscar otro proyecto?

Lara estaba conversando con la gente de comercialización.

—Los locales de la planta baja ya están reservados -dijo el gerente-. Y también la mitad de los apartamentos. Calculamos que tres de cada cuatro estarán vendidos antes de que se termine el edificio; el resto, poco después.

–Quiero que todos estén vendidos antes de que se termine el edificio -dijo Lara-. Aumenten la publicidad.

–Muy bien.

Keller entró en el despacho de Lara.

–Tengo que reconocer que tenías razón -dijo-. El edificio marcha según los plazos estipulados.

–Va a ser una mina de oro.

El 15 de enero, sesenta días antes de la fecha de conclusión, los muros y las enormes vigas estaban terminados. Los trabajadores empezaron a instalar los cables eléctricos y las tuberías de agua.

Lara observaba a los hombres que trabajaban en las vigas, a buena altura.

Uno de los obreros se detuvo a sacar un paquete de cigarrillos y, al hacerlo, una llave inglesa se le resbaló de la mano, cayendo al suelo, mucho más abajo. Lara, incrédula, vio que la herramienta venía dando vueltas hacia ella y se apartó de un salto con el corazón palpitante. El obrero miró hacia abajo y agitó su mano como pidiendo disculpas.

Lara, ceñuda, entró en el ascensor y subió al piso donde se encontraba el hombre. Sin prestar atención al espacio vacío que se abría hacia abajo, caminó por los andamios hasta el obrero.

–¿Usted dejó caer esa llave inglesa?

–Sí. Lo siento.

Ella lo abofeteó con fuerza en plena cara.

–Está despedido. Salga de mi edificio.

–Oiga -dijo él-, fue un accidente. Yo no...

–Largo de aquí.

El hombre la fulminó con la mirada por un instante. Luego se alejó hacia el ascensor. Lara aspiró hondo para dominarse. Los otros trabajadores la estaban observando.

–Sigán trabajando -les ordenó.

Lara estaba almorzando con Sam Gosden, el abogado neoyorquino que se encargaba de sus contratos.

–Me han dicho que todo marcha muy bien -dijo Gosden.

Lara sonrió.

–Mejor. Nos faltan pocas semanas para terminar.

–¿Puedo confesarte algo?

–Sí, pero no vayas a incriminarte.

Él se echó a reír.

–No creía que pudieses conseguirlo.

–¿De veras? ¿Por qué?

–El negocio de la construcción, en el nivel en que tú te mueves, es asunto de hombres. Las únicas mujeres que pueden participar son esas viejecitas de canas azules que muestran los apartamentos.

–De modo que no creías que pudiese conseguirlo -dijo Lara.

Sam Gosden sonrió.

–Pues no.

Lara se inclinó hacia adelante.

OceanofPDF.com

–Sam...

–¿Sí?

–En mi equipo nadie duda de mí. Estás despedido.

Lara se puso de pie y salió del restaurante, dejando a Gosden boquiabierto.

El lunes siguiente, por la mañana, Lara percibió que pasaba algo malo al acercarse en su coche a la construcción. De pronto captó lo que era: el silencio. No se oían martillos ni taladros. Cuando llegó a la obra quedó petrificada por la incredulidad. Los obreros estaban recogiendo su equipo para retirarse. El capataz los imitaba. Lara corrió hacia él.

–¿Qué ocurre? – lo increpó-. Sólo son las siete.

–Voy a retirar a mis hombres.

–¿De qué habla?

–Hubo una queja, señorita Cameron.

–¿Qué clase de queja?

–¿Usted abofeteó a uno de los trabajadores?

–¿Qué? – Lo había olvidado-. Ah, sí. Se lo merecía. Lo despedí.

–¿Tiene licencia del ayuntamiento para ir por ahí abofeteando a sus trabajadores?

—Un momento -protestó Lara-. Las cosas no fueron como usted piensa. El hombre dejó caer una llave inglesa que estuvo a punto de matarme. Supongo que perdí los estribos. Lo siento, pero no quiero que vuelva a trabajar aquí.

—No volverá -dijo el capataz-. No volverá ninguno.

Lara se quedó mirándolo.

—¿Es una broma?

—A mi sindicato no le parece broma -dijo el capataz-. Nos dieron órdenes de retirarnos. Y nos retiramos.

—Pero hay un contrato.

—Usted lo rompió -replicó el capataz-. Si tiene alguna queja, diríjase al sindicato.

—Ya le he dicho que lo siento. Le propongo algo. Estoy... dispuesta a disculparme con ese hombre y a devolverle el puesto.

—Me parece que usted no ha comprendido, señorita Cameron. El hombre no quiere que le devuelvan el puesto. Todos tenemos otros puestos esperando. En esta ciudad hay mucho trabajo. Y voy a decirle algo más, señorita: estamos demasiado ocupados para permitir que nuestros patrones nos abofeteen.

Lara lo vio darse la vuelta y marcharse. Era la peor de las pesadillas. Corrió

a la oficina para dar la noticia a Keller. Antes de que pudiera hablar, él se adelantó:

–Estoy enterado. He telefoneado al sindicato.

–¿Qué dicen? – preguntó Lara, ansiosa.

–El mes que viene habrá una audiencia.

En el rostro de Lara se dibujó una expresión de horror.

–¡El mes que viene! Nos quedan sólo sesenta días para terminar el edificio.

–Se lo dije.

–¿Y qué respondieron?

–Que no era problema de ellos.

Lara se dejó caer en el sofá.

–Oh, Dios mío. ¿Qué vamos a hacer?

–No lo sé.

–Tal vez podamos convencer al banco de que... -Vio la expresión de Keller-. Supongo que no. – De pronto tuvo una idea-. Aguarda un momento. ¿Y si contratásemos a otro equipo para...?

–No hay un solo trabajador sindicado que toque ese edificio, Lara.

–¿Por qué no habré matado a ese hijo de puta?

–No creo que hubiese servido de mucho -respondió Keller.

Lara se levantó para pasearse por el despacho.

–Podría pedirle a Sam Gosden que... No, acabo de acordarme que hoy mismo lo despedí.

–¿Por qué?

–Eso no importa.

Keller estaba pensando en voz alta.

–Tal vez si consiguiéramos un buen abogado laboral, alguien con influencias...

–Buena idea. Alguien que sepa actuar deprisa. ¿Conoces a alguno?

OceanofPDF.com

–No, pero Sam Gosden mencionó a alguien en una de nuestras reuniones. Un hombre llamado Martin. Paul Martin.

–¿Quién es?

–No estoy seguro, pero estábamos hablando de problemas sindicales y él mencionó su nombre.

–¿Sabes para qué firma trabaja?

–No.

Lara llamó a su secretaria.

Kathy, en Manhattan hay un abogado llamado Paul Martin, consígueme su dirección.

¿No quieres el número de teléfono para concertar una cita? – dijo Keller.

–No hay tiempo. No puedo estarme aquí sentada, esperando que él me reciba. Iré a verlo hoy mismo. Si nos puede ayudar, bien. Si no, buscaremos otra solución.

Pero Lara estaba pensando: *No hay otra solución.*

Capítulo Doce

La oficina de Paul Martin estaba en la vigésimo quinta planta de un edificio de Wall Street. El letrero de la puerta decía: «Paul Martin, abogado».

Lara aspiró hondo y entró. La recepción era más pequeña de lo que ella esperaba. Contenía un derrengado escritorio detrás del cual estaba sentada una secretaria teñida de rubio.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—He venido a ver al señor Martin -dijo Lara.

—¿La está esperando?

—Sí. — No había tiempo para explicaciones.

—¿Su nombre, por favor?

—Cameron. Lara Cameron.

La secretaria la miró con aire intrigado.

—Un momento. Veré si el señor Martin puede recibirla.

La secretaria se levantó para desaparecer en la oficina interior.

Tiene que recibirme, pensó Lara.

Al cabo de unos minutos la secretaria estuvo de vuelta.

—Sí. El señor Martin va a recibirla. Lara disimuló un suspiro de alivio.

—Gracias.

Entró en el despacho. Era pequeño y estaba sencillamente amueblado. Un escritorio, dos sillones, una mesita baja y unas pocas sillas.

No es precisamente un reducto de poder, pensó Lara. El hombre sentado al escritorio parecía tener algo más de sesenta y cinco años. Tenía profundas arrugas, nariz de halcón y melena blanca. Todo él trasuntaba una vitalidad animal. Vestía un anticuado traje gris y una camisa blanca de cuello estrecho. Habló con voz ronca, grave, de algún modo autoritaria.

—Me ha dicho mi secretaria que yo la estaba esperando.

—Perdóneme -replicó Lara-. Tenía que hablar con usted. Se trata de una emergencia.

—Siéntese, señorita...

—Cameron. Lara Cameron. —Tomó asiento.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Lara aspiró hondo.

—Tengo un pequeño problema. — *Un esqueleto de veinticuatro pisos de acero y*

cemento sin terminar, en el que nadie trabaja, pensó-. Se trata de un edificio.

—¿Qué pasa con él?

—Me dedico al negocio de la construcción, señor Martín. Estoy levantando un edificio para oficinas en el East Side y tengo un problema con el sindicato.

Martin escuchaba con sin decir nada. Lara continuó apresuradamente.

—Ayer perdí los estribos y abofeteé a uno de los trabajadores; el sindicato declaró una huelga.

Él la estudiaba, intrigado.

—Señorita Cameron, ¿Qué tengo que ver yo con todo esto?

—Oí decir que usted podría ayudarme.

—Temo que oyó mal. Soy abogado de empresas. No me dedico a edificios ni trato con sindicatos.

A Lara le dio un vuelco el corazón.

—Oh, yo creía que...¿no hay nada que pueda usted hacer?

Él apoyó las palmas en el escritorio, como si estuviera a punto de levantarse.

—Puedo darle un par de consejos. Consígase un abogado laboralista y...

—No hay tiempo para eso. Tengo una fecha límite para terminar y...¿Cuál es el segundo consejo?

–Que abandone el negocio de la construcción. – Mantenía los ojos fijos en los pechos de Lara-. Usted no está suficientemente dotada para dedicarse a eso.

–¿Qué?

–No es buen sitio para una mujer.

–¿Y cuál es un buen sitio para una mujer? – preguntó Lara, enfadada-.
¿Descalza, embarazada y en la cocina?

–Algo así. En efecto.

Lara se puso de pie. Apenas podía dominarse.

–Usted debe de provenir de una larga estirpe de dinosaurios. Tal vez no se haya enterado, pero ahora las mujeres somos libres.

Paul Martin sacudió la cabeza.

–No. Sólo más ruidosas.

–Adiós, señor Martin. Lamento haberle hecho perder su valioso tiempo.

Lara giró en redondo y salió de la oficina con un portazo. Se detuvo en el corredor y aspiró hondo. *Esto fue un error*, se dijo. Por fin había llegado a un callejón de salida. Después de arriesgar todo lo que había acumulado en años, lo perdía en un breve instante. No tenía a quien recurrir. No tenía adónde ir.

Todo había terminado.

Lara caminaba por las calles frías y lluviosas, sin conciencia alguna del viento helado y sin saber dónde estaba. El terrible desastre que se cernía sobre ella ocupaba toda su mente. En los oídos le resonaban las palabras de Howard Keller. «Levantas edificios y pides prestado con ellos como garantía. Es como una pirámide; sólo que, si no tienes cuidado, esa pirámide puede caerte encima». Y había caído. Los bancos de Chicago ejecutarían las hipotecas de allí y ella perdería todo el dinero invertido en el edificio. Tendría que comenzar de nuevo desde el principio. *Pobre Howard, pensó. Creyó en mis sueños y yo lo he defraudado.*

La lluvia había cesado. Un sol pálido se abría paso entre las nubes. De pronto cayó en la cuenta de que estaba amaneciendo. Había caminado toda la noche. Miró a su alrededor y vio por primera vez dónde estaba: a dos calles de la malhadada construcción.

Iré a echarle un vistazo, pensó, resignada.

Estaba a cien metros de distancia cuando lo oyó: era el ruido de los taladros y los martillos, le rugir de las mezcladoras de cemento que llenaban el aire. Lara se detuvo por un instante, escuchando. Luego echó a correr hacia la construcción. Al llegar quedó petrificada, sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos.

Todos los obreros estaban allí, trabajando afanosamente.

El capataz se acercó a ella, sonriendo.

–Buenos días, señorita Cameron.

Lara recuperó al fin la voz.

–¿Qué...qué ocurre? ¿No dijo usted que retiraba a sus hombres del trabajo?

Él dijo, mansamente:

–Hubo un pequeño mal entendido, señorita Cameron. Bruno habría podido matarla con la llave inglesa que dejó caer.

Lara tragó saliva.

–Pero él...

–No se preocupe. Lo despedí. Nada de eso volverá a ocurrir. No tiene por qué preocuparse, señorita. Terminaremos a tiempo.

Lara se sentía como en un sueño. De pie allí, contemplando a los hombres que pululaban por el esqueleto del edificio, pensó: *Lo he recuperado todo otra vez. Todo, Paul Martin.*

De vuelta en su despacho telefoneó al abogado. La secretaria le dijo:

–Lo siento, pero el señor Martin no puede atenderla.

–¿Puede decirle que me llame, por favor? – Lara dejó su número.

A las tres de la tarde aún no tenía noticias de él. Lo llamó otra vez.

–Lo siento, pero el señor Martin no puede atenderla.

Tampoco esa vez devolvió su llamada.

A las cinco en punto Lara fue a la oficina de Paul Martin.

–Por favor -dijo a la rubia secretaria-, ¿puede decirle al señor Martin que Lara Cameron quiere verlo?

OceanofPDF.com

Por un instante la secretaria pareció dudar.

—Aguarde un momento -dijo por fin, y desapareció en el despacho para regresar al cabo de un momento.

—Pase, por favor.

Paul Martin alzó la vista.

—¿Sí, señorita Cameron? — Su voz era serena, ni cordial ni agresiva-. ¿Puedo hacer algo por usted?

—He venido a darle las gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por... por aclarar las cosas con el sindicato.

Él frunció el entrecejo.

—No sé a qué se refiere.

Esta mañana volvieron todos los trabajadores y las cosas marchan de maravilla. El edificio se terminará a tiempo.

—En ese caso, la felicito.

—Si me envía una factura por sus servicios...

—Creo que usted está confundida, señorita Cameron. Me alegra que su

problema esté resuelto, pero yo no tuve nada que ver con eso.

Lara se lo quedó mirando.

Esta bien. Yo...Disculpe si lo he molestado.

—No tiene por qué. — Y la miró salir.

Un momento después entró la secretaria.

—La señorita Cameron le dejó un paquete, señor Martin.

Era un paquete pequeño, atado con una cinta de color. Lo abrió con curiosidad. Contenía una figura que representaba un caballero de plata con toda su armadura, listo para el combate. Una disculpa *¿Cómo me llamó? Dinosaurio*, pensó. Todavía podía oír la voz de su padre diciéndole: «Eran tiempos peligrosos, Paul. Los jóvenes decidieron tomar el mando de la Mafia y deshacerse de los veteranos, los bigotudos, los dinosaurios. Fue sangriento, pero lo hicieron».

Pero todo eso había pasado hacía mucho, mucho tiempo, en el viejo país. En Sicilia.

Capítulo Trece

Cibellina, Sicilia -1879

Los Martini eran *stranieri*, forasteros, en la pequeña aldea siciliana de

Gibellina. El paraje era desolado, una estéril tierra de muerte, bañada por un sol deslumbrante e implacable: un paisaje pintado por un artista sádico. En una tierra donde las grandes fincas pertenecían a los *gabellois*, los propietarios adinerados, los Martini habían comprado una parcela pequeña que trataban de explotar ellos mismos.

Un día el *sopranstante* visitó a Giuseppe Martini.

—Esta pequeña finca suya... -dijo-. La tierra es demasiado pedregosa. No podrá vivir decentemente de ella, cultivando aceitunas y uvas.

—No se preocupe por mí -dijo Martini-. Toda mi vida he sido agricultor.

—Todos nos preocupamos por usted -insistió el *sopranstante*-. Don Vito tiene tierras buenas y está dispuesto a arrendarle una parte.

Ya sé lo que hace don Vito con su tierra -bufó Giuseppe Martini -. Si le firmo una *mezzadria* para cultivar su tierra, se quedará con las tres cuartas partes de mis cosechas y me cobrará el cien por ciento de interés sobre las semillas. Acabará arruinado, como los otros tontos que trataron con él. Dígale que no, gracias.

—Usted comete un gran error, *signore*. Este país es peligroso. Pueden ocurrir accidentes muy graves.

–¿Me está amenazando?

–Por cierto que no, *signore*. Sólo le señalaba...

–Salga de mis tierras ahora mismo -dijo Giuseppe Martini.

El *sopranstante* lo miró durante un largo rato; después sacudió tristemente la cabeza.

–Usted es hombre testarudo.

Ivo, el hijo de Giuseppe Martini, preguntó:

–¿Quién era ése, papá?

–El capataz de uno de los grandes terratenientes.

–No me gusta -dijo el niño.

–A mí tampoco, Ivo.

A la noche siguiente se incendiaron los sembrados de Giuseppe Martini y desaparecieron sus pocas cabezas de ganado.

Fue entonces cuando Giuseppe Martini cometió su segundo error. Recurrió a los *carabinieri*.

–Exijo protección -dijo.

El jefe lo estudió sin comprometerse.

—Para eso estamos aquí -dijo-. ¿Cuál es su problema, *signore*?

Anoche los hombres de don Vito incendiaron mis sembrados y me robaron el ganado.

—Ésa es una acusación muy grave. ¿Puede probarlo?

—Su *sopranstante* vino a amenazarme.

—¿Le dijo que le iban a quemar los sembrados y a robar el ganado?

—Por supuesto que no -replicó Giuseppe Martini.

—¿Qué le dijo, entonces?

—Que debía entregar mi finca y arrendar las tierras a don Vito.

—¿Y usted rehusó?

—Naturalmente.

—*Signore*, don Vito es un hombre muy importante. ¿Quiere usted que lo arreste sólo porque se ofreció a compartir con usted su ricas tierras de cultivo?

—Quiero que ustedes me protejan -exigió Giuseppe Martini-. No voy a dejar que me expulsen de mi propiedad.

–Créame que no comprendo, *signore*. Veré qué puedo hacer.

–Le estaré muy agradecido.

–Délo por hecho.

A la tarde siguiente, cuando el joven Ivo regresaba de la ciudad vio que seis jinetes iban hacia la finca de su padre. Desmontaron y entraron en la casa.

Pocos minutos después Ivo vio que arrastraban a su padre ha los sembrados.

Uno de los hombres sacó un revólver.

–Vamos a darle la oportunidad de escapar. corre

–¡No! ¡Esta tierra es mía! Yo...

Ivo, aterrorizado, vio que el hombre hacía un disparo a tierra junto a los pies de su padre.

–¡Corre!

Giuseppe Martini echó a correr.

Los *campieri* montaron a caballo y empezaron a rodearlo, gritando.

Ivo se escondió para presenciar, espantado la horrible escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Los *campieri* vigilaban al hombre que corría por el campo, tratando de escapar. Cada vez que llegaba al borde del camino, uno de ellos se apresuraba a cortarle el paso y lo derribaba a tierra. El hombre estaba sangrando y exhausto. Iba perdiendo velocidad.

Los *campieri* decidieron que ya se habían divertido bastante. Uno de ellos rodeo el cuello del hombre con una soga y lo arrastró hacia el pozo.

—¿Por qué? — preguntó el hombre, jadeando-. ¿Qué he hecho?

—Fuiste a los *carabinieri*. No deberías haberlo hecho.

Le bajaron los pantalones y uno de ellos sacó un cuchillo, mientras los otros lo sujetaban.

—Que esto te sirva de lección.

El hombre aullaba:

—¡No, por favor! ¡Lo siento!

—El *campiero* sonreía.

—Eso díselo a tu esposa.

Se inclinó para sujetar el miembro viril y se lo cortó con el cuchillo.

Los gritos de Martini llenaban el aire.

–Esto ya no te hace falta -le aseguró el *campiero*.

Tomó el miembro cortado y se lo introdujo en la boca. El hombre hizo una arcada y lo escupió. Los *campieri* se miraron entre sí.

–No le gusta.

–Uccidi quel figlio di puttana!

–Uno de los *campieri* descendió de su caballo y recogió algunas piedras pesadas. Después de levantar los pantalones ensangrentados de la víctima, llenó con ellas los bolsillos.

–Vamos, arriba. – Levantaron a Giuseppe y lo llevaron al pozo-. Buen viaje.

Arrojaron el cuerpo al fondo.

–El agua tendrá gusto a orín -dijo uno.

Otro se echó a reír.

–Los aldeanos no notarán la diferencia.

Se quedaron allí un momento, atentos a los ruidos, que poco a poco iban disminuyendo. Cuando cesaron, montaron a caballo y i dirigieron hacia la

casa.

Ivo Martini permaneció escondido en la maleza, observando todo con espanto. Tenía diez años. Cuando los *campieri* se hubieron marchado, corrió hacia el pozo.

Miró hacia abajo, susurrando:

–Papá...

Pero el pozo era profundo y no oyó nada.

Cuando terminaron con Giuseppe Martini, los *campieri* fueron en busca de su esposa. La encontraron en la cocina.

–¿Dónde está mi esposo? – los interpelló ella.

Una gran sonrisa.

–Bebiendo un poco de agua.

Dos de los hombres se acercaron a la mujer. Uno dijo:

–Eres demasiado bonita para estar casada con un hombre tan feo.

–Salid de mi casa -ordenó María.

–¿Te parece manera de tratar a las visitas? – Uno de los hombres alargó la mano para desgarrarle el vestido-. Como tendrás que usar ropa de viuda,

esto ya no te hace falta.

—¡Animal!

En el hornillo hervía una olla de agua. María la tomó y la arrojó a la cara del hombre, que aulló de dolor.

—*Fica!* -Sacó la pistola y disparó sobre ella.

La mujer murió antes de tocar el suelo.

El capitán gritó:

—¡Idiota! Primero se las folla; sólo después se las mata. Vamos, vamos a informar a don Vito.

Media hora más tarde estaban de regreso en la finca de don Vito.

—Ya nos hemos ocupado del marido y de la mujer -informó el *jefe* de los campieri.

—¿Y el hijo?

El *campiero* miró a don Vito, sorprendido.

—Usted no dijo nada del hijo.

-*Cazzomatto!* Dije que os ocupaseis de toda la familia.

—Pero no es más que un niño, don Vito.

—Los niños crecen y se hacen hombres. Los hombres quieren venganza. Matadlo.

—Sí, *signore*.

Dos de los hombres volvieron a la finca de Martini.

Ivo estaba paralizado por el pánico. Había visto cómo asesinaban a sus padres. Estaba solo en el mundo, sin nadie a quien recurrir ni un lugar adonde ir. ¡Un momento! Sí tenía a quien recurrir: Nuncio Martín, el hermano de su padre, que vivía en Palermo. Ivo sabía que debía actuar deprisa. Los hombres de don Vito volverían para matarlo. Le extrañaba que todavía no lo hubiesen hecho. Metió un poco de comida en un saco, se lo echó al hombro y abandonó apresuradamente la finca.

OceanofPDF.com

Llegó hasta el camino de tierra que se alejaba de la aldea y echó a andar. Cada vez que se aproximaba un carro, se apartaba del caminara ocultarse entre los árboles.

Una hora después vio que un grupo de *campieri* venía por el camino, buscándolo. Se mantuvo escondido e inmóvil hasta que pasaron. Después siguió caminando. Por la noche dormía en las huertas; vivía de la fruta de los árboles. Pasó tres días caminando.

Cuando le pareció que estaba a salvo de don Vito, se acercó a una pequeña aldea, donde había una gasolinera. Una hora después iba en la parte trasera de un camión, rumbo a Palermo.

Llegó a la casa de su tío en medio de la noche. Nuncio Martín vivía en una casa grande, de aspecto próspero, en las afueras de la ciudad. Tenía un amplio balcón, terrazas y un patio. El niño golpeó la puerta principal. Hubo un largo silencio. Por fin, una voz grave preguntó:

—¿Quién demonios es?

—Soy Ivo, tío Nuncio.

Momentos después, Nuncio Martini abrió la puerta. El tío de Ivo era un hombre corpulento, de edad madura, de generosa nariz mana y abundante pelo blanco. Vestía camisa de dormir. Miró sorprendido al niño.

—¡Ivo! ¿Qué haces aquí, en plena noche? ¿Dónde están tus padres?

—Murieron -sollozó Ivo.

–¿Que murieron? Pasa, pasa.

Ivo entró, tambaleándose.

–Qué terrible noticia. ¿Ocurrió algún accidente?

El niño meneó la cabeza.

–Don Vito los hizo asesinar.

–¿Asesinar? Pero ¿por qué?

Mi padre se negó a arrendarle las tierras.

–Oh...

–¿Por qué tuvo que hacerlos matar? Ellos nunca le hicieron ningún mal.

–No se trató de nada personal -dijo Nuncio Martini.

Ivo lo miró fijamente.

–¿Nada personal? No comprendo.

–Todo el mundo conoce a don Vito. Tiene su reputación. Es un *uomo rispettato*. Si hubiera dejado que tu padre lo desafiara, otros habrían tratado de imitarlo y él habría perdido su poder. No se puede hacer nada.

–¿Nada? – preguntó el niño, horrorizado.

–Ahora no, Ivo. Ahora no. Mientras tanto, creo que te ven bien una buena cama para pasar la noche.

Conversaron por la mañana, durante el desayuno.

–¿Te gustaría vivir en esta bonita casa y trabajar para mí? – Nuncio Martini era viudo.

–Claro que sí -dijo Ivo.

–Me hace falta un niño inteligente como tú. Y pareces fuerte.

–Soy fuerte -aseguró Ivo.

–Bien.

–¿A qué te dedicas, tío? – preguntó Ivo.

Nuncio Martini sonrió. – A proteger a la gente.

La Mafia, originariamente conocida como la Mano Negra, se había esparcido por toda Sicilia y otras partes de Italia acosadas por la pobreza para proteger al pueblo de un gobierno implacable y autócrata. La Mafia corregía injusticias y solucionaba entuertos; llegó a ser tan poderosa que el gobierno mismo comenzó a temerla; los comerciantes y agricultores le pagaban tributo.

Según la leyenda, la palabra Mafia fue acuñada después de un incidente en que violaron y asesinaron a una niña; su madre angustiada corrió en la noche, gritando por su hija: «*Mafia! Mafia!*».

Nuncio Martini era el *capo* de la Mafia en Palermo. Él se encargaba de que se cobraran los tributos debidos y de que se castigara a quienes no pagaban. El castigo variaba ampliamente: desde un miembro fracturado a una muerte

lenta y dolorosa.

Ivo comenzó a trabajar para su tío.

OceanofPDF.com

Durante los siguientes quince años, Palermo fue la escuela de Ivo, y su tío Nuncio, su maestro. Comenzó como recadero; luego pasó a cobrador y, por fin, llegó a ser el lugarteniente de confianza de su tío.

A los veinticinco años se casó con Carmela, una rolliza muchacha siciliana; un año después tuvieron un varón: Gian Carlo. Ivo se mudó con su familia a una casa propia. Al morir su tío, él ocupó su puesto y llegó a superarlo en éxito y prosperidad. Pero aún tenía un asunto inconcluso que atender.

Un día dijo a Carmela:

—Haz las maletas. Nos vamos a América.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Por qué nos vamos a América?

Ivo no estaba habituado a que se lo interrogara.

—Haz lo que te digo, mujer. Ahora me voy. Volveré dentro de dos días.

—Ivo...

—Te he dicho que hagas las maletas.

Tres *autobianchi* negros se detuvieron frente al cuartel de *carabinieri*, en Gibellina. El capitán, que ahora pesaba quince kilos más estaba sentado ante su escritorio cuando se abrió la puerta. Entraron seis hombres bien vestidos y de aspecto próspero.

–Buenos días, caballeros. ¿En qué puedo servirlos?

–Hemos venido a servirlo a usted -dijo Ivo-. ¿Me recuerda? Soy el hijo de Giuseppe Martini.

–El capitán abrió los ojos como platos.

–Tú -dijo-. ¿Qué haces aquí? Corres peligro.

–Vine a ocuparme de tus dientes.

–¿De mis dientes?

–Sí. – Dos de los hombres se acercaron al capitán y le inmovilizaron los brazos-. Necesitas que te los arreglen un poco. Permíteme.

Ivo le metió el revólver en la boca y apretó el gatillo. Luego se volvió hacia sus compañeros.

Marchémonos de aquí.

Quince minutos después, los tres automóviles se acercaban a la casa de don Vito. Fuera había dos guardias que observaron con curiosidad. Cuando los coches se detuvieron, Ivo se apeó.

–Buenos días. Don Vito nos espera -dijo.

–Uno de los guardias frunció el entrecejo.

–No dijo nada de que...

Antes de que pudiese terminar la frase, los dos guardias fueron derribados a tiros. Las armas estaban cargadas con *lupara*, un cartucho con grandes bolas de plomo, treta de cazador para esparcir las municiones. Los guardias quedaron hechos pedazos.

Dentro de la casa, don Vito oyó los disparos. Cuando se asomó a la ventana y vio lo que ocurría, se acercó apresuradamente a un cajón para sacar una pistola.

–¡Franco! – Llamó-. ¡Antonio! ¡Venid deprisa!

Fuera sonaron más disparos.

Una voz dijo:

–Don Vito...

Él giró en redondo.

Allí estaba Ivo, con un revólver en la mano.

–Arroje su arma.

Pero...

–Arrójela.

Don Vito dejó caer la pistola al suelo.

–Llévese lo que quiera pero lárguese de aquí.

–No quiero nada. En realidad vine porque tengo una deuda con usted.

Don Vito dijo:

–Estoy dispuesto a olvidarla -dijo don Vito.

–Yo no. ¿Sabe quien soy?

–No.

–Ivo Martini.

El viejo frunció el entrecejo, tratando de recordar. Luego se encogió de hombros.

–No me recuerda nada.

–Hace quince años sus hombres mataron a mis padre.

–Qué terrible -exclamó don Vito-. Haré que los castiguen. Voy a...

OceanofPDF.com

Ivo alargó un brazo y le pegó en la nariz con la pistola. La sangre empezó a manar.

—Esto no es necesario -jadeó don Vito-. Yo...

El joven sacó un puñal.

—Bájese los pantalones.

—¡No! — gritó espantado-. Piensa en lo que vas a hacer. Tengo hijos carones y hermanos. Si me haces daño, te buscarán para matarte como un perro.

—Siempre que puedan encontrarme -dijo Ivo-. Los pantalones.

—No.

Ivo le disparó en la rótula. El viejo aulló de dolor.

—Deje que lo ayude -dijo Ivo-. Alargó la mano y le bajó los pantalones. Luego los calzoncillos-. No es mucho lo que hay allí, ¿verdad? Bueno, ya veré que se puede hacer.

Sujetó el miembro a don vito y lo cortó con el puñal

Don Vito se desmayó.

Ivo cogió el pene y lo metió en la boca del anciano.

—Lamento no tener un pozo donde arrojarte -dijo. Como gesto de despedida, le disparó en la cabeza. Luego se volvió y salió casa, rumbo al coche.

Sus amigos lo estaban esperando.

–En marcha -dijo.

–Tiene una familia grande, Ivo. Vendrán por ti.

–Que vengan.

Dos días más tarde, Ivo, su esposa y su hijo Gian Carlo iban abordo de un barco, rumbo a Nueva York.

A finales del siglo pasado, el nuevo mundo era una tierra de promisión. Nueva York contaba con una gran población de italianos. Muchos de los amigos de Ivo habían emigrado ya a la gran ciudad, decididos a aprovechar su experiencia en lo que mejor conocían: el negocio de la protección. La Mafia empezó a extender sus tentáculos.

Ivo anglicizó su apellido, transformándolo en Martin. Disfrutaba de una prosperidad constante.

Gian Carlo fue una desilusión para su padre. A los diecisiete dejó embarazada a una muchacha italiana y se casó con ella en una ceremonia discreta; tres meses después tenían un hijo: Paul.

Ivo tenía grandes planes para su nieto. En América los abogados eran muy importantes, por eso decidió que su nieto fuera abogado. El niño era ambicioso e inteligente. A los veintidós años lo aceptaron en Harvard.

Cuando se graduó, Ivo hizo arreglos para que se incorporara a una prestigiosa firma de abogados, de la que pronto pasó a ser socio. Cinco años más tarde Paul abrió su propio bufete entonces Ivo había hecho fuertes inversiones en negocios legales pero aún mantenía sus contactos con la Mafia y su nieto manejaba asuntos comerciales. En 1967, el año en que Ivo murió, Paul casó con Nina, una muchacha italiana; un año después su esposa daba a luz gemelos.

Los setenta fueron años de mucho trabajo para Paul. Sus principales clientes eran los sindicatos, debido a lo cual ejercía bastante poder. Los presidentes de industrias y empresas comerciales lo trataban obsequiosamente.

Un día almorzó con un cliente llamado Bill Rohan, respetado banquero que nada sabía de los antecedentes familiares de Paul.

—Deberías inscribirte en Sunnyvale, mi club de golf -dijo Bill Rohan-. Juegas al golf, ¿no?

—De tanto en tanto -respondió Paul-. Cuando tengo tiempo.

—Estupendo. Soy miembro de la junta de admisiones. ¿Quieres que te proponga como socio?

—Sería fantástico.

A la semana siguiente, la junta se reunió para analizar a los nuevos aspirantes a socios. Surgió el nombre de Paul Martin.

—Puedo recomendarlo -dijo Bill Rohan-. Es un buen hombre.

John Hammond, otro miembro de la junta, observó:

—Es italiano, ¿no? En este club no queremos italianos, Bill.

El banquero lo miró.

–¿Vas a votar en contra de él?

OceanofPDF.com

–Con toda seguridad.

–En ese caso, solicitud denegada. El siguiente es...

Al cabo de dos semanas Paul Martin volvió a almorzar con el banquero

–He estado practicando golf -bromeó Paul.

¿Ha habido un pequeño inconveniente, Paul -dijo Bill Rohan, sin poder disimular su turbación.

–¿Cuál?

Te propuse como socio, pero uno de los miembros de la junta votó en contra.

–¿Sí? ¿Por qué?

–No lo tomes como algo personal. Está lleno de prejuicios. No le gustan los italianos.

Paul sonrió.

–No te preocupes, Bill. A mucha gente no le gustan los italianos. Este señor...

Hammond. John Hammond.

–¿El de las conservas?

–Sí. Ya cambiaré de idea. Volveré a hablar con él.

Paul meneó la cabeza.

No te molestes. A decir verdad, no me vuelvo loco por el golf.

Seis meses después, en pleno verano, cuatro camiones refrigerados de Carnes Hammond que se dirigían cargados de chuletas de cerdo y bistecs a los supermercados de Buffalo y Nueva Jersey, se detuvieron en el arcén de la carretera. Los conductores abrieron las puertas traseras de los camiones y se alejaron caminando tranquilamente.

Cuando John Hammond se enteró de la noticia, se puso furioso y mandó por su gerente.

–¿Qué diablos ha ocurrido? – lo increpó-. ¡Un millón y medio de dólares en carne pudriéndose al sol! ¿Cómo ha podido pasar algo así?

–El sindicato declaró una huelga -dijo el gerente.

–¿Sin avisarnos? ¿Por qué fue la huelga? ¿Quieren más dinero?

El gerente se encogió de hombros.

–No lo sé. No me dijeron nada. Se marcharon, eso es todo.

–Llame al delegado sindical. Que venga a verme. Yo personalmente me haré cargo de esto -dijo Hammond.

Esa tarde el delegado sindical entró en el despacho de Hammond.

–¿Por qué no me dijeron que iban a declararse en huelga? – quiso saber Hammond.

El delegado dijo, como pidiendo disculpas:

–Yo mismo no lo sabía, señor Hammond. De pronto los hombres enfurecieron y se fueron.

–Usted sabe que soy un hombre razonable. ¿Qué desean? ¿Un aumento?

–No, señor. Fue por el jabón.

Hammond lo miró fijamente.

–¿Por el jabón, dice usted?

–En efecto. No les gusta el jabón que se usa en los lavabos. Es demasiado fuerte.

Hammond no podía dar crédito a lo que oía.

–¿Que el jabón es demasiado fuerte? ¿Y por eso me hacen perder un millón y medio de dólares?

–Yo no tengo la culpa -dijo el sindicalista.

–Es increíble -exclamó Hammond-. ¿Qué clase de jabón quieren? ¿Crema de belleza? – Descargó el puño contra el escritorio-. La próxima vez que los hombres tengan algún problema, hable primero conmigo. ¿Me ha entendido?

–Sí, señor Hammond.

–Díales que vuelvan a trabajar. Esta tarde a las seis habrá en esos lavabos el jabón más caro que se pueda conseguir.

–Se lo diré, señor Hammond.

John Hammond estaba furioso. *No me extraña que este país se esté yendo al infierno*, pensaba. ¡Jabón!

Dos semanas más tarde, en un mediodía caluroso, cinco camiones de Carnes Hammond, que llevaban su mercancía a Syracuse y Boston, se detuvieron en el arcén. Los conductores abrieron la puerta trasera de los camiones refrigerados y se marcharon.

John Hammond se enteró a las seis de esa tarde.

OceanofPDF.com

–¿Qué diablos me está diciendo, hombre? – aulló-. ¿Acaso no pusieron el jabón nuevo?

–Sí, señor -respondió el gerente-. El mismo día en que usted me lo ordenó.

–¿Y qué demonios pasa ahora?

El gerente dijo, indefenso:

–No lo sé. No han presentado ninguna queja. Nadie me dijo una palabra.

–Haga venir a ese maldito delegado sindical.

Una hora más tarde Hammond estaba hablando con el delegado.

–Dos millones de dólares en carne se arruinaron esta tarde por culpa de sus hombres -aulló Hammond-. ¿Se han vuelto locos?

–¿Quiere que repita su pregunta al presidente del sindicato, señor Hammond?

–No, no -corrigió Hammond, apresuradamente-. Mire, hasta ahora nunca había tenido problemas con ustedes. Si los hombres quieren un aumento, venga a decírmelo y lo discutiremos como gente razonable. ¿Cuánto piden?

–Nada.

–¿Qué quiere decir?

–No es por dinero, señor Hammond.

¿Ah, no? ¿Y por qué es?

Por las luces.

—¿Qué luces? — Hammond creía haber oído mal.

—Los hombres se quejan de que las luces de los lavabos son demasiado mortecinas.

John Hammond se inclinó hacia adelante.

—¿Qué está pasando aquí? — preguntó con suavidad.

Ya se lo he dicho. Los hombres opinan que...

—Déjese de tonterías y suelte lo que sepa.

—Si lo supiera se lo diría -dijo el sindicalista.

—¿Alguien está tratando de arruinarme? ¿Es eso?

El sindicalista guardó silencio.

—Muy bien -dijo John Hammond-. Déme un nombre. ¿Con quién puedo hablar?

—Hay un abogado que podría ayudarlo. El sindicato emplea mucho sus servicios. Se llama Paul Martin.

–¿Paul...? – De pronto, John Hammond recordó de quién se trataba. Ese *cerdo extorsionador...*, pensó-. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Se quedó en el despacho, mascullando su rabia. *A John Hammond nadie lo extorsiona. Nadie.*

Una semana más tarde, otros seis de sus camiones refrigerados fueron abandonados al borde de la carretera.

John Hammond invitó a almorzar a Bill Rohan.

–He estado pensando en tu amigo Paul Martin -dijo-. Tal vez me haya apresurado un poco al rechazar su solicitud.

–Caramba, eres muy generoso al decir eso, John.

–Se me acaba de ocurrir algo. En la próxima reunión de la junta proponlo nuevamente como socio que yo le daré mi voto.

A la semana siguiente, cuando surgió el nombre de Paul Martin su solicitud fue aceptada por unanimidad.

John Hammond telefoneó a Paul Martin.

–Felicitaciones, señor Martin -dijo-. Acaba de ser aceptado como miembro del club de golf Sunnyvale. Estamos encantados de tenerlo con nosotros.

–Gracias -dijo Paul-. Le agradezco su llamada.

Lo primero que hizo John Hammond al colgar fue marcar el número del fiscal del distrito, con quien concertó una cita para la semana siguiente.

El domingo John Hammond y Bill Rohan se encontraron en el club para jugar al golf con otros dos.

–Todavía no conoces a Paul Martin, ¿verdad? – pregunto Hill.

–No -respondió Hammond-. Pero no creo que vaya a jugar mucho al golf. El Gran Jurado va a mantener muy ocupado a tu amigo.

–¿De qué estás hablando?

–Voy a dar ciertas informaciones sobre él al fiscal del distrito; creo que el Gran Jurado se mostrará muy interesado.

Bill Rohan lo miró espantado.

–¿Sabes en qué te estás metiendo?

–No lo dudes. Es una cucaracha, John, y voy a pisarla.

El lunes, cuando se dirigía hacia la oficina del fiscal del distrito, John Hammond murió en un accidente: un coche lo arrolló y se dio a la fuga. No hubo testigos. La policía nunca halló al conductor.

A partir de ese día, todos los domingos Paul Martin almorzó en Sunnyvale, con su esposa y los gemelos. La comida que servían allí era deliciosa.

Paul Martin se tomaba muy en serio los votos matrimoniales. Por ejemplo: jamás se le habría ocurrido deshonorar a su esposa llevándola al mismo restaurante que frecuentaba con su amante. Su matrimonio era una parte de su vida; sus amoríos, otra. Todos los amigos de Paul Martin tenían amantes. Era parte del estilo de vida aceptado. Lo que preocupaba a Martin era ver que algunos viejos salieran con jovencitas. Era poco digno, y él daba gran valor a la dignidad. Resolvió que cuando cumplierse setenta años dejaría de tener amantes. Y así lo hizo. Ya tenía setenta y dos. Nina era buena compañera. Con eso bastaba. Dignidad.

Éste era el hombre a quien Lara Cameron acudió en busca de ayuda. Martin la conocía de nombre, pero quedó estupefacto al ver que era tan joven y hermosa. Era ambiciosa y ferozmente independiente, pero también muy femenina. Se sintió fuertemente atraído por ella. **No, pensó, es una muchacha. Yo estoy viejo. Demasiado viejo.**

Después de que Lara saliera tempestuosamente de su despacho el día que lo visitó por primera vez, Paul Martin pasó largó rato callado, pensando en ella. Luego cogió el teléfono e hizo una llamada.

Capítulo Catorce

El nuevo edificio avanzaba según los plazos previstos. Lara visitaba la construcción todos los días, por la mañana y por la tarde, y los hombres parecían sentir por ella un nuevo respeto. Lo percibía en modo en que la miraban, le hablaban y trabajaban para ella. Lara sabía que era a causa de Paul Martin; la perturbó descubrirse pensado cada vez más en ese hombre feo y atractivo a la vez, de voz extrañamente autoritaria.

Lara volvió a telefonearle.

—¿Podríamos almorzar juntos, señor Martin?

—¿Tiene algún otro problema?

—No, pero me pareció que sería agradable que nos conociésemos mejor.

—Lo siento, señorita Cameron, pero no acostumbro almorzar.

—¿Y si cenáramos una noche de éstas?

—Soy hombre casado, señorita Cameron. Ceno con mi esposa y con mis hijos.

—Comprendo. Si...

La comunicación se cortó. *¿Qué le pasa?*, se preguntó Lara. *No tengo interés en acostarme con él. Sólo quiero buscar el modo de darle las gracias. Trató de apartarlo de su mente.*

A Paul Martin lo inquietó el placer que le había dado oír la de Lara Cameron.

OceanofPDF.com

–Si la señorita Cameron vuelve a llamar -indicó a su secretaria-, díglele que no estoy.

Lara Cameron era una tentación, y él no necesitaba tentaciones.

Howard Keller estaba encantado con la marcha de las cosas.

–Debo admitir que por un tiempo me preocupaste un poco -dijo-. Parecía que estábamos rodando por la pendiente. Pero hiciste milagro.

El milagro no fue mío, pensó Lara. Fue de Paul Martin. Tal vez estuviera enfadado con ella porque no le había pagado sus honorarios.

Siguiendo un impulso, envió a Paul un cheque por cincuenta mil dólares.

Al día siguiente le fue devuelto sin nota alguna.

Lara le telefoneó otra vez.

–Lo siento -le dijo la secretaria-, pero el señor Martin no puede atenderla.

Otra muestra de desdén. Era como si ese hombre no la soportara. *Y si no me soporta, se preguntó, ¿por qué se tomó el trabajo de ayudarme?*

Esa noche soñó con él.

Howard Keller entró en el despacho de Lara.

–Tengo dos entradas para la nueva comedia musical de Andrew Lloyd Webber, *Song and dance*, pero debo viajar a Chicago. ¿Puedes aprovecharlas?

–No, porque... Aguarda. – Lara calló por un momento-. Sí, creo que puedo aprovecharlas. Gracias, Howard.

Esa tarde, Lara puso una de las entradas en un sobre y la envió a la oficina de Paul Martin.

Cuando al día siguiente recibió la entrada, Paul Martin la miró intrigado. ¿Quién podía enviarle una sola entrada para el teatro? *Cameron. Tengo que poner fin a esto*, pensó.

–¿Estoy libre el viernes por la noche? – preguntó a su secretaria.

–Tiene una cena con su cuñado, señor Martin.

–Cancélela.

Durante todo el primer acto, el asiento vecino al de Lara permaneció vacío. *De modo que no va a venir, se dijo. Bueno, al infierno con él. He hecho todo lo posible.*

Al bajar el telón del primer acto, Lara no sabía si marcharse o ver el resto. En la butaca vecina apareció una figura.

–Salgamos de aquí -ordenó Paul Martin.

Cenaron en un pequeño restaurante francés del East Side. Sentado frente a ella, él la estudiaba en silencio, cauteloso. Vino el camarero para ofrecer los aperitivos.

—Un whisky escocés con soda -dijo Lara.

—Para mí, nada.

Lara lo miró, sorprendida.

—No bebo.

Después de pedir la cena, Paul Martin dijo:

—¿Qué quiere de mí, señorita Cameron?

—No me gusta deberle nada a nadie -respondió Lara-, y con usted tengo una deuda que no me permite saldar. Eso me molesta.

—Ya le he dicho que no me debe nada.

—Pero...

—Me han dicho que su edificio marcha muy bien.

—Sí... -Lara iba a decir «gracias a usted», pero se lo pensó mejor

—Es usted muy buena en lo suyo, ¿verdad?

Ella asintió.

—Quiero serlo. Es lo más excitante del mundo: tener una idea, verla convertirse en cemento y acero, en un edificio donde la gente pueda trabajar y vivir. En cierto modo, se convierte en un monumento.

Su rostro resplandecía de vida.

OceanofPDF.com

–Supongo que sí. Y un monumento conduce a otro.

–Sin duda -replicó ella, con entusiasmo-. Quiero convertirme en la constructora más importante de esta ciudad.

En ella había una sexualidad hipnótica. Paul Martin sonrió.

–No me sorprendería.

–¿Por qué decidió venir al teatro? – preguntó Lara.

Él había ido a pedirle que lo dejase en paz, pero al estar tan cerca de ella no se decidió a hacerlo.

–Dicen que es una buena comedia.

Lara sonrió.

–Podríamos volver al teatro y verla juntos, Paul.

Él meneó la cabeza.

–Señorita Cameron, no estoy casado, simplemente, sino que estoy muy casado. Ocurre que amo a mi esposa.

–Eso me parece admirable -dijo Lara-. El edificio quedará terminado el 15 de abril. Vamos a celebrarlo con una fiesta. ¿Vendrá usted?

Él vaciló, pensando en el mejor modo de expresar su negativa sin parecer desdeñoso. Finalmente dijo:

—Sí, iré.

La inauguración del nuevo edificio fue un éxito moderado. El nombre de Lara Cameron no era tan conocido como para atraer a muchos periodistas ni a los políticos y demás personajes importantes de la ciudad. Pero allí estaban el teniente de alcalde y un periodista del *Post*.

—El edificio ya está alquilado casi en su totalidad -dijo Keller a Lara-. Y hay una multitud de personas interesadas.

—Bien -dijo Lara, distraída.

Su mente estaba puesta en otra cosa. Pensaba en Paul Martin, preguntándose si aparecería. Por algún motivo, para ella era muy importante que fuese. Ese hombre era un verdadero misterio. Negaba haberla ayudado, pero... Lara se dijo que estaba persiguiendo a un hombre que habría podido ser su padre, pero apartó la asociación de su mente.

Se dedicó a atender a los invitados. Sirvieron bebidas y canapés; todo el mundo parecía estar pasándolo en grande.

De pronto apareció Paul Martin y el tono de la fiesta cambió de inmediato. Los trabajadores lo saludaron como si fuese de la realeza. Obviamente, sentían por él un gran respeto.

Soy abogado de empresas. No trato con sindicatos.

Martin le dio la mano al teniente de alcalde y a algunos de los sindicalistas

presentes; luego se acercó a Lara.

–Me alegro de que haya venido -dijo ella.

Él paseó la mirada por el enorme edificio y dijo:

–La felicito. Ha hecho un buen trabajo.

–Gracias. – Ella bajó la voz-. Gracias a usted, en realidad.

Paul Martin la miró fijamente, extrañado por su belleza deslumbrante y los sentimientos que provocaba en él.

–La fiesta casi ha terminado -dijo Lara-. Tenía la esperanza de que usted me invitase a cenar.

–Ya le he dicho que ceno con mi esposa y mis hijos. – La miraba a los ojos- Pero la invito a una copa.

Lara sonrió.

–Aceptado.

Se detuvieron en un pequeño bar de la Tercera Avenida. Conversaron, pero más tarde ninguno de los dos recordaría acerca de qué. Las palabras eran un camuflaje para la tensión sexual que existía entre ambos.

–Hábleme de usted -dijo Paul Martin-. ¿Quién es? ¿De dónde viene?
¿Cómo se inició en este negocio?

Lara pensó en Sean MacAllister y en su repulsivo cuerpo sobre ella. *Ven aquí, tesoro, me ha gustado tanto que vamos a hacerlo otra vez.*

–Provengo de una pequeña ciudad de Nueva Escocia -dijo-. Glace Bay. Mi padre cobraba los alquileres en varias pensiones. Cuando murió, yo me hice

cargo. Uno de los pensionistas me ayudó a comprar una parcela y allí levanté un edificio. Ése fue el principio.

Él escuchaba con atención.

–Después me mudé a Chicago y allí construí algunos edificios. Me fue bien y vine a Nueva York. – Sonrió-. Y eso es todo, en realidad. – Exceptuando el tormento de crecer junto a un padre que la odiaba, la vergüenza de la pobreza, de no tener nunca nada, de dar su cuerpo a Sean MacAllister...

OceanofPDF.com

Como si le leyese el pensamiento, Paul Martin dijo:

–Apostaría a que no fue tan fácil, ¿verdad?

–No me quejo.

–¿Cuál es su próximo proyecto?

Lara se encogió de hombros.

–No estoy segura. He estudiado muchas posibilidades, pero el momento no hay ninguna que me entusiasme.

Paul Martin no podía apartar los ojos de ella.

–¿En qué piensa? – preguntó Lara.

Él aspiró hondo.

–¿Quiere que le diga la verdad? Pensaba que, si no fuera casado, le diría que usted es una de las mujeres más excitantes de cuantas he conocido. Pero como soy casado, usted y yo seremos sólo amigos, ¿Me explico?

–Con toda claridad.

Paul consultó su reloj.

–Es hora de que me vaya. – Se volvió hacia el camarero-. La cuenta, por favor. – Y se puso de pie.

¿Qué le parece si almorzamos juntos la semana que viene? preguntó Lara.

—No. Tal vez volvamos a vernos cuando termine su próximo edificio. Y desapareció.

Esa noche Lara soñó que estaba haciendo el amor con Paul Martin. Él estaba sobre ella, le acariciaba el cuerpo y le susurraba al oído con acento escocés:

—Te necesito. Que Dios me perdone, cariño, pero te amo, te amo, amo...

Entonces la penetró y el cuerpo de Lara se fundió bruscamente, despertaron sus propios gemidos. Se incorporó en la cama, estremecida.

Dos días después recibió una llamada de Paul Martin.

—Creo tener un lugar que a usted puede interesarle -dijo secamente-. Está en el West Side, en la calle Sesenta y nueve. Todavía no ha sido anunciado. Pertenece a un cliente mío que quiere vender.

Esa mañana, Lara y Howard Keller fueron a echarle un vistazo. Era una propiedad de primera.

—¿Cómo te enteraste de esto? — preguntó Keller.

Por Paul Martin.

—Comprendo -dijo con tono de desaprobación.

–¿Qué significa eso?

–He hecho averiguaciones sobre Martin, Lara. Es de la Mafia. No te acerques a él.

Ella replicó, indignada:

–No tiene nada que ver con la Mafia. Es un buen amigo. Y de cualquier modo, ¿qué tiene eso que ver con este lugar? ¿Te gusta?

–Me parece grandioso.

–Entonces comprémoslo.

Diez días después cerraron el trato.

Lara envió a Paul Martin un gran ramo de flores con una nota: «No me las devuelva, por favor. Son muy sensibles».

Esa misma tarde Paul Martin la llamó por teléfono.

–Gracias por el regalo. No estoy habituado a que mujeres bellísimas me envíen ramos de flores. – Su voz sonaba más gruñona que de costumbre.

–¿Sabe cuál es su problema? – sugirió Lara-. Que nadie lo ha malcriado lo suficiente.

–¿Eso es lo que quiere hacer conmigo? ¿Malcriarme?

–Sí. Y estoy hablando en serio.

Paul se echó a reír.

–Lo sé.

–¿Por qué no lo discutimos durante el almuerzo? – propuso Lara.

OceanofPDF.com

Paul Martin no podía dejar de pensar en Lara. Sabía que corría peligro de enamorarse de ella. Poseía cierta vulnerabilidad, cierta inocencia y, al mismo tiempo, algo salvajemente sensual. Paul reconocía que lo mejor era no volver a verla, pero no podía dominarse. La atracción que aquella mujer ejercía sobre él era más poderosa que su voluntad.

Almorzaron en el Twenty-One Club.

—Cuando trates de ocultar algo -dijo Paul Martin-, hazlo siempre a la vista de todos. De ese modo nadie creerá que estás haciendo algo malo.

—¿Estamos tratando de ocultar algo? — preguntó ella, con suavidad.

Él la miró y tomó una decisión. *Es hermosa y elegante, pero hay mil mujeres como ella. Será fácil quitármela de encima. Me acostaré con ella una vez y allí terminará todo.* Pero se equivocaba.

Cuando llegaron al apartamento de Lara, Paul estaba inexplicablemente nervioso.

—Me siento como un pobre colegial -dijo-. Estoy fuera práctica.

—Es como ir en bicicleta -murmuró Lara-. Ya lo recordarás. Deja que te desvista.

Le quitó la chaqueta y la corbata; empezó a desabotonarle la camisa.

—Sabes que esto no puede llegar a nada serio, Lara.

–Lo sé.

–Tengo setenta y dos años. Podría ser tu padre.

Ella quedó inmóvil por un instante, recordando su sueño.

–Lo sé. – Terminó de desvestirlo-. Tu cuerpo es hermoso.

–Gracias. – Su esposa nunca le decía esas cosas.

Lara le deslizó los brazos por los muslos.

–Eres muy fuerte, ¿verdad?

Él se descubrió irguiendo la espalda.

–Solía jugar al baloncesto, pero de eso hace ya mucho tiempo.

Los labios de Lara encontraron los suyos; estaban en la cama, y él experimentó algo que nunca antes le había ocurrido.

Era como tener el cuerpo en llamas. Estaban haciendo el amor y era algo sin principio ni final, un río que lo arrastraba, cada vez más rápido, y cuya corriente lo hundía hasta una oscuridad de terciopelo que estalló en mil estrellas. Y el milagro fue que ocurrió de nuevo, y una vez más, hasta que quedó tendido, jadeando exhausto.

–No lo puedo creer -dijo.

Con su esposa siempre había hecho el amor de un modo convencional y

rutinario. Con Lara era una increíble experiencia sensual. Paul Martin había tenido muchas mujeres, pero ninguna como aquella. Lara hacía que se sintiese nuevamente joven.

Mientras Paul se vestía, ella preguntó:

—¿Volveremos a vernos?

Sí.—*Que Dios me ayude*—.Sí.

Los ochenta fueron años de cambios. Ronald Reagan fue elegido presidente de Estados Unidos y Wall Street tuvo el día más ajetreado de su historia. El sha de Irán murió en el exilio y Anwar el Sadat fue asesinado. La deuda pública alcanzó los mil millones de dólares; lunes norteamericanos en Irán fueron puestos en libertad. Sandra Day O'Connor se convirtió en la primera mujer miembro de la Corte Suprema de Justicia.

Lara estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. El de la construcción era un gran negocio. Abundaba el dinero y los bancos estaban dispuestos a financiar proyectos que a un tiempo fuesen especulativos y contasen con un buen respaldo.

Las sociedades de crédito hipotecario eran una gran fuente de dividendos. Un joven genio financiero llamado Mike Milken había popularizado los bonos de alto rendimiento y alto riesgo, vulgarmente conocidos como «bonos basura», que eran maná para la industria de los bienes raíces. La financiación estaba al alcance de la mano.

—En la propiedad de la calle Sesenta y nueve no voy a levantar un edificio de oficinas, sino un hotel.

—¿Por qué? —preguntó Howard Keller—. El lugar es perfecto para un edificio de oficinas. Si construyes un hotel tienes que administrarlo las veinticuatro horas del día.

OceanofPDF.com

Los inquilinos van y vienen como hormigas. Con un edificio de oficinas sólo tienes que preocuparte por los contratos de alquiler cada cinco o diez años.

—Lo sé, pero en un hotel tienes muchísimo poder, Howard. Puedes dar apartamentos a las grandes personalidades y recibirlas en tu propio restaurante. Me gusta esa idea. Va a ser un hotel. Quiero que prepares reuniones con los principales arquitectos de Nueva York: Skidmore, Owens y Merrill, Peter Eisenman y Philip Johnson.

Las reuniones se llevaron a cabo en las dos semanas siguientes. Algunos de los arquitectos la trataban con cierta superioridad protectora. Era la primera vez que trabajaban para una mujer.

Uno de ellos le dijo:

—Si quiere que copiemos...

—No. Vamos a construir un hotel que otros constructores quieran copiar. Si busca una palabra clave, pruebe con «elegancia». Imagino una entrada flanqueada por fuentes gemelas, un vestíbulo de mármol italiano. Frente al vestíbulo tendremos un cómodo salón de conferencias para...

Al terminar la reunión, los hombres estaban impresionados.

Lara organizó un equipo. Contrató a un abogado llamado Terry Hill, a un asistente de nombre Jim Belan, a cierto Al Chriton o director de proyectos y a una agencia publicitaria encabezada por Tom Scott. Contrató al estudio de arquitectura de Higgins, Almont y Clark. El proyecto estaba en marcha.

—Nos reuniremos una vez por semana -dijo Lara al grupo-, pero quiero que cada uno de ustedes me presente informes diarios. Quiero que este hotel respete los plazos de construcción y el presupuesto. Los he seleccionado a todos ustedes porque son los mejores. Espero que no me defrauden.
¿Alguna pregunta?

Pasó las dos horas siguientes respondiéndolas.

Más tarde dijo a Keller:

—¿Qué opinas de esa reunión?

—Estupenda, patrona.

Era la primera vez que la llamaba así. A ella le gustó.

Una mañana recibió una llamada de Charles Cohn.

—Estoy en Nueva York. ¿Podemos almorzar juntos?

—¡Claro! — exclamó Lara.

Almorzaron en Sardi's.

—Estás estupenda -le aseguró Cohn-. El éxito te sienta bien, Lara.

—Esto es sólo el principio -dijo ella-. Charles... ¿te gustaría unirte a Cameron Enterprises? Te daré parte de la empresa y...

El meneó la cabeza.

–Gracias, pero no. Tú acabas de iniciar el viaje. Yo estoy casi al final del camino. El próximo verano me retiro.

–Mantengámonos en contacto -propuso Lara-. No quiero perderte.

Cuando Paul Martin volvió al apartamento de Lara, ella le dijo:

–Tengo una sorpresa, querido.

Y le entregó media docena de paquetes.

–¡Eh, pero si no es mi cumpleaños!

–Ábrelos.

Contenían una docena de camisas de Bergdorf Goodman y una docena de corbatas Pucci.

–Ya tengo camisas y corbatas.

–Pero no como éstas -dijo Lara-. Te harán sentir más joven, También he conseguido el nombre de un buen sastre.

La semana siguiente Lara acompañó a Paul a una peluquería exclusiva.

–Ese corte de pelo no te sienta bien -le dijo.

Una hora más tarde Martin se miró en el espejo y pensó: *Verdaderamente, parezco más joven. La vida se había vuelto excitante. Y todo a causa de Lara*, se dijo.

La esposa de Paul Martin trató de no reparar en los cambios de su marido.

Estaban todos reunidos: Keller, Tom Chriton, Jim Belan y Terry Hill.

–Vamos a acelerar la construcción del hotel anunció Lara.

OceanofPDF.com

Los hombres se miraron entre sí.

–Es peligroso -dijo Keller.

–Si se hace bien, no.

Tom Chriton levantó la voz.

–La forma segura de hacer esto, señorita Cameron, es completar una fase tras otra. Primero nivelamos; hecho eso, cavamos las zanjas para los cimientos. Luego se ponen los conductos y las tuberías. Después...

Lara lo interrumpió:

–Después se hace la estructura de madera y cemento y las vigas del esqueleto. Todo eso lo sé.

–Entonces, ¿por qué...?

–Porque tardaríamos dos años. No quiero esperar tanto tiempo.

Jim Belon dijo:

–Para acelerar debemos comenzar los diferentes pasos al mismo tiempo. Si algo sale mal nada coincidirá. Se podría obtener un edificio inclinado, con los circuitos eléctricos en mal lugar y...

–En ese caso debemos cuidar de que nada salga mal, ¿verdad? – dijo Lara-. Si lo hacemos de ese modo, levantaremos el edificio en la mitad de tiempo y ahorraremos cerca de veinte millones de dólares.

Pero correremos un gran riesgo -insistió Keller.

Sabes que me gustan los riesgos.

Capítulo quince

Lara habló con Paul Martin de su decisión de acelerar la construcción del hotel y la discusión que había mantenido con el grupo.

—Tal vez tengan razón -observó él-. Lo que estás haciendo podría ser peligroso.

—Trump lo hace. Uris también.

Tú no eres ninguno de ellos, querida -dijo Paul con suavidad.

Voy a ser más que ellos, Paul. Voy a levantar en Nueva York más edificios que nadie. Ésta será mi ciudad.

Él se quedó mirándola.

—Te creo.

Lara tenía en su oficina un teléfono cuyo número no figuraba en el listín; sólo Paul Martin lo conocía. Él hizo instalar otro en su despacho para recibir las llamadas de Lara. Conversaban varias veces al día.

Cada vez que podían, iban por la tarde al apartamento de Lara. Paul Martin

ansiaba esos encuentros más de lo que habría creído posible. Lara se había convertido en una obsesión para él.

Cuando Keller se dio cuenta de lo que ocurría, no pudo disimular su preocupación.

OceanofPDF.com

–Creo que estás cometiendo un error, Lara -le dijo-. Ese hombre es peligroso.

–No lo conoces. Es maravilloso.

–¿Estás enamorada de él?

–Lara analizó el asunto. Paul Martin llenaba una necesidad en su vida. Pero ¿estaba enamorada de él?

–No.

–¿Y él de ti?

–Creo que sí.

–Ten cuidado. Ten mucho cuidado.

Lara sonrió. Impulsivamente, dio un beso a Keller en la mejilla.

–Me encanta que te preocupes por mí, Howard.

Lara estaba en la obra, estudiando un informe.

–Veo que estamos pagando muchísimo por la madera -comentó dirigiéndose a Pete Reese, el nuevo director de proyectos.

–No quise mencionarlo antes, señorita Cameron, porque no estaba seguro, pero es cierto. Falta mucha madera. Hemos tenido duplicar los pedidos.

Ella alzó la vista.

—¿O sea que alguien la está robando?

—Eso parece.

—¿Tiene alguna idea de quién pueda ser?

—No.

—Por la noche hay un guardia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y él no ha visto nada?

—No. Pero con tanta actividad como hay aquí, podrían robarla durante el día. Puede ser cualquiera.

Lara reflexionó unos instantes.

—Comprendo. Gracias por hacérmelo saber, Pete. Me encargaré personalmente de esto.

Esa tarde Lara contrató a Steve Kane, un detective privado.

—¿Cómo se hace para salir con una carga de madera a pién del día? —preguntó Kane.

—Precisamente voy a pagarle para que lo averigüe.

–¿En la obra hay guarda nocturno?

–Sí.

–Tal vez tenga algo que ver.

–No me interesan los «tal vez»-dijo Lara-. Averigüe quién está detrás de esto y dígamelo.

–¿Puedo hacerme pasar por un miembro del equipo de construcción?

–Déjelo de mi cuenta.

Al día siguiente Steve Kane se presentó a trabajar en la obra.

Cuando Lara dijo a Keller lo que estaba ocurriendo, él protestó:

–No tenías por qué encargarte de esto. Yo habría podido ocuparme.

–Me gusta manejar personalmente las cosas -replicó ella.

Fue el final de la conversación.

Al cabo de cinco días, Kane se presentó en el despacho de Lara.

–¿Ha descubierto algo?

–Todo -dijo él.

–¿Era el guarda nocturno?

–No. Nadie robaba la madera.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que nunca llegó, sencillamente. La enviaron a otra obra, en Nueva Jersey, y se facturó dos veces. Las facturas estaban alteradas.

—¿Y quién está detrás de esto? — preguntó Lara.

Kane se lo dijo.

A la tarde siguiente hubo una reunión. Allí estaban Terry Hill, el abogado de Lara, Howard Keller, Jim Belon, el director de proyectos y Pete Reese. También había un desconocido sentado a la mesa conferencias. Lara lo presentó como «el señor Conroy».

—Veamos el informe -dijo Lara. Pete Reese dijo:

—Todo marcha según los plazos previstos. Calculamos cuatro meses. Usted tenía razón al decidir que aceleráramos el ritmo de construcción. Ya empezamos a instalar la electricidad y el agua corriente.

—Bien -dijo Lara.

–¿Y qué hay de la madera robada? – preguntó Keller.

–Todavía no se sabe nada -dijo Pete Reese-. Nos mantenemos alerta.

–Ya podemos despreocuparnos de eso -anunció Lara-. Hemos averiguado quién la estaba robando. – Señaló con la cabeza al desunido-. El señor Conroy pertenece a la Brigada de Delitos Monetarios de Nueva York. En realidad es un detective.

–¿Y qué hace aquí? – preguntó Pete Reese.

–Ha venido a arrestarlo a usted.

Reese levantó la vista, sobresaltado.

–¿Qué?

Lara se volvió hacia el grupo.

–El señor Reese ha estado vendiendo nuestra madera a otra constructora. Cuando vio que yo verificaba los informes decidió decirme que había un problema.

–Un momento-dijo Pete Reese-. Yo... yo... Usted se equivoca.

Lara se volvió hacia Conroy.

–¿Quiere sacarlo de aquí, por favor? – Después, dirigiéndose a los demás, dijo:- Ahora hablemos de la inauguración del hotel.

A medida que la construcción se acercaba a su fin, las presiones aumentaban. Lara estaba imposible. Importunaba constantemente a todos. Hacía llamadas telefónicas en medio de la noche.

—¿Sabías que aún no ha llegado el pedido de papel para las paredes, Howard?

—Y tú, ¿sabes qué hora es? ¡Las tres de la madrugada!

—Faltan noventa días para la inauguración. No podemos abrir hotel sin empapelar las paredes.

—Por la mañana me ocuparé de eso.

—Ya es de mañana. Ocúpate ahora.

El nerviosismo de Lara iba en aumento al acercarse la fecha de apertura del hotel. Se reunió con Tom Scott, jefe de la agencia de publicidad.

—¿Usted tiene hijos pequeños, señor Scott?

Él la miró sorprendido.

—No. ¿Por qué?

—Porque acabo de estudiar la nueva campaña de publicidad y parece ideada por un niño subnormal. No puedo creer que hombres adultos hayan ideado semejante basura.

Scott frunció el entrecejo.

—Si hay algo que le desagrade...

—Me desagrada todo -dijo Lara-. Le falta entusiasmo. Es de colorida. Podría referirse a cualquier hotel. Y éste no es un hotel cualquiera, señor Scott. Es el hotel más hermoso y moderno de Nueva York. Usted hace que parezca un edificio frío, desangelado, cuando es un hogar cálido y excitante. Divulguemos la noticia. ¿Cree poder hacerlo?

—Le aseguro que sí. Revisaremos la campaña dentro de dos semanas...

—El lunes -lo interrumpió-. El lunes quiero ver la nueva campaña.

Los nuevos anuncios aparecieron en revistas, periódicos y carteles, por todo el país.

—Creo que la campaña ha sido magnífica -dijo Tom Scout-. Usted acertó.

Lara lo miró serenamente.

—No quiero acertar. Quiero que sean ustedes los que acierten. Para eso les pago.

Se volvió hacia Jerry Townsend, a cargo de las relaciones públicas.

—¿Ya se han despachado las invitaciones?

—Sí, y ya han llegado casi todas las respuestas. Vendrá todo el mundo. Va a ser una gran fiesta.

—Eso espero -gruñó Keller. Bastante dinero ha costado.

Lara sonrió.

—Deja el banquero de lado. Obtendremos publicidad por un millón de

dólares. Habrá aquí muchas celebridades y...

–Él levantó la mano.

–Vale, vale, como tú digas.

OceanofPDF.com

Dos semanas antes de la inauguración todo parecía estar ocurriendo al mismo tiempo. Había llegado el papel para las paredes; estaban instalando las alfombras, pintando los pasillos y colgando los cuadros. Lara inspeccionó todo los apartamentos, acompañada por cinco miembros del personal.

—Al entrar en una suite dijo:

—Las cortinas no corresponden. Cámbienlas por las de la habitación vecina.
— En otra probó el piano.

—Está desafinado. Ocúpense de esto.

En una tercera, el hogar no funcionaba.

—Repárenlo.

Los empleados tenían la sensación de que Lara quería hacerlo todo personalmente. Estaba en la cocina, en la lavandería y en los armarios de ropa limpia. Estaba en todas partes, exigiendo, quejándose, arreglando las cosas.

El hombre contratado para administrar el hotel le dijo:

—No se altere tanto, señorita Cameron. Siempre hay pequeñas cosas que fallan cuando se inaugura un hotel.

—En mis hoteles no -dijo Lara-. En mis hoteles no.

El día de la inauguración, Lara estaba tan nerviosa que se levantó a las

cuatro de la madrugada. No podía dormir. Deseaba desesperadamente hablar con Paul Martin, pero no tenía modo de llamarlo a esas horas. Se vistió y salió a caminar.

Todo saldrá bien, se dijo. Repararán el ordenador de reservas. El tercer horno funcionará. Se cambiará la cerradura del apartamento 17. Encontraremos sustitutas para las camareras que renunciaron ayer. La unidad de aire acondicionado del último piso...

A las seis de esa tarde comenzaron a llegar los invitados. Ante cada puerta del hotel uniformado examinaba las invitaciones antes de permitir la entrada a aquella mezcla de celebridades, atletas famosos y ejecutivos de grandes empresas. Lara había repasado cuidadosamente la lista de invitados, eliminando los nombres de los curiosos y de aquellos que sólo iban a llenarse el estómago gratuitamente.

De pie en el amplio vestíbulo, saludaba a los recién llegados.

—Soy Lara Cameron. Han sido muy amables en venir. Si lo desean pueden recorrer las instalaciones.

Llevó aparte a Keller.

—¿Por qué no ha venido el alcalde?

—Está muy ocupado, como bien sabes, y...

—Quieres decir que no me considera importante.

–Algún día cambiaré de idea.

–Gracias por su presencia -le dijo Lara-. Es un honor para el hotel.

No dejaba de buscar con la mirada a Todd Grayson, el que escribía las críticas para el *New York Times*. *Si le gusta*, pensó Lara, nerviosa, *esto es un éxito*.

Llegó Paul Martin con su esposa. Era la primera vez que Lara veía a la señora Martin. Era una mujer atractiva y elegante. Lara sintió un remordimiento inesperado.

Paul se acercó a ella.

–Soy Paul Martin, señorita Cameron. Mi esposa, Nina... Gracias por invitarnos.

Lara retuvo su mano un segundo más de lo necesario.

–Encantada de tenerlos aquí. Espero que se sientan como en su casa.

Paul paseó la mirada por el vestíbulo. Ya lo había visto cinco o seis veces.

–Es hermoso -exclamó-. Creo que va a tener usted mucho éxito.

Nina Martin miraba fijamente a Lara.

–Estoy segura de que sí.

Y Lara se preguntó si ella sabría algo.

Una hora más tarde, Keller se acercó corriendo a Lara, que aún permanecía en el vestíbulo.

–Todo el mundo te está buscando -dijo-. Los invitados están el salón de

baile, comiendo. ¿Por qué no has ido?

—Todd Grayson aún no ha llegado. Lo estoy esperando.

OceanofPDF.com

–¿El crítico de arquitectura del *Times*? Lo vi hace una hora.

–¿Qué?

–Sí. Recorrió el hotel con un grupo de invitados.

–¿Y por qué no me avisaste?

–Creí que lo sabías.

–¿Qué dijo? – preguntó Lara, ansiosa-. ¿Cómo estaba? ¿Parecía impresionado?

–No dijo nada. Se lo veía bien, pero no sé si impresionado.

–¿Estás absolutamente seguro de que no dijo nada?

–Sí.

Lara lo miró, ceñuda.

Si le hubiese gustado habría dicho algo. Es mala señal, Howard.

La fiesta fue un gran éxito. Los invitados comieron, bebieron y brindaron por el hotel. Al terminar la velada cubrieron a Lara de cumplidos.

–El hotel es encantador, señorita Cameron.

–Cada vez que venga a Nueva York me hospedaré aquí, se lo aseguro.

–Qué gran idea, poner un piano en todos los apartamentos

–Me encantaron las chimeneas.

–Lo voy a recomendar a todos mis amigos.

Bueno, pensó Lara, va a ser un éxito, aunque al New York Times no le guste.

Lara vio a Paul Martin y su esposa cuando estaban por salir.

–Creo que esto es una mina de oro, señorita Cameron. Todo Nueva York hablará de él.

–Es usted muy amable, señor Martin -dijo Lara-. Gracia por haber venido.

Nina Martin dijo en voz baja:

–Buenas noches, señorita Cameron.

–Buenas noches.

Mientras ellos cruzaban la puerta del vestíbulo, Lara oyó que decía:

–Es una mujer muy hermosa, ¿verdad, Paul?

El jueves siguiente a las cuatro de la mañana, cuando salió la primera edición del *New York Times*, Lara estaba esperando en un kiosco para comprar un ejemplar. Buscó deprisa la sección de arquitectura. El artículo de Todd Grayson comenzaba:

Manhattan necesitaba desde hace tiempo un hotel donde los viajeros no recordaran continuamente que estaban hospedados en un hotel. Los apartamentos del Cameron Plaza son amplios y graciosos, decorados con buen gusto. Lara Cameron ha dado finalmente a Nueva York...

Lanzó una carcajada de alegría. Telefonó a Keller y lo despertó.

—¡Nos aceptaron! —dijo-. Al *Times* le ha encantado.

Él se incorporó en la cama, aturdido.

—Fantástico. ¿Qué dicen?

Lara le leyó el artículo.

—Bueno -dijo Keller-, ahora puedes dormir un poco.

—¿Dormir? ¿Estás bromeando? Ya tengo elegido otro lugar. En cuanto abran los bancos tendrás que negociar un préstamo...

El Cameron Plaza de Nueva York fue un éxito absoluto. Tenía todas las habitaciones reservadas y la lista de espera era interminable.

—Esto es sólo el comienzo -dijo Lara a Keller-. En la zona metropolitana hay diez mil constructores, pero sólo un puñado de peces gordos: Tisch, Rudin, Rockefeller, Stern. Bueno, les guste o no, vamos a jugar su propio juego. Vamos a cambiar el paisaje de esta ciudad. Vamos a inventar el futuro.

Lara empezó a recibir llamadas de bancos que le ofrecían préstamos. Agasajaba a los agentes inmobiliarios más importantes, invitándolos al teatro o a cenar, y así se enteraba de las propiedades que iban a salir a la

venta. Adquirió otros dos edificios viejos en el centro y empezó a construir.

Paul Martin le telefoneó a su despacho.

OceanofPDF.com

¿Has leído el último *Business Week*?. Eres la gran novedad. Dicen que tienes empuje, que sabes cómo sacar las cosas adelante.

Lo intento.

—¿Tienes algún compromiso para esta noche?

—Lo cancelaré.

Lara había concertado una cita con un socio de una gran firma de arquitectos. Estaba examinando los planos y los dibujos que le habían llevado.

—Esto le va a gustar -dijo el arquitecto-. Tiene gracia y simetría y la vista que usted pidió. Permítame explicarle algunos de los detalles.

—No es necesario -dijo Lara-. Los entiendo. — Alzó la vista-. Quiero que entregue estos planos a un artista.

—¿Qué?

—Quiero grandes dibujos a color del edificio. Quiero dibujos del vestíbulo, los pasillos y las oficinas. Los banqueros no tienen imaginación. Voy a mostrarles cómo será el edificio.

—Es una gran idea.

Apareció la secretaria de Lara.

–Lamento haberme retrasado.

–Esta reunión estaba fijada para las nueve, Kathy. Son las nueve y cuarto.

–Lo siento, señorita Cameron. Es que mi despertador no funcionó y...

–Después hablaremos de eso. – Lara se volvió hacia los arquitectos-. Quiero algunas modificaciones.

Dos horas más tarde Lara había terminado de explicar los cambios deseados. Al terminar la reunión dijo a Kathy:

–No te vayas. Siéntate.

La secretaria obedeció.

–¿Te gusta trabajar aquí?

–Sí, señorita Cameron.

–Ésta es la tercera vez en la semana que llegas tarde. No voy a tolerarlo más.

–Lo siento mucho. Es que... últimamente no me encuentro bien.

–¿Qué problema tienes?

–No es nada, en realidad.

–Obviamente, es suficiente para impedirte llegar a tiempo. ¿De qué se trata?

–No consigo dormir bien. A decir verdad... tengo miedo.

–¿Miedo de qué? – preguntó Lara, impaciente.

–Es que... tengo un bulto.

–Oh... -Lara calló por un momento-. Bueno, ¿y qué ha dicho el médico?

Kathy tragó saliva.

–No he ido al médico.

–¡Que no has ido! – estalló Lara-. ¿Desciendes de avestruces. ¡Tienes que ir al médico, mujer!

De inmediato tomó el teléfono:

–Comuníqueme con el doctor Peters. – Colgó-. Probablemente no sea nada, pero no puedes dejarte estar.

–Mi madre y un hermano murieron de cáncer -dijo la m cha, angustiada-. No quiero enterarme por un médico de que yo también tengo eso.

Sonó el teléfono., Lara atendió.

–Hola... ¿Haciendo qué? No me importa. Dígale que quiero hablar con él ahora mismo.

Colgó otra vez. Al cabo de pocos segundos el teléfono volvió a sonar. Lara atendió.

–Hola, Alan... No, yo estoy bien. Te envío a mi secretaria. Se llama Kathy Turner. Llegará dentro de media hora. Quiero que la examines esta misma mañana y que te encargues de su caso. Ya lo sé... Te lo agradezco... Gracias.

Colgó.

–Ve al hospital Sloan-Kettering. El doctor Peters te estará esperando.

–No sé qué decir, señorita Cameron.

–Di que mañana serás puntual.

Howard Keller entró en el despacho.

–Tenemos un problema, patrona.

OceanofPDF.com

–Adelante.

–Es la propiedad de la calle Catorce. Hemos desalojado a los inquilinos de toda la manzana, salvo a los de un edificio. El Dorchester. Seis de los inquilinos se niegan a mudarse y el ayuntamiento no permite que los saquemos por la fuerza.

–Ofréceles más dinero.

–No es cuestión de dinero. Esas personas llevan mucho tiempo viviendo allí y no quieren irse. Allí están cómodos.

–Pues vamos a ponerlos incómodos.

–¿Qué quieres decir?

Lara se levantó.

–Vamos a echar un vistazo al edificio.

En el trayecto vieron prostitutas y gente sin techo que rondaba las calles, pidiendo limosna.

–En un país tan rico como éste -dijo Lara-, es una vergüenza.

El Dorchester era un edificio de seis plantas con paredes de ladrillos, en medio de una calle repleta de viejas estructuras que esperaban ser demolidas. Lara lo examinó desde la acera de enfrente.

–¿Cuántos inquilinos viven allí?

—Ya hemos desalojado a dieciséis. Aún quedan seis.

—Eso significa que tenemos dieciséis apartamentos disponibles.

Él la miró, desconcertado.

—En efecto. ¿Por qué?

Vamos a llenarlos.

¿Quieres alquilar? ¿Con qué fin?

—No vamos a alquilarlos. Vamos a darlos gratuitamente a la gente sin techo. En Nueva York hay miles de personas sin casa. Nosotros cuidaremos de algunos. Mete dentro tantos como puedas. Cuida de que se les dé algo de comer.

Keller frunció el entrecejo.

—No sé por qué, pero se me ocurre que ésta no es una de tus mejores ideas.

—Vamos a hacer beneficencia, Howard. Vamos a hacer algo el ayuntamiento no puede hacer: dar techo a los sin techo.

Lara estudiaba los edificios con más atención, contemplando las ventanas.

—Y quiero esas ventanas cerradas con tablas.

—¿Qué?

–Vamos a hacer que el edificio parezca una ruina. El del jardín en el terrado, ¿todavía está ocupado?

–Sí. – Pon un gran cartel en el techo para bloquearle la vista.

–Pero...

–Manos a la obra.

Cuando Lara volvió a su despacho había un mensaje para ella.

–El doctor Peters quiere que lo llame -anunció Tricia.

–Comunícame con él.

Él se puso al teléfono casi de inmediato.

–He examinado a tu secretaria, Lara.

–Tiene un tumor. Temo que maligno. Recomiendo una mastectomía inmediata.

–Quiero otro diagnóstico -dijo Lara.

–Por supuesto, pero recuerda que soy el jefe del departamento y...

–Aun así quiero otra opinión. Haz que la examine otro. Comunícate conmigo cuanto antes. ¿Dónde está Kathy ahora?

–Camino de tu oficina.

–Gracias, Alan. Te lo agradezco mucho.

Después de colgar, Lara pulsó el botón del intercomunicador.

—Cuando llegue Kathy, envíamela.

Lara estudió su agenda. Sólo le quedaban treinta días para desalojar los apartamentos Dorchester; luego tenía que empezar a construir.

Seis inquilinos tercios, pensó Lara. Muy bien, veamos cuánto tiempo asisten.

Kathy entró en el despacho de Lara. Tenía la cara hinchada y era obvio que había llorado.

OceanofPDF.com

–Ya me he enterado -le dijo Lara-. Lo siento mucho, Kathy.

–Me voy a morir -dijo Kathy.

Lara se levantó para rodearla con sus brazos, estrechándola con fuerza.

–Nada de eso. Se han hecho muchos progresos con respecto al cáncer. Te vas a operar y te curarás.

–Señorita Cameron, no tengo dinero para...

–Todo está arreglado. El doctor Peters va a encargarse de que te hagan otro examen. Si el diagnóstico queda confirmado, tendrás que operarte de inmediato. Ahora ve a tu casa y descansa.

Los ojos de Kathy volvieron a llenarse de lágrimas.

–Yo...Gracias.

La secretaria salió de la oficina, pensando: *En realidad, a esta mujer no la conoce nadie.*

Capítulo Dieciséis

El lunes siguiente Lara recibió una visita.

—Viene a verla un tal señor O'Brian, de la Comisión Urbana de Viviendas, señorita Cameron.

—¿De qué se trata?

—No lo dijo.

Lara llamó a Keller por el intercomunicador.

—¿Quieres venir, Howard? — Y ordenó a la secretaria-: Haga pasar al señor O'Brian.

Andy O'Brian era un irlandés corpulento y rubicundo, que conservaba un ligero acento.

—¿La señorita Cameron?

Lara permaneció sentada tras su escritorio.

—Sí. ¿Qué puedo hacer por usted, señor O'Brian?

—Temo que ha violado la ley, señorita Cameron.

—¿De veras? ¿De qué se trata?

—Usted es propietaria del edificio Dorchester...

—Sí.

—Tenemos una denuncia de que en esos apartamentos se ha alojado a un centenar de personas sin hogar.

—Ah, eso. — Lara sonrió-. Sí, se me ocurrió que, ya que el ayuntamiento no hace nada al respecto, yo podía ayudar. Les estoy proporcionando vivienda.

Howard Keller entró en el despacho.

—Le presento al señor Keller. Keller, el señor O'Brian.

Los dos se estrecharon la mano. Lara se volvió hacia Keller.

—Estaba explicándole al señor O'Brian que hemos ayudado al Ayuntamiento proporcionando vivienda a quienes no la tienen.

—¿Usted los invitó a entrar, señorita Cameron?

—En efecto.

—¿Y tiene un permiso del ayuntamiento?

—¿Permiso para qué?

—Si quiere establecer un albergue debe contar con la aprobación del ayuntamiento. Existen ciertas condiciones estrictas.

—Lo siento. No lo sabía. Tramitaré ese permiso de inmediato.

—No creo que pueda.

—¿Por qué?

—Tenemos quejas de los inquilinos de ese edificio. Dicen que usted está tratando de obligarlos a mudarse.

—Tonterías.

—Señorita Cameron, el ayuntamiento le da cuarenta y ocho horas

para desalojar de allí a esas personas sin hogar. Y cuando se vayan, tiene usted órdenes de retirar las tablas que puso para cubrir las ventanas.

Lara estaba furiosa.

—¿Eso es todo?

—No, señora. El inquilino que tiene el jardín del terrado dice que usted le ha bloqueado la vista con un cartel. Tendrá que retirar eso bien.

—¿Y si no lo hago?

—Le conviene hacerlo. Puede ser acusada de acoso. Se ahorrará problemas y publicidad desfavorable si no nos obliga a recurrir a la justicia.

—La saludó con la cabeza, agregando-: Buenos días.

Lo vieron salir del despacho.

Keller se volvió hacia Lara:

—Tendremos que sacar a toda esa gente.

—No.

—¿Cómo que no? Ese hombre ha dicho.

—Ya sé lo que ha dicho. Quiero que pongas allí a más gente sin hogar. Quiero ese edificio lleno de vagabundos. Vamos a ganar tiempo.

Llama a Terry Hill y cuéntale el problema. Que consiga un aplazamiento o algo así. Tenemos que sacar a esos seis inquilinos antes de fin de mes o perderemos tres millones de dólares.

Sonó el intercomunicador.

–Tiene una llamada del doctor Peters, señorita Cameron.

Lara tomó el teléfono. Hola, Alan.

–Sólo quería decirte que hemos terminado la operación. Al parecer, lo extirpamos todo. Kathy se va a recuperar.

–Es una noticia muy buena. ¿Cuándo puedo visitarla?

–Esta misma tarde, si quieres.

–Iré. Gracias, Alan. Ordena que me envíen todas las facturas, ¿quieres?

–De acuerdo.

–Y puedes decir al hospital que tendrán una donación de cincuenta mil dólares.

Luego ordenó a Tricia:

–Haz que le llenen el cuarto de flores. – Consultó su agenda-. Iré a verla a las cuatro.

Terry Hill entró en el despacho.

–Hay una orden de arresto contra ti.

–¿Qué?

–¿No te avisaron que sacaras a esos vagabundos del edificio?

–Sí, pero...

–No puedes salirte con la tuya, Lara. Existe un viejo dicho: «No pelees contra el ayuntamiento, porque no puedes ganar».

–¿Y van a arrestarme de verdad?

–Puedes estar bien segura. El ayuntamiento te lo advirtió.

–De acuerdo -dijo Lara-. Saquémoslos. – Se volvió hacia Keller-. Sácalos del edificio, pero no los dejes en la calle. Eso no estaría bien. Tenemos esas pensiones vacías para remodelar en la Oeste. Ponlos allí. Busca toda la ayuda que necesites. Los quiero fuera en menos de una hora. – Se volvió hacia el abogado y dijo- voy para que no puedan arrestarme. Cuando me encuentren, el problema ya estará resuelto.

Sonó el intercomunicador.

–Vienen dos caballeros de la fiscalía del distrito.

Lara hizo una señal a Howard Keller. Él se acercó al intercomunicador y dijo:

–La señorita Cameron no está aquí.

Se hizo el silencio.

–¿Cuándo volverá?

Keller miró a Lara, que meneó la cabeza.

–No lo sabemos -respondió él, y colgó.

–Saldré por la puerta de atrás -dijo Lara.

Lara odiaba los hospitales. Un hospital significaba su padre tenido en la cama, pálido y súbitamente viejo. «¿Qué demonios haces aquí? ¿No tienes nada que hacer en la pensión?»

Lara entró en la habitación de Kathy. Estaba llena de flores.

–¿Cómo te sientes?

La muchacha se incorporó en la cama y sonrió.

–Dice el doctor Peters que me pondré bien.

–Eso espero. Te necesito. Tienes el escritorio lleno de trabajo.

–Yo... no sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por mí, señorita Cameron.

–No lo hagas.

Lara tomó el teléfono instalado junto a la cama y llamó a su oficina para hablar con Terry Hill.

–¿Todavía están allí? – Todavía. Piensan quedarse hasta que regreses.

–Comunícate con Howard. Volveré en cuanto haya desalojado a los vagabundos del edificio.

Lara colgó.

–Si necesitas algo, avísame -dijo-. Volveré mañana.

La siguiente visita de Lara fue a las oficinas de los arquitectos Higgins, Almont y Clark. La hicieron pasar al despacho del señor Clark. que se puso de pie para saludarla.

–¿En qué puedo ayudarla, señorita Cameron?

OceanofPDF.com

—¿Tiene aquí los planos para el proyecto de la calle Catorce?

—Sí.-El hombre se acercó a su tablero-. Aquí están.

Había un boceto de un bello complejo con edificios de apartamentos y tiendas alrededor.

—Quiero que vuelva a dibujarlo -dijo Lara.

—¿Qué?

Lara señaló un espacio en el medio de la manzana.

En este lugar aún queda un edificio en pie. Quiero que usted dibuje lo mismo, pero alrededor de ese edificio.

—¿Quiere levantar el proyecto con uno de los edificios viejos todavía en pie? No servirá de nada. En primer lugar, será horrible y...

—Hágalo, por favor. Envíemelo a mi oficina esta misma tarde.

Y Lara se marchó.

Desde el automóvil telefoneó a Terry Hill.

—¿Tienes noticias de Howard?

—Sí. Los intrusos están desalojados.

—Bien. Comunícate con el fiscal del distrito. Dile que yo había ordenado

desalojar a esa gente hace dos días, pero que hubo un malentendido. Hoy, al enterarme, los hice expulsar. Ahora voy camino de la oficina. Averigua si todavía quieren arrestarme. – Y ordenó al chofer-: Dé una vuelta al parque. Sin prisa.

Treinta minutos más tarde, cuando Lara llegó a su oficina, los agentes encargados de arrestarla se habían ido.

Lara estaba reunida con Howard Keller y Terry Hill.

–Los inquilinos no ceden -dijo Keller-. Les he ofrecido más dinero, pero han dicho que no se irán. Sólo nos quedan cinco días antes de que lleguen los de derribos.

–Le he pedido al señor Clark que dibujara un nuevo plano para el proyecto -dijo Lara.

–Ya lo he visto -dijo Keller-. No tiene sentido. No podemos dejar ese vetusto edificio en medio de una construcción nueva y gigantesca. Tendremos que ir al banco y pedirles que posterguen la fecha de inicio.

–No -dijo Lara-. Adelántala.

–¿Qué?

–Comunícate con el contratista. Dile que debe comenzar la demolición mañana mismo.

–¿Mañana? Lara...

—A primera hora. Llévale el plano al aparejador.

—¿De qué servirá eso? — preguntó Keller.

—Ya lo veremos.

A la mañana siguiente, los restantes inquilinos del edificio Dorchester se despertaron sobresaltados a causa del ruido de la maquinaria de demolición. Todos miraron por la ventana. A media calle, un mastodonte mecánico avanzaba hacia ellos, aplastándolo todo a su paso. Los inquilinos estaban atónitos.

El señor Hershey, que vivía en el último piso, corrió a la calle y encaró al aparejador.

—¿Qué está haciendo? — aulló-. ¡No puede seguir adelante con esto!

—¿Quién dice que no?

—El ayuntamiento. — Hershey señaló el edificio en que vivía-. No puede tocar ese edificio.

El aparejador miró el plano que tenía ante sí.

—En efecto -dijo-. Tenemos órdenes de dejar ese edificio en pie.

Hershey lo miró, ceñudo.

—¿Qué? Déjeme ver eso. — Miró el plano y ahogó una exclamación-. ¿Van a edificar el complejo dejando en pie este edificio?

—En efecto, señor.

—¡Pero no pueden! ¡El ruido y el polvo...!

–Eso no es asunto mío. Y ahora, ¿quiere salir del paso, para que pueda seguir con mi trabajo?

Treinta minutos después la secretaria de Lara anunció:

–Un tal señor Hershey por la línea dos, señorita Cameron.

–Dígale que no puedo atenderlo.

Esa tarde, cuando Hershey llamó por tercera vez, Lara tomó finalmente el auricular para hablar con él.

OceanofPDF.com

–Sí, señor Hershey, ¿en qué puedo serle útil?

–Me gustaría ir a verla, señorita Cameron.

–Temo que estoy muy ocupada. Podemos arreglar lo que sea por teléfono.

–Bueno, se alegrará de saber que he hablado con los otros inquilinos de nuestro edificio y estamos de acuerdo en que, al fin y al cabo, será mejor aceptar su oferta y desocupar nuestros apartamentos.

–Esa oferta ya no está en pie, señor Hershey. Pueden quedarse los donde están.

–¡Pero si usted construye alrededor de nuestro edificio no podremos pegar ojo!

–¿Quién le dijo que íbamos a construir alrededor de su edificio? – preguntó Lara-. ¿De dónde sacó esa información?

–El aparejador de la obra me mostró un plano y...

–Bueno, ese hombre será despedido. – Había furia en la voz Lara-. Esa información era confidencial.

–Un momento. Hablemos como dos personas razonables, ¿quiere? Su proyecto quedaría mejor si nosotros saliésemos de aquí. Y creo que nosotros saldríamos ganando. No quiero vivir en medio de un obra en construcción, qué demonios...

Lara dijo:

—A mí no me importa si usted se va o se queda, señor Hershey -dijo con voz algo más tranquila-. Le propongo una cosa. Si el edificio queda desocupado dentro de cuarenta y ocho horas, estoy dispuesta a pagarles la suma que ofrecimos en un principio.

Hershey guardó silencio. Por fin, de mala gana, dijo:

—Muy bien. Hablaré con los otros propietarios, pero creo que n habrá dificultades. Se lo agradezco, señorita Cameron.

—Ha sido un placer, señor Hershey.

A la semana siguiente se inició a buen ritmo la construcción del nuevo proyecto.

La reputación de Lara crecía por momentos. Cameron Enterprises estaba construyendo un edificio de oficinas en Brooklyn, un centro comercial en Westchester y otro en Washington. Había un proyecto de viviendas económicas en Dallas y una urbanización en las afueras de Los Ángeles.

El capital fluía, otorgado por bancos, sociedades de crédito inmobiliario y bien dispuestos inversores privados. Lara se había convertido en una persona «venerable».

Kathy volvió a su trabajo.

—Otra vez a bordo.

Lara la estudió por un momento.

—¿Cómo te sientes?

La muchacha sonrió.

—Muy bien, gracias a...

—¿Tienes suficientes energías?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Sí, estoy...

—Bien. Porque vas a necesitarlas. Te nombro secretaria ejecutiva. Habrá un buen aumento de sueldo para ti.

—No sé qué decir. Yo...

—Te lo has ganado.

Lara vio el memorándum que llevaba Kathy.

—¿Qué es eso?

—La revista *Gourmet* quiere publicar su receta favorita. ¿Le interesa?

—No. Diles que estoy demasiado... Espera. — Por un momento quedó perdida en sus pensamientos. Luego dijo con suavidad-: Sí. Voy a darles una receta.

La receta apareció en la revista un mes más tarde. Comenzaba así:

Black Bun (plato típico escocés): *Se prepara una masa con un cuarto de kilo de harina, ciento veinte gramos de manteca, una taza de agua fría y*

media cucharadita de levadura. Para el relleno se emplean un kilo de uvas pasas, doscientos cincuenta gramos de almendras picadas, cuatrocientos gramos de harina, dos cucharaditas de especias surtidas, una de jengibre y canela molidos, media de levadura y un chorro de coñac...

Lara permaneció varios minutos mirando el artículo. A ella volvía el sabor, el olor de la cocina de la pensión, el ruido de los inquilinos durante la cena, su padre, enfermo en la cama. Hizo la revista un lado.

OceanofPDF.com

a gente reconocía a Lara en la calle. Cuando entraba en un restaurante siempre había susurros excitados. Paseaba por la ciudad acompañada por cinco o seis elegantes pretendientes que le hacían todo tipo de propuestas halagadoras, ninguna de las cuales le interesaba. De un modo extraño, casi misterioso, aún estaba buscando a alguien. Alguien familiar. Alguien a quien nunca había conocido.

Lara se despertaba todas las mañanas a las cinco y hacía que Max, su chofer, la llevara a uno de los edificios en construcción. Allí permanecía un rato contemplando su creación, y pensaba: *Te equivocaste, padre. Sí que puedo cobrar los alquileres.*

Para Lara, el día comenzaba con el sonido de los taladros, el rugir de las moto niveladoras, el estruendo de los martillos. Subía en los endeble ascensores hasta lo más alto, se erguía en las vigas de acero y, con el viento en la cara, pensaba: *Esta ciudad me pertenece.*

Paul Martin y Lara estaban acostados.

—Me han dicho que hoy pusiste verdes a dos obreros de la obra.

—Se lo merecían -dijo Lara-. Estaban trabajando mal.

Paul sonrió.

—Al menos has aprendido a no abofetearlos.

—Mira lo que ocurrió cuando abofeteé a uno. — Se acurrucó contra él-. Te conocí a ti.

–Tengo que hacer un viaje a Los Ángeles -dijo Paul-. Me gustaría que me acompañases. ¿No puedes tomarte unos días?

–Me encantaría, Paul, pero es imposible. Planifico mis días con un cronómetro.

Él se incorporó para mirarla.

–Tal vez haces demasiadas cosas, cariño. Deja un poco de tiempo para mí.

Lara sonrió y empezó a acariciarlo.

–No te preocupes por eso. Jamás te faltará.

Lo había tenido ante sus ojos desde un principio sin haberlo visto. Era un enorme edificio frente al World Trade Center. Y estaba en venta. Lara había pasado por allí diez o doce veces. En ese momento lo miró y vio lo que habría debido estar siempre allí. En su mente veía el rascacielos más alto del mundo. Podía imaginarse lo que diría Howard: «Te estás metiendo en aguas demasiado profundas Lara. No puedes enredarte en esto». Pero también sabía que nada la detendría.

Cuando llegó a la oficina convocó una reunión de la plana mayor.

–El edificio que está enfrente del World Trade Center -dijo Vamos a comprarlo. Levantaremos el rascacielos más alto del mundo.

–Lara...

—Antes de decir nada; Howard, déjame señalar unas cuantas cosas. El lugar es perfecto. Está en el corazón del distrito comercial. Todo el mundo se peleará por conseguir oficinas allí. Y recuerda que va a ser el rascacielos más alto del mundo. Eso es muy tentador. Va a ser nuestra nave capitana. Lo llamaremos Torres Cameron.

—¿De dónde saldrá el dinero?

Lara le entregó una hoja de papel.

Keller estaba examinando las cifras.

—Es demasiado optimista.

—Di mejor realista. No estamos hablando de un edificio cualquiera. Estamos hablando de una joya, Howard.

Te vas a arriesgar mucho.

Lara sonrió.

—No será la primera vez, ¿verdad?

Keller agregó, pensativo:

—El rascacielos más alto del mundo...

—En efecto. Y los bancos nos llaman todos los días para ofrecernos dinero. Cuando se enteren de esto se arrojarán de cabeza.

—Probablemente -reconoció Keller, mirándola-. Lo deseas de verdad, ¿no?

—Sí.

Keller suspiró. Paseó la mirada por los demás presentes.

OceanofPDF.com

–Muy bien. El primer paso es tomar una opción de compra sobre la propiedad.

Lara sonrió.

–Ya lo hice. Y te tengo otra noticia. Steve Murchison estaba negociando por ella.

–Lo recuerdo. Le quitamos aquel hotel de Chicago.

–«Por esta vez lo dejaré pasar, grandísima zorra, porque no creo que sepas en qué te has metido. Pero en adelante no te interpongas en mi camino. Podría ocurrirte algo desagradable.»

–Así fue.

Murchison se había convertido en uno de los constructores más implacables y triunfadores de Nueva York. Keller dijo:

–Ese hombre no es de fiar, Lara. Disfruta aplastando a la gente.

–Te preocupas demasiado, Howard.

La financiación para las Torres Cameron marchaba sin inconveniente. Lara tenía razón. Los banqueros consideraban que el rascacielos más alto del mundo tenía un atractivo especial, mucho más si llevaba el nombre de Cameron. Estaban muy deseosos de asociarse con ella.

Lara era algo más que un personaje famoso. Era un símbolo para las

mujeres del mundo, un icono. «Si ella puede lograrlo, ¿por qué no yo?» Un perfume llevaba su nombre. La invitaban a todos los acontecimientos sociales de importancia y las anfitrionas se morían por tenerla en sus cenas. Su nombre puesto en un edificio parecía garantía segura de éxito.

—Vamos a organizar nuestra propia empresa constructora decidió Lara, un día-. Tenemos personal. Los cederemos a otros constructores.

—No es mala idea -dijo Keller.

—Pongamos manos a la obra. ¿Cuándo comenzamos con las Torres Cameron?

—La operación está cerrada. Yo diría que dentro de tres meses.

Lara se retrepó en su sillón.

—¿Te imaginas, Howard? El rascacielos más alto del mundo.

El se preguntó qué habría pensado Freud de eso.

La ceremonia de la piedra inaugural de las Torres Cameron tuvo la atmósfera de un circo de tres pistas. La principal atracción era Lara Cameron, la Princesa de América. Los periódicos y la televisión se hicieron eco del acontecimiento. Se dieron cita más de doscientas personas, que esperaban ansiosas la llegada de Lara. Cuando la limusina blanca se detuvo ante el solar, de la multitud surgió un rugido.

—¡Allí está!

Lara bajó del coche y avanzó para saludar al alcalde; policías y guardas de seguridad contenían a la muchedumbre, que empujaba, gritando y pronunciando su nombre. Los fotógrafos comenzaron a hacer estallar sus flashes.

En un sector especial, demarcado por una cuerda, se encontraban los banqueros, los presidentes de agencias de publicidad, directores de empresa, contratistas, directores de proyectos, políticos y arquitectos. A treinta metros de distancia esperaban grandes moto niveladoras y palas mecánicas, listas para iniciar el trabajo. Cincuenta camiones bien alineados aguardaban para llevarse los escombros.

Lara estaba de pie junto al alcalde y el presidente del concejo de Manhattan. Había empezado a lloviznar. Jerry Townsend, jefe de relaciones públicas de Cameron Enterprises, corrió hacia Lara con un paraguas. Ella lo rechazó con un gesto.

El alcalde habló para las cámaras.

—Hoy es un gran día para Manhattan. Esta ceremonia en los cimientos de las Torres Cameron marca el inicio de una de las mayores construcciones proyectadas en la historia de nuestro distrito. Seis manzanas de Manhattan se convertirán en una comunidad moderna, que incluirá edificios de apartamentos, dos centros comerciales, un centro de convenciones y el rascacielos más alto del mundo.

Hubo aplausos entre la muchedumbre.

—Allí donde se mire -continuó el alcalde- se puede ver la contribución de Lara Cameron escrita en cemento. — Señaló-.

Allá está el Cameron Center. A poca distancia, el Cameron Plaza y seis proyectos de viviendas. Y al otro lado del país, la gran cadena de hoteles Cameron.

El alcalde se volvió hacia Lara con una sonrisa.

—Y no sólo tiene cerebro. Además es hermosa.

Hubo risas y más aplausos.

—Señoras y señores, Lara Cameron.

Lara miró hacia las cámaras y sonrió.

—Gracias, señor alcalde. Me complace mucho haber contribuido algo al progreso y el embellecimiento de esta gran ciudad. Mi padre siempre me dijo que, si se nos ponía en este mundo era... -Vaciló. Por el rabillo del ojo había visto una figura familiar entre la muchedumbre: Steve Murchison. Su foto salía en los periódicos. ¿Qué estaba haciendo allí? Lara prosiguió-:... era para dejarlo, al partir, mejor de como lo encontramos. Bueno, espero haberlo hecho, en la medida de mis modestas posibilidades.

Hubo más aplausos. Entregaron a Lara un casco ceremonial y una pala cromada.

—Es hora de trabajar, señorita Cameron.

Los flashes volvieron a estallar.

Lara hundió la pala y sacó el primer montón de tierra.

Al terminar la ceremonia se sirvieron bebidas y canapés, mientras cámaras de televisión continuaban registrando el acontecimiento. Cuando Lara volvió a mirar a su alrededor, Murchison ya no estaba a la vista.

Treinta minutos más tarde Lara Cameron volvía a su oficina, con Jerry Townsend a su lado, en la limusina.

—Creo que estuvo colosal -dijo él-. Grandioso.

—No estuvo mal -sonrió ella-. Gracias, Jerry.

Las oficinas ejecutivas de Cameron Enterprises ocupaban la totalidad de la quincuagésima planta del Cameron Center.

Lara abandonó el ascensor. Todos sabían de su llegada. Las secretarias y el personal superior estaban muy atareados.

Lara se volvió hacia Jerry Townsend.

—Ven a mi despacho.

Su despacho era una estancia enorme con vista a toda la ciudad. Lara ojeó algunos papeles que estaban sobre su escritorio y levan la vista a Jerry.

—¿Cómo está tu padre? ¿Mejora algo?

¿Qué sabía ella de su padre?

–Está... no demasiado bien.

–Lo sé. Tiene corea de Huntington, ¿verdad, Jerry?

–Sí.

Era una enfermedad terrible, progresiva y degenerativa, caracterizada por movimientos espasmódicos involuntarios de la cara y las extremidades, acompañados por pérdida de las facultades mentales.

–¿Cómo sabes lo de mi padre?

–Integro la junta del hospital donde lo atienden. Oí que algunos médicos analizaban su caso.

Jerry dijo, tenso:

–Es incurable.

–Todo es incurable hasta que se descubre la cura -dijo Lara-. Hice algunas averiguaciones. En Suiza hay un médico que está haciendo las investigaciones más avanzadas sobre esa enfermedad. Está dispuesto a atender el caso de tu padre. Los gastos corren por mi cuenta.

Jerry se quedó atónito.

–¿De acuerdo? – preguntó Lara.

A él le costaba hablar.

–De acuerdo.

No la conozco, pensó Jerry Townsend. Nadie la conoce.

Se estaba haciendo historia, pero Lara estaba demasiado ocupada para

enterarse. Ronald Reagan había sido reelegido; un hombre llamado Mijail Gorbachov había sucedido a Chernenko como líder de la Unión Soviética.

Lara construyó un conjunto de viviendas para gente de bajos ingresos en Detroit.

En 1986, Iván Boesky fue multado con cien millones de dólares por un escándalo comercial y sentenciado a tres años de prisión.

OceanofPDF.com

Lara comenzó la construcción de varios edificios en Queens. Los inversores estaban deseosos de participar en la magia de su nombre. Un grupo de banqueros alemanes viajó a Nueva York para entrevistarse con ella. Lara hizo los arreglos para que la reunión tuviera lugar apenas llegara el avión. Ellos protestaron, pero Lara dijo:

—Lo siento mucho, caballeros, pero no tengo otro momento disponible. Parto hacia Hong Kong.

Hizo servir café a los alemanes. Ella tomó té. Uno de los visitantes se quejó por el sabor del café.

—Es una marca especial que preparan para mí -explicó ella-. El sabor se siente después. Tomen otra taza, por favor.

Al terminar las negociaciones, Lara había ganado en todo.

Su vida era una serie de cosas encontradas por azar, excepto por incidente perturbador. Lara había tenido varios enfrentamientos con Steve Murchison por diversas propiedades, pero siempre había conseguido salir airosa.

—Creo que deberíamos echarnos atrás -le advertía Keller.

—Que sea él quien se eche atrás.

Una mañana llegó a su nombre un hermoso paquete envuelto en papel color rosa, con etiqueta de Bendels. Kathy lo puso sobre el escritorio de Lara.

Es muy pesado -comentó-. Si se trata de un sombrero, va a tener

dificultades.

Lara, llena de curiosidad, lo desenvolvió y retiró la tapa. La caja estaba llena de tierra. Una tarjeta impresa decía: «Funeraria Frank E. Campbell».

Todos los proyectos de construcción marchaban bien. Cuando Lara se enteró de que, debido a inconvenientes burocráticos, se iba a descartar la construcción de un parque en la ciudad, intervino personalmente, hizo que su empresa lo construyera y lo donó al ayuntamiento. La publicidad recibida fue enorme. Un titular rezaba: «Lara Cameron demuestra que se puede».

Veía a Paul una o dos veces por semana y hablaba por teléfono con él todos los días.

Compró una casa en Southampton; allí vivía en un mundo fantasía, compuesto de joyas costosas, pieles y limusinas. Sus armarios estaban llenos de hermosos modelos exclusivos. «Necesito ropa para ir a la escuela, papá.» «Pide algo al Ejército de Salvación...»

Y Lara encargaba otro vestido.

Sus empleados eran su familia. Se preocupaba por ellos y los trataba con generosidad. Eran todo lo que tenía. Se acordaba de los cumpleaños y los aniversarios. Ayudaba a que sus hijos ingresaran en buenas escuelas y les otorgaba becas. Cuando ellos trataban de darle las gracias, Lara se mostraba azorada. Para ella era difícil expresar emociones. Su padre la había

ridiculizado cada vez que lo intentó. *Nadie volverá a hacerme sufrir*, juraba. *Nadie*.

OceanofPDF.com

LIBRO TERCERO

Capítulo Diecisiete

—Por la mañana viajo a Londres, Howard.

—¿Qué ocurre? — preguntó Keller.

—Lord Macintosh me ha invitado a echar un vistazo a cierta propiedad que le interesa. Quiere participar como socio.

James Macintosh era uno de los constructores más adinerados de Inglaterra.

—¿A qué hora partimos? — preguntó Keller.

—He decidido ir sola.

—¿Sí?

—Tú encárgate de que todo marche bien aquí.

Keller asintió.

—De acuerdo. Puedes estar tranquila.

—Lo sé. Siempre puedo contar contigo.

El viaje a Londres fue normal. El 727 privado de Lara partió por la mañana y aterrizó en la terminal Magec del aeropuerto Luton, en las afueras de Londres. Lara no tenía idea de que su vida estaba a punto de cambiar.

Cuando llegó al vestíbulo del Claridge, Ronald Jones, el gerente, estaba esperando para darle la bienvenida.

–Es un placer tenerla nuevamente entre nosotros, señorita Cameron. La acompañaré a su suite. Por cierto, tenemos algunos mensajes para usted.

Había cerca de veinticinco.

La suite era encantadora. Había flores enviadas por James Macintosh y por Paul Martin, además de canapés y champaña, atención de la gerencia. En cuanto Lara entró comenzó a sonar el teléfono. Las llamadas provenían de todos los rincones de Norteamérica.

–El arquitecto quiere hacer algunos cambios en los planes. Costará una fortuna...

–Ha habido una demora en la entrega del cemento...

–El First National quiere participar en nuestra próxima operación...

–El alcalde de Los Ángeles quiere saber si puedes asistir a la inauguración de...

–Los lavabos aún no han llegado...

–La obra se ha retrasado debido al mal tiempo.

Cada problema requería una decisión. Cuando Lara acabó con sus llamadas, estaba exhausta. Cenó sola en su habitación y se sentó a mirar por la

ventana los Rolls Royce y los Bentley que se acerca a la entrada de la calle Brook; la invadía una sensación de júbilo. *La niña de Glace Bay ha llegado muy lejos, papá.*

A la mañana siguiente, Lara salió con James Macintosh para la parcela junto al río. Era enorme: tres kilómetros de ribera llenos de edificios viejos y cobertizos.

—El gobierno británico nos otorgará grandes exenciones impositivas - explicó James Macintosh-, pues vamos a rehabilitar todo un sector de la ciudad.

—Me gustaría pensarlo mejor, señor Macintosh -dijo Lara, aunque ya estaba decidida.

—A propósito, tengo entradas para ir esta noche a un concierto -le dijo él-. Mi esposa tiene una reunión en el club. ¿Le gusta a usted la música clásica?

Lara no se interesaba en absoluto por la música clásica.

—Sí.

–Philip Adler tocará un concierto de Rachmaninoff. – El inglés miró a Lara como si esperase que dijera algo. La joven nunca oído hablar de Philip Adler.

–Me parece estupendo -dijo.

–Bien. Después cenaremos en Scott's. Pasaré a recogerla a las siete.

¿Por qué le he dicho que me gusta la música clásica?, se preguntó Lara, Iba a ser una velada aburrida. Habría preferido darse un baño caliente y dormir. Oh, bueno, una noche más no me hará daño. Por la mañana volveré a Nueva York.

El Festival Hall estaba atestado de aficionados a la música. Los hombres lucían esmoquin y las mujeres hermosos vestidos de noche. Había una sensación de entusiasmada expectativa en el gran salón.

James Macintosh compró dos programas al acomodador. Cuando se sentaron, entregó uno a Lara. Ella apenas le echó una mirada. La Orquesta Filarmónica de Londres... Philip Adler y el *Concierto para piano número 3 en re menor, Opus 30, de Rachmaninoff*.

Tengo que llamar a Howard y recordarle los cálculos revisados para la obra de la Quinta Avenida.

El director apareció en el escenario y el público aplaudió. Lara no prestaba atención. El contratista de Boston se está moviendo con demasiada lentitud. Hay que mostrarle una zanahoria. Le diré a Howard que le ofrezca una bonificación.

Se oyó otra larga serie de aplausos. Un hombre estaba ocupando su sitio ante el piano, en el centro del escenario. El director bajó la batuta y se inició la música.

Los dedos de Philip Adler volaban por el teclado.

Una mujer sentada detrás de Lara dijo, con fuerte acento tejano:

—¿No es fantástico? ¡Te lo dije, Agnes!

Lara trató de concentrarse otra vez. La operación de Londres no puede ser. El vecindario no sirve, se dijo. La gente no querrá vivir allí. El lugar. El lugar. El lugar. Pensó en un proyecto que le habían presentado, cerca de Columbus Circle. Ése sí puede ser.

La mujer sentada detrás de Lara dijo en voz alta: «Su expresión... ¡Es fabuloso! Es uno de los más...».

Lara trató de no oírla.

Si levantamos allí un edificio para oficinas, el costo será aproximadamente de doscientos treinta dólares por metro cuadrado alquilable. Si logro bajar el costo de construcción a ciento cincuenta millones, los costos brutos...

—¡Oh, Dios! — exclamó la mujer sentada detrás de Lara.

La muchacha que la acompañaba replicó:

—¡Qué brillante es!

Hubo un redoble de tambores en la orquesta. Philip Adler ejecutó cuatro compases solo. La orquesta empezó a tocar más y más rápido. Los tambores palpitaban.

La mujer no podía contenerse.

—¿Has escuchado alguna vez algo más excitante? La música pasa de *piu vivo a piu masso*.

Lara apretó los dientes.

El mínimo para cubrir los costos estaría bien, pensó. El interés, al diez por ciento, treinta y cinco millones, más diez millones por gastos operación...

El *tempo* de la música fue en aumento hasta que de pronto, tras una súbita culminación, se interrumpió; el público se puso de pie: entre gritos de «¡bravo!».

Lara no se molestó en levantar la vista. *Los impuestos serían de seis; las concesiones gratuitas, dos. Estamos hablando de unos cincuenta y ocho millones.*

—Es increíble, ¿verdad? — comentó James Macintosh.

—Sí -respondió Lara, disimulando apenas el fastidio que le causaba el que interrumpieran sus pensamientos.

—Vamos a los camarines. Philip es amigo mío.

—En realidad, yo no...

Macintosh tomó a Lara de la mano y la condujo hacia una salí

—Me alegro de poder presentarlos -dijo.

En Nueva York son las seis, pensaba Lara. Puedo llamar a Howard y decirle que inicie las negociaciones.

—Oír tocar a Philip Adler es una experiencia que no se tiene veces en la vida, ¿verdad?

Con una me basta, pensó Lara.

—Sí -respondió.

OceanofPDF.com

Habían llegado a la entrada de artistas. Allí esperaba una multitud. James Macintosh llamó a la puerta. Abrió un portero

—¿Sí, señor?

—Soy lord Macintosh. Vengo a ver al señor Adler.

—Bien, señor. Pase usted, por favor. — El hombre abrió lo suficiente para permitir el paso a James MacIntosh y a Lara. Luego volvió a cerrar, para mantener fuera a la muchedumbre.

—¿Qué quiere toda esta gente? — preguntó Lara.

Él la miró sorprendido.

—Han venido a ver a Philip.

Ella se preguntó por qué.

El portero dijo:

—Pase directamente a la sala de descanso, lord Macintosh.

—Gracias.

Cinco minutos, pensó Lara. Luego diré que tengo un compromiso.

La sala de descanso ya estaba llena de gente y de ruido. La gente se agolpaba alrededor de una silueta que Lara no podía ver. La muchedumbre se movió y entonces entrevió por un instante la figura del pianista. Lara se

quedó petrificada. Sintió como si el corazón se le detuviese. La imagen vaga y evanescente que había morado durante tantos años en el fondo de su mente acababa de materializarse, como salida de la nada. ¡La visión de sus fantasías cobraba vida! El hombre rodeado por el gentío era alto y rubio, de facciones delicadas y sensibles. Vestía frac y corbata blanca. Lara tuvo una sensación de algo ya vivido: estaba de pie ante el fregadero de la pensión; el joven apuesto, de corbata blanca y frac, se le acercaba desde atrás, susurrando: «¿Puedo ayudarte?».

James Macintosh la miraba, preocupado.

—¿Se siente bien?

—Sí... estoy bien -respondió ella, casi sin aliento.

Philip Adler avanzó hacia ellos, sonriendo; era la misma sonrisa cálida que Lara había imaginado. Él alargó la mano.

—James, qué amable has sido al venir.

—No podía perdérmelo -dijo Macintosh-. Has estado fantástico.

—Gracias.

—Philip, quiero presentarte a Lara Cameron.

Lara lo miraba a los ojos. Las palabras surgieron sin pensar:

—¿Sabes secar los platos?

—¿Cómo dice usted?

—Nada, es decir... -De pronto sintió que se le paralizaba la lengua.

La gente se apretujaba en torno a Philip Adler, cubriéndolo de elogios:

—Nunca ha tocado mejor...

—Creo que esta noche Rachmaninoff estuvo con usted...

Los elogios seguían y seguían. Las mujeres presentes se agolpaban a su alrededor para tocarlo y tironear de él. Lara observaba aquello como hipnotizada. Su sueño juvenil se había vuelto realidad. Su fantasía se convertía en carne y hueso.

—¿Nos vamos? — preguntó James Macintosh a Lara.

No. Quería quedarse allí. Quena hablar otra vez con la visión, tocarlo, asegurarse de que era real.

—Sí -dijo contra su voluntad.

A la mañana siguiente viajaba de regreso a Nueva York. Se preguntaba si alguna vez volvería a ver a Philip Adler.

No podía quitárselo de la cabeza. Una y otra vez se dijo que aquello era ridículo, que trataba inútilmente de revivir un sueño infantil. No dejaba de imaginar su rostro, de oír su voz. *Necesito verlo otra vez*, pensaba.

A la mañana siguiente, temprano, telefoneó Paul Martin.

—Hola, cariño. Te he echado de menos. ¿Cómo te ha ido en Londres?

—Bien -respondió ella-. Bastante bien.

Cuando terminó la conversación, se quedó pensando en Philip Adler.

—La esperan en la sala de conferencias, señorita Cameron.

—Dícales que ahora voy.

—Perdimos la operación de Queens -dijo Keller.

—¿Por qué? ¿No estaba todo arreglado?

OceanofPDF.com

–Eso creía yo, pero la comunidad de vecinos se niega a aprobar el cambio urbanístico.

Lara paseó la mirada por la comisión ejecutiva reunida en la habitación. Había allí arquitectos, abogados, publicistas e ingenieros constructores.

–No comprendo -dijo-. Esos inquilinos tienen un ingreso medio de nueve mil dólares al año y pagan menos de doscientos dólares al mes de alquiler. Vamos a reformarles los apartamento sin aumentarles el alquiler, y a proporcionar viviendas nuevas a otros residentes del vecindario. ¿Les damos todo eso y tú me dices que lo rechazan? ¿Cuál es el problema?

–No se trata tanto de la comunidad como de su presidenta, Edith Benson.

–Concierta otra cita con ella. Iré personalmente.

Lara se presentó a la entrevista junto con Bill Whitman, el aparejador.

–Francamente -dijo-, quedé atónita al saber que la comunidad había rechazado nuestra propuesta. Vamos a invertir cien millones de dólares en mejorar este vecindario, pero ustedes se niegan a...

Edith Benson la interrumpió:

–Seamos sinceras, señorita Cameron. Usted no va a invertir ese dinero para mejorar el vecindario, sino para que Cameron Enterprises gane más dinero.

–Queremos ganar dinero, por supuesto -dijo Lara-. Pero sólo podemos hacerlo ayudándolos a ustedes. Vamos a mejorar las condiciones de vida en

esta zona y...

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo. Ahora tenemos un vecindario pequeño y tranquilo. Si dejamos que ustedes construyan nos encontraremos en una zona de mayor densidad, más tráfico, más automóviles, más contaminación. No quiero nada de todo eso.

—Tampoco yo -dijo Lara-. No tenemos intención de levantar esos *Dingbats* que...

-¿*Dingbats*?

—Sí, esos edificios de tres pisos, feos y estucados. Nos interesan los diseños que no aumenten el nivel de ruido, que no reduzcan la luminosidad ni alteren el ambiente del barrio.

No queremos una arquitectura barata y llamativa. Para este proyecto hemos contratado a Stanton Fielding, el mejor arquitecto del país, y a Andrew Burton, Washington, como paisajista.

Edith Benson se encogió de hombros.

—Lo siento. De nada sirve. No creo que haya más que discutir.

Y empezó a levantarse.

No puedo perder esto, se dijo Lara, desesperada. ¿*No se dan cuenta de que es por el bien del vecindario? Trato de hacer algo por ellos y no dejan.* Y de pronto tuvo una idea descabellada.

Aguarde un minuto, señora Benson -dijo-. Tengo entendido que los otros miembros de la comunidad están dispuestos a aceptar la oferta y que es usted la única en no aceptarla.

—Así es.

Lara aspiró hondo.

—Sí queda algo por discutir. — Vaciló-. Se trata de algo muy personal. — Parecía incómoda y nerviosa-. Dice usted que a mí no me preocupa la contaminación y lo que pueda sufrir el medio ambiente de este vecindario. Voy a decirle algo, pero le ruego que no lo divulgue. Tengo una hija de diez años a la que quiero con locura; ella va a vivir con su padre en el nuevo edificio.

Edith Benson la miraba, sorprendida.

—Yo... no sabía que usted tuviera una hija.

—No lo sabe nadie -dijo Lara, en voz baja-. Es que no estoy casada. Por eso le pido que no hable de esto con nadie. Si se supiera, me perjudicaría mucho. No dudo de que usted comprenderá.

—Comprendo, sí.

—Amo mucho a mi hija y sería incapaz de hacer algo que pudiera perjudicarla, se lo aseguro. Mi intención es hacer un proyecto maravilloso para todos los que vivan aquí. Y ella estará en el grupo.

Hubo un silencio solidario.

—Reconozco que... que esto cambia las cosas, señorita Cameron. Le pido algún tiempo para pensarlo.

—Gracias. Se lo agradezco.

Si en verdad tuviera una hija, pensó Lara, podría vivir aquí sin peligro.

OceanofPDF.com

Tres semanas más tarde Lara obtuvo la aprobación de la comunidad de vecinos para continuar con el proyecto.

—Estupendo -dijo-. Ahora será mejor hablar con Stanton Fielding y Andrew Burton, para ver si tienen interés en trabajar en esto.

Howard Keller no podía creerlo.

—Me enteré de lo que pasó -dijo-. ¡La engañaste! Es increíble. ¡Tú no tienes ninguna hija!

—Ellos necesitan este proyecto -dijo Lara-. No se me ocurrió otro modo de hacerlos cambiar de idea.

Bill Whitman estaba escuchando.

—Pero si se enteran lo pagaremos muy caro.

En enero se terminó una nueva construcción en la calle Sesenta y tres Este. Era un edificio de apartamentos de cuarenta y cinco pisos. Lara reservó para sí el ático. Lo inauguró con una fiesta para cien personas.

—Sólo falta un hombre -dijo una de las invitadas.

Lara pensó en Philip Adler, preguntándose dónde se encontraría en esos momentos y qué estaría haciendo.

Cuando Bill Whitman entró en el despacho de Lara, ésta discutía con

Howard Keller.

–Buenos días, señorita Cameron. ¿Puedo hablar con usted?

Lara alzó la vista.

–Tienes un minuto. Habla.

–Se trata de mi esposa.

–Si tienes una crisis matrimonial...

–No es eso, señorita Cameron. Ella dice que deberíamos tomarnos unas vacaciones. Tal vez algunas semanas en París.

Lara frunció el entrecejo.

–¿En París? Pero si tenemos seis trabajos entre manos.

–Lo sé, pero últimamente he estado trabajando hasta tarde y tengo poco tiempo para estar con mi esposa. ¿Sabe lo que me dijo esta semana?

«Si te ascendieran y te diesen un buen aumento, Bill, no tendrías que trabajar tanto.»

Lara se reclinó en el asiento, estudiándolo.

–No te corresponde ningún aumento hasta el año que viene.

Whitman se encogió de hombros.

–¿Quién sabe lo que puede pasar en un año? Podríamos tener problemas con esa operación de Queens, por ejemplo. La vieja Edith Benson podría enterarse de algo que la hiciera cambiar de opinión,¿No?

Lara se quedó muy quieta.

–Comprendo.

Bill Whitman se puso de pie.

–Piénselo. Ya volveremos a hablar.

Lara se obligó a sonreír.

–Sí.

Lo miró mientras salía del despacho.

–Por Dios -dijo Keller -. ¿Qué es eso?

–Eso se llama extorsión

Al día siguiente Lara almorzó con Paul Martin.

Lara dijo:

–Tengo un problema, Paul. No sé cómo solucionarlo. Y le repitió su conversación con Bill Whitman.

–¿Lo crees capaz de hablar con esa anciana? – preguntó Paul Martin.

–No lo sé. Pero si lo hace nos veríamos en problemas con lo la Comisión de la Vivienda.

Paul se encogió de hombros.

—Yo no me preocuparía por él. Lo más probable es que sólo haya querido asustarte.

Lara suspiró.

—Eso espero.

—¿Te gustaría ir a Reno? — preguntó Paul.

—Me encantaría, pero no puedo dejar el trabajo.

—No te pido que dejes el trabajo. Te pregunto si te gustaría comprar allí un hotel con casino.

OceanofPDF.com

—¿Lo dices en serio?

—Me han dicho que uno de los hoteles está por perder su licencia. Ese lugar es una mina de oro. Cuando se sepa, todo el mundo querrá comprarlo. Va a salir a subasta, pero creo que puedo hacer que lo consigas tú.

Lara vacilaba.

—No lo sé. Estoy bastante endeudada. Howard Keller dice los bancos no me prestarán más hasta que salde algunos préstamos.

—No necesitas recurrir a un banco.

—¿Y a qué...?

—A los bonos basura. Hay muchas firmas de Wall Street que los ofrecen. Hay sociedades de crédito inmobiliario. Pones el cinco por ciento en acciones ordinarias y la compañía agrega el sesenta y cinco por ciento en bonos de alto rendimiento. Así te queda sin cubrir el treinta por ciento. Eso puedes conseguirlo de un banco extranjero que invierta en casinos. Hay para elegir: Suiza, Alemania, Japón. Existen cinco o seis bancos que pondrán el treinta por ciento en bonos comerciales.

Lara empezaba a entusiasmarse.

—Suenan estupendo. ¿De veras crees poder conseguirme el hotel?

Paul le dedicó una amplia sonrisa.

—Será mi regalo de Navidad.

–Eres estupendo. ¿Por qué te portas tan bien conmigo?

–No tengo la menor idea -bromeó él.

Pero sabía la respuesta: estaba obsesionado por ella. Lara lo hacía sentir joven otra vez; lograba que todo le pareciera excitante. *No quiero perderte jamás*, pensó.

Cuando Lara estuvo de vuelta en su despacho, Keller la estaba esperando.

–¿Dónde te habías metido? – preguntó-. A las dos hubo una reunión que...

–Háblame de los bonos basura, Howard. Nunca los hemos utilizado. ¿Cómo se cotizan?

–Bueno, arriba de todo están los Triple A. Serían los de una empresa como ATT. Descendiendo por la escalerilla están los Doble A, A Simple, BAA y, al final de la escala, los Doble B, que son los bonos basura.

Un bono convencional paga el nueve por ciento. Un bono basura, catorce por ciento. ¿Por qué lo preguntas?

Lara se lo explicó.

–¿Un casino, Lara? ¡Por Dios! Detrás de esto está Paul Martin, ¿no?

–No, Howard. Si hago esta operación, soy yo la que está detrás de esto. ¿No tenemos respuesta a nuestra oferta por la propiedad de Battery Park?

—Sí. Ella no quiere vender.

—Pero la propiedad está a la venta, ¿no?

—En cierto modo.

—Sé más claro.

—Pertenece a Evelyn Royce, viuda de un médico. Todos los constructores de la ciudad le han presentado ofertas.

—¿Y alguno superó la nuestra?

—No se trata de eso. A la anciana no le interesa el dinero. Tiene bolsillos llenos.

—¿Y qué le interesa?

—Quiere algún tipo de monumento a su esposo. Al parecer, cree que él era una especie de Albert Schweitzer. Quiere mantener su llama encendida. Se opone a que su propiedad se convierta en algo vulgar o comercial. Dicen que Steve Murchison ha estado tratando de convencerla.

—¿Sí?

Lara calló unos instantes. Luego dijo:

—¿Qué médico te atiende, Howard?

—¿Eh?

—¿Quién es tu médico?

—Seymour Bennett. Es jefe del cuerpo médico del hospital Midtown.

A la mañana siguiente, Terry Hill, el abogado de Lara, estaba sentado en el despacho del doctor Seymour Bennett.

—Mi secretaria me ha dicho que deseaba usted verme con urgencia, pero que no se trata de un problema médico.

OceanofPDF.com

En cierto sentido, sí -dijo Terry Hill-. Represento a un grupo inversor que quiere construir una clínica sin fines de lucro. Queremos ayudar a esos desdichados que no pueden pagar una atención médica regular.

—Es una idea estupenda -dijo el doctor Bennett-. ¿Y en qué puedo ayudar?

Terry Hill se lo dijo.

Al día siguiente, el doctor Bennett estaba tomando el té en la casa de Eleanor Royce.

—Me han pedido que le hable en nombre de ese grupo, señora Royce. Quieren construir una hermosa clínica que llevará el nombre de su difunto esposo. La imaginan como una especie de templo a su memoria.

la señora Royce se le iluminó la cara.

¿De veras?

Durante una hora analizaron los planes del grupo. Al final la señora Royce dijo:

—A George le habría encantado. Dígales que acepto la propuesta.

Seis meses después se inició la construcción. Una vez terminada fue gigantesca. Toda la manzana estaba llena de enormes edificios de apartamentos, un gran centro comercial y un teatro. En un rincón lejano y remoto de la propiedad se veía un pequeño edificio de ladrillos, de un solo

piso. Sobre el dintel, un simple letrero decía: CLÍNICA MÉDICA
GEORGE ROYCE.

Capítulo Dieciocho

El día de Navidad Lara se quedó en casa. La habían invitado a diez o doce fiestas, pero Paul Martin pasaría a visitarla.

—Hoy debo estar con Nina y los chicos -explicó-, pero quiero ir a verte.

Ella se preguntaba qué estaría haciendo Philip Adler esa Navidad.

El día era como una postal de Currier e Ivés. Nueva York estaba cubierta de nieve y envuelta en silencio. Paul Martin llegó con una bolsa llena de regalos para Lara.

—Tuve que ir a buscarlos a la oficina -dijo. *Para que su esposa no se entere*, pensó ella.

—Me das tanto, Paul... No tienes por qué traer nada.

—Lo hago porque me gusta. Ahora ábrelos.

Lara se conmovió ante su ansiedad por ver cómo reaccionaba.

Los regalos eran caros y de buen gusto: un collar de Cartier, bufandas de Hermes, un libro de Rizzoli, un reloj antiguo y un pequeño sobre blanco. Lara lo abrió. En grandes letras de imprenta, «Hotel y Casino Cameron». Ella levantó la vista, sorprendida.

—¿Ya tengo el hotel?

Él asintió.

Lo tendrás. La licitación se inicia la semana próxima. Nos vamos a divertir
—predijo Paul Martin.

—No sé nada de administrar casinos.

OceanofPDF.com

No te preocupes. Buscaré a algunos profesionales que lo harán por ti. Del hotel puedes ocuparte tú misma.

—No sé cómo agradecértelo. Haces tanto por mí...

Él le tomó las manos.

Por ti sería capaz de hacer cualquier cosa. No lo olvides, de cualquier cosa.

—No lo olvidaré -prometió ella, solemne.

Paul consultó su reloj.

—Debo volver a casa. Ojalá... -Vaciló.

—¿Qué?

—No importa. Feliz Navidad, Lara.

—Feliz Navidad, Paul.

Ella se acercó a la ventana para mirar hacia afuera. El cielo se había convertido en una delicada cortina de copos danzarines. Inquieta, se acercó a la radio y la encendió. Un locutor estaba diciendo: «...Y ahora, en este programa navideño, la Orquesta Filarmónica de Boston presenta el *Concierto número cinco en mi bemol*, con Philip Adler como solista».

Lara cerró los ojos y pudo verlo sentado al piano, apuesto y elegante. Al terminar la música se dijo: *Tengo que volver a verlo*.

Bill Whitman era uno de los mejores aparejadores del país. Había ascendido desde abajo y sus servicios eran muy solicitados. El trabajo no le faltaba y se ganaba bien la vida, pero no estaba satisfecho. Llevaba años viendo cómo los constructores cosechaban enormes fortunas mientras él no recibía sino un salario. *En cierto modo, pensaba, ellos ganan dinero gracias a mí. El propietario se queda con la tarta, yo recibo las migajas.* Pero el día en que Lara Cameron se presentó ante la Comisión Reguladora todo cambió. Ella había mentido para obtener el permiso de la comunidad y esa mentira podía destruirla. *Si yo me presentara ante la comisión y les dijera la verdad, a ella sé le acabaría el negocio.*

Pero Bill Whitman no tenía intenciones de hacer eso. Su plan era mucho mejor. Pensaba utilizar lo ocurrido para presionar a Lara, que de ese modo se vería obligada a darle todo lo que él pidiera. Desde esa primera entrevista en que le había solicitado un ascenso y un aumento de sueldo, se dio cuenta de que ella iba a ceder.

No tenía alternativa. *Comenzaré con poco, pensaba Bill Whitman, alegremente. Luego iré exprimiéndola de verdad.*

Dos días después de Navidad se reanudó el trabajo en la obra de Eastside Plaza. Whitman paseó la mirada por la inmensa construcción, pensando: *Esto va a ser una mina de oro. Sólo que esta vez yo también obtendré mi tajada.*

El lugar estaba lleno de maquinaria pesada. Había palas mecánicas levantando toneladas de tierra para echarla en los camiones que aguardaban. Una de ellas, que blandía una gigantesca pala dentada, pareció atascarse. El

enorme brazo quedó suspendido en el aire. Whitman marchó hacia la cabina, bajo la enorme boca metálica.

—Hola, Jesse -saludó-. ¿Qué pasa allí arriba?

El hombre de la cabina murmuró algo que Whitman no llegó a oír. El aparejador se acercó un poco más.

—¿Qué?

Todo ocurrió en una fracción de segundo. Se deslizó una cadena y la enorme pala mecánica cayó sobre Whitman, aplastándolo contra la tierra. Los hombres corrieron hacia él, pero ya no había nada que hacer.

—Se soltó el freno de seguridad -explicaría más tarde el operario-. Cristo, qué mal me siento. Apreciaba mucho a Bill.

Al enterarse de la noticia, Lara telefoneó inmediatamente a Paul Martin.

—¿Te has enterado de lo de Bill Whitman?

—Sí. Lo vi por televisión.

—Paul, ¿no fuiste...?

Él se echó a reír.

—Déjate de ideas disparatadas. Ves demasiadas películas. Recuerda que, al final, siempre ganan los buenos.

Y Lara se preguntó: *¿Estaré yo entre los buenos?*

Hubo doce o trece ofertas de compra por el hotel de Reno.

OceanofPDF.com

–¿Cuándo presento la mía? – preguntó Lara a Paul.

–No lo hagas hasta que yo te lo diga. Deja que los otros se precipiten.

Las ofertas eran secretas y los sobres serían abiertos el viernes. El miércoles Lara aún no había presentado su oferta. Telefoneó a Paul Martin.

–Espera -dijo él-. Yo te diré cuándo.

Hablaban por teléfono varias veces al día.

A las cinco de la tarde, una hora antes de que cerrara la recepción de ofertas, Paul Martin llamó: |

–¡Ahora! La oferta más alta es de ciento veinte millones. Quiero que ofrezcas cinco más.

Lara ahogó una exclamación.

–Pero si hago eso perderé dinero en la operación.

–Confía en mí -dijo Paul-. Cuando obtengas el hotel e inicies la remodelación, puedes suprimir algunos cambios. Todos serán autorizados por el ingeniero supervisor. Cubrirás esos cinco millones y un poco más.

Al día siguiente notificaron a Lara que su oferta había ganado la licitación.

Ahora Lara y Keller iban rumbo a Reno.

El hotel se llamaba Reno Palace. Era grande y suntuoso, con mil quinientas habitaciones y un casino enorme, que estaba desierto. Lara y Howard Keller lo recorrían guiados por un hombre llamado Tony Wilkie.

—Los dueños de esto hicieron mal negocio -dijo Wilkie.

—¿Por qué? — preguntó Keller.

—Parece que dos de los muchachos se quedaban con algún dinero de las apuestas...

—Robaban -interpuso Keller.

—Sí. Claro que los propietarios no sabían nada.

—Claro.

Pero alguien fue con el soplo a la Comisión de Juego. Fue una verdadera lástima. Se ganaba mucho dinero.

—Lo sé. — Keller ya había estudiado los libros contables.

Cuando terminó el recorrido y los socios se quedaron solos, Lara dijo:

—Paul tenía razón. Esto es una mina de oro. — Al ver la expresión Howard preguntó:- ¿Ocurre algo?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no me gusta que nos enredemos en algo como esto.

—¿Qué quieres decir con «algo como esto»? Tenemos un manantial de dinero, Howard.

—¿Quién va a dirigir el casino?

—Buscaremos a alguien -dijo Lara, evasiva.

—¿Dónde? ¿Entre los boy scouts? Para manejar una operación se necesitan apostadores. Yo no conozco ninguno, ¿y tú?

Lara guardó silencio. Keller agregó -: Aunque supongo que Paul Martin sí.

—No metas a Paul en esto -dijo Lara-. Y tampoco te metas tú.

—Sencillamente no me parece una buena idea.

—Tampoco el proyecto de Queens te pareció una buena idea, el centro comercial de la calle Houston. Pero estamos ganando dinero con eso, ¿verdad?

—Nunca dije que no fueran buenos negocios, Lara. Sólo he dicho que estábamos trabajando demasiado deprisa. Tragas todo lo se te pone por delante, pero aún no has digerido nada.

Lara le dio unas palmaditas en la mejilla.

—No te preocupes.

Los miembros de la Comisión de Juego recibieron a Lara con estudiada cortesía.

—No es frecuente que recibamos a una mujer joven y hermosa -dijo el presidente-. Esto nos alegra el día.

En verdad, Lara estaba hermosa. Lucía un conjunto de lana amarilla de Donna Karan, con una blusa de seda color crema y, a modo de amuleto, una de las bufandas que Paul le había regalado para Navidad. Sonrió.

—Gracias.

OceanofPDF.com

–¿Qué podemos hacer por usted? – preguntó uno de los miembros. Todos sabían perfectamente bien lo que podían hacer por ella.

–He venido porque me gustaría hacer algo por Reno -dijo Lara, muy seria-. Me gustaría darle el hotel más grande y hermoso de todo el estado. Quiero agregar cinco pisos al Reno Palace e instalar un gran centro de congresos, para atraer a más turistas que vengan a apostar.

Los miembros de la Comisión se miraron entre sí. El presidente dijo:

–Creo que algo así tendría efectos muy beneficiosos para la ciudad. Desde luego, nuestra responsabilidad es asegurarnos de que sea una operación completamente legal.

–No se puede decir que yo sea un convicto fugado de la cárcel -sonrió Lara.

Ellos rieron entre dientes.

–Conocemos sus antecedentes, señorita Cameron, y son admirables. Sin embargo, usted no tiene experiencia en la administración de casinos.

–Es cierto -admitió Lara-. Pero estoy segura de que no será difícil hallar empleados eficientes y honestos, que merezcan su aprobación, caballeros. Por cierto, les agradecería que me asesoraran al respecto.

Uno de los miembros dijo:

–En lo que hace a la financiación, ¿puede usted asegurar...?

El presidente lo interrumpió:

–Eso ya está arreglado, Tom. La señorita Cameron presentó los datos financieros. Me encargaré de que todos reciban una copia.

Lara esperaba. El presidente continuó:

–Por el momento no puedo prometerle nada, señorita Cameron, pero creo estar en condiciones de decirle que no veo ningún obstáculo para otorgarle una licencia.

Lara esbozó una sonrisa radiante.

–Eso es estupendo. Me gustaría poner manos a la obra cuanto antes.

–Temo que aquí las cosas no se mueven tan deprisa. Habrá un periodo de espera de un mes antes de que podamos darle una respuesta definitiva.

Ella se quedó horrorizada.

–¿Un mes?

–Sí. Tenemos que verificar algunos datos.

–Comprendo -dijo Lara-. Está bien.

En el centro comercial del hotel había una tienda de música en cuyo escaparate se exhibía una gran foto de Philip Adler, anunciando su nuevo disco compacto.

A Lara no le interesaba la música. Compró el disco porque en el dorso del

estuche aparecía la foto del pianista.

Durante el viaje de regreso a Nueva York preguntó a Howard Keller:

—¿Qué sabes de Philip Adler?

—Más o menos lo que sabe todo el mundo. Es, probablemente, el mejor pianista de la actualidad. Toca con las mejores orquestas sinfónicas. En alguna parte leí que ha organizado una fundación par ofrecer becas a músicos sin recursos.

—¿Cómo se llama?

—Fundación Philip Adler, según creo.

—Me gustaría contribuir -dijo Lara-. Envíales un cheque por diez mil dólares a mi nombre.

Keller la miró, sorprendido.

—Desde cuándo te interesa la música clásica?

—Está comenzando a interesarme -dijo Lara.

Los titulares decían:

OceanofPDF.com

FISCAL DEL DISTRITO

INVESTIGA A PAUL MARTIN...

ABOGADO SUPUESTAMENTE

RELACIONADO CON LA MAFIA.

Lara leyó el artículo con horror y telefoneó a Paul.

—¿Qué pasa? — le preguntó.

Él rió entre dientes.

—El fiscal del distrito ha salido de pesca otra vez. Hace años tratan de vincularme con los muchachos y no han tenido suerte. Cada vez que se aproximan las elecciones tratan de utilizarme de chivo expiatorio. No te preocupes por eso. ¿Cenamos juntos esta noche?

—De acuerdo.

—Conozco un pequeño restaurante en la calle Mulberry donde nadie nos molestará.

–Me han informado -dijo Paul Martin durante la cena- de que la entrevista con la Comisión de Juego salió bien.

–Creo que sí. Parecían cordiales, pero es la primera vez que hago algo así.

–No creo que tengas problemas. Te buscare gente de confianza para el casino. Su anterior dueño era demasiado... codicioso. – Cambió de tema-. ¿Cómo marchan esas construcciones?

–Bien. Ahora mismo tengo tres proyectos entre manos.

–¿No te estás excediendo, Lara?

Hablaba como Howard Keller.

–No. Todas las obras se ajustan al presupuesto y a los plazos previstos.

–Me alegro, cariño. No quiero que nada te salga mal.

Ella le cubrió una mano con la suya.

–No hay nada que temer. Tú eres mi servicio de seguridad.

–Lo seré siempre -dijo él, estrechándole la mano.

Al cabo de dos semanas sin tener noticias de Philip Adler, Lara mandó llamar a Keller.

–¿Enviaste esa contribución de diez mil dólares a la Fundación Adler?

–Sí, el mismo día en que me lo indicaste.

–Qué extraño. Era de esperar que me llamase.

Keller se encogió de hombros.

–Probablemente está de gira.

–Probablemente. – Lara trató de disimular su desilusión-. Hablemos del edificio de Queens.

–Financieramente, no va a ser una operación sencilla -dijo Keller.

–Sé cómo protegernos. Me gustaría cerrar trato con un inquilino.

–¿Has pensado en alguien?

–Sí: Mutual Security Insurance. El presidente se llama Horace Guttman. Sé que está buscando una sede nueva. Me gustaría que eligiera nuestro edificio.

–Voy a averiguar -dijo Keller.

Lara reparó en que él no tomaba notas.

–Nunca dejas de sorprenderme. No te olvidas de nada, ¿verdad? Keller sonrió.

–Tengo una memoria fotográfica. Antes la usaba para las estadísticas del béisbol. – *Todo eso parece tan lejano..., pensó Howard. El chico del brazo mágico, la estrella de los Chicago Cubs. Otra persona, otra época-. A veces es una maldición. En mi vida hay unas cuantas cosas que me gustaría olvidar.*

–Haz que el arquitecto dibuje los planos para el edificio de Queens.

Averigua cuántos pisos necesitará Mutual Security y cuántos metros cuadrados.

Dos días más tarde Keller entró en el despacho de Lara.

—Temo que traigo malas noticias. — ¿Qué sucede?

—Estuve fisgoneando un poco. Tenías razón con respecto a Mutual Security Insurance: están buscando un nuevo local, pero Guttman tiene en vista un edificio de Union Square. Es de tu viejo amigo Steve Murchison.

¡Murchison otra vez! Lara estaba segura de que era él quien había enviado esa caja con tierra. *No voy a dejar que me asuste.*

—¿Y Guttman ya ha cerrado trato? — preguntó.

—Todavía no.

—Muy bien. Déjalo por mi cuenta.

Esa tarde Lara hizo diez o doce llamadas telefónicas. Con la última tuvo suerte. Barbara Roswell.

—¿Horace Guttman? Claro que lo conozco. ¿Por qué te interesa?

—Me gustaría conocerlo. Lo admiro mucho. Hazme un favor. ¿Por qué no lo invitas a cenar el sábado por la noche, Barbara?

—Dalo por hecho.

La cena fue sencilla, pero elegante. Había catorce personas en la residencia de los Roswell. Como esa noche Alice Guttman no se sentía bien, Horace se presentó solo. A Lara la sentaron a su lado. Tenía unos sesenta años, aunque parecía más viejo. Su cara era severa y cansada, de mentón firme. Lara estaba encantadora y provocativa. Lucía un vestido negro, muy escotado, y joyas sencillas, aunque deslumbrantes. Después de tomar los aperitivos, pasaron al comedor.

—Tenía muchos deseos de conocerlo -confesó ella-. Me han hablado mucho de usted.

—También a mí de usted, jovencita. Ha causado sensación en esta ciudad.

—Espero estar aportando algo -dijo Lara, modestamente-. Es una ciudad maravillosa.

—¿De dónde es usted?

—De Gary, Indiana.

—¿De veras? — Él la miró, sorprendido-. Da la casualidad que nací allí. Conque somos paisanos, ¿eh?

Lara sonrió.

—Así es. Guardo de Gary recuerdos muy afectuosos. Mi padre trabajaba en el *Post Tribune*. Yo estudié en el instituto Roosevelt. Los fines de semana íbamos de picnic al parque Gleason, o a la bolera Twelve and Twenty. No quería marcharme de allí.

–Pero ha hecho una gran carrera, señorita Cameron.

–Lara.

–Lara. ¿Qué está haciendo en estos días?

–El proyecto que más me entusiasma -dijo Lara- es un edificio nuevo que estoy construyendo en Queens. Va a tener treinta pisos y veinte mil metros cuadrados cubiertos.

–Me interesa -comentó Guttman, pensativo.

–¿De veras? – dijo Lara, con aire inocente-. ¿Por qué?

–Casualmente estamos buscando un edificio de ese tamaño para nuestra nueva sede.

–¿Sí? ¿Y ya han elegido alguno?

–No, aunque...

–Si usted quiere, puedo mostrarle los planos de nuestro nuevo edificio.

Él la estudió por un momento.

–Me gustaría verlos, sí.

–Se los llevaré a su oficina el lunes por la mañana.

–La estaré esperando.

El resto de la velada marchó bien.

Esa noche, cuando Horace Guttman llegó a su casa, entró en el dormitorio de su esposa.

—¿Cómo te sientes? — preguntó.

—Mejor, querido. ¿Cómo estuvo la fiesta?

Él se sentó en la cama.

—Bueno, todos lamentaron que no estuvieras, pero pasé un rato interesante. ¿Has oído hablar de Lara Cameron?

—Por supuesto. Todo el mundo ha oído hablar de ella.

—Es toda una mujer. Algo extraña. Dice que nació en Gary, Indiana, igual que yo. Parecía conocer bien Gary: el parque Gleason, Twelve and Twenty...

—¿Y eso qué tiene de extraño?

Guttman miró a su esposa con una gran sonrisa.

—Que la damisela proviene de Nueva Escocia.

El lunes por la mañana, Lara se presentó en la oficina de Horace Guttman llevando los planos del proyecto de Queens. La hicieron pasar inmediatamente.

—Me alegro de verla, Lara. Siéntese.

Ella dejó los planos sobre el escritorio y se sentó frente a él.

—Antes de mostrarle esto -dijo- tengo algo que confesarle, Horace.

Guttman se retrepó en su sillón.

—¿Si?

—Eso que le dije anoche de Gary, Indiana...

—¿Qué pasa?

—Nunca estuve allí. Sólo trataba de impresionarlo.

Él se echó a reír.

—Ahora ha logrado confundirme. No estoy seguro de poder seguirle el paso, jovencita. Veamos estos planos.

Media hora después había terminado de estudiarlos.

OceanofPDF.com

–Mire -dijo, reflexionando-, estaba casi decidido por otro edificio.

–¿De veras?

–¿Qué motivos tengo para cambiar de idea y decidirme por el suyo, Lara?

–Allí será más feliz. Me encargaré de que tenga cuanto necesite. – Ella sonrió-. Además, le saldrá un diez por ciento más barato.

–¿Sí? Usted no sabe cuánto debo pagar por el otro edificio.

–No importa. Acepto la cifra que usted diga.

–Bien podría ser usted de Gary, Indiana -comentó Guttman-. Trato hecho.

Cuando Lara volvió a su oficina, le informaron que Philip Adler la había llamado.

Capítulo diecinueve

En el salón de baile del Waldorf Astoria se amontonaban los mecenas del Carnegie Hall. Lara se paseaba entre la multitud, buscando a Philip.

Recordó la conversación telefónica que habían mantenido días atrás.

—Habla Philip Adler, señorita Cameron. — Lara sintió la garganta seca-. Lamento no haber podido agradecerle antes su donativo a nuestra fundación. Estaba en Europa y acabo de enterarme.

—Fue un placer -dijo Lara. Tenía que prolongar la conversación-. En... en realidad, me interesaría saber algo más acerca de su fundación. Podríamos reunirnos para hablar de eso.

Hubo una pausa.

—El sábado por la noche habrá una cena benéfica en el Waldorf. Podríamos encontrarnos allí, si usted no tiene ningún compromiso.

Lara echó un rápido vistazo a su agenda. Esa noche debía cenar con un banquero de Texas. Tomó una decisión inmediata.

—Sí. Será un placer.

—Estupendo. Le dejaré una entrada en la recepción.

Cuando Lara colgó, estaba radiante.

No veía a Philip Adler por ningún lado. Lara se paseó por el enorme salón, escuchando las conversaciones.

—... Entonces el primer tenor dijo: «Sólo me quedan dos do agudos, doctor Klemperer. ¿Quiere oírlos ahora o esta noche, en la función».

—... Oh, admito que es un buen director. Su dinámica y sus matices tonales son excelentes... ¡Pero los tempi, los tempi...!

—... ¡Estás loco! Stravinsky es demasiado estructurado. Su música podría haber sido compuesta por un robot. Contiene sus sentimientos. Bartok, por el contrario, abre las compuertas y nos inunda con emociones...

—No lo soporto. Su Chopin es un ejercicio *rubato*, torturado, de texturas masacradas y pasión purpúrea...

Era un lenguaje incomprensible para ella. De pronto vio a Philip rodeado por un cortejo de admiradores. Lara se abrió paso entre la multitud. Una joven atractiva estaba diciendo:

—Cuando usted tocó la *Sonata en si bemol menor*, sentí que Rachmaninoff sonreía. Su tono, su voz, esas suaves lecturas... ¡Maravilloso!

Philip sonrió.

—Gracias.

Una mujer madura decía:

—No me canso de escuchar su grabación del Hammerklavier. ¡Qué vitalidad tan irresistible! Usted ha de ser el único pianista de este mundo que entiende, en verdad, esa sonata de Beethoven.

Philip vio a Lara.

—Discúlpeme, por favor -dijo.

Se acercó a ella, y le tomó la mano. El contacto la hizo reaccionar.

—Hola, señorita Cameron. Me alegro de que haya podido venir.

–Gracias. – Lara miró a su alrededor-. Eso es una muchedumbre.

Él asintió con la cabeza.

–Sí. Supongo que usted es aficionada a la música clásica, ¿no?

Ella pensó en la música con que se había criado: Annie Laurie, Comin' through the rye, The hills of home...

–Oh, sí -dijo-. Mi padre me crió escuchando música clásica.

–Quiero volver a agradecerle su contribución. Ha sido realmente muy generosa.

OceanofPDF.com

–Es que su fundación parece muy interesante. Me encanta saber algo más acerca de ella. Si...

–¡Philip, querido! ¡Magnífico! – la interrumpió una voz.

Y los admiradores lo rodearon otra vez. Lara logró hacerse oír.

–Si tiene libre alguna noche de la semana próxima...

Philip negó con la cabeza.

–Lo siento, pero mañana parto hacia Roma.

Ella experimentó una súbita sensación de pérdida.

–Oh...

–Pero en tres semanas estaré de regreso. Tal vez entonces podamos...

–Estupendo! – exclamó Lara.

–... pasar una velada hablando de música.

Ella sonrió.

–Con mucho gusto.

En ese momento los interrumpieron dos hombres maduros. Uno llevaba el pelo recogido en una coleta; el otro, un solo pendiente.

–Necesitamos que nos digas algo, Philip. Cuando interpretas a Liszt, ¿qué te parece más importante? ¿Un piano de acción pesada, que te brinde un sonido intenso, o uno de acción ligera, para que la coloratura surja de la acción de las manos?

Lara no tenía idea de lo que estaban hablando. Se perdieron en una discusión sobre la sonoridad neutral, los sonidos largos y la transparencia. Al observar la animación con que Philip conversaba, pensó: *Esto es su mundo. Tengo que hallar el modo de entrar en él.*

A la mañana siguiente se presentó en la Escuela de Música de Manhattan y dijo a la recepcionista:

–Me gustaría hablar con uno de los profesores de música, por favor.

–¿Con alguien en especial?

–No.

–Un momento, por favor. – La mujer desapareció dentro de un despacho.

Al cabo de unos pocos minutos, apareció acompañada de un hombrecito de pelo gris.

–Buenos días. Soy Leoriard Meyers. ¿En qué puedo serle útil?

–Me interesa la música clásica.

–Ah, usted desea inscribirse aquí. ¿Qué instrumento toca?

–No toco ningún instrumento. Sólo quiero aprender algo de música clásica.

Temo que se haya equivocado de lugar. Esta escuela no es para principiantes.

Le pagaré cinco mil dólares por dos semanas de su tiempo.

El profesor Meyers parpadeó.

–Disculpe, señorita... ¿Cómo ha dicho que se llama?

–Cameron. Lara Cameron.

–¿Quiere pagarme cinco mil dólares por pasar dos semanas hablando de música clásica? – El hombre no acababa de creérselo.

–En efecto. Si lo prefiere, puede usar ese dinero para un fondo de becas.

El profesor Meyers bajó la voz.

–No será necesario. Esto puede quedar entre usted y yo.

–De acuerdo.

–¿Cuándo podríamos comenzar?

–Ahora.

–En este momento tengo una clase, pero déme cinco minutos...

Lara y el profesor Meyers estaban solos en un aula.

–Comencemos por el principio. ¿Sabe algo sobre música clásica?

–Muy poco.

–Bien, hay dos maneras de entender la música -comenzó el profesor-. Desde lo intelectual y desde lo emocional. Alguien dijo una vez que la música revela al hombre su alma escondida. Todos los grandes compositores pudieron lograr eso.

Lara escuchaba con atención. – ¿Está usted familiarizada con algún compositor, señorita Cameron?

Ella sonrió.

–Con pocos.

El profesor frunció el entrecejo.

–En realidad, no comprendo su interés en...

OceanofPDF.com

–Quiero adquirir conocimientos básicos para poder conversar de modo inteligente sobre los clásicos con un músico profesional. Me... me interesa en especial la música para piano.

–Comprendo. – Meyers pensó durante un momento-. Ya se cómo vamos a comenzar. Le daré algunos discos para que los oiga.

Lara lo vio acercarse a una estantería y sacar algunos discos compactos.

–Comenzaremos por éstos. Quiero que preste mucha atención al *allegro* del *Concierto para piano número veintiuno en do K467*, de Mozart; el *adagio* del *Concierto para piano número uno* de Brahms; el *moderato* del *Concierto para piano número dos en do*, de Rachmaninoff, y finalmente la *romanza* del *Concierto para piano número uno* de Chopin. Todos están marcados.

–Bien.

–Si quiere escucharlos y volver dentro de algunos días...

–Volveré mañana.

Al día siguiente Lara se presentó llevando seis discos compactos con conciertos y recitales de Philip Adler.

–Estupendo -dijo el profesor Meyers-. El maestro Adler es el mejor. ¿A usted le interesan especialmente sus ejecuciones?

–Sí.

–El maestro ha grabado muchas sonatas bellísimas.

–¿Sonatas?

Meyers suspiró.

–¿No sabe qué es una sonata?

–Me temo que no.

–Es una pieza, generalmente compuesta por varios movimientos, que tiene cierta forma musical básica. Cuando se utiliza esa forma para un instrumento solista, como el piano o el violín, la pieza se llama sonata. Una sinfonía es una sonata para orquesta.

–Comprendo. – Eso no sería difícil de introducir en una conversación.

–El piano se llamó en un principio pianoforte. En italiano, significa «suave-fuerte».

Pasaron los días siguientes analizando grabaciones de Philip: Beethoven, Liszt, Bartok, Mozart, Chopin. Lara escuchaba, absorbía y recordaba.

–A Adler le gusta Liszt. Hábleme de él.

–Franz Liszt fue un niño prodigio. Todo el mundo lo admiraba. Era brillante. La aristocracia lo trataba como a una mascota, ¡acabó quejándose de que lo ponían a la par de malabarista o perro amaestrado!

–Hábleme de Beethoven.

–Hombre difícil. Era una persona tan desdichada que, en medio de su gran éxito, decidió que no le gustaba nada de lo que había compuesto y pasó a composiciones más largas y emotivas, como la *Heroica* y la *Patética*...

–¿Chopin?

–A Chopin se lo criticaba por componer para piano. Por eso los críticos de su tiempo decían que era limitado.

Más tarde:

–Liszt podía tocar a Chopin mejor que el mismo Chopin...

Otro día:

–Existe una diferencia entre los pianistas franceses y los norteamericanos. A los franceses les gustan la claridad y la elegancia. Tradicionalmente, su preparación técnica se basa en el *jeu perle*: una uniformidad de articulación perfectamente perlada con muñeca firme...

Todos los días escuchaban una de las grabaciones de Philip y analizaban. Al cabo de dos semanas, el profesor Meyers dijo:

–Confieso que me ha impresionado usted, señorita Cameron. Es una discípula realmente abnegada. Bien podría estudiar un instrumento.

Lara se echó a reír.

–No nos entusiasmemos. – Le entregó un cheque-. Aquí tiene.

Apenas podía esperar la hora en que Philip volviese a Nueva Cork.

Capítulo Veinte

El día comenzó con buenas noticias. Llamó Terry Hill.

—¿Lara?

—¿Sí?

—Acabamos de tener noticias de la Comisión de Juego. Ya tienes tu licencia.

—¡Estupendo, Terry!

—Ya veremos personalmente los detalles, pero tienes luz verde. Al parecer, los dejaste muy impresionados.

—Ahora mismo comenzaré con todo. Gracias, Terry.

Luego le contó a Keller lo que había ocurrido.

—Estupendo. Esos ingresos en efectivo nos ayudarán a resolver muchos de nuestros problemas.

Lara consultó su agenda.

—Podemos viajar en avión el martes y poner las cosas en movimiento.

Kathy la llamó por el intercomunicador.

—Un tal señor Adler por la línea dos. ¿Le digo que...?

Lara se puso súbitamente nerviosa.

–Lo voy a atender. – Levantó el auricular-. ¿Philip?

–Hola. He vuelto.

–Me alegro. – *Te he echado de menos*, pensó.

–Sé que la invito con poca anticipación, pero ¿no podríamos cenar juntos esta noche?

Lara tenía que cenar con Paul Martin.

–Sí. No tengo ningún compromiso.

–Estupendo. ¿Dónde le gustaría comer?

–No tiene importancia.

–¿En La Cote Basque?

–Estupendo.

–¿Le parece bien que nos encontremos allí a las ocho?

–De acuerdo.

–Hasta la noche.

Lara colgó, sonriente.

—Ese Philip ¿era Adler? — le preguntó Keller.

—Aja. Voy a casarme con él.

Keller la miraba, atónito.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Fue un golpe. *La voy a perder*, pensó Keller. Y luego: *¿Qué estoy diciendo? Nunca la tuve.*

—¡Pero si apenas lo conoces!

Lo conozco desde siempre, pensó ella.

—No quiero que cometas un error.

—Nada de eso. Yo... -Sonó el teléfono privado. El que había instalado para Paul Martin. Lara atendió-. Hola, Paul.

—Hola, Lara. ¿A qué hora cenamos hoy? ¿A las ocho?

Ella tuvo una punzada de remordimientos.

Paul... me temo que esta noche no podrá ser. Acaba de surgir algo. Ahora mismo iba a llamarte.

—¿Sí? ¿Hay algún problema?

—No. Ha llegado alguien de Roma. — Al menos eso era verdad. Tengo que reunirme con ellos.

–Mala suerte para mí. Lo dejaremos para otro día.

–Por supuesto.

–Me han dicho que te han concedido la licencia para el hotel de Reno.

–Sí.

–Lo pasaremos en grande allí.

OceanofPDF.com

–Así lo espero. Discúlpame lo de esta noche. Te llamaré mañana.

La línea quedó muerta. Lara colgó lentamente. Keller la observaba. Su desaprobación era visible.

–¿Estás preocupado por algo? – le preguntó ella.

–Sí. Todo este equipamiento moderno.

–¿De qué estás hablando?

Creo que tienes demasiados teléfonos en tu despacho. Ese hombre es una mala compañía.

Lara tuvo que contener su enojo.

–Pues esa mala compañía nos ha salvado el pellejo más de una vez, Howard. ¿Algo más?

Él meneó la cabeza.

–No.

–Bien. Sigamos trabajando.

Cuando Lara llegó a La Cote Basque, Philip ya estaba esperándola. La gente se volvió a mirarla. Cuando él se puso de pie para saludarla, el corazón de Lara se detuvo por un segundo.

–Espero no haberme retrasado.

–En absoluto. – Sus cálidos ojos la miraban con admiración-. Está realmente encantadora.

Se había cambiado de ropa cinco o seis veces. *¿Debo ponerme algo sencillo, elegante, sensual?* Finalmente se decidió por un sobrio modelo de Dior.

–Gracias.

–Me siento idiota -dijo Philip.

–Oh, ¿por qué?

–No relacioné el apellido. Usted es esa Cameron en persona.

Ella se echó a reír.

–Bingo.

–¡Dios mío! Usted es una cadena de hoteles, edificios de apartamentos, urbanizaciones, centros comerciales, edificios de oficinas. Cuando viajo veo su nombre por todo el país.

–Magnífico -sonrió Lara-. De ese modo no me olvidará.

Él la estaba estudiando.

–No creo que necesite ningún recordatorio.

–Mejor así.

–¿Puedo tutearte?

–Por supuesto.

–Dime, ¿no estás cansada de que te repitan lo hermosa que eres?

Ella pensó: *Me alegro de que me vea hermosa*. Lo que dijo fue:

¿Estás casado? – Se habría querido morder la lengua. Él sonrió.

–No. El matrimonio es imposible para mí.

–¿Por qué? – Por un momento Lara contuvo el aliento. *No puede ser que...*

–Porque paso casi todo el año de gira. Una noche toco en Budapest; la siguiente en Londres, París o Tokio.

Se sintió aliviada.

–Háblame de ti, Philip.

–¿Qué quieres saber?

–Todo.

Él se echó a reír.

–Eso me llevara no menos de cinco minutos.

–Estoy hablando en serio, Philip. Quiero saber todo sobre ti.

Él aspiró hondo.

—Muy bien. Mi familia era vienesa. Mi padre era director de orquesta; mi madre profesora de piano. Huyeron de Viena para escapar de Hitler y se instalaron en Boston, donde yo nací.

—¿Y siempre quisiste ser pianista?

—Sí.

Tenía seis años. Estaba practicando al piano cuando su padre entró en la habitación y empezó a exclamar:

-¡No, no, no! ¿No sabes distinguir un acorde mayor de uno menor? – Su dedo velludo golpeó al partitura-. Eso es un acorde menor. Menor. ¿Comprendes?

-¿Puedo salir, papá? Mis amigos me están esperando.

-No te quedarás aquí hasta que lo toques bien.

Tenía ocho años. Esa mañana había practicado cuatro horas, tuvo una pelea terrible con sus padres.

Odio el piano. No quiero volver a verlo

OceanofPDF.com

Su madre replicó:

-Muy bien. Ahora quiero otra vez ese andante.

Tenía diez años. El apartamento estaba lleno de invitados, casi todos viejos amigos de Viena. Todos ellos eran músicos.

-Ahora Philip nos va a tocar algo -anunció su madre.

-Nos encantaría escuchar al pequeño Philip -dijo uno de los invitados, con voz de superioridad protectora.

-Toca ésa de Mozart, Philip.

Él miró aquellas caras aburridas y se sentó al piano, enfadado. Todos siguieron con sus conversaciones. Empezó a tocar, haciendo volar los dedos por el teclado. De pronto la charla se interrumpió. Mozart parecía volver a la vida en él; la música del genio se Salzburgo llenaba la sala con su magia.

Cuando los dedos de Philip tocaron el último acorde, hubo un silencio sobrecogedor. Los amigos de sus padres corrieron al piano, elogiando emocionados a Philip. El escuchó los aplausos y las adulaciones. Fue el momento de su epifanía, aquél en que supo quién era y qué deseaba hacer en su vida.

-Sí, siempre quise ser pianista -dijo a Lara.

-¿Dónde has estudiado piano?

—Hasta los catorce años me enseñó mi madre. Luego me enviaron al Instituto Curtís, de Filadelfia.

—¿Lo disfrutaste?

—Mucho.

Tenía catorce años y estaba solo en la ciudad, sin amigos. El Instituto de

Música Curtís se encontraba en cuatro mansiones finiseculares, cerca de la plaza Rittenhouse. Era lo más parecido al conservatorio moscovita de Viardo, Egorov y Toradze que podían ofrecer los Estados Unidos. Entre sus graduados se incluían Samuel Barber, Leonard Bernstein, Gian Carlo Menotti, Peter Serkin y muchos otros músicos brillantes.

—¿No te sentías solo allí?

—No.

Se sentía angustiado. Era la primera vez que se alejaba del hogar. Después de que el instituto lo hubiese aceptado, comprendió súbitamente que estaba por iniciar una nueva vida, y que jamás volvería a su casa.

Los maestros reconocieron de inmediato el talento del niño. Sus profesores de piano eran Isabella Vengerova y Rudolf Serkin. Allí Philip estudiaba piano, teoría, armonía, orquestación y flauta. Cuando no estaba en clase, tocaba música de cámara con los otros estudiantes. El piano, que hasta entonces había practicado a la fuerza desde los tres años, se convirtió en el centro de su vida, en un instrumento mágico del cual sus dedos podían arrancar romance, pasión y truenos. Hablaba un idioma universal.

—Di mi primer concierto a los dieciocho años, con la Sinfónica Detroit.

—¿No tuviste miedo?

Estaba aterrorizado. Descubrió que una cosa era tocar ante un grupo de amigos y otra, muy distinta, enfrentarse a un enorme auditorio de personas que habían pagado dinero para escucharlo. Se paseó entre bastidores, nervioso, hasta que el director de escena lo cogió del brazo, y le dijo: «Sal, que ahora te toca a ti». Nunca pudo olvidar lo que sintió al salir al escenario y recibir los aplausos del público. Se sentó al piano y su nerviosismo desapareció en un instante. Desde entonces su vida se convirtió en un maratón de conciertos. Recorrió toda Europa y Asia; después de cada gira su reputación aumentaba. William Ellerbe, un importante agente de artistas, aceptó representarlo. A los dos años Philip Adler era reclamado en todas partes del mundo.

Miró a Lara con una sonrisa.

—Sí. Todavía tengo miedo antes de cada concierto.

—¿Cómo es salir de gira?

—Nunca resulta aburrido. Una vez salí de gira con la Sinfónica de Filadelfia. Estábamos en Bruselas y debíamos dar un concierto en Londres. Como el aeropuerto estaba cerrado por la niebla, nos llevaron en autocar hasta el Schiphol de Amsterdam. El encargado nos explicó que el avión que habían alquilado era demasiado pequeño; los músicos debían optar entre llevar sus instrumentos o su equipaje. Naturalmente, eligieron sus instrumentos. Llegamos a Londres justo a tiempo para iniciar el concierto. Tocamos en tejanos y zapatillas, sin afeitarnos.

Lara rió.

–Apuesto a que al público le encantó.

–Sí. En otra oportunidad debía dar un concierto en Indiana, pero el piano estaba encerrado en un armario y nadie tenía la llave. Hubo que derribar la puerta.

Lara reía como una niña.

–El año pasado tenía que dar un concierto en Roma, con obras de Beethoven. Uno de los críticos musicales escribió: «Adler ofreció una ejecución pesada; en el final, su fraseo falló por completo. El *tempo* era absolutamente inadecuado; interrumpía el pulso de la pieza».

–¡Qué horrible! – exclamó Lara, solidaria.

–Lo más horrible fue que nunca llegué a dar ese concierto. Había perdido el avión.

Lara se inclinó hacia adelante, ansiosa.

–Cuéntame más.

–Bueno, cierta vez, en San Pablo, se desprendieron los pedales del piano en medio de un concierto de Chopin.

–¿Y qué hiciste?

–Terminé la sonata sin pedales. Otra vez el piano se deslizó a lo ancho de

todo el escenario.

Cuando Philip hablaba de su trabajo, el tono de su voz cobraba un entusiasmo particular.

–Soy muy afortunado. Es maravilloso poder emocionar a la gente y transportarla a otro mundo. La música da a cada uno un sueño. A veces pienso que es la única cordura que subsiste en este mundo demencial. – Rió con timidez-. No quiero parecer pomposo.

–No. Tú haces felices a millones de personas. Me encanta oírte tocar. – Lara aspiró hondo-. Cuando escucho tu interpretación de *Velas*, de Debussy, estoy en una playa solitaria y veo el palo mayor de un velero que navega en la distancia.

Él sonrió.

–Sí, también yo.

–Y cuando escucho alguna versión tuya de Scarlatti estoy en España; oigo caballos y carruajes, veo la gente que camina por las calles...

Lara percibió en la expresión de su rostro el placer con que la escuchaba. Estaba recurriendo a todo lo que recordaba de sus sesiones con el profesor Meyers.

–Con Bartok me llevas a las aldeas de la Europa Central, a los campesinos de Hungría. Es como si pintaras cuadros. Y yo me pierdo en ellos.

Me halagas mucho -dijo Philip.

No. Lo digo muy en serio.

Llegó la cena. Consistía en un Chateaubriand con patatas asadas, una ensalada Waldorf, espárragos frescos y, de postre, una tarta de frutas. Con cada plato se sirvió un vino distinto. Mientras comían Philip dijo:

—No hacemos sino hablar de mí, Lara. Háblame de ti. ¿Cómo es construir edificios enormes por todo el país?

Ella guardó silencio por un momento.

—Es difícil describirlo. Tú creas con tus manos. Yo creo con la mente. No levanto físicamente el edificio, pero lo hago posible. Sueño un sueño de ladrillos, cemento y acero, y lo convierto en realidad. Doy trabajo a cientos de personas: arquitectos, albañiles, diseñadores, carpinteros y fontaneros. Gracias a mí pueden mantener a sus familias. Proporciono a la gente un ambiente agradable donde vivir y hago que se sientan cómodos. Construyo tiendas atractivas donde la gente puede comprar lo que necesita. Construyo monumentos al futuro. — Sonrió con timidez—. No era mi intención hacer un discurso.

—¿Sabes que eres una mujer notable?

—Me gusta que opines así.

Fue una velada mágica. Cuando terminó, Lara supo que, por primera vez en su vida, estaba enamorada. Había tenido mucho miedo de llevarse una desilusión, de que ningún hombre respondiera a la imagen de su mente. Pero allí estaba, en carne y hueso, y la emocionaba.

Cuando llegó a su casa estaba tan excitada que no pudo dormir. Repasó la cena mentalmente, repitiendo la conversación una y otra vez. Philip Adler era el hombre más fascinante de cuantos conocía.

OceanofPDF.com

Sonó el teléfono. Lara atendió con una sonrisa.

–Philip... -empezó a decir.

Pero Paul Martin la interrumpió:

–Llamaba sólo para asegurarme de que hubieras llegado a tu casa sana y salva.

–Sí.

–¿Cómo te ha ido en la reunión?

–Bien.

–Me alegro. ¿Qué te parecería cenar juntos mañana por la noche?

Lara vaciló.

–De acuerdo.

¿No habrá alguna dificultad?

A la mañana siguiente llegó al apartamento de Lara una docena de rosas rojas. *De modo que él también disfrutó de la velada*, pensó, feliz. Abrió apresuradamente el sobre que acompañaba las flores. La tarjeta decía: «Espero con ansias la cena de esta noche, cariño. Paul».

Lara sintió una aguda desilusión. Pasó la mañana esperando una llamada de Philip. Tenía mucho que hacer, pero no podía concentrarse en el trabajo.

A las dos de la tarde, Kathy dijo:

—Han venido las secretarias nuevas para que usted las entreviste.

—Hazlas pasar de una a una.

Eran seis, todas muy preparadas. La mejor, ese día, era Gertrude Meeks. Tenía treinta y tantos años; era inteligente y activa; obviamente, sentía por Lara un respeto casi religioso.

Lara estudió sus antecedentes. Eran impresionantes.

—Por lo que veo tiene usted experiencia en el campo de la construcción.

—Sí, señorita Cameron, pero nunca he trabajado a las órdenes de una persona como usted. Para serle sincera, sería capaz de aceptar este empleo aunque no me pagaran sueldo.

Lara sonrió.

–No es necesario. Estas referencias son buenas. Bien, le daremos una oportunidad.

–Muchísimas gracias. – La mujer estaba casi ruborizada.

–Tendrá que firmar un documento comprometiéndose a no conceder entrevistas ni mencionar siquiera lo que ocurre en esta empresa.¿Lo acepta?

–Por supuesto.

–Kathy le mostrará su escritorio.

A las once tuvo una reunión con Jerry Townsend, el de publicidad.

–¿Cómo sigue tu padre? – le preguntó Lara.

–Está en Suiza. El médico dice que tal vez tenga una oportunidad. – Su voz se hizo más ronca-. De ser así, será gracias a ti.

–Todo el mundo merece una oportunidad, Jerry. Ojalá se recupere.

–Gracias. – El hombre carraspeó-. No sé... no sé cómo decirte lo agradecido que...

Lara se puso de pie.

–Perdóname, Jerry, pero tengo una reunión y no quisiera llegar tarde.

Y salió dejándolo allí, de pie y con los ojos clavados en ella.

La reunión era con los arquitectos encargados de una construcción en Nueva Jersey.

–Han hecho un buen trabajo -les dijo Lara-, pero quiero algunos cambios. Quiero una arcada elíptica con vestíbulos en tres lados y paredes de mármol. Cambien el techado para darle la forma de una pirámide de cobre, con un reflector que ilumine por la noche. ¿Es posible?

–No veo por qué no, señorita Cameron.

Al terminar la reunión sonó el intercomunicador.

–La llama Raymond Duffy, señorita Cameron; uno de los aparejadores. Dice que es urgente.

Lara levantó el auricular.

–Hola, Raymond.

OceanofPDF.com

–Tenemos un problema, señorita Cameron.

–Adelante.

–Acaban de entregar una carga de bloques de cemento. No pasarán la inspección. Están agrietados. Voy a devolverlos, pero antes quería que usted lo supiese.

Lara pensó por un momento.

–¿Son muy malos?

–Bastante. No responden a nuestras especificaciones y...

–¿Se pueden arreglar?

–Supongo que sí, pero costaría mucho.

–Arrégleselos -ordenó Lara.

Hubo silencio al otro lado de la línea.

–Muy bien, señorita Cameron. Usted manda.

Lara colgó. En la ciudad había sólo dos proveedores de cemento. Ganarse su antagonismo sería un suicidio.

A las cinco de la tarde Philip aún no había llamado. Lara telefoneó a su fundación.

–Quisiera hablar con Philip Adler, por favor.

–El señor Adler ha salido de gira. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

Él no había mencionado que abandonaría la ciudad.

–No, gracias.

Se acabó, pensó Lara. Por ahora.

El día terminó con una visita de Steve Murchison. Era un hombre corpulento, con la constitución de una pila de ladrillos. Entró tempestuosamente en la oficina de Lara.

–¿Qué puedo hacer por usted, señor Murchison? – preguntó ella.

–Puede dejar de meter esa jodida nariz en mis asuntos -respondió Murchison, airado.

Lara lo miró tranquilamente.

–¿Cuál es su problema?

–Usted. No me gusta que la gente me quite los negocios.

–Si se refiere al señor Guttman...

–Por supuesto que sí.

—Simplemente prefirió mi edificio al suyo.

—Porque usted se lo cameló, señora mía. Se lo advertí una vez. Y ésta será la última. En esta ciudad no hay lugar para los dos. No sé dónde tiene usted los cojones, pero le aconsejo que los esconda, porque si vuelve a hacerme eso se los voy a cortar.

Y salió como una tromba.

Esa noche, la cena con Paul, en su apartamento, estuvo cargada de tensión.

—Pareces preocupada, cariño -dijo Paul-. ¿Tienes algún problema?

Lara logró sonreír.

—No. Todo está bien. -*¿Por qué Philip no me dijo que se iba de viaje?*

—¿Cuándo comienzas con el proyecto de Reno?

—Howard y yo iremos otra vez la semana próxima. Creo que inauguraremos dentro de nueve meses.

—En nueve meses podrías tener un bebé.

Lara lo miró, sorprendida.

—¿Qué?

Paul Martin le tomó una mano.

—Sabes que estoy loco por ti, Lara. Has hecho que mi vida cambiara por completo. Ojalá las cosas hubieran sido de otro modo. Me habría gustado tener hijos contigo.

Lara permaneció en silencio. Paul hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una cajita de joyería y se la dio.

—Tengo una pequeña sorpresa para ti. Ábrela.

—Oh, Paul, ya me has hecho tantos regalos que...

—Ábrela.

Dentro de la caja había un exquisito collar de diamantes.

—Es precioso.

Él se levantó y Lara sintió sus manos en la piel mientras le ponía el collar alrededor del cuello. Deslizó los dedos hacia abajo para acariciarle los pechos y dijo, con voz ronca:

OceanofPDF.com

–Vamos a probarlo.

La llevó hacia el dormitorio. La mente de Lara daba vueltas a toda velocidad. Nunca había estado enamorada de Paul; acostarse con él era fácil: el pago por todo lo que recibía. Pero ahora las cosas habían cambiado. Estaba enamorada. *Soy una tonta*, pensó. *Lo más bable es que no vuelva a ver a Philip.*

Se desvistió con lentitud, casi sin ganas. Momentos después estaba en la cama, con Paul Martin sobre ella, dentro de ella, gimiendo:

Estoy loco por ti, cariño.

Abrió los ojos. La cara que vio fue la de Philip.

Todo marchaba sin inconvenientes. La remodelación del hotel de Reno avanzaba con celeridad; las Torres Cameron se terminarían según los plazos previstos y la reputación de Lara continuaba creciendo. En los últimos meses había llamado varias veces a Philip Adler, pero él siempre estaba de gira:

–El señor Adler está en Pekín...

–El señor Adler está en París...

–El señor Adler está en Sidney...

Al diablo con él, pensó Lara.

En los seis meses siguientes, Lara logró superar las ofertas de Steve Murchison por tres propiedades que a él le interesaban.

Keller le dijo, preocupado:

—He oído rumores de que Murchison está profiriendo amenazas contra ti. Tal vez sería mejor dejarlo en paz. Es un enemigo peligroso, Lara.

—Yo también -respondió ella-. Quizá le convenga dedicarse a otro negocio.

—Ese hombre es peligroso, Lara.

—Olvídate de él, Howard. Acabo de recibir información sobre una propiedad de Los Ángeles. Aún no ha salido a la venta. Si nos damos prisa, creo que podremos obtenerla. Iremos por la mañana.

La propiedad estaba en los terrenos del viejo hotel Biltmore; eran hectáreas. Un agente inmobiliario les mostró el lugar.

—Una parcela de primera -iba diciendo-. Sí, señor. Con esto es imposible perder. En esta superficie se puede construir una pequeña ciudad: edificios de apartamentos, centros comerciales, teatros...

—No.

El hombre miró a Lara, sorprendido.

—¿Cómo dice usted?

—No me interesa.

¿No? ¿Por qué?

—Por el vecindario -dijo Lara-. No creo que la gente quiera mudarse a esta zona. Los Ángeles avanza hacia el oeste. La gente es como los lemmings: cuando marcha en una dirección es imposible hacer que cambie de idea.

—Pero...

—En este momento estoy interesada por los condominios. Búsqueme un buen lugar. — Lara se volvió hacia Howard-. Hemos perdido el tiempo en vano. Esta tarde volveremos a Nueva York.

Cuando regresaron al hotel, Keller compró un periódico.

—Veamos cómo está el mercado.

Hojearon el diario. En la sección de Espectáculos había un gran aviso: ESTA NOCHE, EN EL HOLLYWOOD BOWL — PHILIP ADLER. El corazón de Lara dio un brinco.

—Viajemos mañana -dijo.

Keller la estudió por un momento.

—¿Estás interesada por la música o por el músico?

—Consigue dos entradas.

Era la primera vez que Lara iba al Hollywood Bowl, el anfiteatro natural más grande del mundo, con capacidad para dieciocho mil personas, rodeado por las colinas de Hollywood y abierto a los visitantes durante todo el año. Esa noche el programa decía:

OceanofPDF.com

**ORQUESTA FILARMÓNICA DE LOS
ÁNGELES**

Director: André Previn

Pianista: Philip Adler

MOZART:

Obertura de *Così fan tutte*, K.588

DEBUSSY:

El mar

Del alba al mediodía en el mar.

Juegos de las olas.

Diálogo entre el viento y el mar

Intermedio

BEETHOVEN:

Concierto para piano número cinco en mi

bemol mayor

Opus 73, Emperador.

PHILIP ADLER

El Bowl estaba colmado. Lara percibió la expectativa del público. Cuando los músicos comenzaron a salir al escenario, fueron recibidos con aplausos ansiosos. Al aparecer André Previn, los aplausos cobraron más entusiasmo.

Se hizo el silencio y la orquesta comenzó a tocar. No había señales de Philip Adler.

—¿Dónde está? — preguntó Lara.

—Relájate -aconsejó Keller-. El solista viene después del intermedio.

—Ah.

Los bellos sonidos de la orquesta reverberaban en todo el Bowl, pero Lara no prestaba atención. Sólo pensaba en Philip.

Cuando por fin llegó el entreacto, Lara miró a su alrededor. La gente estaba abriendo cestos con provisiones.

—¿Tienes hambre? — preguntó Keller.

—No.

—Estaba demasiado nerviosa para comer.

Por fin, después de un rato que le pareció una eternidad, terminó el entreacto. El público aplaudió con entusiasmo al ver salir a Philip Adler, elegante con su frac y su pajarita blanca.

Lara estrujó el brazo de Keller.

—¿Verdad que es bien parecido? — susurró. Él no respondió.

Philip se sentó al piano, para iniciar la segunda mitad del programa. Su magia se impuso de inmediato, envolviendo al público. En la noche había cierto misticismo. Brillaban las estrellas, iluminando oscuras montañas que rodeaban el Bowl.

OceanofPDF.com

Los miles de espectadores sentados allí guardaban silencio, conmovidos por la majestad de la música. Cuando se apagaron las últimas notas del concierto, el público emitió un rugido y se levantó de un salto, entre aplausos y vítores. Philip hacía reverencias y más reverencias.

—Vamos a hablar con él -dijo Lara.

Keller se volvió a mirarla. Su voz temblaba de excitación.

La entrada a bastidores estaba a un costado del foso de la orquesta. Había un guarda apostado allí, para mantener fuera a la multitud. Keller dijo:

—La señorita Cameron quiere ver al señor Adler.

—¿Él la espera? — preguntó el guarda.

—Sí -dijo Lara.

—Un momento, por favor. — El guarda regresó al cabo de pocos segundos-. Puede pasar, señorita Cameron.

Lara y su compañero entraron en la sala de descanso. Philip estaba rodeado por una multitud que no paraba de felicitarlo.

Querido mío, nunca he escuchado a Mozart tocado con tanta exquisitez. Ha sido sencillamente increíble.

Philip decía:

—Gracias...

–Gracias... Con música como ésa cualquiera se inspira.

–Gracias... André es un director brillante...

–Gracias... Siempre es un placer tocar en el Bowl...

Al levantar la vista vio a Lara y volvió a dedicarle esa sonrisa que a ella tanto la cautivaba.

–Disculpen -dijo. Se abrió paso hacia ella-. No sabía que estuvieses en la ciudad.

–Llegamos esta mañana. Te presento a Howard Keller, mi socio.

–Hola -lo saludó Keller, fríamente.

Philip se volvió hacia un hombre bajo y fornido.

–Mi representante, William Ellerbee.

Intercambiaron saludos. Philip miraba a Lara.

–Esta noche hay una fiesta en el Beverly Hilton. ¿Podríais venir?

–Desde luego -dijo Lara.

Quando Lara y Keller llegaron al Beverly Hilton, el salón de baile estaba lleno de músicos y aficionados a la música que sólo hablaban de música.

—¿Has notado que, cuanto más te acercas al Ecuador, más demostrativos y calurosos son los admiradores?

Cuando Franz Liszt tocaba, su piano se convertía en un orquesta...

No estoy de acuerdo con usted. DeGroote no tiene talento para los estudios de Liszt o Paganini, pero sí para Beethoven...

—Hay que dominar el paisaje emocional del concierto...

Músicos, hablando en su jerga, pensó Lara.

Philip estaba rodeado de admiradores, como siempre. Con sólo mirarlo, Lara sintió un fulgor cálido. Al verla llegar, él la saludó con una amplia sonrisa.

—Me alegro de verte.

—No me lo habría perdido por nada del mundo.

Howard Keller los miraba a ambos, pensando: *¿Por qué no estudié piano? ¿O por qué no despierto a la realidad, simplemente?* Parecía, haber pasado mucho tiempo desde que viera por primera vez a esa joven inteligente, activa y ambiciosa. El tiempo la había tratado bien; para él permanecía inmóvil.

Lara estaba diciendo:

—Mañana debo regresar a Nueva York, pero podríamos desayunar juntos.

—Ojalá pudiera, pero parto hacia Tokio.

Ella sintió una punzada de desilusión.

—¿Por qué?

Philip se echó a reír.

—Porque me dedico a esto, Lara. Doy ciento cincuenta conciertos por año. A veces, doscientos.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera esta vez?

—Ocho semanas.

—Te echaré de menos -dijo Lara, en voz baja. *No tienes idea de cuánto.*

OceanofPDF.com

Capítulo Veintidós

En las semanas siguientes, Lara y Keller viajaron a Atlanta para ver dos solares en Ainsley Park y uno en Dunwoody.

—Averigua cómo están los precios en Dunwoody -dijo Lara-. Podríamos construir algunas urbanizaciones.

Desde Atlanta viajaron a Nueva Orleans. Allí pasaron dos días, explorando el distrito comercial, y uno más en el lago Pontchartrain. Lara halló dos parcelas que le gustaron.

Un día después de que regresara a Nueva York, Keller entro en el despacho de Lara.

—Hemos tenido mala suerte con el proyecto de Atlanta -dijo.

—¿Por qué?

—Alguien se nos ha adelantado.

Lara lo miró, sorprendida.

—¿Cómo es posible? Esas propiedades todavía no han salido a la venta.

—Lo sé. Alguien debe de haber ido con el soplo.

Lara se encogió de hombros.

–Vale. No se puede ganar siempre.

Esa tarde Keller trajo más malas noticias.

–Hemos perdido la operación del lago Pontchartrain.

A la semana siguiente volaron a Seattle para explorar Mercer Island y Kirkland. Lara se mostró interesada por un solar. Cuando vieron a Nueva York ordenó a Keller:

–Vamos a comprarlo. Creo que será una mina de oro.

–De acuerdo.

Al día siguiente Lara le preguntó:

–¿Has hecho ya una oferta por lo de Kirkland?

Keller sacudió la cabeza.

–Ya la han comprado.

Lara se quedó pensativa.

–Oh... Trata de averiguar quién se nos está adelantando.

Él no necesitó más de veinticuatro horas:

–Es Steve Murchison.

—¿El consiguió todas esas parcelas?

—Sí.

—Alguien en esta oficina tiene la boca muy suelta.

—Eso parece.

Lara estaba enfadada. A la mañana siguiente contrató a una agencia de detectives para descubrir al culpable. No hubo éxito.

—Hasta donde hemos averiguado, señorita Cameron, todos sus empleados están libres de sospecha. No hay micrófonos ocultos en ninguna de las oficinas y los teléfonos no han sido intervenidos.

Estaban en un callejón sin salida.

Tal vez sea pura coincidencia, pensó Lara. Pero no lo creía.

Los sesenta y ocho pisos del edificio de Queens estaban a medio terminar. Lara había invitado a los banqueros para que vieran los progresos. Cuanto más alto estaba, más caro se vendía el apartamento. El edificio de Lara no tenía sesenta y ocho pisos, en realidad, sino cincuenta y siete. Era una treta aprendida de Paul Martin.

—Todo el mundo lo hace -había dicho Paul, riendo-. Basta con cambiar los números de piso.

—¿Cómo?

—Es muy simple. El primer grupo de ascensores va desde el vestíbulo hasta el piso veinticuatro. El segundo grupo, del treinta y cinco al sesenta y ocho. Es muy común.

A causa de los sindicatos, en la construcción había puestos

fantasmagóricos: gente que no existía. Había un director de prácticas de seguridad, un coordinador de construcción, un supervisor de materiales y otros títulos impresionantes. Al principio Lara lo había puesto en tela de juicio.

No te preocupes por eso -decía Paul-. Es parte de lo que debes pagar para hacer negocios.

En un principio, Howard Keller vivía en un pequeño apartamento de Washington Square. Una noche Lara fue a visitarlo y echó un mirada a la diminuta vivienda.

—Esto es una ratonera -le dijo-. Tienes que salir de aquí.

Instado por ella, Keller se mudó a una urbanización.

Una noche Lara y él trabajaron hasta tarde. Al terminar ella le dijo:

—Pareces exhausto. ¿Por qué no vas a tu casa y duermes un poco, Howard?

—Buena idea -dijo él, bostezando-. Hasta mañana.

—Ven tarde -le dijo Lara.

Keller subió a su coche y partió hacia su casa, pensando en un negocio que acababan de cerrar y en lo bien que Lara lo había manejado. Era excitante trabajar con ella. Excitante, pero también frustrante. En el fondo no dejaba de esperar que se produjera un milagro. *Fui una ciega al no darme cuenta antes, querido Howard. No me interesan Paul Martin ni Philip Adler. Desde un principio te he amado sólo a ti.*

Difícil...

Cuando Keller llegó a su apartamento, sacó la llave y la introdujo en la cerradura. No entraba. Lo intentó otra vez, desconcertado. De pronto la puerta se abrió de par en par desde dentro, dejando ver a un desconocido.

—¿Qué diablos está haciendo? — preguntó el hombre.

Keller lo miró, estupefacto.

—Yo vivo aquí...

¡Pero qué dice!

OceanofPDF.com

Es que... -De pronto comprendió-. Lo... lo siento mucho -tartamudeó, rojo de vergüenza-. Antes vivía aquí. Creo que...

El hombre le cerró la puerta en la cara. Keller permaneció allí desconcertado. *¿Cómo he podido olvidar que me había mudado? Demasiado trabajo...*

Mientras Lara estaba en medio de una reunión, sonó su teléfono privado.

–Últimamente estás muy ocupada, cariño. Te echo de menos.

–Estoy viajando mucho, Paul. – Lara no pudo decirle que ella también lo echaba de menos.

–Almorcemos juntos.

Lara pensó en todo lo que ese hombre había hecho por ella.

–Muy bien -respondió. Lo último que deseaba era hacerlo sufrir.

Almorzaron en Mr. Chow.

–Estás hermosa -dijo Paul-. No sé qué has estado haciendo, pero te sienta bien. ¿Cómo marcha el hotel de Reno?

–Estupendamente -respondió Lara, entusiasmada. Pasó los quince minutos siguientes hablando de las obras-. Estará listo en un par de meses.

Un hombre y una mujer, al otro lado del restaurante, se levantaron para salir. El hombre estaba de espaldas a Lara, pero parecía conocido. Cuando se volvió, ella pudo verle la cara por un instante: Steve Murchison. La mujer que lo acompañaba también parecía familiar. Se inclinó para recoger su bolso y el corazón de Lara se detuvo por un segundo. *Gertrude Meeks, mi secretaria.*

—Era eso -dijo Lara, por lo bajo.

—¿Ocurre algo? — preguntó Paul.

—No. Todo está bien.

Y Lara continuó describiendo el hotel.

Cuando volvió de su almuerzo mandó llamar a Keller.

—¿Te acuerdas de esa propiedad que vimos en Phoenix, hace algunos meses?

—Sí. La rechazamos. Dijiste que no valía nada.

—He cambiado de idea. — Pulsó el intercomunicador-. ¿Quieres venir un momento, Gertrude, por favor?

—Sí, señorita Cameron.

Gertrude Meeks entró en el despacho.

—Voy a dictarte una carta -dijo Lara-. Para Baron Bros., de Phoenix.

Gertrude empezó a escribir.

Señores: He vuelto a analizar la propiedad de Scottsdale y quiero cerrar inmediatamente la operación. Creo que, con el tiempo, será la más valiosa de mis construcciones. – Keller la miraba fijamente-. En los próximos días me pondré en contacto con ustedes con respecto al precio, etcétera, etcétera. Firmaré yo.

–Sí, señorita Cameron. ¿Eso es todo?

–Sí.

Keller siguió con la vista a Gertrude, que salía del despacho. Después se volvió hacia Lara.

–¿Qué haces, mujer? Hicimos analizar esa propiedad. ¡No tiene ningún valor! Si vas a...

–Cálmate. No vamos a comprarla.

–¿Y por qué...?

–A menos que me equivoque, lo hará Steve Murchison. Hoy vi a Gertrude almorzando con él.

Keller clavó los ojos en Lara.

–Maldita sea...

–Quiero que esperes un par de días. Después llamarás a Baron para preguntar por la propiedad.

Dos días más tarde Keller entró en el despacho de Lara, muy sonriente.

–Tenías razón -dijo-. Murchison se tragó el anzuelo, con caña y todo. Es

ahora el orgulloso propietario de veinte hectáreas de tierra sin valor.

Lara hizo entrar a Gertrude Meeks.

—¿Sí, señorita Cameron?

—Estás despedida -dijo Lara.

OceanofPDF.com

Gertrude la miró, sorprendida.

—¿Me despide? ¿Por qué?

—Porque no me gustan tus amistades. Vete con Steve Murchison y repítele lo que te he dicho.

La mujer perdió el color.

—Pero si yo...

—Eso es todo. Te haré acompañar a la salida.

A medianoche Lara llamó a Max, su chofer.

—Trae el coche hasta la entrada -le dijo.

—Sí, señorita Cameron.

El coche la estaba esperando.

—¿Adonde quiere ir, señorita Cameron? — preguntó Max.

—Da una vuelta por Manhattan. Quiero ver lo que he hecho.

El la miró, extrañado.

—¿Cómo dice usted?

–Quiero echar un vistazo a mis edificios.

Recorrieron la ciudad y se detuvieron ante el centro comercial, el edificio de viviendas y el rascacielos. Allí estaba Cameron Square, Cameron Plaza, Cameron Center y el esqueleto de las Torres Cameron. Lara, desde el coche, contemplaba cada edificio, pensando en las personas que vivían y trabajaban allí. Ella había alterado todas esas vidas. *He mejorado esta ciudad, pensaba. He hecho todo lo que deseaba hacer. ¿Por qué me siento tan angustiada? ¿Qué me falta?*

Pero lo sabía.

A la mañana siguiente telefoneó a William Ellerbee, el representante de Philip.

–Buenos días, señor Ellerbee.

–Buenos días, señorita Cameron. ¿En qué puedo serle útil?

–Quería saber dónde toca Philip Adler esta semana.

–Philip tiene una agenda bastante complicada. Mañana por la noche estará en Amsterdam; luego va a Milán, Venecia y... ¿Quiere saber el resto de su...

–No, no. Está bien. Era simple curiosidad. Gracias.

–De nada, señorita Cameron.

Lara entró en la oficina de Keller.

—Tengo que ir a Amsterdam, Howard.

Él levantó la vista, sorprendido.

—¿Qué tenemos allí?

—Es sólo una idea -respondió ella, evasiva-. Si resulta te lo haré saber. Haz que me preparen el avión, ¿quieres?

—Lo enviaste a Londres con Bert, ¿recuerdas? Les diré que lo traigan mañana y...

—Quiero viajar hoy mismo. — Había en ella una urgencia que la tomó por sorpresa-. Tomaré un vuelo comercial. — Volvió a su despacho y dijo a Kathy-: Consígueme billete en el primer vuelo de KLM a Amsterdam.

—Sí, señorita Cameron.

—¿Vas a estar fuera mucho tiempo? — preguntó Keller-. Se acercan algunas reuniones que...

—Volveré en un par de días.

—¿Quieres que te acompañe?

—Gracias, Howard, pero esta vez no.

—He hablado con un senador amigo mío. Cree posible que aprueben una ley para retirar casi todas las exenciones impositivas para la construcción. Si la aprueban, se acabarán las ventajas para la inversión y la depreciación acelerada.

—Sería una estupidez -dijo Lara-. Echaría a perder la industria de la

construcción.

—Lo sé. Mi amigo se opone.

—Se opondrá mucha gente. No podrán aprobarla -predijo Lara-. En primer lugar...

Sonó el teléfono privado. Lara se quedó mirándolo. Volvió a sonar.

—¿No vas a atender? — preguntó Keller.

Lara tenía la boca seca.

—No.

Paul Martin dejó que el teléfono sonara doce veces antes de colgar. Pasó largo rato pensando en Lara. Últimamente parecía menos accesible, más fría. *¿Y si tiene otro hombre?*, pensó. *Imposible. Es mía. Siempre será mía.*

OceanofPDF.com

El vuelo en KLM fue agradable. Los asientos de primera clase eran amplios y cómodos; el personal, atento.

Lara estaba demasiado nerviosa para comer o beber. *¿Qué estoy haciendo?*, se preguntó. *Voy a Amsterdam sin que nadie me haya invitado; probablemente estará demasiado atareado para verme. Corriendo tras él arruinaré cualquier posibilidad que pudiera tener. Demasiado tarde.*

Se inscribió en el Grand Hotel de Oudezijds-Voorburgwal 197; uno de los hoteles más hermosos de Amsterdam.

—Tenemos una suite encantadora para usted, señorita Cameron -dijo el empleado.

—Gracias. Tengo entendido que Philip Adler da un concierto esta noche. ¿Sabe dónde tocará?

—Por supuesto, señorita Cameron. En el Concertgebouw.

—¿Podría conseguirme una entrada?

—Será un placer.

Cuando Lara entró en su suite, estaba sonando el teléfono. Era Howard Keller.

—¿Has tenido un buen viaje?

—Sí, gracias.

–Se me ocurrió que te gustaría saber que he hablado con dos bancos sobre el asunto de la Séptima Avenida.

–¿Y?

La voz de Keller vibraba:

–Aceptaron de inmediato.

Lara no cabía en sí de alegría.

–¡Te lo dije! Esto va a ser grandioso. Quiero que empieces a reunir un equipo de arquitectos, constructores, todo eso.

–De acuerdo. Te llamaré mañana.

Lara colgó y se quedó pensando en Howard Keller. *Era tan bueno... Soy muy afortunada de poder contar con él. Debo buscarle una mujer estupenda.*

Philip Adler siempre se ponía nervioso antes de un concierto. Por la mañana había ensayado con la orquesta; su almuerzo fue ligero; luego, para no pensar en el concierto, fue a ver una película inglesa. Mientras la miraba tenía la mente llena de la música que tocaría esa noche. Sin darse cuenta, tamborileaba con los dedos en el brazo de la butaca. Por fin su vecino dijo:

–¿Le molestaría dejar de hacer ese horrible ruido?

–Oh, perdón -se disculpó él, cortésmente.

Se levantó para salir y caminó por las calles de Amsterdam. Visitó el Rijksmuseum, el Vincent van Gogh; paseó por los jardines botánicos de la Universidad Libre y miró escaparates a lo largo de Stadhouderskade. A las cuatro volvió a su hotel para dormir una siesta. Ignoraba que Lara Cameron ocupaba la suite ubicada encima de la suya.

A las siete cruzó la entrada para artistas del Concertgebouw, el antiguo y encantador teatro situado en el corazón de Amsterdam. El vestíbulo ya estaba colmado de público.

Philip estaba en su camarín, poniéndose el frac. El director Concertgebouw entró precipitadamente.

—¡Se han vendido todas las localidades, señor Adler! Y ha quedado mucha gente sin poder entrar. Si usted pudiera prolongar su estadía un día o dos más, yo... Sé que ya tiene todas sus fechas reservadas... Hablaré con el señor Ellerbee para que vuelva el a próximo y tal vez...

Philip no oía. Su mente estaba concentrada en el concierto que tenía por delante. Por fin, el director se encogió de hombros, como pidiendo disculpas, y salió haciendo una reverencia. A través de las paredes del camarín Philip oía a los ciento cinco miembros de la orquesta tocando sus instrumentos. La sinfonía llegaba a su fin. Durante el intermedio, Philip tocó mentalmente la música una y otra vez. Un empleado llamó a la puerta.

—Lo esperan en el escenario, señor Adler.

—Gracias.

Había llegado la hora. Philip se puso de pie y extendió las manos. Le temblaban un poquito. El nerviosismo previo al concierto era algo bastante común; le ocurría a todos los grandes pianistas: Horowitz, Rubinstein, Serkin. Sentía un nudo en el estómago y el corazón le latía con fuerza. *¿Por qué me someto a este tormento?* se preguntó. Pero ya conocía la respuesta. Se miró por última vez al espejo y salió del camarín, para recorrer el largo pasillo. Comenzó a descender los treinta y tres escalones que conducían al escenario. Un reflector lo siguió hasta el piano. El aplauso se tornó atronador. Al sentarse en el banquillo, su nerviosismo desapareció como por arte de magia. Era como si otra persona ocupase su lugar: alguien sereno y aplomado, que mantenía el control sobre todo. Comenzó a tocar.

Lara, sentada entre el público, sintió un escalofrío al verlo aparecer. Su presencia era hipnótica. *Voy a casarme con él*, se dijo. *Lo sé. Se retrepó en su butaca y dejó que la música la inundara.*

El concierto fue un éxito absoluto. Al terminar, la sala de descanso se llenó de gente. Mucho tiempo antes, Philip había aprendido a dividir la multitud invitada a esa sala en dos grandes grupos: los admiradores y los otros músicos. Los admiradores se mostraban siempre entusiasmados. Si la ejecución había sido un éxito, las felicitaciones de los otros músicos eran cordiales. Si había sido un fracaso, sus felicitaciones eran *muy* cordiales.

Philip tenía muchos admiradores en Amsterdam. Esa noche, en especial, llenaban la sala de descanso. De pie en el centro, sin dejar de sonreír, firmaba autógrafos y se mostraba paciente y cortés con cien desconocidos. Invariablemente, alguien diría: «¿Se acuerda de mí?» Y Philip fingiría recordar: «Su cara me resulta conocida...».

Recordó la anécdota de sir Thomas Beecham, quien había ideado una treta

para disimular su mala memoria. Cuando alguien le preguntaba: «¿Se acuerda de mí?», el gran director respondía: «¡Por supuesto que sí! ¿Cómo está su padre?». El recurso le dio resultado hasta que, tras un concierto dado en Londres, una joven le dijo: «El concierto fue maravilloso, maestro. ¿Me recuerda?». Y Beecham replicó, galante: «Por supuesto, querida. ¿Cómo está su padre?». La joven respondió: «Muy bien, gracias. Sigue siendo el rey de Inglaterra».

OceanofPDF.com

Philip firmaba solícitamente autógrafos y escuchaba las frases familiares:

–¡Usted hace que Brahms cobre vida para mí...!

–No puede imaginar cuánto me ha conmovido su interpretación...

–Tengo todos sus discos...

–¿Me firmaría también un autógrafo para mi madre? Ella es su más ferviente admiradora...

De pronto, algo hizo que alzase la vista. Lara estaba de pie en el vano de la puerta, mirándolo. Philip abrió mucho los ojos, sorprendido.

–Perdónenme, por favor. – Se abrió paso hasta ella y le tomó la mano-.
¡Qué sorpresa tan maravillosa! ¿Qué te ha traído a Amsterdam?

Con cuidado, Lara.

–Tenía aquí algunos negocios que atender, y cuando me enteré de que dabas un concierto, no pude por menos que venir. – Eso parecía bastante verosímil-.
Has estado maravilloso, Philip.

–Gracias... Yo,... -Él se interrumpió para firmar otro autógrafo-. Mira, si no tienes compromisos para la cena...

–No tengo ninguno -dijo Lara, apresuradamente.

Cenaron en el restaurante Haesje Claes, en Spuistraat. Cuando entraron en

el comedor, los comensales se levantaron para aplaudir. *En Estados Unidos*, se dijo Lara, *el entusiasmo lo habría despertado yo*. Pero sintió una oleada cálida sólo por estar junto a Philip.

—Es un gran honor tenerlo entre nosotros, señor Adler -dijo maitre, acompañándolos a su mesa.

—Gracias.

Mientras se sentaban, Lara paseó la vista por toda esa gente que miraba a Philip con admiración.

—Te aman, ¿no?

Él meneó la cabeza.

—Es la música lo que aman. Yo soy sólo el mensajero. Eso lo aprendí hace mucho tiempo.

En un concierto que di cuando era muy joven, y algo arrogante, quizá, cuando terminé mi solo hubo un aplauso tremendo; mientras yo hacía una reverencia, con sonrisa jactanciosa, el director se volvió hacia el público mostrando la partitura sobre la cabeza, para recordar a todos que, en realidad, estaban aplaudiendo a Mozart. Es una lección que jamás he olvidado.

—¿No te cansas de tocar la misma música una y otra vez, noche tras noche?

—No, porque no hay dos conciertos iguales. La música puede ser la misma, pero el director es otro y la orquesta, otra.

Pidieron una cena *rijstafel*. Philip dijo:

–Intentamos que cada concierto sea perfecto, pero el éxito completo no existe, pues tratamos con música que siempre es mejor que nosotros. Tenemos que repensarla en cada ocasión, a fin de recrear el sonido del compositor.

–¿Nunca estás satisfecho?

–Nunca. Cada compositor tiene su sonido propio y característico. Sea Debussy, Brahms, Haydn, Beethoven... Nuestro objetivo es capturar ese sonido en especial.

Llegó la cena. El *rijstafel* era un festín indonesio compuesto por veintiún platos, que incluían varios tipos de carne, pescado, pollo, fideos y dos postres.

–¿Quién puede comer todo esto? – rió Lara.

–Los holandeses tienen buen apetito.

A Philip le costaba apartar los ojos de Lara. Lo complacía ridículamente que ella estuviera allí. Había tenido relaciones con muchas mujeres hermosas, pero Lara era distinta a todas. Era fuerte, pero también muy femenina y totalmente desenvuelta con respecto a su belleza. Le gustaba su voz sensual y algo ronca. En realidad, me gusta todo en ella, admitió Philip para sí.

–¿Dónde darás tu próximo concierto? – preguntó ella.

Mañana estaré en Milán. Luego, en Venecia. Viena, Salzburgo, París, Londres y, finalmente, Nueva York.

–Parece tan romántico...

Philip lanzó una carcajada.

—Yo no hablaría de romanticismo. Es cuestión de aerolíneas con horarios dudosos, hoteles extraños y todas las noches comer en un restaurante distinto. No me molesta, porque tocar es maravilloso. Lo que detesto es el síndrome de la sonrisa fija.

OceanofPDF.com

–¿Qué es eso?

–Estar constantemente en exhibición, sonriendo a gente que no te importa, viviendo en un mundo de desconocidos.

–Conozco eso -dijo Lara, en voz baja.

Al terminar la cena Philip dijo:

–Mira, después de los conciertos siempre estoy excitado. ¿Te gustaría dar un paseo por el canal?

–Me encantaría.

Abordaron un *canalbus* que recorría el Amstel. No había luna, pero la ciudad palpitaba con miles de luces chispeantes. El paseo por canal era absolutamente fascinante. El altavoz daba informaciones en cuatro idiomas:

–Ahora vemos centenarias casas de mercaderes, de tejados ricamente decorados. Delante de nosotros se alzan antiguas torres de iglesia. En los canales hay mil puentes, todos a la sombra de magníficas olmedas...

Pasaron ante la Smalste Huis, la casa más estrecha de Amsterdam, que sólo tenía el ancho de su puerta principal, y la Westertoren, con la corona del emperador Maximiliano de Habsburgo; navegaron bajo el puente levadizo de madera que franquea el Amstel y el Magere Brug (el puente delgado); dejaron atrás veintenas de casas flotantes que servían de hogar a cientos de familias.

–¡Qué bella ciudad! – dijo Lara.

–¿No habías estado nunca aquí?

–No.

–Y ahora vienes por negocios. Lara aspiró hondo.

–No.

Él la miró, desconcertado.

–¿No dijiste que...?

–Vine a Amsterdam para verte.

Él sintió un súbito escalofrío de placer.

–Es... es un gran honor.

–Y debo confesarte algo más. Te dije que me interesaba la música clásica.
No es cierto.

En el rostro de Philip se dibujó una sonrisa.

–Lo sé.

Lara lo miró, sorprendida.

–¿Lo sabes?

–El profesor Meyer es un viejo amigo mío -explicó él, con suavidad-. Me llamó para decirme que te estaba dictando un curso acelerado sobre Philip Adler. Supongo que le preocupaba que pudieras tener ciertas intenciones con respecto a mí.

–Tenía razón. ¿Estás comprometido con alguien?

–¿Seriamente, quieres decir?

De pronto Lara sintió vergüenza.

–Si no tienes interés, me voy y...

Él la tomó de la mano.

–Bajemos en la próxima parada.

Cuando llegaron al hotel había diez o doce mensajes de Howard Keller. Lara los guardó en el bolso sin leerlos. En ese momento no había otra cosa en la vida que le pareciera más importante que estar con Philip.

–¿En tu habitación o en la mía? – preguntó él, en tono ligero.

–En la tuya.

Había en ella una urgencia ardiente.

Lara tenía la sensación de haberse pasado la vida aguardando ese momento. Era lo que siempre le había faltado. Había hallado al desconocido del que estaba enamorada. Entraron en la suite de Philip poseídos por la urgencia. Él la cogió entre sus brazos y la besó con ternura. Lara murmuró:

–Oh, Dios mío. – Y comenzaron a desvestirse mutuamente.

El silencio de la habitación se quebró ante un súbito estallar de truenos. Lentamente, en el cielo las nubes grises esparcieron sus faldas, cada vez más amplias, dejando caer una suave lluvia. Al principio fue silenciosa y dulce; acariciaba eróticamente el aire caliente, lamiendo los flancos de los edificios, empapando la hierba, besando todos los rincones oscuros de la noche. Era una lluvia caliente, caprichosa y sensual, que se deslizaba con lentitud, hasta que el ritmo empezó a aumentar y se convirtió en una tormenta feroz, con calores de orgía, que marcaba un ritmo uniforme y salvaje, descendiendo cada vez con más fuerza, siempre más y más rápida, hasta que por fin estalló en un trueno.

OceanofPDF.com

Acabó de pronto, tan súbitamente como había comenzado.

Lara y Philip yacían abrazados y exhaustos. Él la abrazó con fuerza; ella podía oír los latidos de su corazón. Philip pensó en algo que había oído en una película. «¿Has sentido cómo se movía la tierra?» *Por Dios que sí, pensó. Si ella fuese música, sería la Barcarola de Chopin o la Fantasía de Schumann.*

Sentía los suaves contornos de su cuerpo contra él. Empezó a excitarse otra vez.

—Philip... -La voz de Lara sonaba ronca.

—¿Sí?

—¿Te gustaría que fuéramos juntos a Milán?

—¡Oh, sí! — respondió él sin poder disimular su alegría.

—Bien -murmuró ella. Se incorporó y su suave cabello cayó como una cascada sobre el delgado y firme cuerpo de Philip.

Llovía vez.

Por fin Lara volvió a su suite y telefoneó a Keller.

—¿Te he despertado, Howard?

—No -respondió él, con voz pastosa-. Siempre me levanto a las cuatro de la

mañana. ¿Qué está pasando ahí?

Lara se moría por contárselo, pero dijo:

–Nada. Mañana parto hacia Milán.

–¿Qué? En Milán no tenemos nada en marcha.

Oh, claro que sí, pensó Lara, feliz.

–¿Recibiste mis mensajes? – preguntó él.

Ella se había olvidado de mirarlos.

–Aún no -respondió, con un tono de remordimiento en la voz.

–Me han llegado rumores sobre el casino.

–¿Qué ocurre?

–Hay ciertas quejas sobre nuestra oferta.

–No te preocupes. Si surge algún problema, Paul Martin se encargará de solucionarlo.

–Tú mandas.

–Quiero que envíes el avión a Milán. Haz que los pilotos me esperen allí. Los llamaré al aeropuerto.

–Bueno, pero...

–Sigue durmiendo.

A las cuatro de la mañana Paul Martin estaba completamente despierto. Había dejado varios mensajes en el contestador automático que Lara tenía en su apartamento, pero ella no respondía a sus llamadas. Hasta entonces nunca se había ausentado sin hacérselo saber. Estaba ocurriendo algo. ¿Qué se traía ella entre manos? *Ten cuidado querida mía*, pensó. *Ten mucho cuidado*.

Capítulo Veintitrés

En Milán, Lara y Philip Adler se alojaron en el Antica Locanda Solferino, un encantador hotel con sólo doce habitaciones, y pasaron la mañana haciendo apasionadamente el amor. Después fueron a Cernobia para almorzar junto al lago Como, en la hermosa Villa d'Este.

El concierto de esa noche fue un triunfo; la sala de descanso de La Scala estaba repleta de admiradores.

Lara permanecía a un lado, contemplando a los aficionados que rodeaban a Philip para tocarlo, adorarlo, pedirle autógrafos y entregarle pequeños regalos. De pronto, sintió la aguda punzada de los celos. Algunas de esas mujeres eran jóvenes y hermosas. A Lara le parecía que todas ellas se le estaban ofreciendo de una manera flagrante. Una norteamericana, que vestía un elegante traje de Fendi, le dijo, con voz seductora:

–Si no tiene compromisos para mañana, señor Adler, voy a ofrecer una pequeña cena en mi villa, íntima, muy íntima.

Lara habría querido estrangularla. Philip sonrió.

–Gracias, pero temo que tengo un compromiso.

Otra mujer trató de entregarle subrepticamente la llave de su habitación. Él meneó la cabeza. Luego dirigió a Lara una gran sonrisa. Las mujeres seguían arracimándose a su alrededor.

OceanofPDF.com

-Lei era magnifico, maestro!

-Molto gentile da parte sua -respondía Philip.

-L'ho sentito suonare il anno scorso. Bravo!

–Grazie. -Philip sonreía.

Una mujer lo cogió del brazo.

-Sarebbe possibile cenare insieme?

Él meneó la cabeza.

-Ma non credo che sia possibile.

A Lara le parecía que aquello no iba a terminar nunca. Por fin Philip se acercó y le susurró:

–Salgamos de aquí.

–¡Sí! – exclamó ella, con una gran sonrisa.

Fueron a Biffy, el restaurante de la ópera. En cuanto entraron, dos los presentes se pusieron de pie para aplaudir. El maitre los condujo a una mesa que ocupaba el centro del salón.

–Es un gran honor tenerlo aquí, señor Adler.

Llegó una botella de champaña como obsequio de la casa. Ambos brindaron.

—Por nosotros -dijo Philip, cálidamente.

—Por nosotros.

Philip pidió dos de las especialidades del lugar: *osso buco y penne all'arrabbiata*. Conversaron durante toda la cena, como si se conociesen desde siempre.

Constantemente los interrumpían quienes se acercaban a la mesa a felicitar a Philip y a pedirle autógrafos.

—Es siempre así, ¿verdad? — preguntó Lara.

Philip se encogió de hombros.

—Es parte del trabajo. Por cada dos horas que pasas en el escenario dedicas muchas más a firmar autógrafos o a las entrevistas.

Como para confirmar lo que decía, se interrumpió para firmar otro autógrafo.

—Contigo esta gira es maravillosa -continuó-. Lo malo es que mañana debo viajar a Venecia. Voy a echarte mucho de menos.

—No conozco Venecia -dijo Lara.

El avión de Lara los esperaba en el aeropuerto de Linate. Cuando llegaron, Philip miró atónito el enorme *jumbo*.

—¿Ese aparato es tuyo?

—Sí. Va a llevarnos a Venecia.

—Usted me está malcriando, señora.

Lara replicó suavemente:

—Ésa es mi intención.

Treinta y cinco minutos más tarde, llegaban a Venecia; una limusina los esperaba en el aeropuerto para llevarlos al muelle, donde abordarían una lancha a motor para ir a la isla de Giudecca, donde se alzaba el hotel Cipriani.

—He reservado dos suites -dijo Lara-. Me pareció más discreto.

En la lancha preguntó:

—¿Cuánto tiempo pasaremos aquí?

—Me temo que sólo una noche. Doy un recital en La Fenice: luego vamos a Viena.

Ese «vamos» emocionó a Lara. Lo habían discutido la noche anterior.

—Me gustaría que me acompañaras todo el tiempo posible -había dicho él-, pero ¿estás segura de que no te estoy apartando de cosas más importantes?

—No hay nada más importante.

—¿Puedes arreglártelas sola esta tarde? Voy a estar ocupado ensayando.

–No importa -le aseguró Lara.

Después de ocupar las suites, Philip la tomó entre sus brazos.

–Ahora debo ir al teatro, pero aquí hay mucho para ver. Disfruta de Venecia. Hasta luego. – Se besaron. Debía ser un beso breve, pero se fue prolongando-. Será mejor que me vaya mientras pueda -murmuró Philip- o no podré cruzar el vestíbulo.

–Feliz ensayo -sonrió Lara.

Cuando Philip se hubo marchado, ella telefoneó a Howard Keller.

–¿Dónde estás? – la increpó Keller-. No podía comunicarme contigo.

OceanofPDF.com

–Estoy en Venecia.

Hubo una pausa.

–¿Vas a comprar un canal?

–Lo estoy pensando -rió Lara.

–Deberías estar aquí -dijo Keller-. Están pasando muchas cosas. El joven Frank Rose ha traído planos nuevos. Me gustan, pero necesito tu aprobación para que...

–Si a ti te gustan -interrumpió Lara-, adelante.

–¿No quieres verlos? – Keller no podía disimular su asombro.

–Esta vez no, Howard.

–De acuerdo. En cuanto a las negociaciones por la propiedad de West Side, necesito tu aprobación para...

–Aprobado.

–¿Te sientes bien, Lara?

–Mejor que nunca.

–¿Cuándo regresas?

–No lo sé. Ya volveré a llamarte. Adiós, Howard.

Venecia era ese tipo de ciudad mágica que Próspero habría podido crear. Lara pasó el resto de la mañana y toda la tarde explorándola. Paseó por la plaza San Marco; visitó el palacio Doges y el Campanario; vagó a lo largo de la atestada Riva degli Schiaroni. No podía dejar de pensar en Philip. Caminó por las serpenteantes callejuelas laterales, llenas de joyerías, marroquinerías y restaurantes; se detuvo a comprar costosos jerséis, bufandas y lencería para las secretarias de su empresa, carteras y corbatas para Keller y algunos de los otros colaboradores. Entró en una joyería para comprar un reloj Piaget con pulsera de oro.

—¿Quiere inscribirle, por favor, «A Philip con amor, Lara»?

—Con sólo pensar en su nombre ya lo echaba de menos.

Cuando Philip volvió al hotel tomaron el café en el verde jardín del Cipriani. Lara miraba a Philip, pensando: *Qué lugar tan perfecto sería éste para una luna de miel.*

—Tengo un regalo para ti -le dijo, entregándole la caja con el reloj.

Él la abrió y se quedó estupefacto.

—¡Por Dios! Esto debe de haberte costado una fortuna. No tenías por qué hacerlo, Lara.

—¿Acaso no te gusta?

—Por supuesto que me gusta. Es hermoso, pero...

–¡Chist! Úsalo y piensa en mí.

–No necesito esto para pensar en ti, pero te lo agradezco.

–¿A qué hora salimos hacia el teatro? – preguntó Lara.

–A las siete.

Lara echó un vistazo al reloj nuevo y dijo, con aire inocente:

–Entonces disponemos de dos horas.

El teatro estaba atestado. El público, excitadísimo, aplaudía y vitoreaba cada pieza.

Es cierto, pensó Lara. Cuanto más al sur uno va, más entusiasta es el público.

Al terminar el concierto volvió a la sala de descanso para reunirse con Philip. Se repetía lo de Londres, Ámsterdam y Milán; las mujeres parecían aún más núbiles y ansiosas. Había cuanto menos seis mujeres hermosas en la sala. Lara se preguntó cuál de ellas habría elegido Philip para pasar la noche, si ella no hubiese estado allí.

Cenaron en el Arias Bar, donde los recibió calurosamente Arrigó Cipriano, el afable propietario.

–Me alegro de verlo, *signore*. Y la *signorina*.... ¡Por favor!

Los condujo a una mesa en un rincón. Pidieron *bellini*, la especialidad de la casa. Philip dijo a Lara:

–Te recomiendo comenzar con la pasta *Fagiole*. Es la mejor del mundo.

Más tarde no tendría idea de lo que había comido. Estaba hipnotizado por Lara. Sabía que se estaba enamorando y eso lo aterrorizaba. *No puedo iniciar una relación seria*, pensó. *Es imposible. Soy un nómada*. Detestaba pensar en el momento en que ella tuviese que dejarlo para volver a Nueva York. Quería prolongar la noche todo lo posible.

Cuando acabaron de cenar le propuso:

–En el Lido hay un casino. ¿Juegas? – Lara rió con ganas-. ¿Dónde está la gracia?

OceanofPDF.com

Ella pensaba en los cientos de millones de dólares que apostaba con sus edificios.

—Olvídalo -dijo-. Me encantaría ir.

Tomaron una lancha hasta la isla de Lido. Pasaron caminando junto al hotel Excelsior, rumbo al enorme edificio blanco que albergaba el casino. Estaba lleno de jugadores ansiosos.

—Soñadores -dijo Philip.

Él jugó a la ruleta. En media hora ganó dos mil dólares. Se volvió hacia Lara.

—Es la primera vez que gano. Me sirves de amuleto.

Jugaron hasta las tres de la madrugada. Para entonces ya tenían hambre otra vez.

Una lancha los llevó de regreso a la plaza San Marco. Caminaron por las calles laterales hasta llegar a la Cantina Do Mori.

—Es uno de los mejores *bácaros de Venecia* -dijo Philip.

—Te creo -replicó Lara-. ¿Qué es un *bacaro*?

Un local de vinos donde sirven cicchetti, unas tapas exquisitas.

Las puertas de vidrio verde abrían a un espacio oscuro y estrecho con ollas de cobre colgadas del techo y platos relucientes en una mesa larga.

Cuando volvieron al hotel ya amanecía. Mientras se desvestían Lara dijo:

–Hablando de exquisiteces...

Temprano por la mañana volaron a Viena.

–Viajar a Viena es como entrar en otro siglo -explicó Philip-. Según la leyenda, los pilotos de aerolíneas suelen decir: «Señor señores, estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto de Viena. Por favor, abróchense los cinturones, pongan los respaldos en posición vertical, apaguen los cigarrillos y retrasen sus relojes cien años».

Lara reía.

–Aquí nacieron mis abuelos -continuó Philip-. Cuando hablaban de los viejos tiempos sentía una gran envidia.

Iban en automóvil por la Ringstrasse. Philip estaba ansioso como un niño por compartir con ella sus tesoros.

–Viena -le dijo- es la ciudad de Mozart, Strauss, Berg... -Miró a Lara con una gran sonrisa-. Perdona, olvidaba que tú eres experta en música clásica.

Se alojaron en el hotel Imperial.

–Debo ir a la sala de conciertos -dijo Philip a Lara-, pero he decidido que mañana nos tomaremos el día libre. Quiero mostrarte la ciudad.

–Me gustaría mucho, Philip.

Él la abrazó.

–Ojalá tuviéramos más tiempo para nosotros -dijo, melancólico.

–Ojalá.

Philip la besó en la frente.

–Nos cobraremos esta noche.

Ella lo estrechó entre sus brazos.

–Promesas, sólo promesas.

El concierto de esa noche tuvo lugar en el Musikverein. El recital consistió en piezas de Chopin, Schumann y Prokofiev. Fue un triunfo más para Philip.

La sala de descanso estaba nuevamente atestada, pero en esta ocasión todos hablaban en alemán.

-Sie waren wunderbar, Herr Adler!

Philip sonreía.

-Das ist sehr nett von Ihnen. Danke.

-Ich bin ein grosser Fan von Ihnen.

Philip volvía a sonreír.

-Sie sind sehr freundlich.

Aunque hablaba con ellos, no podía apartar los ojos de Lara.

Después del recital cenaron en el hotel. Los recibió el maitre, exclamando:

–¡Qué honor! Asistí a su concierto. ¡Estuvo usted magnífico!

–Es usted muy amable -dijo Philip, modestamente.

La cena era deliciosa, pero ambos estaban demasiado excitados para comer. Cuando el camarero les preguntó si deseaban postre, Philip dijo apresuradamente:

OceanofPDF.com

–Sí. – Miraba fijamente a Lara.

El instinto le decía que algo no iba bien. Ella nunca se ausentaba por tanto tiempo sin avisarle antes. ¿Lo estaría evitando deliberadamente? En ese caso sólo podía haber un motivo. *Y no puedo permitirlo*, pensó Paul Martin.

Un pálido rayo de luna entraba por la ventana, dibujando suaves sombras en el techo. Lara y Philip, desnudos en la cama, observaban el movimiento de esas sombras sobre sus cabezas. Las cortinas danzaban en suaves balanceos. Dos sombras se unieron lentamente, se apartaron y volvieron a unirse, hasta que se entrelazaron como si fuesen una sola. El movimiento de la danza se tornó más y más veloz una sacudida salvaje, y de pronto cesó. Tan sólo persistió el suave ondular de las cortinas.

Por la mañana temprano Philip dijo:

–Vamos a pasar aquí todo el día y toda la noche. Tengo mucho que mostrarte.

Desayunaron en el comedor del hotel. Luego caminaron hasta Kartnerstrasse, donde no se permitía el tráfico de automóviles. Las tiendas estaban llenas de cosas bellas: ropas, joyas y antigüedades.

Philip alquiló un carro tirado por caballos para recorrer las amplias calles de la ciudad. Visitaron el palacio de Schönbrunn y vieron la impresionante colección imperial de coches. Por la tarde fueron a la Escuela Española de Equitación, donde vieron los potros de Lipizzan. En el Prater subieron a la

enorme noria. Luego Phil dijo:

—¡Ahora vamos a pecar!

—¡Oh!

—No -rió él-. Estoy pensando en otra cosa.

Y llevó a Lara a Demel's, para que probara sus incomparables pasteles.

La mezcla de la arquitectura vienesa fascinaba a Lara: hermosos edificios barrocos, con siglos de antigüedad, frente a edificios posmodernistas.

A Philip le interesaban los compositores.

—¿Sabías que Franz Schubert comenzó aquí como cantante, Lara? Integraba el coro infantil de la orquesta de la corte. A los diecisiete años lo expulsaron porque le cambió la voz. Fue entonces cuando decidió componer música.

Cenaron tranquilamente en un pequeño restaurante y se detuvieron en una taberna de Grinzing. Más tarde Philip propuso:

—¿Te gustaría dar un paseo por el Danubio?

—Me encantaría.

La noche era perfecta, de luna llena y suave brisa estival. Las estrellas brillaban en lo alto. *Brillan por nosotros*, pensó Lara. *Porque somos felices*. Lara y Philip abordaron una de las lanchas de paseo. El sistema de altavoces emitía los suaves compases de *Danubio azul*. A la distancia vieron caer una

estrella.

—¡Pronto! Formula un deseo -dijo Philip.

Lara cerró los ojos y guardó silencio por un momento.

—¿Ya lo has pensado?

—Sí.

—¿Qué has deseado?

Lara levantó la vista y le dijo con seriedad:

—No puedo decírtelo. Si lo hago no se cumpliría. — *Y puedes estar seguro de que se cumplirá*, pensó.

Philip se retrepó en el asiento, sin dejar de sonreír.

—Esto es perfecto, ¿verdad?

—Puede ser siempre así, Philip.

—¿A qué te refieres?

—Podríamos casarnos.

Ahí estaba, a la vista. Él no había pensado en otra cosa durante varios días. Estaba profundamente enamorado de Lara, pero no podía aceptar un vínculo serio.

—Es imposible, Lara.

—¿Sí? ¿Por qué?

–Ya te lo he explicado, querida. Casi siempre estoy de gira, como ahora. Tú no podrías viajar siempre conmigo, ¿verdad?

OceanofPDF.com

–No, pero...

–Ya lo ves. No resultaría. Mañana, en París, te mostraré...

–No iré a París contigo, Philip.

Él creyó haber entendido mal.

–¿Cómo?

Lara aspiró hondo.

–No volveré a verte.

Fue como un golpe en pleno estómago.

–¿Por qué, Lara? Te amo. Yo...

–Y yo a ti. Pero no soy una cualquiera. No quiero ser una más de tus admiradoras. Puedes quedarte con todas ellas.

–Sólo te quiero a ti, Lara. Pero ¿no te das cuenta, querida? Como matrimonio no funcionaríamos. Cada uno tiene una vida aparte. Yo querría que estuviéramos siempre juntos y eso sería imposible.

–Entonces se acabó, ¿verdad? – dijo Lara, tensa-. No volveré a verte, Philip.

–Aguarda. ¡Por favor! Discutamos esto. Vayamos a tu habitación a...

–No, Philip. Te amo mucho, pero no quiero seguir así. Lo nuestro se acabó.

–No quiero -insistió Philip-. Piénsalo bien.

–Ya lo he pensado. Lo siento. Es todo o nada.

Guardaron silencio hasta llegar al vestíbulo del hotel.

–¿Por qué no subimos a tu habitación? – dijo Philip-. Podríamos discutir esto y...

–No, querido. No tenemos nada más que discutir.

Lara subió al ascensor y desapareció de la vista de Philip. Cuando llegó a su suite estaba sonando el teléfono. Corrió a atender.

–Philip...

–Habla Howard. Me he pasado el día tratando de comunicarme contigo.

Ella logró disimular la desilusión.

–¿Hay algún problema?

–No. Sólo quería tener noticias tuyas. Aquí están pasando muchas cosas. ¿Tienes idea de cuándo vas a volver?

–Mañana -dijo Lara-. Mañana estaré en Nueva York.

Y colgó lentamente.

Quedó sentada allí, con la vista fija en el teléfono, deseando que sonara. Dos horas después seguía mudo. *Cometí un error*, pensó Lara, angustiada. *Le di un ultimátum y lo he perdido. Si hubiera esperado... Si hubiera ido a París con él... Si...* Trató de imaginar la vida sin Philip. Era demasiado dolorosa. *Pero no podemos seguir así*, se dijo. *Quiero que lo nuestro sea definitivo*. Al día siguiente regresaría a Nueva York.

Lara se acostó en el sofá, completamente vestida, con el teléfono a su lado. Se sentía exhausta. Sabía que conciliar el sueño sería imposible, sin embargo, al rato se quedó dormida.

Philip se paseaba por su habitación como un animal enjaulado. Estaba furioso con Lara y consigo mismo. No soportaba la idea de no volver a verla, de no abrazarla. *¡Malditas mujeres!*, pensó. Sus padres se lo habían advertido. «Tu vida es la música. Si quieres ser el mejor no hay sitio para otra cosa.» Y él les había creído. Ahora, con Lara, todo cambiaba. *¡Maldición! Lo nuestro era maravilloso. ¿Por qué tuvo que destruirlo?*

La amaba, pero sabía que no era posible casarse con ella.

La despertó el sonido del teléfono. Se incorporó en el sofá, aturdida, mirando el reloj de la pared. Eran las cinco de la mañana. Levantó el auricular, soñolienta.

—¿Howard?

Era la voz de Philip.

—¿Te gustaría casarte en París?

Capítulo Veinticuatro

La boda de Lara Cameron y Philip Adler fue noticia en todo el mundo. Cuando Howard Keller se enteró salió a emborracharse por primera vez en su vida. Había estado tratando de convencerse de que el capricho de Lara por Adler era cosa pasajera. Lara y yo formamos un equipo. *Nos pertenecemos el uno al otro. Nadie puede interponerse entre nosotros.* Pasó dos días alcoholizado; cuando recuperó la sobriedad llamó a París.

—Si es cierto -dijo a Lara-, ese Philip es el hombre más afortunado del mundo.

—Es cierto -le aseguró Lara alegremente.

—Pareces feliz.

—¡Nunca en mi vida lo he sido tanto!

—Me alegro por ti, Lara. ¿Cuándo volvéis?

—Philip dará un concierto en Londres mañana. Después volveremos a Nueva York.

—¿Hablaste con Paul Martin antes de la boda?

Ella vaciló.

—No.

—¿No te parece que deberías hacerlo?

—Sí, por supuesto. — Estaba más preocupada por eso de lo que deseaba admitir. No podía imaginar cómo tomaría la noticia de la boda-. Hablaré con él cuando vuelva.

—Me alegraré de verte. Te echo mucho de menos, Lara.

—Y yo a ti.

Era verdad. Apreciaba mucho a Howard. Siempre había sido un amigo bueno y leal. *No sé qué habría hecho sin él*, pensó.

Cuando el 727 llegó a la terminal Butler, en el aeropuerto de La Guardia, gran cantidad de periodistas y camarógrafos los estaban esterando.

El administrador del aeropuerto llevó a la pareja a la sala de recepción.

—Desde aquí puedo sacarlos en secreto -propuso- o...

Lara se volvió hacia Philip.

—Enfrentémoslos ahora, querido. De lo contrario jamás tendremos paz.

—Quizá tengas razón.

La conferencia de prensa duró dos horas.

—¿Dónde se conocieron?

—¿Siempre le interesó la música clásica, señora Adler?

—¿Desde cuándo se conocen?

—¿Van a vivir en Nueva York?

—¿Renunciará a sus giras, señor Adler?

Por fin aquello terminó.

Los esperaban dos limusinas. La segunda era para el equipaje.

—No estoy habituado a viajar con tanto lujo -dijo Philip.

Lara se echó a reír.

—Te acostumbrarás.

Ya en la limusina, Philip preguntó:

—¿Adonde vamos? Tengo un apartamento en la calle Cincuenta siete...

—Creo que estarás más cómodo en el mío, querido. Échale un vistazo. Si te gusta, haremos trasladar tus cosas.

Llegaron al Cameron Plaza. Philip levantó la vista hasta lo alto del enorme edificio.

—¿Todo esto es tuyo?

—Mío y de unos cuantos bancos.

—Impresionante.

OceanofPDF.com

Lara le estrechó el brazo.

–Bien. Quiero impresionarte.

El vestíbulo estaba decorado con flores naturales. Seis empleados esperaban allí para darles la bienvenida.

Philip miró a su alrededor, exclamando:

–¡Dios mío! ¡Y todo es tuyo!

–Nuestro, tesoro.

El ascensor los llevó al ático, que ocupaba todo el piso cuadragésimo quinto. Les abrió Simms, el mayordomo.

–Bienvenida a casa, señora Adler.

–Gracias, Simms.

Lara presentó a Philip al resto del personal y le hizo recorrer todo el apartamento. Había una sala grande, decorada en blanco y llena de antigüedades; una gran terraza cerrada; un comedor; cuatro dormitorios principales y tres para el personal; seis cuartos de baño, una cocina, una biblioteca y un despacho.

–¿Crees que podrás sentirte cómodo aquí, querido? – preguntó Lara.

Philip sonrió de oreja a oreja.

–Es un poco reducido, pero me las ingeniaré.

En medio de la sala había un bello piano Bechstein, nuevo. Philip se acercó para deslizar los dedos por el teclado.

–¡Es estupendo! – dijo.

Lara se reunió con él.

–Es tu regalo de boda.

–¿De veras? – Eso lo conmovió. Se sentó al piano y empezó a tocar.

–Lo he hecho afinar. – Ella escuchó la cascada de notas que llenaba la estancia-. ¿Te gusta?

–¡Me encanta! Gracias, Lara.

–Aquí puedes tocar cuanto quieras.

Philip se levantó del banquillo.

–Tengo que llamar a Ellerbee -dijo-. Ha estado tratando de comunicarse conmigo.

–En la biblioteca hay un teléfono, querido.

Lara pasó a su despacho y encendió el contestador automático. Había seis mensajes de Paul Martin. «¿Dónde estás, Lara? Te echo de menos, querida...»

«Lara, supongo que estás fuera del país, de lo contrario habría tenido noticias tuyas...» «Me preocupas, Lara. Llámame...» Luego el tono cambiaba. «Acabo de enterarme de has casado. ¿Es cierto? Hablemos.»

De pronto, apareció Philip.

¿Quién es el misterioso personaje de las llamadas? – preguntó.

Lara se volvió hacia él.

–Un... un viejo amigo.

Él se acercó para abrazarla.

–¿Alguien de quien deba estar celoso?

–No hay nadie en el mundo de quien debas sentir celos -respondió ella, suavemente-. Tú eres el único hombre a quien he amado. – Y era verdad.

Philip la estrechó con fuerza.

–Y yo nunca he amado a otra mujer.

Esa misma tarde, mientras Philip tocaba el piano, Lara volvió a su despacho para llamar a Paul Martin. Él atendió casi de inmediato.

–Has vuelto -dijo, con voz tensa.

–Sí -respondió Lara, con un dejo de temor en la voz.

–Permíteme decirte que la noticia fue una desagradable sorpresa, Lara.

–Lo siento, Paul... Yo... Es que ocurrió de pronto.

–Sin duda.

–Sí. – Ella estaba tratando de captar su estado de ánimo.

–Yo creía que lo nuestro era fantástico. Creía que era algo especial.

–Y lo era, Paul, pero...

–Sería mejor que lo habláramos personalmente.

–Verás, lo que ocurre es que...

–Almorcemos juntos mañana. En Vitello's. A la una en punto. Era una orden.

Lara vaciló. Sería tonto irritarlo aún más.

–De acuerdo, Paul. Allí estaré.

La comunicación se cortó. Lara quedó preocupada. ¿Hasta dónde llegaba el enfado de Paul? ¿Y qué sería capaz de llegar a hacer?

Capítulo Veinticinco

A la mañana siguiente, cuando Lara llegó al Cameron Center, todo el personal la estaba esperando para felicitarla.

—¡Qué noticia tan maravillosa!

—¡Nos sorprendimos tanto...!

—¡Deseamos que sean muy felices!

Y así todos.

Howard Keller la esperaba en su despacho. Le dio un gran abrazo.

—Teniendo en cuenta que no te gusta la música clásica, te has lucido.

Lara sonrió.

—¿Verdad que sí?

—Tendré que habituarme a llamarte señora Adler.

La sonrisa desapareció del rostro de Lara.

—Me parece mejor, por motivos comerciales, seguir usando mi apellido Cameron.

—Tú mandas. No sabes cuánto me alegra tenerte otra vez entre nosotros. El

trabajo se estaba amontonando.

Lara se instaló en una silla, frente a él.

—Cuéntame qué ha estado pasando.

—Bien. El hotel de West Side va a ser una pérdida de dinero. Hay un tejano que tiene interés en comprarlo, pero ayer fui al hotel.

Está en unas condiciones deplorables. Necesita una remodelación completa, que va a costar entre cinco y seis millones de dólares.

—¿Y el comprador ya lo ha visto?

—No. Prometí mostrárselo mañana.

—Muéstraselo la semana próxima. Pon algunos pintores a trabajar. Que brille de limpieza. Contrata a unas cuantas personas que estén en el vestíbulo cuando él entre.

Howard sonrió.

—Bien. Frank Rose ha venido con algunos diseños nuevos. Está esperando en mi despacho.

—Les echaré un vistazo.

—La Midland Insurance Company, la que iba a ocupar el nuevo edificio... -
¿Sí?

–Todavía no han firmado el contrato. Están algo asustados.

Lara tomó nota.

–Hablaré con ellos. ¿Qué más?

–El préstamo de setenta y cinco millones que iba a hacernos el Gotham Bank para el nuevo proyecto...

–Se han echado atrás. Opinan que estás demasiado endeudada.

–¿Cuánto interés iban a cobrarnos?

–Diecisiete por ciento.

–Concierta una cita con ellos. Vamos a ofrecer el veinte por ciento.

Él se quedó horrorizado.

–¿Veinte? ¡Por Dios, Lara! ¡Nadie paga el veinte!

–Prefiero vivir con un veinte por ciento antes que morir con un diecisiete. Hazlo, Howard.

–Bien.

La mañana pasó pronto. A las doce y media Lara dijo:

–Voy a almorzar con Paul Martin.

Howard estaba preocupado.

–Mientras no te almuerce a ti...

–¿Qué quieres decir?

–Ese hombre es siciliano, y los sicilianos no perdonan ni olvidan.

OceanofPDF.com

–No seas melodramático. Paul sería incapaz de hacerme daño.

–Espero que tengas razón.

Cuando Lara llegó al restaurante, Paul Martin la estaba esperando. Se lo veía delgado, demacrado y ojeroso, como si últimamente no durmiera bien.

–Hola, Lara. – No se levantó para saludarla.

–Paul. – Ella ocupó su lugar en la mesa, frente a él.

–Como te habrás dado cuenta, dejé en tu contestador automático algunos estúpidos mensajes. Lo siento. No tenía idea... Se encogió de hombros.

–Debería haberte avisado, Paul, pero todo ocurrió tan deprisa.

–Sí. – La estudiaba-. Estás radiante.

–Gracias.

–¿Dónde conociste a Adler?

–En Londres.

–¿Y te enamoraste de él así sin más? – En el tono de su voz había un dejo de amargura.

–Lo nuestro era maravilloso, Paul, pero a mí no me bastaba. Necesitaba algo más. Necesitaba que alguien me esperase en casa todas las noches.

Lara guardó silencio. El escuchaba, observándola.

–Nunca en la vida te haría sufrir -dijo ella por fin-, pero esto... ocurrió.

Más silencio.

–Trata de comprender, por favor.

–Sí. – Una sonrisa helada se dibujó en el rostro de Paul. Supongo que no tengo alternativa, ¿verdad? Pero fue un golpe muy duro enterarme por los diarios y la televisión. Creí que me apreciabas lo bastante como para no hacerme algo así.

–Tienes razón, Paul, y lo lamento -dijo Lara-. Debería habértelo dicho.

Él alargó una mano para acariciarle la barbilla.

–Estaba loco por ti, Lara. Supongo que todavía lo estoy. Eras mi *miracolo*. Te habría dado cualquier cosa, lo que me pidieses, menos lo que él pudo darte: un anillo de boda. Te amo lo suficiente como para desear tu felicidad.

Lara se sintió aliviada.

–Gracias, Paul.

–¿Cuándo me presentarás a tu esposo?

–La semana que viene ofreceremos una fiesta a los amigos. ¿Vendrás?

–Allí estaré. Dile que te trate bien si no quiere vérselas conmigo.

Lara sonrió.

–Se lo diré.

Cuando Lara entró en su despacho, Howard Keller la estaba esperando.

–¿Qué tal ese almuerzo? – preguntó, nervioso.

–Perfecto. Te equivocabas con respecto a Paul. Se comportó como un caballero.

–Si me equivoqué, tanto mejor. Para mañana por la mañana te he concertado algunas entrevistas con...

–Cancélalas -dijo Lara-. Mañana me quedaré en casa con mi esposo. Durante algunos días estaremos de luna de miel.

–Me alegro de verte tan feliz.

–Soy tan feliz que tengo miedo, Howard. Tengo miedo de desertar y descubrir que todo esto no es más que un sueño. No sabía que fuese posible ser tan feliz.

Él sonrió.

–De acuerdo. Yo me encargo de las entrevistas.

–Gracias. – Le dio un beso en la mejilla-. La semana que viene Philip y yo daremos una fiesta. Te esperamos.

El sábado siguiente, Lara ofreció una fiesta en su ático a la que asistieron más de cien personas. Invitó a los hombres y mujeres con quienes trabajaba: banqueros, constructores, arquitectos, aparejadores, funcionarios municipales, el secretario de urbanización del ayuntamiento y los presidentes de los sindicatos. Philip, a sus amigos, músicos y mecenas en su mayoría. La combinación resultó desastrosa, y no porque los dos grupos no quisieran mezclarse.

El problema era que no tenían nada en común. A los constructores les interesaba la arquitectura y la construcción; a los músicos, la música y los compositores. Lara presentó al secretario de urbanización a un grupo de músicos. El pobre hombre trató de seguir la conversación:

—¿Saben lo que pensaba Rossini de la música de Wagner? Un día plantó el trasero en el teclado del piano y dijo: «Así me suena Wagner».

—Pues Wagner se lo merecía. Durante una ejecución de los *Cuentos de Hoffman* se incendió el Ring Theater de Viena y cuatrocientas personas murieron quemadas. Cuando Wagner se enteró, dijo: «Eso les pasa por ir a escuchar una opereta de Offenbach».

El comisionado se apresuró a alejarse.

Lara presentó algunos amigos de Philip a un grupo de agentes inmobiliarios.

—El problema -dijo uno- es que debes conseguir un treinta y cinco por ciento de los inquilinos para poder formar una cooperativa.

—Si quieres mi opinión, la norma me parece bastante estúpida.

—Estoy de acuerdo. Voy a pasar a los hoteles. ¿Sabes que los hoteles de Manhattan están cobrando por cada habitación un promedio de doscientos dólares por noche? El año que viene...

Los músicos se alejaron.

Las conversaciones parecían desarrollarse en dos idiomas diferentes.

—El problema de los vieneses es que adoran a compositores muertos...

—Se está construyendo un nuevo hotel entre las calles Cuarenta y siete y Cuarenta y ocho. Lo financia el Chase Manhattan...

- Tal vez no sea el mejor violinista del mundo, pero su técnica es genial.
- Recuerdo que, según muchos expertos, el crac del año veintinueve no fue tan malo, porque enseñó a la gente a invertir en bien raíces.
- Horowitz pasó años sin querer tocar, porque creía que sus dedos eran de cristal...

OceanofPDF.com

–He visto los planos. Va a ser un edificio clásico y, dentro, tendrá una arcada elíptica...

–A Einstein le encantaba el piano. Solía tocar con Rubinstein pero siempre perdía el ritmo. Un día Rubinstein no pudo soportarlo más y le chilló: «¿No sabes contar, Albert?».

–Los del Congreso deben de haber estado borrachos para aprobar esa ley de reforma impositiva. Va a imposibilitar la industria de la construcción...

–Terminada la fiesta, cuando ya se retiraba, Brahms dijo: «Si he olvidado insultar a alguien, pido disculpas».

La Torre de Babel.

Paul Martin llegó solo y Lara corrió a saludarlo.

–Me alegro de que hayas podido venir, Paul.

–No podía perdérmelo. – Miró a su alrededor-. Quiero conocer a Philip.

Lara lo llevó hacia el grupo que rodeaba a su esposo.

–Philip, quiero presentarte a Paul Martin, un viejo amigo.

–Es un placer conocerlo -dijo Philip.

Se estrecharon la mano.

–Es usted muy afortunado, señor Adler. Lara es una mujer notable.

–Eso le digo yo -sonrió Lara.

–No es necesario que me lo recuerde, señor Martin -dijo Philip.

Paul lo estaba estudiando.

–¿De veras?

Lara percibió en el aire la súbita tensión.

–¿Quieres una copa, Paul?

–No, gracias. ¿Has olvidado que no bebo?

Lara se mordió los labios.

–Por supuesto. Deja que te presente a algunas personas.

Y lo acompañó en un recorrido, presentándole a algunos de los invitados.

Uno de los músicos estaba diciendo:

–Mañana por la noche León Fleisher da un recital. No me lo perdería por nada del mundo. – Se volvió hacia Paul Martin, que estaba junto a Howard Keller-. ¿Usted lo ha oído tocar?

–No.

–Es formidable. Toca sólo con la mano izquierda, por supuesto.

Paul Martin parecía desconcertado.

—Pero ¿por qué?

—Fleisher tiene artritis reumatoide en la mano derecha desde hace diez años.

—Pero ¿cómo puede dar un recital con una sola mano?

—Varios compositores han escrito conciertos para la mano izquierda: Demuth, Franz Schmidt, Korngold... y hay un bello concierto de Ravel.

Paul Martin se volvió hacia Lara.

—Creo que es hora de que me marche. Despídeme de tu esposo.

—Te agradezco que hayas venido, Paul -dijo ella, algo turbada-. Llámame cuando quieras.

—Por supuesto.

Lara acompañó a Paul Martin hasta la puerta. En ese momento, algunos invitados estaban pidiendo a Philip que tocara.

—De acuerdo. Se lo dedico a mi flamante esposa.

Se sentó al piano y comenzó a tocar un concierto para piano de Rachmaninoff. Se hizo el silencio. Todo el mundo parecía hipnotizado por los encantadores compases que inundaban el apartamento. Cuando Philip terminó, todos aplaudieron.

Una hora más tarde los invitados empezaron a retirarse. Después de acompañar al último hasta la puerta, Philip comentó:

—Fue toda una fiesta.

–Detestas las fiestas grandes, ¿verdad? – preguntó Lara.

Él la abrazó.

–¿Acaso se ha notado?

Lo haremos sólo cada diez años -prometió ella-. ¿No tenías la sensación de que nuestros invitados venían de dos planetas diferentes?

Él la besó en la mejilla.

–No importa. Nosotros tenemos un planeta propio. Hagámoslo girar...

OceanofPDF.com

Capítulo Veintiséis

A fin de pasar con Philip todo el tiempo posible, Lara decidió trabajar en su casa por las mañanas.

—Quiero que estemos juntos todo el tiempo posible -dijo a su esposo.

Pidió a Kathy que le enviase algunas secretarias al apartamento, para entrevistarlas. Habló con cinco o seis antes de que apareciera Marian Bell. Tenía unos veinticinco años, pelo rubio, facciones atractivas y una cálida personalidad.

—Siéntate -dijo Lara, sin apartar la vista de la carpeta con los antecedentes de la muchacha.

—Gracias.

—¿Te graduaste en Wellsley College?

—Sí.

—Y eres graduada en Artes. ¿Por qué quieres trabajar como secretaria?

—Creo que puedo aprender mucho trabajando para usted, señora Cameron. Quiero que sepa que la admiro mucho.

—¿Por qué?

—Usted es mi modelo. Ha llegado muy lejos, y por sus propios medios.

Lara la estudió con la mirada.

–Aquí tendrías que trabajar muchas horas. Me levanto temprano. Al trabajar en mi apartamento, tendrías que empezar a las seis de la mañana.

–Eso no es problema. Tengo una gran capacidad de trabajo.

Lara sonrió. La muchacha le gustaba.

–Estarás una semana a prueba -dijo.

Al terminar la semana estaba segura de haber descubierto una joya. Marian era capaz, inteligente y simpática. Poco a poco establecieron una rutina. A menos que se presentara una emergencia, La pasaba la mañana trabajando en el apartamento. Por la tarde iba a la oficina.

Todos los días desayunaba con Philip; luego él, vestido con tejanos y una sudadera, se sentaba al piano para practicar durante dos o tres horas, mientras ella, en su despacho, dictaba cartas a Marian. A veces Philip tocaba para ella antiguas melodías escocesas. Eso la conmovía. Almorzaban juntos.

–Cuéntame cómo vivías en Glace Bay -le pidió él un día.

–Me llevará cuanto menos cinco minutos -sonrió ella.

–Lo digo en serio. Quiero saber.

Ella le describió la pensión, pero no pudo hablarle de su padre. Le contó la

historia de Charles Cohn y él dijo:

–Buen hombre. Me gustaría conocerlo.

–Lo invitaré uno de estos días.

Cuando le narró su experiencia con Sean MacAllister, Philip exclamó:

–¡Qué cerdo! ¡Lo mataría! – Y abrazó a Lara con fuerza-. Nadie volverá a hacerte daño.

Philip estaba trabajando en un concierto. Lara oía cómo tocaba tres notas, una y otra vez, para luego proseguir con otras, practicando lentamente y buscando el *tempo* hasta que los diferentes movimientos se fundían por fin en uno solo.

Al principio, Lara solía entrar a la sala cuando él estaba tocando y lo interrumpía: «Querido, nos han invitado a pasar el fin de semana en Long Island.

OceanofPDF.com

¿Te gustaría ir?». O: «Tengo entradas para ir a la nueva obra de Neil Simon». O: «Howard Keller quiere que cenemos con él el sábado».

Philip había tratado de ser paciente. Por fin dijo:

—Por favor, Lara, no me interrumpas cuando estoy tocando. No puedo concentrarme.

—Oh, discúlpame -dijo ella-. Pero no comprendo por qué practicas todos los días. Ahora no vas a dar ningún concierto.

—Practico todos los días para poder dar un concierto. Mira, querida, si en la construcción de uno de tus edificios alguien comete un error, se puede corregir. Cambias los planos, las tuberías, la iluminación o lo que sea. Pero en un recital no hay otra oportunidad. Estás delante del público y cada nota que toques debe ser perfecta.

—Discúlpame -repitió Lara-. Comprendo.

Philip la tomó en sus brazos.

—Hay un viejo cuento sobre un hombre que caminaba por Nueva York, con un estuche de violín. Como estaba perdido, detuvo a un desconocido y le dijo: «¿Cómo se hace para llegar al Carnegie Hall?» Y el desconocido le dijo: «Practicando, practicando».

Lara se echó a reír.

—Vuelve a tu piano. Te dejo solo.

Sentada en su escritorio, escuchaba los compases de Philip y pensaba: *¡Qué afortunada soy! Miles de mujeres me envidiarían por estar aquí, escuchando cómo toca Philip Adler.*

Lástima que él tuviera que practicar tanto...

A los dos les gustaba jugar al backgammon. Por la noche, después de cenar, se sentaban frente al hogar y libraban batallas fingidamente feroces. Lara disfrutaba mucho de esos momentos de intimidad.

El casino de Reno estaba casi terminado. Seis meses antes, Lara se había reunido con Jerry Townsend.

—Quiero que se sepa de esta inauguración hasta en Timbuktu -le dijo-. He pensado en contratar los servicios del chef del Maxim's. Quiero que me consigas a los mejores talentos.

Comienza por Frank Sinatra y ve descendiendo. Que la lista de invitados incluya los principales nombres de Hollywood, Nueva York y Washington. Quiero que la gente se pelee por estar en esa lista.

Días después, mientras la analizaba, reconoció:

—Has hecho un buen trabajo. ¿Cuántos rechazaron la invitación?

Unos veinticinco -respondió Townsend-. No está mal, siendo seiscientos en total.

—No, no está nada mal -dijo Lara.

Por la mañana temprano Keller la llamó por teléfono.

—Buenas noticias -dijo-. Acabo de hablar con los banqueros suizos. Viajan mañana para discutir contigo la empresa en participación.

—Estupendo -dijo ella-. A las nueve en mi oficina.

—Voy a preparar todo.

Esa noche, a la hora de cenar, Philip dijo:

—Mañana tengo una sesión de grabación, Lara. No has presenciado ninguna, ¿verdad?

—No.

—¿Te gustaría venir a ver?

Lara vaciló, pensando en la reunión con los suizos.

—Por supuesto.

Telefonó a Keller:

—Comienza sin mí. Iré apenas pueda.

El estudio de grabación estaba situado en la calle Treinta y cuatro en un gran depósito lleno de equipos electrónicos. Había ciento treinta músicos sentados y una cabina de control tras cuyos cristales trabajaban los ingenieros de sonido. A Lara le pareció que aquello marchaba con mucha lentitud. A cada instante interrumpían y recomenzaban. En una de las pausas telefoneó a Keller.

—¿Dónde estás? — preguntó él, sin poder disimular su ansiedad—. Hago lo que puedo, pero esta gente quiere hablar contigo.

—Iré dentro de un par de horas.

Dos horas después, la grabación aún no había terminado. Llamó de vuelta a Keller.

—Lo siento, Howard. No puedo ir. Que vuelvan mañana.

OceanofPDF.com

–¿Qué cosa tan importante es ésta?

–Mi esposo -dijo Lara. Y colgó.

Cuando volvieron al apartamento Lara dijo:

–La semana próxima vamos a Reno.

–¿Qué pasa en Reno?

–Es la inauguración del hotel. Viajaremos el miércoles.

–¡Caramba! – exclamó Philip, lleno de aflicción.

–¿Ocurre algo?

–Lo siento, querida, pero no puedo ir.

Ella lo miraba fijamente.

–¿Por qué?

–Ellerbee me ha organizado una gira de seis semanas. Voy a Australia y a...

–¿A Australia?

–Sí. Después a Japón y a Hong Kong.

–No puedes, Philip. Es decir... ¿por qué haces esto? No tienes necesidad.

Quiero estar contigo.

–Bueno, acompáñame, Lara. Me encantaría.

–Bien sabes que no puedo. Ahora no. Tengo demasiado que hacer aquí–replicó Lara, angustiada-. No quiero que me dejes.

–Ni yo quiero hacerlo. Pero recuerda que antes de casarnos te advertí que mi vida es así.

–Lo sé -dijo Lara-, pero eso era antes. Ahora todo ha cambiado.

–No ha cambiado nada–repuso Philip con suavidad-, sólo que estoy completamente loco por ti y que te echaré terriblemente de menos.

Lara no encontró nada que decir.

Philip se fue. Lara nunca se había sentido tan sola. En medio de una reunión pensaba súbitamente en él y se le deshacía el corazón.

Deseaba que él continuara con su carrera, pero lo necesitaba a su lado. Pensaba en los ratos maravillosos que habían pasado juntos, en sus abrazos, en su calor y su ternura. Jamás imaginó que fuese capaz de amar tanto.

Philip le telefoneaba todos los días, pero eso no hacía sino empeorar su sensación de soledad.

–¿Dónde estás querido?

–Todavía en Tokio.

–¿Cómo marcha la gira?

–De maravilla. Te echo de menos.

–Yo también a ti. – Lara no podía decirle hasta qué punto.

–Mañana parto hacia Hong Kong y luego...

–Ojalá vinieras a casa. – Lo lamentó en cuanto lo dijo.

–Bien sabes que no puedo.

Los dos guardaron silencio.

–No, por supuesto -dijo finalmente ella.

Hablaron durante media hora. Al cortar, Lara se sintió más sola que nunca. Las diferencias horarias eran enloquecedoras. A veces Lara estaba en martes y él en miércoles; llamaba en medio de la noche o madrugada.

–¿Cómo está Philip? – preguntó Keller.

–Bien. ¿Por qué lo hace, Howard?

–¿Por qué hace qué?

–Esta gira. No tiene necesidad. Es decir, no le falta dinero.

–Creo que no lo hace por dinero. Simplemente se dedica a eso, Lara.

Las mismas palabras había usado Philip. Ella lo comprendía en el plano intelectual, pero no en el emotivo.

–Lara -dijo Keller-, tú te casaste con él, pero no eres su propietaria.

–No quiero ser su propietaria, pero tenía la esperanza de ser para él más importante que... -Se interrumpió en medio de la frase-. Estoy diciendo tonterías.

Lara telefoneó a William Ellerbee.

–¿Está usted libre a la hora del almuerzo? – le preguntó.

–Puedo desocuparme. ¿Ocurre algo?

–No, no, pero se me ocurrió que debíamos conversar.

OceanofPDF.com

Se encontraron en Le Cirque.

—¿Tiene alguna noticia de Philip?

—Me llama todos los días.

—Su gira es un éxito.

—Sí.

—Francamente -dijo Ellerbee- nunca pensé que Philip acabaría casándose. Es como un cura; está dedicado a lo suyo.

—Lo sé. — Lara vacilaba-. Pero... ¿no cree usted que está viajando demasiado?

—No comprendo.

—Ahora Philip tiene un hogar. No hay motivos para que corra de un lado a otro por todo el mundo. — Al ver la expresión de Ellerbee agregó-: Oh, no quiero decir que deba quedarse en Nueva Cork, pero usted podría organizarle conciertos en Boston, Chicago, Los Ángeles... de ese modo no tendría que estar siempre tan lejos de casa.

—¿Ha discutido esto con Philip? — preguntó Ellerbee, con cautela.

—No. Primero quería hablar con usted. Sería posible, ¿verdad? Después de todo, Philip ya no necesita dinero.

—Señora Adler, Philip gana treinta y cinco mil dólares por recital. El año

pasado estuvo de gira durante cuarenta semanas.

—Comprendo pero...

—¿Sabe usted cuántos pianistas consiguen llegar a la cima y cuánto deben esforzarse para alcanzarla? En este mundo hay miles de pianistas que tocan hasta gastarse los dedos, pero sólo cuatro o cinco son verdaderas estrellas. Su esposo es uno de ellos. Usted no conoce el mundo de los conciertos. La competencia es feroz. Uno va a un recital y ve al solista en el escenario, vestido de frac; con aspecto próspero y lleno de encanto. Pero cuando baja de ese escenario apenas tiene lo suficiente para pagar el alquiler o comer decentemente. Philip tardó mucho tiempo en llegar a ser un pianista de fama internacional. Y ahora usted me pide que se lo quite.

—No, nada de eso. Sólo le sugiero que...

—Lo que usted sugiere -la interrumpió Ellerbee- acabaría con su carrera. Y eso no estaría bien, ¿verdad?

—No, por supuesto -Lara vaciló-. Tengo entendido que usted cobra el quince por ciento de lo que gana Philip.

—Así es.

—Si el diera menos conciertos, usted no tendría por qué perder -sugirió Lara con cautela-. Yo estaría dispuesta a cubrir la diferencia y...

—Creo que esto debe discutirlo con Philip, señora Adler. ¿Pedimos el almuerzo

OceanofPDF.com

Capítulo Veintisiete

La columna de Liz Smith decía: «A LA MARIPOSA DE HIERRO VAN A CORTARLE LAS ALAS... ¿Qué hermosa potentada de los bienes raíces va a saltar hasta el techo cuando se entere de que Camelot Press va a publicar un libro sobre ella, escrito por una ex empleada? Se dice que va a ser tremendo. ¡Tremendo!»

Lara arrojó el periódico. Tenía que ser Gertrude Meeks, la secretaria despedida. Mandó llamar a Jerry Townsend.

—¿Has leído la columna de Liz Smith?

—Acabo de verla. No hay mucho que podamos hacer, jefa. Si quieres...

—Podemos hacer muchas cosas. Todos mis empleados firman un documento comprometiéndose a no escribir nada sobre mí mientras trabajen aquí ni después. Gertrude Meeks no tiene derecho a hacer esto. Voy a demandar al editor.

Jerry Townsend meneó la cabeza.

—Yo en tu lugar no lo haría.

—¿Por qué?

—Porque sería una publicidad muy desfavorable. Si lo dejas correr, se convertirá en una brisa pasajera. Si tratas de detenerlo, se volverá un huracán.

Ella escuchaba sin dejarse impresionar.

–Averigua quién es el dueño de la empresa -ordenó.

Una hora después Lara estaba hablando por teléfono con Lawrence Seinfeld, propietario y editor de Camelot Press.

–Habla Lara Cameron. Tengo entendido que usted piensa publicar un libro sobre mí.

–Veo que ha leído el artículo Liz Smith. Sí, es cierto señora Cameron.

–Quiero advertirle, que si publica ese libro, voy a demandarlo por violación de intimidad.

–Le convendría consultar a su abogado, señora Cameron -dijo Seinfeld-. Usted es un personaje público. No tiene derecho a la intimidad. Y según el manuscrito de Gertrude Meeks, es un personaje bastante pintoresco.

–Gertrude Meeks escribió un documento que le prohíbe escribir nada sobre mí.

–Bueno, eso queda entre usted y Gertrude. Si quiere puede demandarla a ella.

Claro que para entonces el libro ya estaría publicado.

-No quiero que se publique. Estaría dispuesto a compensarlo...

—Un momento. Me parece que está pisando terreno peligroso. Le sugiero que demos esta conversación por terminada. Adiós, señora Cameron.

La línea quedó muerta.

¡Demonios! Lara reflexionó unos minutos. Luego hizo llamar a Howard Keller.

—¿Qué sabes de Camelot Press?

Él se encogió de hombros.

—Es una empresa pequeña que se dedica a publicar libros llenos de chismes. Destrozaron a Cher a Madonna...

—Gracias. Eso es todo.

A Howard Keller le dolía la cabeza. Últimamente sufría jaquecas. Dormía mal. Estaba presionado y tenía la sensación de que las cosas avanzaban demasiado deprisa. Tenía que hallar el modo de que Lara aminorara el paso. *Tal vez me duele por hambre*, pensó. Y llamó a su secretaria.

—Pídame el almuerzo, ¿quiere, Bess?

OceanofPDF.com

La mujer guardó silencio.

—¿Bess?

—¿Está bromeando, señor Keller?

—¿Bromeando? No, ¿por qué?

—Acaba de almorzar.

Keller sintió un escalofrío.

—Si todavía tiene hambre...

—No, no. Recordó que había comido una ensalada con un bocadillo de carne y... -*Por Dios, pensó, ¿qué me está pasando?*

-Era una broma, Bess -dijo. *¿A quién pretendo engañar?*

La inauguración del Cameron Palace de Reno fue un éxito rotundo. El hotel tenía todas las habitaciones reservadas y el casino estaba lleno de jugadores. Lara no había reparado en gastos para que las celebridades fueran atendidas a cuerpo de rey. Todo el mundo estaba allí. *Sólo falta una persona*, pensó Lara. *Philip*. Le había enviado un enorme ramo de flores con una nota: «Eres la música de mi vida. Te adoro y te echo de menos. Tu maridito».

Llegó Paul Martin y se acercó a ella.

—Felicitaciones. Te has superado.

—Gracias a ti, Paul. Sin ti no habría podido hacerlo.

Él miró a su alrededor.

—¿Dónde está Philip?

—No pudo venir. Está de gira.

—¿En una noche tan importante para ti y él quién sabe dónde tocando el piano? Debería estar a tu lado, Lara.

Ella sonrió.

—Tal vez tengas razón, Paul, pero es su trabajo.

El gerente del hotel se acercó a ella.

—Qué gran noche, ¿verdad, señora Cameron? El hotel está totalmente reservado por tres meses enteros.

—Que siga así, Donald.

Lara había contratado a un japonés y a un agente brasileño para que trajeran a grandes jugadores del extranjero. El millón de dólares invertido en cada una de las suites de lujo iba a rendir sus frutos.

—Esto es una mina de oro, señora Cameron -dijo el gerente. Miró a su alrededor-. Perdone usted, pero no veo a su esposo. Tenía muchos deseos de conocerlo.

—Le ha sido imposible venir -respondió Lara. *Está quien dónde tocando el piano.*

El espectáculo era brillante, pero la verdadera estrella de la noche fue Lara. Sammy Cahn había escrito versos especiales para cantar con la música de *My kind of town*. Cuando Lara se puso de pie para pronunciar su discurso, estalló una salva de aplausos. Todo el mundo quería conocerla, tocarla. La prensa había acudido en pleno. Todo marchó bien hasta que uno de los periodistas preguntó:

—¿Dónde está su esposo?

Lara se sentía cada vez más alterada. *Debería estar aquí, a mi lado. El concierto podía esperar.* Pero sonriendo con dulzura, respondió:

—Para Philip ha sido una gran desilusión no poder venir.

Cuando el espectáculo hubo terminado, comenzó el baile. Paul Martin se acercó a su mesa.

—¿Bailamos?

Lara aceptó.

—¿Cómo te sienta ser la propietaria de todo esto? — le preguntó él.

—Estupendamente bien. Gracias por tanta ayuda.

—Para eso están los amigos. Veo que han venido algunos grandes apostadores. Ten cuidado con ellos, Lara. Algunos van a perder mucho, pero tienes que hacer que se sientan triunfadores. Consíguelos un coche nuevo, chicas, cualquier cosa que los haga sentirse importantes.

—Lo tendré en cuenta.

–Es grato abrazarte otra vez.

–Paul...

–Lo sé. ¿Recuerdas lo que te dije acerca de que tu esposo debía cuidarte bien?

–Sí.

–No veo que lo haga.

–Philip quería venir -dijo Lara mientras pensaba: *¿realmente quería?*

OceanofPDF.com

Esa noche, tarde, Philip la llamó por teléfono. Su voz hizo que se sintiese doblemente solitaria.

—Me he pasado el día pensando en ti, Lara. ¿Cómo estuvo la inauguración, querida?

—Estupenda. Ojalá hubieras estado aquí, Philip.

—Ojalá. Te echo de menos.

¿Por qué no estás conmigo, entonces?

—Yo también. Vuelve pronto.

Howard Keller entró en el despacho de Lara llevando un gran sobre de papel manila.

—Esto no te va a gustar -anunció.

—¿De qué se trata?

—Es una copia del manuscrito de Gertrude Meeks -dijo él mientras dejaba el sobre en el escritorio-. No me preguntes cómo lo he conseguido. Podríamos ir los dos a la cárcel.

—¿Lo has leído?

—Sí.

—¿Y...?

—Será mejor que lo leas tú misma. Cuando ocurrieron algunas de estas cosas ella ni siquiera trabajaba aquí. Tiene que haber escarbado mucho.

—Gracias, Howard.

Lara esperó a que él saliera. Luego pulsó el botón del intercomunicador.

—No me pases llamadas.

Abrió el manuscrito y comenzó a leer.

Era devastador; el retrato de una mujer tiránica que había trepado hasta la cima a fuerza de uñas. Revelaba sus ataques de mal genio y la manera brusca en que trataba a sus empleados. Su intención era perversa; estaba lleno de pequeñas anécdotas desagradables. Lo que no entraba en el manuscrito era el carácter independiente de Lara, su coraje, su talento visionario, su generosidad. Ella siguió leyendo:

... Una de las tretas de la Mariposa de Hierro consiste en programar sus reuniones de negocios a primera hora de la mañana, de modo que sus interlocutores todavía permanezcan afectados por el largo viaje en avión mientras ella aparece descansada y rozagante.

... En una ocasión se sirvió a unos hombres de negocios japoneses té con Valium; Lara Cameron bebió café con Ritalin, un estimulante que acelera los procesos mentales.

... En otra, se sirvió a ciertos banqueros alemanes café con Valium. Ella tomó té con Ritalin.

... Cuando Lara Cameron estaba en negociaciones para comprar la propiedad de Queens, la comunidad de vecinos rechazó su propuesta. Ella hizo que cambiaran de idea inventando la historia de que tenía una hijita que viviría en uno de los edificios.

... Cuando los inquilinos de los apartamentos Dorchester se negaron a abandonar el edificio, Lara Cameron lo llenó de vagabundos

No faltaba nada. Al terminar de leer, Lara pasó largo rato sentada ante su escritorio. Finalmente, mandó Llamar a Howard Keller.

—Quiero la evaluación de Henry Seinfeld. Es el dueño de Camelot Press.

Keller volvió al cabo de quince minutos.

—Seinfeld tiene una evaluación de D-C.

—¿Lo cual significa...?

—Es la más baja posible. Un crédito de cuarta línea ya es bastante poco, pero él está cuatro puntos por debajo. Un viento fuerte podría derribarlo. Vive de libro a libro. Un solo fracaso y su editorial se arruinaría.

—Gracias, Howard. — Lara telefoneó a Terry Hill, su abogado. — ¿Te gustaría ser editor, Terry?

—¿En qué estás pensando?

—Quiero que compres Camelot Press a tu nombre. Su dueño es Henry Seinfeld.

–No habrá problemas. ¿Cuánto quieres pagar?

–Trata de comprar por doscientos mil. Si es preciso, sube hasta el millón. Asegúrate de que el trato incluya todas las propiedades intelectuales de la editorial. Que mi nombre no aparezca.

OceanofPDF.com

Las oficinas de Camelot Press estaban en el centro, en un viejo edificio de la calle Treinta y cuatro. Consistían en la pequeña recepción de la secretaria y un despacho algo más grande para Seinfeld.

La secretaria anunció:

—El señor Hill quiere verlo, señor Seinfeld.

—Hágalo pasar.

Terry Hill había llamado una hora antes, esa misma mañana. Entró en el patético despacho. Seinfeld estaba sentado detrás de su escritorio.

—¿En qué puedo serle útil, señor Hill?

—Represento a una empresa editora alemana que está interesada en comprar su editorial.

Seinfeld encendió un cigarro sin prisa alguna.

—Camelot Press no está a la venta -dijo.

—Oh, es una verdadera lástima. Estamos tratando de ingresar en el mercado norteamericano y pensamos que su empresa era la apropiada.

—He levantado esta editorial de la nada -dijo Henry-. Es como una hija. Lamentaría mucho separarme de ella.

—Comprendo -dijo el abogado-. Pero estaríamos dispuestos a ofrecerle quinientos mil dólares por ella.

Seinfeld estuvo a punto de ahogarse con el humo.

—¿Quinientos mil? ¡Pero si estoy por sacar un libro que valdrá un millón por sí solo! No, señor. Su oferta es un insulto.

—Mi oferta es un auténtico don del cielo. Hemos hecho algunas averiguaciones. Usted no tiene activos, y sí cien mil dólares de deudas. Le propongo algo. Le ofrezco seiscientos mil. Es la cifra definitiva.

—No me lo perdonaría jamás. Ahora bien, si se decide a subir hasta setecientos...

Terry Hill se puso de pie.

—Adiós, señor Seinfeld. Buscaré otra editorial.

Echó a andar hacia la puerta.

—Un momento -dijo Seinfeld-. No nos apresuremos. Lo cierto es que mi esposa hace tiempo que insiste en que debería retirarme. Tal vez éste sea un buen momento.

Terry Hill volvió al escritorio y sacó un contrato del bolsillo.

—Aquí tengo un cheque por seiscientos mil dólares. Firme donde está la cruz.

Lara hizo venir a Keller.

–Acabamos de comprar Camelot Press.

–Estupendo. ¿Qué quieres hacer con ella?

–Ante todo, liquidar el libro de Gertrude Meeks. Ocúpate de que no se publique. Hay mil modos de ganar tiempo. Si ella pleitea para recuperar sus derechos, podemos mantenerla en los tribunales durante años.

–¿Quieres cerrar la editorial?

–No, por supuesto. Busca a alguien que la administre. La usaremos para descontar impuestos.

Cuando Keller volvió a su despacho dijo a su secretaria:

–Voy a dictar una carta. Para Jack Hellman, de Hellman Realty. Querido Jack: He analizado tu oferta con la señorita Cameron y nos parece que no sería prudente participar ahora en la operación. Sin embargo, no olvides que nos interesaría cualquier...

Su secretaria había dejado de tomar nota. Keller levantó la vista.

–¿Ya lo ha anotado?

Ella lo miraba con fijeza.

–Señor Keller...

–¿Sí?

–Esta carta me la dictó ayer.

–¿Cómo?

—Ayer mismo la despaché por correo.

Howard Keller trató de sonreír.

Creo que últimamente estoy trabajando demasiado.

Esa tarde, a las cuatro, Keller estaba en el consultorio del doctor Seymour Bennett.

—Parece estar en excelentes condiciones -dijo el médico-. Físicamente no tiene nada en absoluto.

OceanofPDF.com

—¿Y qué pasa con esas lagunas mentales?

—¿Cuánto hace que no se toma unas vacaciones, Howard?

Keller trató de recordar.

—Creo que unos cuantos años -respondió-. Hemos estado muy ocupados.

El doctor Bennett sonrió.

—Ya ve usted. Está sobrecargado de trabajo. Es un problema más común de lo que usted cree. Pase una o dos semanas en un sitio donde pueda descansar. No piense en los negocios. Volverá hecho un hombre nuevo.

Keller se puso de pie, aliviado.

Fue a ver a Lara.

—¿Puedes prescindir de mí por una semana?

—Tanto como podría prescindir de mi brazo derecho. ¿Qué te traes entre manos?

—Dice el médico que necesito unas vacaciones, Lara. A decir verdad, tengo algunos problemas de memoria.

Ella lo miró, preocupada.

—¿Algo grave?

–En realidad, no. Sólo fastidioso. Tenía pensado pasar unos días en Hawaii.

–Llévate el avión.

–No, no, tú lo necesitas. Tomaré un vuelo comercial.

–Los gastos corren por cuenta de la empresa.

–Gracias. Te llamaré todos los...

–No, nada de eso. Quiero que te olvides de la oficina. Cuídate, Howard. Que no te pase nada malo.

Espero que se reponga, pensó Lara. Tiene que reponerse.

Philip telefoneó al día siguiente. En cuanto Marian Bell dijo «El señor Adler llama desde Japón», Lara corrió al teléfono.

–¿Philip?

–Hola, querida. Hubo una huelga de teléfonos. Hace horas que trato de comunicarme contigo. ¿Cómo te encuentras?

Sola.

–De maravilla. ¿Y tu gira?

–Como de costumbre. Te echo de menos.

En el fondo se oían música y voces.

—¿Dónde estás?

—En una pequeña fiesta que dan en mi honor. Ya sabes cómo son las cosas.

Lara oyó una risa de mujer.

—Sí, lo sé.

—Vuelvo el miércoles.

—¿Philip?

—¿Sí?

—Nada, querido. Regresa cuanto antes.

—De acuerdo. Adiós.

Ella colgó. ¿Qué haría Philip después de la fiesta? ¿Quién era esa mujer? Sus celos eran tan intensos que casi no la dejaban respirar»

Todo es tan perfecto a su lado, pensó. No quiero perderlo. No puedo perderlo.

Esa noche no pudo dormir, pensando en Philip y en lo que estaría haciendo.

Howard Keller estaba tendido en Kona Beach, la playa privada del pequeño hotel de la isla grande de Hawaii. El clima era ideal. Había salido a nadar todos los días. Estaba bronceado, se daba masajes a diario y jugaba al golf. Se sentía completamente descansado, mejor que nunca. *El doctor Bennett tenía razón, pensó. Sobrecargado. Cuando vuelva tendré que aminorar un poco el ritmo de trabajo. Lo cierto era que esas pérdidas de memoria lo*

habían asustado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Por fin llegó el momento de volver a Nueva York. Tomó el vuelo de medianoche y llegó a Manhattan a las cuatro de la tarde. Fue directamente a la oficina. Allí estaba su secretaria, sonriente.

–Bienvenido, señor Keller. Tiene un aspecto estupendo.

–Gracias...

De pronto empalideció. No podía recordar el nombre de su secretaria.

OceanofPDF.com

Capítulo Veintiocho

Philip volvió el miércoles por la tarde; Lara lo esperaba en el aeropuerto con la limusina. En cuanto lo vio bajar del avión, en su mente surgió la imagen de Lochinvar, aquel hombre que había visto en una revista, siendo todavía niña.

¡Dios mío, qué apuesto! Corrió a sus brazos.

—Te he echado tanto de menos -le dijo, abrazándolo.

—Yo también a ti, querida.

—¿Cuánto?

Él midió un centímetro entre el pulgar y el índice.

—Así.

Mala bestia -protestó ella-. ¿Dónde está tu equipaje?

—Ya viene.

Una hora después estaban de nuevo en el apartamento. Marian Bell les abrió la puerta.

—Bienvenido, señor Adler.

Gracias, Marian. — Él miró a su alrededor-. Es como si hubiera faltado todo

un año.

Dos -corrigió Lara. Iba a agregar: «No vuelvas a dejarme sola», pero se mordió los labios.

¿Puedo hacer algo por ustedes, señora Adler? – preguntó Marian.

No, todo está bien. Ya puedes irte. Por la mañana te dictare algunas cartas. Hoy no iré a la oficina.

–Muy bien. Adiós. – Marian salió.

–Me gusta esa muchacha -comentó Philip.

–¿Verdad que es encantadora? – Lara buscó los brazos de Philip-. Ahora muéstrame cuánto me has echado de menos.

En los tres días siguientes Lara no fue a la oficina. Quería estar con Philip, conversar con él, tocarlo, asegurarse de que realmente existía. Por la mañana desayunaban juntos. Mientras Lara dictaba cartas a Marian, Philip practicaba al piano.

Durante el almuerzo ella le habló de la inauguración del casino.

–Fue fantástico.

–Lamento mucho habérmelo perdido.

Está quién sabe dónde tocando el piano.

–El mes que viene tendrás otra oportunidad. El alcalde va a darme las llaves de la ciudad.

Philip dijo, con aire desdichado:

–Temo que también voy a perderme eso, querida.

Lara se quedó petrificada.

–¿Qué quieres decir?

–Ellerbee me ha organizado otra gira. Dentro de tres semanas parto hacia Alemania.

–¡No puede ser! – dijo Lara.

–Los contratos ya están firmados. No hay remedio.

–Pero acabas de regresar. ¿Cómo vas a irte de nuevo tan pronto?

–Es una gira importante, querida.

–Y nuestro matrimonio ¿no es importante?

–Lara...

–No tienes por qué ir -dijo Lara, enfadada-. Yo quiero un esposo, no un...
Marian Bell entró en la habitación llevando algunas cartas.

–Oh, disculpen. No quería interrumpir. Traigo estas cartas para que usted las firme, señora.

–Gracias -dijo Lara-. Ya te llamaré cuando te necesite.

–Sí, señora.

OceanofPDF.com

Ambos siguieron con la vista a Marian, mientras ésta se retiraba.

—Sé que debes dar conciertos -dijo Lara-, pero no es necesario que los des tan seguido. Tú no eres un representante de comercio.

—No, supongo que no -El tono de Philip era frío.

—¿Por qué no te quedas hasta la ceremonia e inicias la gira después?

—Comprendo que esto es importante para ti, Lara, pero tú debes comprender que mis giras son importantes para mí. Estoy muy orgulloso de lo que haces, pero también quiero que tú estés orgullosa de mí.

—Lo estoy-dijo Lara-. Perdóname, Philip. Es que... -Se estaba esforzando mucho por no echarse a llorar.

—Te comprendo, querida. — La tomó entre sus brazos-. Ya encontraremos alguna solución. Cuando vuelva tomaremos juntos unas largas vacaciones.

¿Vacaciones? Imposible, pensó Lara. Hay demasiados proyectos en marcha.

—¿Adonde irás esta vez, Philip?

—A Alemania, Noruega, Dinamarca e Inglaterra.

Lara aspiró hondo.

—Comprendo.

—Ojalá pudieras venir conmigo, Lara. Me siento muy solo sin ti.

Ella pensó en la mujer que reía.

—¿Lo dices en serio? — Se obligó a cambiar de humor y a sonreír-. Te propongo algo: ¿por qué no te llevas el avión? Así viajarás más cómodo.

—¿Estás segura de que no...?

—Completamente. Puedo prescindir de él hasta que vuelvas.

—No hay en el mundo otra como tú -dijo Philip.

Lara le acarició lentamente la mejilla.

—No lo olvides.

La gira de Philip fue un gran éxito. En Berlín el público enloqueció. Los críticos estaban literalmente extasiados.

Después de cada concierto las salas de descanso se llenaban siempre de admiradores fanáticos, casi siempre mujeres:

—He viajado quinientos kilómetros para oírlo tocar...

—Tengo un pequeño castillo cerca de aquí y me gustaría...

—He pensado que tal vez podríamos cenar los dos solos...

Algunas eran ricas y hermosas; casi todas se mostraban muy bien

dispuestas. Pero Philip estaba enamorado. Después de dar el concierto en Dinamarca llamó a Lara.

—Te echo de menos.

—Yo también a ti, Philip. ¿Cómo estuvo el concierto?

—Nadie se fue mientras yo tocaba.

Lara se echó a reír.

—Es buena señal. En este momento estoy en una reunión, querido. Dentro de una hora te llamaré al hotel.

Philip dijo:

—No voy a estar en el hotel, Lara. El director del teatro ha organizado una cena en mi honor y...

—¿Tiene alguna hija hermosa?

Lo lamentó en cuanto lo hubo dicho.

—¿Cómo?

—Nada. Te llamaré más tarde.

Colgó y se volvió hacia los hombres que esperaban en su despacho. Keller la observaba.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente -dijo ella, tratando de disimular su pesar. Le costaba un gran esfuerzo concentrarse en la discusión. Imaginaba a Philip en la fiesta, rodeado de mujeres hermosas que le entregaban las llaves de sus habitaciones. Los celos la consumían, y se odiaba por eso.

La ceremonia del alcalde en honor de Lara fue un gran acontecimiento. Nuevamente, la prensa acudió en pleno.

—¿Podríamos fotografiarla con su esposo?

Y ella se vio obligada a decir:

—Lamentó mucho no poder venir.

Paul Martin sí estaba allí.

—De modo que se fue otra vez, ¿eh?

—Muy a su pesar, Paul.

OceanofPDF.com

–¡Tonterías! Este es un gran día para ti. Ese hombre debería estar contigo. ¿Qué clase de esposo es? ¡Alguien tendrá que decirle un par de cosas!

Esa noche se acostó sola y no pudo dormir. Philip estaba a quince mil kilómetros de distancia. La conversación con Paul Martin reinaba en su mente. *¿Qué clase de esposo es? ¡Alguien tendrá que decirle un par de cosas!*

A su regreso de Alemania, Philip se mostró feliz de estar de vuelta en casa. Traía un montón de regalos para Lara. Había comprado una exquisita estatuilla de porcelana danesa, encantadoras muñe alemanas, blusas de seda y un bolso dentro del cual había un brazalete de diamantes.

–Es hermoso -dijo Lara-. Gracias, querido.

A la mañana siguiente Lara dijo a Marian Bell:

–Hoy trabajaré todo el día en casa.

Mientras dictaba cartas a Marian en su despacho, desde la sala llegaban los sonidos del piano. *Así nuestra vida es perfecta, pensaba. ¿Por qué Philip quiere echarla a perder?*

William Ellerbee telefoneó a Philip.

–Te felicito -dijo-. Me han dicho que fue una gira estupenda

–En efecto. El público europeo es muy bueno. – Recibí una llamada del

director del Carnegie Hall. Tienen inesperadamente una fecha libre el viernes 17 y quieren reservártela para un recital. ¿Te interesa?

—Mucho.

—Bien. Me ocuparé de eso. A propósito -dijo Ellerbee-, ¿estás pensando en reducir tus giras?

Philip quedó desconcertado.

—¿Reducirlas? No. ¿Por qué?

—Estuve charlando con Lara. Ella me dio a entender que quizá tú quisieras limitarte a Estados Unidos. Sería mejor que hablastes con ella y...

—Claro. Gracias.—Philip colgó y se dirigió al despacho de Lara quien estaba dictando una carta.

—¿Nos disculpa? — le pidió a Marian.

—Por supuesto -respondió la muchacha con una sonrisa y se marchó.

Philip se volvió hacia Lara.

—Acabo de hablar con William Ellerbee. ¿Tú le dijiste que yo iba a interrumpir mis giras por el extranjero?

—Tal vez le haya mencionado algo así, Philip. Me pareció mejor para nosotros dos que tú...

–Por favor, no vuelvas a hacerlo -pidió él-. Sabes lo mucho que te amo. Pero aparte de nuestra vida matrimonial tú tienes carrera y yo tengo la mía. Vamos a imponer una regla: yo no entrometeré en la tuya ni tú en la mía. ¿Te parece justo?

–Desde luego -dijo Lara-. Lo siento, Philip. Es que te echo mucho de menos cuando te vas. ¿Me perdonas?

–Queda todo perdonado y olvidado.

Howard Keller fue al apartamento de Lara para que ésta firmase algunos contratos.

–¿Cómo marcha todo?

–De maravilla -aseguró Lara.

–¿El juglar errante está en casa?

–Sí.

–Conque ahora la música es tu vida, ¿eh?

–Mi vida es el músico. No tienes idea de lo maravilloso que es.

–¿Cuándo vendrás a la oficina? Te necesitamos.

–Dentro de algunos días.

–De acuerdo.

Y comenzaron a examinar los papeles que él había llevado.

A la mañana siguiente telefoneó Terry Hill.

–Lara, acabo de recibir una llamada de la Comisión de Juego de Reno.
Habrá una audiencia por la licencia de tu casino.

–¿Por qué? – preguntó ella.

OceanofPDF.com

–Se ha alegado que la concesión estuvo amañada. Quieren que el día 17 vayas a testificar.

–¿Es grave? – preguntó Lara.

El abogado vaciló unos segundos, luego preguntó:

–¿Sabes de alguna irregularidad?

–No, por supuesto.

–En ese caso no tienes por qué preocuparte. Iré a Reno contigo.

–¿Y qué ocurriría si no fuese?

–Pueden llevarte con una orden de arresto. Sería mejor que fueras por tu propia voluntad.

–De acuerdo.

Lara llamó a Paul Martin por su teléfono privado. Él atendió inmediatamente.

–¿Lara?

–Sí, Paul.

–Hace mucho tiempo que no usas este número.

–Lo sé. Te llamo por lo de Reno.

–Estoy enterado.

–¿Hay problemas de verdad?

Él lanzó una carcajada.

–No. A los perdedores les molesta que les hayas ganado, eso es todo.

–¿Estás seguro de que todo marcha bien, Paul? – Lara vaciló-. Lo cierto es que hablamos de las otras ofertas.

–Eso se hace siempre, créeme. De cualquier modo, no puedo probarlo. No te preocupes por nada.

–De acuerdo.

Colgó. Estaba preocupada.

Durante el almuerzo Philip dijo:

–A propósito, me han ofrecido dar un concierto en el Carnegie Hall. He aceptado.

–Estupendo -sonrió Lara-. Voy a comprar un vestido nuevo. ¿Cuándo es?

–El viernes 17.

A Lara se le borró la sonrisa.

—Oh...

—¿Ocurre algo?

—Temo que no podré ir, querido. Debo viajar a Reno. Lo siento mucho.

Philip le acarició una mano.

—Parece que no podemos coordinar fechas, ¿verdad? Oh, bueno no importa. Habrá muchos recitales más.

Lara estaba en su despacho del Cameron Center. Esa mañana Howard le había dicho:

—Sería mejor que vinieras. Tenemos unos cuantos problemas.

—Dentro de una hora estaré allí.

Cuando Lara llegó, estaban en medio de una reunión.

Se nos han arruinado dos operaciones -le informó Keller-. La compañía de seguros que iba a instalarse en nuestro edificio de Houston ha quebrado. Era nuestro único inquilino.

—Ya encontraremos otro -dijo Lara.

—No será tan simple. La maldita ley de reforma impositiva nos está perjudicando, como a todo el mundo. El Congreso ha liquidado la exención de impuestos a las empresas y eliminado casi todas las deducciones. Creo que vamos hacia una horrible recesión. Las sociedades de crédito inmobiliario con las que negociamos están en dificultades. Drexel, Burnharm y Lambert corren peligro de cerrar. Los bonos basura se están convirtiendo en terreno minado. Tenemos dificultades con seis de nuestros edificios. Dos de ellos están todavía a medio construir. Sin financiación

esos costos nos van a devorar vivos.

Lara pensaba.

–Podemos arreglarlo. Vende las propiedades necesarias para no dejar de pagar las hipotecas.

–No todas las noticias son malas -dijo Keller-. Reno nos proporciona casi cincuenta millones por año.

Lara no dijo nada.

El viernes 17 Lara partió hacia Reno. Philip la acompañó hasta el aeropuerto. Terry Hill esperaba en el avión.

OceanofPDF.com

–¿Cuándo vuelves? – preguntó Philip.

–Mañana, probablemente. No creo que esto me lleve mucho tiempo.

–Te voy a echar de menos -dijo Philip.

–Y yo a ti, querido.

El pianista se quedó hasta que el avión hubo despegado. *La voy a echar de menos, pensó. Es la mujer más maravillosa del mundo.*

En las oficinas de la Comisión de Juego de Nevada, Lara se enfrentó al mismo grupo de hombres con quienes se había entrevistado para solicitar la licencia del casino. Sin embargo, esta vez no se mostraron tan cordiales.

Le tomaron juramento; un empleado de la corte tomó nota de su testimonio.

El presidente dijo:

–Señora Cameron, nos han llegado ciertas acusaciones inquietantes con respecto a la licencia de su casino.

–¿Qué clase de acusaciones? – preguntó Terry Hill.

–A su debido tiempo llegaremos a eso. – El presidente volvió su atención a Lara-. Teníamos entendido que ésta era su primera experiencia en la adquisición de una casa de juegos, señora.

–En efecto. Lo dije en la primera audiencia.

—¿Cómo llegó usted a la cifra que ofreció? Es decir, ¿cómo calculó esa suma?

—Me gustaría conocer el motivo de esta pregunta -interrumpió Terry Hill.

—Un momento, señor Hill. ¿Quiere permitir que su cliente responda a la pregunta?

Terry Hill miró a Lara con un gesto de asentimiento.

Ella dijo:

—Hice que mis contables calcularan cuánto podíamos pagar; a eso agregamos una pequeña utilidad, y ésa fue mi oferta.

El presidente revisó el papel que tenía ante sí.

—Su oferta fue de cinco millones más que la segunda.

—¿Sí?

—¿Usted sabía eso en el momento de hacerla?

—No. Por supuesto que no.

—¿Conoce usted al señor Paul Martin, señora Cameron?

—No veo que estas preguntas estén relacionadas con el asunto que nos ocupa -intervino Terry Hill.

–En un momento llegaremos a eso. Mientras tanto me gustaría que la señora Cameron respondiese a mi pregunta.

–No tengo objeciones -dijo Lara-. Sí, conozco a Paul Martin.

–¿Ha tenido algún trato comercial con él?

Lara vacilaba.

–No. Es sólo un amigo.

–Señora Cameron, ¿sabe usted que Paul Martin tiene fama de pertenecer a la Mafia, que...?

–Protesto. Eso no es más que un rumor. No tiene nada que con el objeto de esta audiencia -dijo Terry Hill.

–Muy bien, señor Hill. Retiro la pregunta. ¿Cuándo tuvo usted contacto con Paul Martin por última vez, señora Cameron?

Lara tardó en responder.

–No estoy segura. Para serle sincera, desde que me casé prácticamente no he vuelto a ver al señor Martin. Nos encontramos de tanto en tanto en alguna fiesta; eso es todo.

–Pero ¿no solía usted hablar por teléfono con él regularmente?

–Desde que me casé, no.

–¿Alguna vez discutió con Paul Martin los asuntos de este casino?

Lara miró a Terry Hill, que le hizo un gesto afirmativo.

–Sí. Creo que él llamó para felicitar me cuando me adjudicaron la concesión

y cuando me otorgaron la licencia para abrir el casino.

—¿Y no habló con él de eso en ninguna otra oportunidad?

—No.

—Le recuerdo que está bajo juramento, señora Cameron.

—Lo sé.

—¿Sabe cuál es la condena por perjurio?

—Sí.

El hombre mostró una hoja de papel.

—Aquí tengo una lista de quince llamadas telefónicas entre usted y Paul Martin, hechas en la época en que se estaban presentando los sobres cerrados para la adjudicación del casino.

OceanofPDF.com

Capítulo Veintinueve

La mayoría de los solistas parecen enanos ante el enorme auditorio del Carnegie Hall, con sus dos mil ochocientas butacas. No son muchos los músicos que pueden llenar esa prestigiosa sala, pero el viernes por la noche estaba repleta. Philip Adler salió al enorme escenario entre el atronador aplauso del público. Se sentó ante el piano, esperó un momento y comenzó a tocar. El programa consistía en sonatas de Beethoven. Con el correr de los años se había disciplinado para concentrarse sólo en la música, pero esa noche sus pensamientos se desviaban hacia Lara y sus problemas conyugales; por una fracción de segundo sus dedos vacilaron y se cubrió de sudor frío. Pasó tan pronto que el público no se percató.

Al terminar la primera parte del recital hubo fuertes aplausos. Durante el entreacto Philip volvió a su camarín.

El director de conciertos dijo:

—Magnífico, Philip. Los tienes hechizados. ¿Puedo traerte algo?

—No, gracias.

Philip cerró la puerta, lamentando que el recital no hubiera terminado ya. Lo perturbaba profundamente su situación con Lara. La amaba mucho y se sabía amado, pero su relación parecía estancada. Cuando Lara partió hacia Reno, la tensión entre ellos era evidente. *Tengo que buscar una solución, pensó Philip. Pero ¿cuál? ¿Cómo llegar a un acuerdo que nos satisfaga a ambos?*

Todavía estaba pensando en eso cuando alguien tocó a la puerta y la voz de un empleado dijo:

—Cinco minutos, señor Adler.

—Gracias.

La segunda mitad del programa era la sonata *Claro de luna*, una pieza conmovedora y emotiva. Cuando las últimas notas resonaron por el vasto salón, el público se puso de pie y comenzó a aplaudir entusiasmado. Philip saludaba en el escenario, pero estaba pensando en otra cosa. *Debo regresar a casa para hablar con Lara*, se dijo. Entonces recordó que ella estaba de viaje. *Tenemos que solucionar esto ahora mismo. No podemos seguir así.*

Los aplausos continuaban. El público gritaba: «¡Bravo!» y «¡Otra!». En otra ocasión Philip habría tocado algo más, pero esa noche estaba demasiado inquieto. Volvió a su camarín y se puso el traje de calle. Fuera sonaba un distante rumor de truenos. Los periódicos anunciaban lluvia, pero eso no había alejado a la multitud. La sala de descanso estaba llena de admiradores que lo esperaban. Siempre lo entusiasmaba sentir y escuchar la aprobación de los aficionados, pero esa noche no estaba de humor para atenderlos. Permaneció en su camarín hasta que todos se hubieron marchado. Cuando salió era casi medianoche. Recorrió los pasillos desiertos y salió por la puerta lateral. La limusina no estaba allí. *Tomaré un taxi*, decidió.

Llovía torrencialmente. Soplaban un viento frío y la calle Cincuenta y siete estaba a oscuras. Mientras Philip caminaba hacia la Sexta Avenida, un hombre corpulento, cubierto por un impermeable, se acercó entre las sombras.

–Perdone usted, señor -dijo-. ¿Cómo se llega al Carnegie Hall?

Philip recordó el viejo chascarrillo que había contado a Lara y estuvo a punto de responder: «Practicando». Pero señaló el edificio que tenía detrás:

–Está allí mismo.

En el momento en que él se volvía, el hombre lo empujó con fuerza contra el edificio. Blandía en la mano una navaja de aspecto mortífero.

–Dame la cartera.

OceanofPDF.com

El corazón de Philip palpitaba con fuerza. Miró a su alrededor, buscando ayuda, pero la calle, barrida por la lluvia, estaba desierta.

—Vale, vale -dijo-. No se altere. Se la daré.

El hombre le apretó la navaja contra el cuello.

—No hay necesidad de... -comenzó a decir Philip.

—¡Cállate y dámela!

Philip hundió la mano en el bolsillo para sacar su cartera. El hombre la tomó con la mano libre y se la guardó en el bolsillo. Luego miró el reloj de Philip y se lo arrancó de un manotazo. Mientras lo hacía, cogió la mano izquierda del pianista y, apretándola con fuerza, le cruzó la muñeca con el afilado cuchillo, cortándola hasta el hueso. Philip lanzó un aullido de dolor. La sangre comenzó a brotar a borbotones. El hombre huyó. Philip cayó sobre la acera, con la vista clavada en la sangre que salía de su muñeca e iba a mezclarse con la lluvia.

Se desmayó.

Capítulo Treinta

Lara estaba en Reno cuando Marian Bell le telefoneó para informarle que Philip había sido atacado.

—¿Está malherido? — preguntó Lara.

—Todavía no sabemos nada, señora Cameron. Está en la unidad de vigilancia intensiva, en el Hospital Central de Nueva York.

Seis horas más tarde, Lara llegó al hospital. Howard Keller la estaba esperando. Parecía muy afectado.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Lara.

—Al parecer Philip fue atacado cuando salía del Carnegie Hall. Lo encontraron en la calle, desmayado.

—¿Es grave?

—Le cortaron la muñeca. Le han dado un fuerte sedante, pero está consciente.

Entraron en la habitación.

—Philip... Philip...

Era la voz de Lara, que lo llamaba desde muy lejos. Abrió los ojos. Allí estaban Lara y Howard Keller. Parecía haber dos de cada uno. Estaba mareado y tenía la boca reseca.

—¿Qué ha pasado? — murmuró Philip.

–Te hirieron -dijo Lara-. Pero te recuperarás.

Philip miró hacia abajo y vio que tenía un grueso vendaje en la muñeca izquierda. Los recuerdos llegaron en tropel.

–Me... me atacaron. Un hombre me robó la cartera y el reloj... y luego me... cortó la mano.

Casi no podía hablar.

–El portero del teatro te encontró tendido en la calle -dijo Keller-. Perdiste mucha sangre.

La claridad iba volviendo. Philip se miró otra vez la mano.

–La muñeca... me cortó la muñeca... ¿Es grave?

–No lo sé, querido -dijo Lara-. Pero te recuperarás, ya verás.

–Hoy en día los médicos hacen maravillas -dijo Keller, en un esfuerzo por tranquilizarlo.

Philip se estaba quedando dormido.

–Le dije que se llevara lo que quisiera. No tenía por qué herirme en la muñeca -murmuró-. No tenía por qué herirme en la muñeca...

Dos horas más tarde entró el doctor Dennis Stanton. En cuanto Philip vio su

expresión adivinó lo que iba a decirle. Aspiró hondo.

—Dígame la verdad, doctor.

Stanton suspiró.

—Temo que las noticias que tengo que darle no son buenas, señor Adler.

—¿Qué gravedad tiene la herida?

—Los tendones flexores están seccionados; usted no tendrá movimiento en la mano y la sentirá permanentemente adormecida. También fueron dañados los nervios mediano y cubito. — Los indicó en su propia mano—. El nervio mediano va al pulgar, el índice y el corazón. El cubito va al anular y al meñique.

Philip cerró los ojos con fuerza, rechazando la oleada de súbita desesperación que lo envolvía. Al cabo de un momento dijo:

—¿Eso significa que no... que no podré volver a usar la mano izquierda?

—En efecto. En realidad, ha tenido suerte al sobrevivir. El que hizo esto cortó la arteria. Podría haberse desangrado. Hubo que aplicar sesenta puntos para suturarle la herida.

Philip exclamó, desesperado:

–Dios mío... ¿y no hay nada que ustedes puedan hacer?

–Sí. Podríamos ponerle un implante en la mano izquierda, para que tuviera algún movimiento, pero sería muy limitado.

Es como si ese hombre me hubiera matado, pensó Philip, desesperado.

–Cuando la mano empieza a cicatrizar, le dolerá mucho, le daremos una medicación para controlar eso, pero le aseguro que el dolor desaparecerá con el tiempo.

El verdadero dolor, no, se dijo Philip. *El verdadero dolor, nunca*. Estaba atrapado en una pesadilla. Y no había modo de escapar.

Un detective fue al hospital para hablar con él. Se detuvo junto a la cama de Philip. Era de los de antes, cincuentón y cansado; sus ojos ya lo habían visto todo dos veces.

–Soy el teniente Mancini. Lamento mucho lo ocurrido, señor Adler -dijo-. Ojalá le hubiesen quebrado una pierna en vez de. Quiero decir... si tenían que hacerle algo...

–Comprendo lo que quiere decir -replicó Philip, seco.

Howard Keller entró en la habitación.

–Busco a Lara -dijo. Entonces vio al desconocido-. Oh, lo siento Philip, no

sabía que tuvieses visitas.

—Howard, el teniente Mancini; teniente, Howard Keller -dijo Philip-. Lara está por allí.

Mancini lo miraba fijamente.

—Su rostro me resulta conocido, señor Keller. ¿No me lo han presentado antes?

—No, no creo.

De pronto el detective se iluminó.

—¡Claro! ¡Pero si usted jugaba al béisbol en Chicago!

—En efecto. ¿Cómo lo...?

—Un verano estuve buscando jugadores para los Cubs. Aún recuerdo esas jugadas tuyas. Habría podido llegar muy lejos.

—Sí. Bueno, si me disculpa teniente... -Miró a Philip-. Estaré fuera, en el pasillo, esperando a Lara.

Cuando Keller salió, Mancini se volvió hacia Philip.

—¿Vio usted al hombre que lo atacó?

—Era caucásico. Corpulento. Un metro ochenta y cinco de altura, aproximadamente. Alrededor de cincuenta años.

–¿Podría identificarlo si volviese a verlo?

–Sí. *-Jamás olvidaré esa cara, pensó.*

–Podría mostrarle un montón de fotografías, señor Adler, pero francamente creo que no serviría de nada. Hay cientos de asaltantes en la ciudad. A menos que alguien los atrape en el acto, rara vez se los descubre. – Sacó su libreta-. ¿Qué le robó?

–La cartera y el reloj de pulsera.

–¿Qué tipo de reloj era?

–Un Piaget.

–¿Tenía alguna característica especial? ¿Una inscripción, por ejemplo?

Era el reloj que Lara le había regalado.

–Sí. En el dorso se leía: «A Philip, con amor, de Lara».

El hombre tomó nota.

–Señor Adler, ¿está usted seguro de que nunca antes había visto a ese hombre?

Philip lo miró, sorprendido.

–¿Si lo había visto antes? No. ¿Por qué?

–Por nada en particular. – Mancini guardó la libreta-. Bien, veremos qué podemos hacer. Usted tiene suerte, señor Adler.

–¿De veras? – En la voz de Philip había amargura.

—Sí. En esta ciudad hay miles de asaltos por año y no podemos dedicarles mucho tiempo, pero nuestro capitán es un gran admirador suyo. Colecciona todos sus discos. Va a hacer todo lo posible para atrapar al hijo de puta que le hizo esto. Enviaremos una descripción del reloj a todas las casas de empeño del país.

—Si lo atrapan, ¿cree usted que podrá devolverme la mano? — preguntó Philip, con voz de amarga ironía.

—¿Qué?

—Nada.

—Ya tendrá noticias de nosotros, señor Adler. Buenos días.

Lara y Keller esperaban al detective en el corredor.

OceanofPDF.com

–¿Quería verme, teniente? – preguntó Lara.

–Sí. Me gustaría hacerle un par de preguntas -dijo Mancini-, ¿Sabe usted si su esposo tiene algún enemigo, señora Adler?

Lara frunció el entrecejo.

–¿Algún enemigo? No. ¿Por qué?

–¿Nadie que pudiera tenerle envidia? ¿Otro músico, quizá? ¿Alguien que quiera hacerle daño?

–¿Adonde quiere llegar? Fue un simple asalto callejero, ¿no?

–Para serle sincero, esto no responde a los patrones de un vulgar asalto. Hirieron a su esposo en la muñeca después de robarle la cartera y el reloj.

–No veo qué importancia...

–No tenía sentido, a menos que fuera deliberado. Su esposo no opuso ninguna resistencia. Un chico drogado puede hacer algo así, pero... -El detective se encogió de hombros-. Hasta pronto.

Lara y Keller lo siguieron con la vista mientras se alejaba por el pasillo.

–¡Cristo! – dijo Keller-. Cree que fue una venganza.

Lara se había puesto pálida.

–Por Dios! – exclamó él-. ¡Un matón de Paul Martin! Pero ¿por qué?

A ella le costó hablar.

—Tal vez... tal vez lo hizo para beneficiarme. Philip ha... ha estado viajando mucho. Y Paul decía que... que no estaba bien, que alguien debía decirle un par de cosas. ¡Oh, Howard! — Apoyó la cabeza en el hombro de su socio, tratando de no llorar.

—¡Ese hijo de puta! Te dije que no te acercaras a ese hombre.

Lara aspiró hondo.

—Philip se va a reponer. Es preciso.

Tres días después Lara llevó a Philip a casa. Se lo veía pálido y trémulo. Marian Bell los esperaba con la puerta abierta. Había ido todos los días al hospital para visitar a Philip y para llevarle sus mensajes. Del mundo entero llegaban llamadas de condolencia, tarjetas y cartas de admiradores afligidos. Los periódicos habían dado mucha importancia al caso, condenando la violencia en las calles de Nueva York.

Lara estaba en la biblioteca cuando sonó el teléfono.

—Es para usted -dijo Marian Bell-. El señor Paul Martin.

—No... no puedo atenderlo -replicó Lara. Y quedó inmóvil, tratando de controlarse para no temblar.

OceanofPDF.com

Capítulo Treinta y uno

De la noche a la mañana la vida de Lara y Philip cambió.

—De ahora en adelante trabajaré en casa -le dijo ella a Keller-. Philip me necesita.

—Comprendo.

Seguían llegando torrentes de llamadas y tarjetas con muestras de solidaridad. Marian Bell resultó ser una bendición. Era discreta nunca estorbaba.

—No se preocupe por todo esto, señora Adler. Yo me encargo, si usted quiere.

—Gracias, Marian.

William Ellerbee llamó varias veces, pero Philip se negaba a atenderlo.

—No quiero hablar con nadie -le decía a Lara.

En cuanto al dolor, el doctor Stanton había tenido razón: era terrible. Philip trataba de no tomar calmantes hasta que ya no podía soportarlo.

Lara estaba siempre a su lado.

—Vamos a consultar con los mejores médicos del mundo, querido. Debe de haber alguien capaz de curarte esa mano. Me hablaron de un suizo que...

Philip meneó la cabeza.

–Es inútil. – Se miró la mano vendada-. Estoy acabado.

–No digas eso -replicó Lara-. Hay mil cosas que puedes hacer. La culpa es mía. Si ese día en vez de ir a Reno hubiera estado contigo en el concierto, esto no habría ocurrido. Si...

Philip sonrió irónicamente.

–Tú querías que pasara más tiempo en casa. Pues bien, aquí tienes, ahora no tengo adonde ir.

Lara dijo, con voz ronca:

–Como dijo alguien: «Ten cuidado con lo que deseas, porque puedes obtenerlo». Yo quería que estuvieras en casa, pero así no. No soporto ver que sufres.

–No te preocupes por mí -la tranquilizó Philip-. Tengo que aclarar mis ideas. Todo ha sido tan repentino. Creo... creo que todavía no acabo de entenderlo.

Howard Keller subió al apartamento con algunos contratos.

–Hola, Philip. ¿Cómo te sientes?

–De maravilla -le espetó el pianista-. Nunca me he sentido mejor.

–Qué pregunta tan estúpida la mía. Lo siento.

–No me hagas caso -se disculpó Philip-. Este no es mi modo de ser. – Descargó el puño derecho contra la silla-. Si ese cerdo me hubiera cortado la mano derecha, siquiera... Hay diez o doce conciertos para la mano izquierda que podría tocar.

Keller recordó entonces la conversación oída en la fiesta. «Oh, hay muchos conciertos para la mano izquierda, escritos por cinco o seis compositores: Demuth, Franz Schmidt, Korngold. Hay también un bello concierto de Ravel».

Paul Martin también lo había oído.

El doctor Stanton visitó a Philip en el ático. Retiró con cuidado el vendaje, dejando al descubierto una larga herida roja.

–¿Puede flexionar la mano?

Philip lo intentó. Era imposible.

–¿Duele mucho? – preguntó el médico.

–Sí, pero no quiero seguir tomando esos malditos calmantes.

–De cualquier modo le dejaré otra receta. Puede tomarlos cuando los necesite. Créame, el dolor pasará en un par de semanas.

–Se levantó para marcharse-. Lo siento de verdad. Soy un gran admirador suyo y...

–Compre mis discos -lo interrumpió Philip, secamente.

Marian Bell hizo una sugerencia a Lara.

–¿No sería útil que el señor Adler contratara los servicios de un fisioterapeuta para ejercitar la mano?

Lara reflexionó unos instantes.

–Podríamos intentarlo. Veamos qué ocurre.

Cuando se lo sugirió a Philip, él meneó la cabeza.

–No. ¿Para qué? El médico dijo...

–Los médicos pueden equivocarse -replicó Lara, con firmeza- Vamos a intentarlo todo.

Al día siguiente se presentó un joven fisioterapeuta en el apartamento. Lara se lo presentó a Philip.

–Es el señor Rossman. Trabaja en el Hospital Columbia y va tratar de ayudarte, Philip.

–Suerte -dijo el pianista, sin poder disimular su amargura.

–Déjeme echar un vistazo a esa mano, señor Adler.

Philip alargó la mano. Rossman la examinó con atención.

–Parece haber mucho daño muscular, pero veremos qué se puede hacer.
¿Puede mover los dedos?

Philip lo intentó.

–No hay mucho movimiento, ¿verdad?

–Probemos con algún ejercicio -dijo Rossman.

Fue increíblemente doloroso. Trabajaron media hora. Al cabo, Rossman dijo:

–Volveré mañana.

–No -dijo Philip-. No hace falta.

Lara había entrado en la habitación.

–¿No vas a intentarlo, Philip?

–Ya lo he intentado -respondió él-. ¿No entiendes? Esa mano está muerta.
No hay modo de devolverle la vida.

–Philip... -Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Perdóname, querida -dijo Philip-. Tengo... tengo que hacerme a la idea.

Esa noche la despertó el sonido del piano. Se levantó para caminar silenciosamente hasta la entrada de la sala. Philip estaba sentado al piano, en batín, tocando suavemente con la mano derecha. Al ver a Lara levantó la cabeza.

—Siento haberte despertado.

Ella se acercó.

—Querido...

—Qué ironía, ¿verdad? Te casaste con un concertista y acabas con un inválido.

Ella lo rodeó con sus brazos.

—No eres un inválido. Hay tantas cosas que puedes hacer...

—¡Detesto que seas tan optimista!

—Lo lamento. Sólo quería decir que...

—Lo sé. Perdóname. Es que... -Levantó la mano mutilada-. No puedo habituarme a esto.

—Vuelve a la cama.

—No. Ve tú. No te preocupes por mí.

Pasó la noche sentado allí, pensando en su futuro y preguntándose, furioso: *¿Qué futuro?*

Lara y Philip cenaban juntos todas las noches. Después de comer leían o veían la televisión. Luego se acostaban.

Philip dijo, como pidiendo disculpas:

—Últimamente no soy gran cosa como marido, Lara. Es que... no estoy de humor para el sexo. Pero créeme, no es por ti.

Ella se incorporó en la cama, con la voz trémula.

—No me casé contigo por tu cuerpo, sino porque estaba locamente enamorada de ti. Todavía lo estoy. Si no volvemos a hacer el amor, no me importa. Sólo quiero que me abracés y me ames.

—Te amo, sí.

Constantemente llegaban invitaciones a cenas o actos de beneficencia, pero Philip las rechazaba todas. No quería salir del apartamento.

OceanofPDF.com

–Ve tú -le decía a Lara-. Es importante para tus negocios.

–No hay nada más importante que tú. Cenaremos tranquilamente en casa.

Lara procuraba que su cocinero preparase los platos preferidos de Philip, pero él siempre estaba inapetente. Ella manejaba todos sus negocios desde el apartamento. Si tenía que salir durante el día, le encargaba a Marian que cuidase de Philip.

Una mañana Lara dijo:

–No quisiera dejarte, querido, pero debo ir a Cleveland y estaré fuera todo el día. ¿Te importa?

–No, por supuesto -dijo Philip-. No estoy tan indefenso. Ve y no te preocupes, por favor.

Marian trajo algunas cartas que había escrito por él.

–¿Quiere firmar esto, señor Adler?

–Claro. Menos mal que no soy zurdo, ¿verdad? – Había un dejo amargo en su voz. Miró a la secretaria y agregó:- Lo siento, no era mi intención desquitarme con usted.

–Lo sé, señor Adler -respondió Marian, en voz baja-. ¿No le haría bien salir y visitar a algunos amigos?

–Mis amigos están trabajando -le espetó Philip-. Todos son músicos. Están muy ocupados dando conciertos. No sea estúpida, ¿quiere?

Y salió tempestuosamente.

Marian lo siguió con la vista, sin decir nada.

Una hora más tarde, Philip regresó al despacho de la secretaria, quien estaba escribiendo a máquina.

—¿Marian?

Ella alzó la vista del teclado.

—¿Sí, señor Adler?

—Perdóneme, por favor. Estoy imposible.

—Comprendo -dijo ella.

Philip tomó una silla y se sentó frente a Marian.

—Si no quiero salir -explicó- es porque tengo la sensación de haberme convertido en una especie de monstruo. Estoy seguro de que todo el mundo me va a mirar la mano, y no quiero que nadie sienta lástima por mí.

Ella lo observaba sin decir nada.

—Usted es muy amable y se lo agradezco de verdad -continúa Philip-. Pero nadie puede ayudarme. Como dice el refrán: «Cuanto más alto se llega, más dura es la caída». Yo había llegado alto, Marian, alto de verdad. Todo el mundo iba a oírme tocar: reyes, reinas y... -Se interrumpió-. Mi música se

escuchaba en el mundo entero. He dado recitales en la China, en Rusia, en la India, en Alemania... -Se le ahogó la voz; las lágrimas rodaron por sus mejillas ¿Se ha dado cuenta de que últimamente lloro a cada rato?

Se estaba esforzando por dominarse. Marian dijo, suavemente:

—Verá cómo todo se arregla, señor Adler.

—¡No! Nada se va a arreglar. ¡Nada! Soy un maldito inválido.

—No diga eso. Su esposa tiene razón. Hay cien cosas que usted puede hacer. Cuando supere el dolor empezará a hacerlas.

Philip sacó un pañuelo para secarse los ojos.

—Cristo, me estoy convirtiendo en un llorica.

—Llore, si eso lo alivia.

Él levantó la vista con una sonrisa.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiséis.

—¿Sabe que es bastante madura para tener veintiséis?

—No, aunque comprendo cómo se siente. Y daría cualquier cosa por que no le hubiera ocurrido algo así. Pero ocurrió. Y sé que usted va a encontrar el mejor modo de solucionarlo.

—Como secretaria está perdiendo el tiempo -dijo Philip-. Debería haber sido psiquiatra.

—¿Quiere que le prepare una copa?

–No, gracias. ¿Quiere jugar al backgammon?

–Me encantaría, señor Adler.

–Si vamos a jugar al backgammon, será mejor que me llames Philip.

–Philip.

Desde ese momento en adelante jugaron al backgammon todos los días.

Lara recibió una llamada de Terry Hill.

–Tengo malas noticias para ti, Lara.

OceanofPDF.com

Ella se preparó.

—¿Qué ocurre?

—La Comisión de Juego de Nevada ha decidido suspenderte la licencia hasta nuevo aviso. Es posible que te procesen.

Fue un duro golpe. Lara recordó las palabras de Paul Martin: «No te preocupes. No tienen ninguna prueba».

—¿Hay algo que podamos hacer, Terry?

—Por el momento, no. Sólo esperar. Estoy trabajando en ello.

Cuando Keller se enteró de la noticia, dijo:

—¡Dios mío, Lara! Contábamos con los ingresos del casino para pagar las hipotecas de tres edificios. ¿Crees que te devolverán la licencia?

—No lo sé.

Keller se quedó pensativo.

—Pues tendremos que vender el hotel de Chicago para pagar la hipoteca sobre la propiedad de Houston. El mercado de bienes raíces se ha ido al infierno. Hay muchos bancos y cajas de ahorros en dificultades. Drexel, Burnham y Lambert han cerrado. Se acabaron los buenos tiempos.

—Ya volverán -dijo Lara.

–Espero que pronto. Los bancos no dejan de llamar pidiéndonos que les devolvamos su dinero.

–No te preocupes -dijo Lara, llena de confianza-. Cuando debes a un banco un millón de dólares, le perteneces. Pero si le debes cien millones, es el banco el que te pertenece a ti. No pueden permitir que nos pase nada malo.

Al día siguiente apareció un artículo en *Businessweek*. Su título era: «El imperio Cameron se tambalea. Lara Cameron se enfrenta a un posible proceso criminal en Reno. ¿Podrá la Mariposa de Hierro mantener su imperio en pie?».

Lara arrojó la revista sobre el escritorio.

–¿Cómo se atreven a publicar esto? ¡Voy a demandarlos!

–No creo que sea una buena idea -dijo Keller.

–Las Torres Cameron están alquiladas casi en su totalidad, ¿verdad? – dijo Lara, enérgica.

–Hasta ahora, en un setenta por ciento, y en ascenso. Southern Insurance ha ocupado veinte pisos; Mutual Overseas, diez.

–Cuando el edificio esté terminado, rendirá dinero suficiente para solucionar todos nuestros problemas. ¿Cuánto falta para concluir?

–Seis meses.

La voz de Lara se llenó de entusiasmo.

–Piensa en lo que tendremos entonces. ¡El rascacielos más alto del mundo! Será hermoso.

Se volvió hacia el dibujo del edificio que pendía enmarcado detrás de su escritorio. Mostraba un altísimo monolito de cristal, cuyas facetas reflejaban los edificios de alrededor. En los pisos inferiores había un paseo y un atrio con tiendas de lujo. Arriba, apartamentos y las oficinas de Lara.

–Haremos una gran campaña publicitaria.

–Buena idea -dijo Howard, sin poder disimular una expresión de preocupación.

–¿Qué ocurre?

–Nada. Pensaba en Steve Murchison. Él estaba empeñado en conseguir esa parcela.

–Pero nos adelantamos a él, ¿no?

–Sí. Nos adelantamos a él -respondió Keller, lentamente.

Lara mandó llamar a Jerry Townsend.

–Quiero hacer algo especial para la inauguración de las Torres Cameron, Jerry. ¿Tienes alguna idea?

–Una grandiosa. La inauguración será el 10 de septiembre, ¿verdad?

–Sí.

–¿Y esa fecha no te dice nada?

–Es mi cumpleaños.

–En efecto. – Una sonrisa iluminó la cara de Jerry-. ¿Y si te organizáramos una gran fiesta de cumpleaños para celebrar la inauguración del rascacielos?

Lara pensó en aquello por un momento.

–Es una idea estupenda. ¡Invitaremos a todo el mundo! Haremos tanto ruido que lo oirán en el mundo entero. Quiero que hagas la lista de invitados, Jerry. Doscientas personas. Ocúpate personalmente.

Townsend sonrió.

OceanofPDF.com

–Enseguida. Te la pasaré para que la apruebes.

Lara descargó el puño contra la revista.

–¡Ya verán!

En la línea tres está la secretaria de la Asociación Nacional de Constructores, señora Adler -dijo Marian-. Usted no respondió a la invitación para la cena del viernes.

–Dile que no puedo y discúlpate de mi parte.

–Sí, señora. – Marian salió.

–No puedes convertirte en ermitaña por culpa mía, Lara -observó Philip-. Es importante que vayas a esas fiestas.

–Nada es más importante que estar aquí, contigo. Ese hombrecito raro que nos casó en París dijo: «Para bien o para mal». – Frunció las cejas-. O algo así. No hablo francés.

Philip sonrió.

–No sabes cuánto te lo agradezco. Pero tengo la sensación de estar haciéndote vivir en un infierno.

Lara se acercó más a él.

–En un infierno no -dijo-. En el paraíso.

Philip se estaba vistiendo. Lara lo ayudó con los botones de la camisa. El se miró al espejo.

–Parezco un hippie -dijo-. Debería hacerme cortar el pelo.

–¿Quieres que Marian te pida cita con tu peluquero?

Él meneó la cabeza.

–No. Lo siento, Lara, pero todavía no quiero salir.

A la mañana siguiente aparecieron en el apartamento el peluquero y la manicura de Philip, quien se sorprendió al verlos.

–¿Qué significa todo esto?

–Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Vendrán todas las semanas a atenderte.

–Eres una maravilla -dijo Philip.

–Y todavía no has visto nada -sonrió ella.

Al día siguiente llegó un sastre, trayendo muestras de tela para trajes y camisas.

–¿Qué está pasando aquí? – preguntó Philip.

—¿Dónde se ha visto que un hombre tenga seis fracs, cuatro esmóquines y sólo dos trajes de calle? —respondió Lara-. Creo que es hora de que tengas un guardarropa como es debido.

—¿Por qué? —protestó él-. Si no voy a ninguna parte.

Pero se dejó tomar las medidas para los trajes y las camisas.

Pocos días después llegó un zapatero.

—¿Y ahora?

—Necesitas zapatos nuevos.

—Ya te he dicho que no voy a salir.

—Lo sé, querido. Pero cuando te decidas tendrás los zapatos listos.

Philip la tomó entre sus brazos.

—No me merezco una esposa como tú.

—Es lo que digo siempre.

Estaban reunidos en el despacho de Lara. Howard Keller decía:

—Vamos a perder el centro comercial de Los Ángeles. Los bancos han decidido ejecutar las hipotecas.

—No pueden.

—Pues lo harán -aseguró Keller-. Estamos demasiado endeudados.

—Podemos pagar los préstamos hipotecando otro de los edificios.

–Ya estás hipotecada hasta las orejas, Lara -dijo Keller-. Y enseguida vence una cuota de sesenta millones de dólares por el rascacielos.

–Lo sé, pero faltan cuatro meses para terminar. Podemos postergar el pago. El edificio estará listo a tiempo, ¿verdad?

–Sí. – Keller la estudiaba, pensativo. Un año antes ella no habría hecho esa pregunta. Un año antes ella sabía exactamente en qué etapa estaban todas sus construcciones. – Sería mejor que pasaras más tiempo en la oficina. Las cosas se están complicando demasiado. Hay decisiones que sólo tú puedes tomar.

Ella asintió.

–De acuerdo -dijo, con desgana-. Vendré mañana por la mañana.

OceanofPDF.com

–Tiene una llamada de William Ellerbee, Philip -anunció Marian.

–Dile que no puedo atenderlo.

Philip la vio regresar al aparato.

–Lo siento, señor Ellerbee, pero en este momento el señor Adler no puede atenderlo. ¿Quiere dejar algún mensaje? – Escuchó durante un momento-. Se lo diré. Gracias. – Colgó y se quedó mirando a Philip-. Quiere almorzar con usted.

–Probablemente para hablar de las comisiones que ha dejado de cobrar.

–Probablemente -dijo Marian, con suavidad-. Sin duda lo odia por haber sido atacado.

–Lo siento -replicó Philip, en voz baja-. ¿Esa fue la impresión que di?

–Sí.

–¿Cómo haces para soportarme?

Marian sonrió.

–No es tan difícil.

Al día siguiente William Ellerbee volvió a llamar. Philip no estaba en la habitación. Marian habló con el representante unos minutos. Luego fue en busca de Philip.

–Era el señor Ellerbee -dijo.

–La próxima vez dile que deje de llamar.

–Puede decírselo usted mismo -dijo Marian-. Almorzará con él el jueves a la una.

–¿Qué dices?

–Él sugería que fuese en Le Cirque, pero se me ocurrió que sería mejor un restaurante más pequeño. – Miró la libreta que tenía en la mano-. Lo esperará en Fu a la una. Avisaré a Max para que lo lleve.

Philip la miraba con furia.

–¿Has hecho todo eso sin haberme consultado antes?

–Si lo hubiera consultado usted habría dicho que no -respondió ella, con calma-. Puede despedirme, si quiere.

Él la fulminó con la mirada. Luego rompió a reír.

–¿Sabes una cosa? Hace mucho que no pruebo la comida china.

Cuando Lara volvió de la oficina, Philip le dijo:

–El jueves voy a almorzar con Ellerbee.

–¡Estupendo, querido! ¿Cuándo lo decidiste?

–Marian lo decidió por mí. Se le ocurrió que me haría bien salir.

–¿De veras? – *Pero cuando yo te lo sugerí, no quisiste hacerlo, pensó-. Ha tenido una buena idea.*

–Sí. Es toda una mujer.

He sido una estúpida, pensó Lara. Nunca debí dejarlos solos. Philip es demasiado vulnerable en momentos como éste...

Fue entonces cuando decidió deshacerse de Marian.

Al día siguiente, cuando llegó a su casa, encontró a Philip jugando al backgammon con Marian en la sala de juegos.

Nuestro juego, pensó.

–¿Cómo voy a ganarte si sigues haciendo dobles? – decía él, riendo.

Lara los observaba desde la puerta. Hacía mucho tiempo que no oía reír a su marido.

Marian levantó la cabeza y la vio.

–Buenas noches, señora Adler.

Philip se puso bruscamente de pie.

–Hola, querida. – Le dio un beso-. Esta muchacha está a punto de ganarme los pantalones.

Yo lo voy a impedir, pensó Lara.

—¿Me necesita esta noche, señora Adler?

—No, Marian. Puedes irte. Nos veremos por la mañana.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Marian.

Es una buena compañía -comentó Philip cuando la muchacha se hubo marchado.

Lara le acarició la mejilla.

—Me alegro, querido.

OceanofPDF.com

–¿Cómo está todo en la oficina?

–Bien. – No tenía intenciones de cargar a Philip con sus problemas. Tendría que viajar a Reno para declarar nuevamente ante la Comisión de Juego. Si la obligaban, hallaría el modo de que el hotel sobreviviera sin sala de juego, pero sería mucho más fácil si lograba disuadirlos.

–Temo que debo pasar más tiempo en la oficina, Philip. Howard no puede tomar solo todas las decisiones.

–No hay inconvenientes. No te preocupes por mí.

–Dentro de uno o dos días iré a Reno. ¿Por qué no me acompañas?

Philip sacudió la cabeza.

–Todavía no estoy listo. – Se miró la mano lisiada-. Tengo que acostumbrarme a esto.

–De acuerdo, querido. No creo que mi viaje dure más de dos o tres días.

Temprano por la mañana, cuando llegó Marian Bell, Lara la estaba esperando. Philip aún dormía.

–Marian... ¿recuerdas el brazalete de diamantes que el señor Adler me regaló para mi cumpleaños?

–Sí, señora Adler.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

La muchacha hizo una pausa para pensar.

—Estaba en el tocador de su dormitorio, señora.

—Entonces, lo viste.

—Sí, claro. ¿Ocurre algo?

—Temo que sí. El brazalete ha desaparecido.

Marian la miraba fijamente.

—¿Que ha desaparecido? ¿Quién ha podido...?

—He interrogado al personal. Nadie sabe nada.

—¿Quiere que llame a la policía y...

—No será necesario. No quiero hacer nada que pueda causarte problemas.

—No comprendo.

—¿No? Por tu bien, sería mejor dejar las cosas así.

Marian parecía espantada.

—Usted sabe que yo no me llevé ese brazalete, señora Adler.

—No, no lo sé. Tendré que despedirte.

Se odiaba por lo que estaba haciendo. *Pero nadie me quitará a Philip. Nadie.*

Cuando Philip bajó a desayunar, Lara le dijo:

—Voy a traer otra secretaria para que trabaje aquí, en el apartamento.

Él la miró, sorprendido.

—¿Qué ha pasado con Marian?

—Ha renunciado. Le han ofrecido un... otro puesto en San Francisco.

—Oh, qué lástima. Creía que le gustaba trabajar aquí.

—Le gustaba, sin duda. Pero no debemos impedirle progresar, ¿verdad? —*Perdóname*, pensaba Lara.

—No, desde luego. Quiero desearle buena suerte. ¿Está en...

—Se ha ido.

—Tendré que buscarme otro compañero para jugar al backgamon -dijo Philip.

—Cuando ponga un poco de orden en mis asuntos me quedaré contigo.

Philip y William Ellerbe estaban sentados en un rincón del restaurante Fu. El representante dijo:

—Me alegro mucho de verte, Philip. Te he llamado varias veces, pero...

—Lo sé y lo lamento. No quería hablar con nadie, Bill.

–Espero que detengan al cerdo que te hizo esto.

–La policía ha tenido la gentileza de explicarme que los asaltantes callejeros no son algo fundamental en su vida. En su lista están por debajo de los gatos perdidos. No lo atraparán jamás.

Ellerbee dijo, vacilando:

–Supongo que no podrás volver a tocar.

–Supones bien. – Philip levantó la mano herida-. Está muerta.

OceanofPDF.com

El representante se inclinó sobre la mesa y dijo, con tono severo:

—Pero tú no, Philip. Todavía tienes toda la vida por delante.

—¿Para hacer qué?

—Enseñar.

En los labios de Philip había una sonrisa agria.

—Qué ironía, ¿no? Yo había pensado dedicarme a eso el día en que dejase de dar conciertos.

—Pues ese día ha llegado -dijo Ellerbee, en voz baja-. Me he tomado la libertad de hablar con el director de la escuela de música Eastman, de Rochester. Darían cualquier cosa por que enseñaras allí.

Philip frunció las cejas.

—Para eso tendría que mudarme allá. Y Lara trabaja en Nueva York. — Meneó la cabeza—. No puedo hacerle eso. No sabes lo maravillosa que es conmigo, Bill.

—No lo dudo.

—Prácticamente ha abandonado su negocio para ocuparse de mí. Es la mujer más responsable y considerada que he conocido. Estoy loco por ella.

—¿Me prometes que al menos pensarás en el ofrecimiento de Eastman, Philip?

–Diles que lo agradezco, pero temo que no.

–Si cambias de idea, avísame, ¿quieres?

Philip asintió.

–Antes que a nadie.

Cuando volvió al apartamento, Lara había salido hacia la oficina. Vagó por las habitaciones, inquieto. Pensaba en su conversación con Ellerbee. *Me encantaría enseñar, se dijo, pero no puedo pedirle a Lara que se mude a Rochester. Tampoco puedo ir sin ella.*

Oyó que se abría la puerta principal.

–¿Lara?

Era Marian.

–Oh, Philip, lo siento. Pensé que no habría nadie. Vine para devolver mi llave.

–Te suponía ya en San Francisco.

Ella lo miró, extrañada.

–¿En San Francisco? ¿Por qué?

—¿No es allí donde tienes tu nuevo empleo?

—No tengo ningún empleo nuevo.

—Pero Lara me ha dicho que...

De pronto la muchacha comprendió.

—¿Ella no le ha dicho por qué me ha despedido?

—¿Que te ha despedido? Me ha dicho que habías renunciado porque tenías un trabajo mejor.

—No es cierto.

—Será mejor que te sientes y me lo expliques -dijo Philip, lentamente-. ¿Qué está pasando aquí?

Marian aspiró hondo.

—Su esposa, Philip, parece pensar que yo... que yo tengo ciertas intenciones con respecto a usted.

—¿De qué estás hablando?

—Me acusó de robar el brazalete de diamantes que usted le regaló, como excusa para despedirme. Estoy segura de que lo ha escondido en alguna parte.

—No lo puedo creer -dijo Philip-. Lara no es capaz de algo así.

—Es capaz de cualquier cosa con tal de no perderlo, Philip.

Él la miraba, desconcertado.

—No sé... no sé qué decir. Deja que hable con Lara y...

—No, por favor. No. Preferiría que ella no supiera de mi -Se levantó.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No se preocupe. Conseguiré otro empleo.

—Si hay algo que yo pueda hacer, Marian...

—Nada.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Cuídese, Philip.

Marian se volvió y se marchó. Philip la siguió con la mirada. No podía creer que Lara fuese capaz de tal engaño. Se preguntó por qué no le habría dicho nada. *Tal vez Marian robó el brazalete, pensó, y Lara no me dijo nada para que no me preocupara.*

Marian estaba mintiendo.

OceanofPDF.com

Capítulo Treinta y dos

La casa de empeño estaba en la calle South State, el corazón del centro comercial. Cuando Jesse Shaw entró, el viejo que atendía el mostrador alzó la vista.

—Buenos días. ¿En qué puedo serle útil?

Shaw puso un reloj de pulsera sobre el mostrador.

—¿Cuánto me daría por esto?

El prestamista tomó el reloj para estudiarlo.

—Un Piaget. Buen reloj.

—Sí. Lamento tener que desprenderme de él, pero estoy pasando por una mala racha. ¿Comprende?

El hombre se encogió de hombros.

—Comprender es mi oficio. ¡Si le contara las desgracias que oigo a diario!

—Vendré a rescatarlo dentro de pocos días. El lunes comienzo en un nuevo empleo. Mientras tanto necesito todo el dinero que pueda darme.

El prestamista miraba el reloj más atentamente. En el dorso tenía una inscripción que había sido raspada. Miró al cliente.

–Si me disculpa un minuto, echaré un vistazo al mecanismo. Algunos de estos relojes se fabrican en Bangkok y se olvidan de ponerle dentro lo que corresponde.

Llevó el reloj a la trastienda y, acercando una lupa al ojo, estudió las marcas. Lo que distinguió fue: «Phi co a o de L ra». El anciano abrió un cajón y sacó un hoja de papel que le había dado la policía en la que constaba la descripción del reloj y la inscripción del dorso: «Para Philip con amor, de Lara». Cuando iba a tomar el teléfono el cliente chilló:

–Eh, que tengo prisa. ¿Quiere el reloj o no?

–Ya voy-dijo el prestamista. Volvió al mostrador-. Puedo prestarle quinientos dólares.

–¿Quinientos? ¡Pero si este reloj vale...!

–¿Acepta o no?

–Vale, vale -gruñó Shaw-. Acepto.

–Tendrá que llenar este formulario -dijo el prestamista.

–Sí. – Escribió: «John Jones, calle Hunt, 21». Por lo que sabía, en Chicago no había ninguna calle Hunt. Y él tampoco se llamaba John Jones, por cierto. Cogió el dinero-. Muchas gracias. Volveré por él dentro de algunos días.

–Muy bien.

El anciano tomó el teléfono e hizo una llamada.

Veinte minutos después, un detective llegaba a la casa de empeño.

—¿Por qué no nos llamó antes de que se marchase? — preguntó al prestamista.

—Lo intenté. El hombre tenía prisa y estaba nervioso.

El detective estudió el formulario firmado.

—No le servirá de nada -aclaró el prestamista-. Lo más probable es que el nombre y la dirección sean falsos.

El detective gruñó.

—¿Él mismo escribió esto?

—Sí.

—Entonces lo vamos a atrapar.

La computadora de la policía tardó menos de tres minutos en identificar la huella del pulgar marcada en el formulario: *Jesse Shaw*.

El mayordomo entró en la sala, diciendo:

–Lo llama por teléfono el teniente Mancini, señor Adler. ¿Le digo...?

–Hablaré con él. – Philip levantó el auricular-. ¿Dígame?

–¿Philip Adler?

–Sí.

–Habla el teniente Mancini. Fui a hablar con usted cuando estaba en el hospital.

–Lo recuerdo.

–Quería informarle de lo que está ocurriendo. Hemos tenido un golpe de suerte. ¿Le había mencionado que nuestro jefe iba a enviar la descripción de su reloj a todas las casas de empeños?

–Sí.

–Pues bien. Lo encontraron. En Chicago. Ahora estamos detrás del hombre que lo empeñó. Usted dijo que podía identificarlo, ¿no?

En efecto.

Bien. Me mantendré en contacto con usted.

Jerry Townsend entró en el despacho de Lara. Estaba excitado.

Ya he preparado la lista de invitados. Cuanto más lo pienso, más me gusta la idea. Celebraremos tu cuadragésimo cumpleaños el día en que se inaugure el rascacielos más alto del mundo. – Entregó la lista a Lara-. He incluido al vicepresidente, que es uno de tus grandes admiradores.

Lara echó un vistazo a la lista. Parecía el *Quién es quién* de Washington, Hollywood, Nueva York y Londres. Había funcionarios de gobierno, celebridades del cine, estrellas de rock... Era impresionante.

–Me gusta -dijo Lara-. Adelante con esto.

Townsend guardó la lista en el bolsillo.

–Bien. Haré imprimir las invitaciones y las enviaremos. Ya he llamado a Carlos para que reserve el gran salón de baile y disponga tu menú favorito. Serán unas doscientas personas. En caso necesario podemos agregar o restar unas cuantas. A propósito, ¿hay alguna novedad sobre lo de Reno?

Lara había hablado esa mañana con Terry Hill.

-El Gran Jurado está estudiando llevar a cabo una investigación Lara. Existe la posibilidad de que se inicie juicio criminal.

-¿Cómo es posible? El hecho de que yo haya mantenido algunas conversaciones con Paul Martin no prueba nada. Podríamos haber estado hablando de la política mundial, de sus úlceras o de cualquier otra tontería.

-No te enfades conmigo, Lara. Estoy de tu parte.

-¿Y por qué no haces algo? Eres mi abogado. Sácame de esto de una vez.

-No, todo está bien -dijo Lara a Townsend.

-Bien. Tengo entendido que, el sábado por la noche, vas con Philip a la cena del alcalde.

-Sí. – Lara había querido rechazar la invitación, pero Philip la disuadió.

-Necesitas a esa gente. No puedes negarte. Quiero que vayas. – No iré sin ti, querido. Y él había aspirado hondo. – Muy bien. Iré contigo. Es hora de que abandone esta vida de ermitaño.

El sábado por la noche, Lara ayudó a Philip a vestirse. Le puso los gemelos en la camisa y le hizo el lazo de la corbata. Él permanecía en silencio, maldiciendo su incapacidad.

-Parecemos Ken y Barbie, ¿no?

-¿Qué?

-Nada.

-Ya estás listo, querido. Serás el más apuesto de todos los hombres presentes.

-Gracias.

-Ahora tengo que vestirme. Al alcalde no le gusta que lo hagan esperar.

-Voy a la biblioteca -le dijo Philip.

Treinta minutos más tarde Lara se reunía con él. Estaba bellísima. Lucía un

hermoso vestido blanco, de Oscar de la Renta. En la muñeca, el brazalete de diamantes que Philip le había regalado.

OceanofPDF.com

Ese sábado por la noche Philip tuvo problemas para dormir. Miró a Lara, acostada junto a él, y se preguntó cómo podía haber acusado falsamente a Marian de robar el brazalete. Tendría que discutirlo con ella, pero antes quería hablar con Marian.

El domingo temprano, mientras Lara aún dormía, Philip se vistió sin hacer ruido y abandonó el apartamento. Cogió un taxi hasta donde vivía Marian, tocó el timbre y esperó.

Una voz soñolienta le dijo:

—¿Quién es?

—Philip. Necesito hablar contigo.

Se abrió la puerta. Allí estaba Marian.

—¿Philip? ¿Qué ocurre?

Tenemos que hablar.

Pase.

Él entró.

—Siento mucho haberte despertado, pero lo que tengo que decirte es importante.

—¿Qué ha ocurrido?

Philip aspiró hondo.

—Tenías razón con respecto al brazalete. Anoche Lara se lo puso. Te debo una disculpa. Pensé que... tal vez tú... Sólo vine a pedirte perdón.

—Es lógico que usted le creyera a ella. Es su esposa -dijo Marian, serenamente.

—Hoy mismo discutiré esto con Lara, pero antes quería hablar contigo.

La muchacha lo miró de frente.

—Me alegro. Porque no quiero que le diga nada a ella.

—¿Por qué? ¿Y por qué hizo ella semejante cosa?

—¿No se da cuenta, Philip?

—Francamente, no. No le encuentro sentido.

—Al parecer, yo la comprendo mejor que usted. Lara está locamente enamorada. Haría cualquier cosa por retenerlo. Probablemente usted es la única persona que ella ha amado en su vida. Lo necesita. Y creo que usted la necesita a ella. La ama mucho, ¿verdad, Philip?

—Sí.

—En ese caso, olvidemos todo esto. No servirá de nada que usted lo discuta con ella. Sólo empeorará las cosas entre ustedes dos. Yo puedo conseguir otro empleo sin problemas.

–Pero no es justo, Marian.

Ella sonrió con ironía.

–La vida no siempre es justa, ¿verdad? – *Si lo fuera, la esposa Philip Adler sería yo-*. No se preocupe por mí.

–Al menos déjame ayudarte en algo. Acepta que te dé algún dinero para compensar...

–Gracias, pero no.

Marian habría querido decir muchas cosas, pero sabía que era inútil. El hombre estaba enamorado. Lo que dijo fue:

–Regrese junto a su esposa, Philip.

La obra estaba en la avenida Wabash, de Chicago, al sur del centro comercial. Era un edificio para oficinas de veinticinco pisos, a medio terminar. Un coche de la policía sin identificación se detuvo en la esquina; de él bajaron dos detectives, que detuvieron a uno de los trabajadores para preguntarle:

–¿Dónde está el capataz?

El obrero señaló a un hombre enorme y musculoso, que estaba maldiciendo a un peón:

–Aquél.

Los detectives se acercaron.

–¿Usted está a cargo de la obra?

El hombre se volvió con impaciencia.

—Sí, y muy ocupado. ¿Qué quieren?

—¿Tiene en su equipo a un hombre llamado Jesse Shaw?

—¿Shaw? Claro. Es aquél.

El capataz señaló a un hombre que trabajaba en una viga de acero, doce pisos más arriba.

—¿Quiere pedirle que baje, por favor?

—¿Está usted loco? El hombre tiene que...

Uno de los detectives sacó su credencial.

—Hágalo bajar.

—¿Qué sucede? ¿Jesse se ha metido en algún problema?

OceanofPDF.com

–No, pero queremos hablar con él.

–Vale. – El capataz se volvió hacia uno de los hombres que trabajaban cerca-. Sube y dile a Jesse que baje.

–Bueno.

Pocos minutos después Jesse Shaw se acercaba a los dos detectives.

–Estos hombres quieren hablar contigo -dijo el capataz, y se alejó.

Jesse miró a los dos agentes con una amplia sonrisa.

–Gracias. Me hacía falta un descanso. ¿En qué puedo ayudarlos?

Uno de los detectives sacó un reloj de pulsera. – ¿Esto es suyo?

La sonrisa de Shaw desapareció.

–No.

–¿Seguro?

–Sí. – Mostró la muñeca-. El mío es un Seiko.

–Pero usted empeñó este reloj.

Shaw vaciló.

–Oh... sí. Ese cerdo no me dio más que quinientos dólares. Valía cuanto

menos...

–Pero usted dice que el reloj no es suyo.

–Y no lo es. – ¿De dónde lo sacó?

–Me lo encontré.

–¿De veras? ¿Dónde?

–En la acera, cerca de mi apartamento. – La mentira empezaba a gustarle-. Bajé de mi coche y allí estaba. El sol hacía brillar la pulsera. Por eso lo vi.

–Tuvo suerte de que no fuera un día nublado.

–Sí.

–¿Le gusta viajar, señor Shaw?

–No. ¿Por qué?

–Porque va a hacer un pequeño viaje a Nueva York. Le ayudaremos a preparar el equipaje.

Cuando llegaron al apartamento de Shaw, los dos detectives comenzaron a revisar aquí y allá.

–¡Un momento! – protestó Shaw-. ¿Tienen orden de registro?

–No hace falta. Sólo estamos ayudándole a preparar el equipaje.

Uno de los hombres miró dentro de un armario. En un estante alto vio una caja de zapatos. La bajó para abrirla.

—¡Cristo! — exclamó-. ¡Mirad lo que dejó aquí Papá Noel!

Lara estaba en su oficina cuando la voz de Kathy anunció por el intercomunicador:

—El señor Tilly en la línea cuatro, señorita Cameron.

Tilly era el administrador de proyecto en las Torres Cameron. Lara tomó el auricular.

—¿Hola?

—Esta mañana tuvimos un pequeño problema, señorita Cameron.

—¿Cuál?

—Un incendio. Ya lo han apagado.

—¿Cómo ha sido?

—Hubo una explosión en la unidad de aire acondicionado. Estalló un transformador y se produjo un cortocircuito. Al parecer, alguien lo conectó mal.

—¿Es grave?

—Perderemos un par de días. Vamos a tener que limpiar todo y cambiar los cables.

—Adelante. Mantenedme informada.

Por las noches Lara llegaba a su casa preocupada y exhausta.

–Me tienes preocupado -le dijo Philip-. ¿Puedo hacer algo por ti?

–Nada, querido. Gracias. – Ella consiguió esbozar una sonrisa-. Tengo algunos problemas en la oficina.

Él la tomó en sus brazos.

–¿Nunca te he dicho que estoy loco por ti?

Lara alzó la mirada.

–Dímelo otra vez -dijo.

–Estoy loco por ti.

OceanofPDF.com

Lara lo estrechó con fuerza, pensando: *Esto es lo que quiero. Esto es lo que necesito.*

—Cuando solucione esos problemas, querido, quiero que vayamos a alguna parte, los dos solos.

—Trato hecho.

Algún día, pensó Lara, le contaré lo que hice con Marian. Sé que estuve mal. Pero si lo perdiera me moriría.

Al día siguiente Tilly volvió a llamar.

—¿Usted canceló el pedido de mármol para el vestíbulo?

—¿Cancelarlo? ¿Por qué haría yo algo así? — preguntó Lara, extrañada.

—No lo sé. Alguien lo hizo. Hoy tenían que entregar el mármol. Cuando llamé dijeron que el pedido fue cancelado hace dos meses por orden de usted.

Lara estaba furiosa.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo nos retrasará esto?

—Todavía no estoy seguro.

—Pues que lo hagan en el menor tiempo posible.

Keller entró en el despacho.

–Temo que los bancos se están poniendo nerviosos, Lara. No sé por cuánto tiempo más puedo contenerlos.

–Hasta que terminemos las Torres Cameron. Falta muy poco, Howard. Sólo tres meses.

–Eso les dije -suspiró él-. Muy bien, volveré a hablar con ellos.

–El señor Tilly en la línea uno -dijo Kathy por el intercomunicador.

Lara miró a Keller.

–No te vayas. – Cogió el teléfono-. ¿Dígame?

–Tenemos otro problema, señorita Cameron.

–Adelante.

–Los ascensores funcionan mal. Los programas están mal sincronizados y las señales no tienen ton ni son. Uno quiere bajar y el aparato sube. Aprieta el botón del piso 18 y termina en el sótano. Nunca he visto nada así.

–¿Puede haber sido hecho deliberadamente?

–Tal vez, o tal vez se haya tratado de un descuido.

–¿Cuánto tardarán en arreglarlo?

–Estoy esperando que lleguen los técnicos.

–Llámeme cuando lo sepa. – Lara colgó.

–¿Algún problema? – preguntó Keller.

Lara permaneció unos instantes en silencio. Finalmente preguntó:

–¿Has sabido algo de Steve Murchison últimamente, Howard?

Él la miró sorprendido:

–No. ¿Por qué?

–Sólo por saber.

El consorcio de banqueros que financiaba a Cameron Enterprises tenía buenos motivos para mostrarse preocupado. No sólo Cameron estaba en dificultades; la mayoría de sus clientes tenía graves problemas. El declive de los bonos basura se había convertido en un duro golpe para las corporaciones que dependían de ellos.

Howard Keller estaba reunido con seis banqueros. La atmósfera era sombría.

–Tenemos pagarés vencidos por casi cien millones de dólares -dijo el portavoz de los banqueros-. Temo que no podemos seguir protegiendo a Cameron Enterprises.

–Olvidan ustedes un par de cosas -dijo Keller-. La primera es que de un momento a otro deben renovarnos la licencia para el casino de Reno. Ese flujo de efectivo cubrirá cualquier déficit. La segunda es que las Torres Cameron marchan de acuerdo con los plazos previstos. Ya tenemos el setenta por ciento reservado, y pueden ustedes estar seguros de que, cuando dentro de noventa días estén terminadas, todo el mundo pedirá a gritos que

le alquilemos una parte. Su dinero está a salvo, caballeros. Están ustedes tratando con la magia de Lara Cameron.

Los hombres intercambiaron una mirada. El portavoz dijo:

–Será mejor que lo discutamos entre nosotros. Luego volveremos a hablar con usted.

–Perfecto. Se lo diré a la señora Cameron.

OceanofPDF.com

Keller volvió al despacho de Lara.

—Creo que nos esperarán un poco más -le dijo-. Pero mientras tanto tendremos que vender algunos activos más para mantenernos a flote.

—Hazlo.

Lara luchaba desesperadamente por salvar su imperio. Llegaba a la oficina por la mañana temprano y se iba ya entrada la noche, de modo que tenía poco tiempo para ver a Philip. No quería que supiese hasta qué punto estaba en dificultades. *Demasiados problemas tiene él, pensaba, para que yo le vaya con los míos.*

El lunes a las seis de la mañana Tilly la llamó por teléfono.

—Será mejor que venga, señora Cameron.

Lara sintió una aguda punzada de aprensión.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría que lo viera usted misma.

—Salgo ahora mismo.

Lara telefoneó a Keller.

—Howard, hay otro problema en las Torres Cameron. Pasaré a buscarte.

Media hora después iban hacia la construcción.

—¿Te dijo Tilly de qué se trataba? — preguntó Keller.

—No, pero ya no creo en casualidades. He pensado en lo que dijiste. Steve Murchison estaba empeñado en conseguir esa propiedad. Y yo se la quité.

Cuando llegaron a la obra vieron allí grandes láminas de cristal coloreado, esparcidas por el suelo; los camiones estaban descargando más. Tilly corrió hacia Lara y Keller.

—Me alegro de verlos.

—¿Qué pasa?

—Éste no es el cristal que encargamos. Ni el color ni las medidas corresponden. No hay modo de poder adaptarlos a los costados de nuestro edificio.

Lara y Keller intercambiaron una mirada.

—¿No podemos volver a cortarlos aquí? — preguntó Howard.

Tilly sacudió la cabeza.

—De ningún modo. Reduciríamos todo a una montaña de silicato.

—¿A quién hicimos el pedido? — preguntó Lara.

—A una empresa de Nueva Jersey.

–Voy a llamarlos -dijo Lara-. ¿Cuál es la fecha tope para esto?

Tilly hizo algunos cálculos.

–Si entregan la partida dentro de dos semanas, podríamos recuperar el tiempo perdido. Sería difícil, pero se puede.

Lara se volvió hacia Keller.

–Vamos -le dijo.

El gerente de la empresa de Nueva Jersey era Otto Karp. Atendió casi de inmediato.

–¿Señora Cameron? Me dicen que tiene un problema.

–No. Es usted quien tiene un problema. Nos envió una partida de cristales equivocada. Si no nos envía el pedido correcto dentro de dos semanas, lo demandaré hasta llevarlo a la ruina. Usted está retrasando un proyecto de trescientos millones de dólares.

–No comprendo. ¿Quiere esperar un momento, por favor?

Tardó casi cinco minutos. Cuando volvió al teléfono dijo:

–Lo siento muchísimo, señora Cameron. El pedido fue mal anotado. Lo que ocurrió fue...

–No me interesa lo que ocurrió -lo interrumpió Lara-. Sólo quiero que cumpla con nuestro pedido y nos lo envíe.

–Por supuesto.

Lara sintió un alivio inmediato.

—¿Cuándo lo recibiremos?

—Dentro de dos o tres meses.

—¡Dos o tres meses! ¡Imposible! Lo necesitamos ahora mismo.

—Ojalá pudiera cumplir con usted, señora Cameron -dijo Karp. Por desgracia, estamos atrasados en nuestros pedidos.

—Creo que no me ha comprendido -dijo Lara-. Esto es una emergencia y...

OceanofPDF.com

–Lo comprendo, y haremos lo posible. Enviaremos el pedido dentro de dos o tres meses. Lo siento, pero no podemos hacer más...

Lara cortó bruscamente la comunicación.

–No puedo creerlo -dijo. Miró a Tilly-. ¿Hay otra empresa con la que podamos tratar?

Tilly se frotó la frente con la mano.

–Ya no hay tiempo. Si recurriéramos a otra empresa, sería partir de cero. Atenderían antes los pedidos de sus otros clientes.

–Oye, Lara -dijo Keller-, ¿puedo hablar un momento contigo? – La llevó aparte-. Detesto sugerir esto, pero...

–Adelante.

–Tu amigo Martin podría tener algunas vinculaciones. O conocer a alguien que conociera a alguien...

Lara asintió.

–Buena idea, Howard. Voy a averiguar.

Dos horas más tarde Lara estaba sentada en el despacho de Paul Martin.

–No sabes cuánto me alegra que hayas venido -dijo el abogado-. Hace tanto tiempo... Estás hermosa, Lara.

—Gracias, Paul.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Parece que siempre acudo a ti cuando estoy en dificultades dijo Lara, algo turbada.

—Nunca te he fallado, ¿verdad?

—Nunca. Eres un buen amigo. — Lara suspiró-. En estos momentos me hace falta un buen amigo.

—¿Cuál es el problema? ¿Otra huelga?

—No. Es en Torres Cameron.

El frunció el entrecejo.

—¿Alguna dificultad?

—Sí. Creo que Steve Murchison se ha dedicado a sabotear el proyecto. Juró que se vengaría de mí. De pronto en el edificio sale todo mal. Hasta ahora hemos podido arreglarnos, pero ahora tenemos un problema grande. Podría retrasarnos más allá de la fecha tope. Perderíamos a los dos inquilinos más importantes.

Y no puedo darme ese lujo. — Aspiró hondo, tratando de dominar su enojo-. Hace seis meses pedimos cristal coloreado a una empresa de Nueva Jersey. Esta mañana recibimos el pedido. No era el nuestro.

—¿Hablaste con ellos?

—Sí, pero van a tardar dos o tres meses. Necesito ese cristal dentro de cuatro semanas. Mientras no lo entreguen, los hombres no tendrán nada que hacer. Han interrumpido el trabajo. Si ese edificio no queda terminado a tiempo, perderé todo lo que tengo.

Paul Martin la miró en silencio unos instantes, finalmente dijo, en voz baja:

—No, no lo perderás. Ya veré qué puedo hacer.

Lara sintió un enorme alivio.

—Paul... yo... -Era difícil expresar en palabras lo que sentía-. Gracias.

Él le tomó una mano, sonriendo.

—El dinosaurio todavía no ha muerto -dijo-. Espero tener novedades para ti mañana mismo.

A la mañana siguiente, el teléfono privado de Lara sonó por primera vez en varios meses. Atendió con nerviosismo.

—¿Paul?

—Hola, Lara. He conversado con algunos de mis amigos. No será fácil, pero se puede. Prometieron una entrega para el lunes próximo.

El día en que iba a llegar el pedido de cristal, Lara volvió a telefonear a Paul Martin.

—El cristal aún no ha llegado, Paul.

–¿No? – Hubo un silencio-. Voy a averiguar. – Su voz se hizo más suave-.
Mira, cariño, lo único bueno de esto es que vuelves a llamarme.

–Sí. Es que... Si ese cristal no llega a tiempo, Paul...

–Llegará. No desesperes.

OceanofPDF.com

Al terminar la semana aún no había noticias.

Keller fue al despacho de Lara.

—Acabo de hablar con Tilly. La fecha tope es el viernes. Si el cristal llega antes, no habrá problemas. De lo contrario, lo habremos perdido todo.

El jueves nada había cambiado.

Lara fue a visitar la obra de las Torres Cameron. No había nadie allí. El rascacielos se elevaba majestuosamente, empequeñeciendo cuanto lo rodeaba. Iba a ser un edificio hermoso. Su monumento. *No voy a permitir que fracase*, pensó Lara, con furia.

Telefoneó nuevamente a Paul Martin.

—Lo siento -dijo su secretaria-. El señor Martin no está en su despacho. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—Pídale que me llame, por favor -dijo Lara y colgó. Se volvió hacia Keller-. Tengo una corazonada que me gustaría comprobar. Averigua si por casualidad el propietario de esa fábrica de cristal no es Steve Murchison.

Treinta minutos después Keller volvió al despacho de Lara. Estaba pálido.

—¿Y bien? ¿Has averiguado de quién es la empresa?

—Sí -dijo él, lentamente-. Está registrada en Delaware, como propiedad de Etna Enterprises.

—¿Etna Enterprises?

—Eso es. La compraron hace un año. Etna Enterprises es Paul Martin.

Capítulo Treinta y tres

Continuaba la publicidad negativa sobre Cameron Enterprises. Los periodistas, que hasta hacía poco no habían escatimado elogios al referirse a Lara, ahora se volvían contra ella.

Jerry Townsend fue al despacho de Keller.

—Estoy preocupado -le dijo.

—¿Qué pasa?

¿Has leído los periódicos?

Sí. Se están cebando en nosotros.

—Me preocupa lo de la fiesta de cumpleaños, Howard. He estado enviando las invitaciones, pero con tanta publicidad negativa no recibo otra cosa que rechazos. Va a ser un fracaso.

—¿Qué sugieres?

—Que la cancelemos. Inventaré alguna excusa.

—Creo que tienes razón. Lara se sentiría abochornada, y eso es lo último que quiero.

—Bien. La voy a cancelar. ¿Te encargas de decírselo a Lara?

—Sí.

Llamó Terry Hill.

—Acaban de informarme que debemos presentarnos pasado mañana en Reno, para declarar ante el Gran Jurado.

OceanofPDF.com

Transcripción del interrogatorio de Jesse Shaw, efectuado por el teniente de detectives Sal Mancini:

M: Buenos días, señor Shaw. Soy el teniente Mancini. ¿Sabe usted que una estenógrafa está tomando nota de nuestra conversación?

S: Claro.

M: ¿Y usted ha rechazado el asesoramiento de un abogado?

S: No necesito ningún abogado. Por el amor de Dios, no hice otra cosa que encontrar un reloj. Y me traen aquí a rastras, como si fuese un animal.

M: ¿Sabe usted quién es Philip Adler, señor Shaw?

S: No. ¿Se supone que debería saberlo?

M: ¿Nadie le pagó para que lo atacara?

S: Ya le he dicho que nunca lo oí nombrar.

M: La policía de Chicago encontró cincuenta mil dólares en efectivo en su apartamento. ¿De dónde sacó ese dinero?

S: (No responde.)

M: ¿Señor Shaw...?

S: Lo gané apostando.

M: ¿Dónde?

S: En las carreras... Ya me entiende.

M: Usted tiene mucha suerte, ¿no?

S: Sí. Creo que sí.

M: En la actualidad tiene un trabajo en Chicago. ¿No es así?

S: Sí.

M: ¿Nunca ha trabajado en Nueva York?

S: Bueno... sí, una vez.

M: Aquí tengo un informe policial según el cual conducía usted una grúa en una obra de Queens y que esa grúa mató a un hombre llamado Bill Whitman. ¿Es eso correcto?

S: Sí. Se trató de un accidente.

M: ¿Cuánto tiempo trabajó usted en ese empleo?

S: No lo recuerdo.

M: Permítame refrescarle la memoria. Fueron setenta y dos horas. Llegó en avión desde Chicago el día antes de que se produjera el accidente con la grúa y viajó de regreso dos días después. ¿Correcto?

S: Supongo que sí.

M: Según los registros de American Airlines, usted voló nuevamente de Chicago a Nueva York dos días antes de que Philip Adler fuera atacado y regresó a Chicago al día siguiente. ¿Cuál fue la finalidad de ese viaje tan breve?

S: Quería ir al teatro.

M: ¿Recuerda qué obras vio?

S: No. Ha pasado mucho tiempo.

M: Al producirse el accidente con la grúa, ¿para quién trabajaba?

S: Para Cameron Enterprises.

M: ¿Y para quién trabaja ahora, en Chicago?

S: Para Cameron Enterprises.

Howard Keller estaba conversando por teléfono con Lara. Llevaban una hora pensando en el modo de reducir el efecto de la publicidad negativa que estaba recibiendo la empresa. Al terminar Lara dijo:

—¿Algo más?

Howard frunció el entrecejo. Alguien le había encargado decir algo a Lara, pero no recordaba qué. *Oh, bueno, pensó, no ha de ser tan importante.*

Simms, el mayordomo, anunció:

—Lo llaman por teléfono, señor Adler. El teniente Mancini.

Philip tomó el auricular.

—Hola, teniente, ¿qué puedo hacer por usted?

—Tengo algunas noticias, señor Adler.

—¿Qué ocurre? ¿Han encontrado al hombre?

–Preferiría hablar personalmente con usted. ¿Le parece bien?

–Por supuesto.

–Estaré allí dentro de media hora.

Philip colgó, preguntándose por qué el detective no quería decirle nada por teléfono.

OceanofPDF.com

Cuando llegó Mancini, Simms lo hizo pasar a la biblioteca.

–Buenas tardes, señor Adler.

–Buenas tardes. ¿Qué ocurre?

–Atrapamos al hombre que lo atacó.

–¿De veras? Qué extraño -dijo Philip-. Usted dijo que era imposible atrapar a los asaltantes callejeros.

–No es un asaltante callejero.

Philip lo miró sorprendido.

–No comprendo.

–Es un obrero de la construcción. Trabaja en Chicago y Nueva York. Tiene antecedentes policiales: asalto y robo con violencia.

Empeñó su reloj y obtuvimos sus huellas digitales. – Mancini le mostró un reloj-. Es éste, ¿verdad?

Philip lo miró con atención; no quería tocarlo. Con sólo verlo recordaba el momento horrible en que el hombre le había sujetado la muñeca para cortársela. Renuente, alargó la mano y cogió el reloj. Buscó en el dorso la leyenda, raspada a medias.

–Sí. Es el mío.

El teniente Mancini volvió a cogerlo.

—Por el momento lo conservaremos como evidencia. Me gustaría que mañana por la mañana fuese usted al Departamento Central de Policía para identificar al hombre.

La idea de ver a su atacante cara a cara llenó a Philip de una súbita furia.

—Allí estaré.

—¿Le parece bien a las diez?

—Bien. — El pianista frunció las cejas-. ¿Por qué dijo usted que no era un asaltante callejero?

El teniente Mancini vacilaba.

—Porque le pagaron para que lo atacase.

Philip lo miró fijamente, desconcertado.

—¿Qué?

—Lo suyo no fue un accidente, señor Adler. A ese hombre le pagaron cincuenta mil dólares para que le cortase la muñeca.

—No me lo creo -dijo Philip-. ¿Quién pudo pagarle cincuenta mil dólares para dejarme lisiado?

—Fue contratado por su esposa, señor Adler.

Capítulo Treinta y cuatro

¡Fue contratado por su esposa!

Philip estaba aturdido. ¿Lara podía haber hecho algo tan horrible? ¿Por qué?

No comprendo por qué practicas todos los días. Si ahora no vas a dar un concierto...

No tienes necesidad de ir. Quiero un esposo, no un... tú no eres un representante de comercio...

Me acusó de robar el brazalete de diamantes que usted le regaló. Es capaz de cualquier cosa por no perderlo...

Y Ellerbee: Hablé con Lara. *¿Estás pensando en reducir tus giras?*

Lara.

En el Departamento Central de Policía estaban reunidos el fiscal del distrito, el comisario de policía y el teniente Mancini.

El fiscal del distrito dijo:

—Aquí no se trata de una mujer cualquiera. Esa señora tiene mucho poder. ¿Tiene pruebas firmes, teniente?

—Hice averiguaciones en la oficina de personal de Cameron -respondió Mancini-. Jesse Shaw fue contratado a petición de Lara Cameron. Pregunté si ella había contratado personalmente algún otro miembro para el equipo de construcción.

OceanofPDF.com

Me dijeron que no.

—¿Qué más?

—Se comenta que cierto aparejador, llamado Bill Whitman, se jactó ante sus compañeros de saber algo acerca de Lara Cameron, gracias a lo cual iba a ser rico. Poco después lo mató una grúa conducida por Jesse Shaw. A Shaw lo habían retirado de una construcción en Chicago para traerlo a Nueva York. Después del accidente volvió sin más a Chicago. No caben dudas de que eso fue intencional. Para mayores datos, sus billetes de avión fueron pagados por Cameron Enterprises.

—¿Y qué pasó con el ataque?

—El mismo *modus operandi*. Shaw viajó en avión desde Chicago dos días antes de atacar al señor Adler y regresó al día siguiente. Jamás lo habríamos descubierto si no hubiese sido porque la codicia lo llevó a ganar un poco más empeñando el reloj, en vez de arrojarlo en cualquier parte.

El comisario de policía preguntó:

—¿Y los motivos? ¿Qué razones tenía esa mujer para hacerle eso a su marido?

—Hablé con algunos de los criados. Lara Cameron estaba loca por su esposo. Reñían sólo por una cosa: porque él se ausentaba a causa de sus giras. Ella quería tenerlo en casa.

—Y ahora lo tiene en casa.

—Exactamente.

El fiscal del distrito preguntó:

—¿Y ella qué dice? ¿Lo niega?

Todavía no la hemos interrogado. Queríamos hablar primero con usted, para ver si se podía cursar algún cargo contra ella.

—¿Dice usted que Philip Adler puede identificar a Shaw?

—Sí.

—Bien.

—¿Por qué no envía a uno de sus hombres para que interrogué a Lara Cameron? Veremos qué declara.

Lara estaba hablando por teléfono con Howard Keller cuando sonó el intercomunicador.

—El teniente Mancini quiere verla, señora Cameron.

Lara frunció el entrecejo.

—¿Por qué asunto?

—No lo ha dicho.

—Hazlo pasar.

El teniente Mancini tenía que moverse con pies de plomo. Sin pruebas firmes iba a ser difícil obtener algo de Lara Cameron. *Pero debo intentarlo*, pensó.

No esperaba ver a Howard Keller allí.

–Buenas tardes, teniente.

–Buenas tardes.

–Ya conoce usted a Howard Keller.

–Por supuesto. Era el mejor beisbolista de Chicago.

–¿Qué puedo hacer por usted? – preguntó Lara.

Eso era lo difícil. *Comencemos por probar que conocía a Jesse Shaw. Desde allí la iremos llevando.*

–Hemos arrestado al que atacó a su esposo. – La observaba atentamente.

–¿Sí? ¿Qué...?

Howard Keller la interrumpió.

–¿Cómo lo atraparon?

–Empeñó un reloj que la señora Cameron había regalado a su esposo. – Mancini la miró otra vez-. Se llama Jesse Shaw.

No hubo el menor cambio de expresión. Esta mujer es una actriz excelente, pensó Mancini.

–¿Lo recuerda?

Ella frunció las cejas.

—No. ¿Debo conocerlo?

Es su primer error, se dijo Mancini. La tengo en la trampa.

-Trabajaba en uno de sus edificios de Chicago. También trabajó para usted en un proyecto de Queens. Conducía una grúa que mató a un hombre. — Fingió consultar su libreta-. El aparejador Bill Whitman. El forense lo calificó de muerte accidental.

Lara tragó saliva.

—Sí.

OceanofPDF.com

Antes de que ella pudiese continuar,-Keller intervino:

—Mire, teniente: tenemos cientos de personas contratadas en esta empresa. No supondrá usted que los conocemos a todos.

—¿Usted no conoce a Jesse Shaw?

—No. Y estoy seguro de que la señorita Cameron...

—Preferiría que me lo dijera ella, si a usted no le molesta.

Lara dijo:

—Nunca he oído ese nombre.

—Recibió cincuenta mil dólares para atacar a su esposo.

—¡No... no puedo creerlo! — De pronto se había puesto muy pálida.

Ahora sí que la estoy afectando, pensó Mancini.

—¿No puede decirme nada de eso?

Lara lo miró fijamente, sin apenas poder reprimir su furia.

—¿Qué está sugiriendo? ¿Cómo se atreve? Si alguien contrató a ese hombre para eso, ¡yo quiero saber quién fue!

—También su esposo, señora Cameron.

—¿Ha hablado de esto con Philip?

—Sí, lo...

Un instante después Lara salía a toda velocidad del despacho.

Cuando llegó al apartamento encontró a Philip en el dormitorio, preparando el equipaje con torpeza, debido a su mano inutilizada.

—¿Qué haces, Philip?

Se volvió hacia ella, mirándola cómo si lo hiciera por primera vez.

—Me voy.

—¿Por qué? No me digas que has creído ese horrible cuento.

—Basta de mentiras, Lara.

—¡Pero si no te miento! Tienes que escucharme. Yo no tuve nada que ver con lo que te pasó. Por nada del mundo te haría daño. Te amo, Philip.

Él la encaró.

—Dice la policía que el hombre trabajaba para ti. Le pagaron cincuenta mil dólares para... para que hiciera lo que hizo.

Ella meneó la cabeza.

—No sé nada de eso. No tuve nada que ver. ¿No me crees?

Él la miró en silencio.

Lara quedó inmóvil un largo instante. Luego giró sobre sus talones y salió a ciegas.

Philip pasó una noche de insomnio en un hotel del centro. A la mente le venían imágenes de Lara.

Me interesa saber más sobre la fundación. Tal vez podamos reunirnos para hablar de eso...

¿Está casado? Cuénteme más de usted... Cuando lo oigo tocar a Scarlatti estoy en España...

Sueño un sueño de ladrillos, cemento y acero y lo convierto en realidad...

Vine a Ámsterdam para verte...

¿Te gustaría que te acompañara a Milán? Me vas a malcriar, mujer... Esa es mi intención...

Y el calor de Lara, su compasión, su afecto. ¿Puedo haberme equivocado tanto sobre ella?

Cuando Philip llegó al Departamento Central de Policía el teniente Mancini lo estaba esperando. Llevó a Philip a un pequeño auditorio, con una plataforma elevada en un extremo.

—Bastará con que lo identifique entre los hombres de la hilera.

La hilera estaba compuesta por seis hombres, todos de aproximadamente la misma edad y semejante constitución física. Jesse Shaw era el del medio. Al

verlo, Philip sintió que las sienes le palpitaban con fuerza. Volvió a oír su voz: «Dame la cartera». Sintió el horrible dolor de la navaja cortándole la muñeca. *¿Pudo Lara hacerme eso?*

No he amado a otro hombre en mi vida.

El teniente Mancini le estaba hablando.

—Mire bien, señor Adler.

A partir de ahora voy a trabajar en casa. Philip me necesita...

—Señor Adler...

Te buscaremos los mejores médicos del mundo. Ella lo había atendido a cada momento, cuidándolo, dándole fuerzas. Si Mahoma no va a la montaña...

OceanofPDF.com

–¿Quiere señalármelo?

Me casé contigo porque estaba locamente enamorada. Y todavía lo estoy. Si no volvemos a hacer el amor, no importa. Sólo quiero que me abracés y me ames... Y lo había dicho en serio.

Y luego, la última escena en el apartamento. No tuve nada que ver con lo que te pasó. Por nada del mundo te haría daño...

–Señor Adler...

La policía debe de haberse equivocado, pensó Philip. Por Dios, le creo. ¡Ella no pudo hacerlo!

Mancini insistía otra vez:

–¿Cuál es?

Philip se volvió hacia él.

–No lo sé.

–¿Qué?

–No lo veo.

–Usted nos dijo que lo había visto bien.

–Sí.

—Entonces dígame cuál es.

—No puedo -dijo Philip-. No está allí.

El teniente Mancini se puso ceñudo.

—¿Está seguro de eso?

Philip se levantó.

—Muy seguro.

—Supongo que eso es todo, señor Adler. Muchísimas gracias por su colaboración.

Tengo que buscar a Lara, pensó Philip. Tengo que buscar a Lara.

Estaba sentada ante su escritorio, mirando por la ventana. Philip no le había creído. Eso era lo que dolía tanto. Y lo de Paul Martin. *Fue obra de él, por supuesto. Pero ¿por qué lo hizo?*

¿Recuerdas lo que te dije? ¿Que tu esposo debía cuidar bien de ti? No parece cuidarte mucho. ¡Alguien tiene que decirle un par de cosas!

¿Era porque la amaba? ¿O era un acto de venganza, porque la odiaba?

Howard Keller entró, pálido y ojeroso.

—Acabo de enterarme por teléfono. Hemos perdido Torres Cameron, Lara.

Tanto Southern Insurance como Mutual Overseas se retiran porque no podemos cumplir con los plazos acordados. No tenemos modo de cubrir las cuotas de la hipoteca. Estuvimos a punto de lograrlo, ¿no? El rascacielos más alto del mundo. Lo... lo siento, Lara. Sé lo mucho que eso te importaba.

Lara se volvió a mirarlo. Keller se quedó impresionado por su aspecto. Estaba pálida y tenía ojeras negras. Parecía aturdida, como si hubiera perdido toda su energía.

—¿Has oído lo que acabo de decirte, Lara? Hemos perdido Torres Cameron.

Cuando ella respondió lo hizo con voz sobrenaturalmente serena.

—Ya te he oído. No te preocupes, Howard. Hipotecaremos alguno de los otros edificios y pagaremos todo.

Lo estaba asustando.

—No tenemos nada más que hipotecar, Lara. Tendrás que presentar convocatoria de acreedores y declararte en quiebra y...

—Howard...

—¿Sí?

—¿Es posible amar demasiado a un hombre?

—¿Qué?

Su voz parecía muerta.

—Philip me ha dejado.

Eso explicaba súbitamente muchas cosas.

–Lo... lo siento.

–Es curioso, ¿no? – Lara sonreía de un modo extraño-. Lo estoy perdiendo todo a la vez. Primero Philip, ahora mis edificios. ¿Sabes a qué se debe, Howard? Al destino. Contra el destino no se puede, ¿verdad?

Keller nunca había visto tanto dolor. Lo desgarraba.

–Lara...

–Todavía no ha acabado conmigo. Esta tarde debo volar a Reno, para enfrentarme al Gran Jurado. Si...

Sonó el intercomunicador.

–Está el teniente Mancini.

–Hágalo pasar.

Howard Keller miró a Lara, extrañado.

–¿Mancini? ¿Qué quiere?

Lara aspiró hondo.

–Viene a arrestarme, Howard.

–¿Arrestarte a ti? ¿De qué estás hablando?

Su voz era muy baja.

–Creen que yo mandé atacar a Philip.

–¡Pero eso es ridículo! No pueden...

Se abrió la puerta y entró el teniente Mancini. Por un momento se detuvo a

mirarlos. Luego se adelantó.

—Tengo una orden de arresto contra usted.

Howard Keller, muy pálido, dijo con voz ronca:

—No puede arrestarla. Ella no hizo nada.

—Tiene razón, señor Keller. La orden de arresto no es contra ella, sino contra usted.

Capítulo Treinta y cinco

Transcripción del interrogatorio de Howard Keller por el teniente de detectives Sal Mancini:

M: ¿Le han leído sus derechos, señor Keller?

K: Sí.

M: ¿Y rechaza el asesoramiento de un abogado??

K: No necesito abogado. De cualquier modo iba a entregarme. No podía permitir que le ocurriera nada a Lara.

M: ¿Usted pagó cincuenta mil dólares a Jesse Shaw para que atacara a Philip Adler?

K: Sí.

M: ¿Por qué?

K: Porque la estaba haciendo sufrir. Ella le rogaba que se quedase en casa, pero él seguía viajando.

M: Y usted hizo que lo dejaran inválido.

K: No fue así. Yo no quería que Jesse llegara tan lejos. Se entusiasmó.

M: Hábleme de Bill Whitman.

K: Era un cerdo. Trató de extorsionar a Lara. Yo no podía permitirlo. La habría arruinado.

M: ¿Y usted lo hizo matar?

K: Sí. Por el bien de Lara.

OceanofPDF.com

M: ¿Sabía ella lo que hacía usted?

K: No, por supuesto. No me lo habría permitido. No. Mi misión era protegerla, ¿comprende? Todo lo que hice lo hice por ella. Sería capaz de morir por Lara.

M: Cabe la posibilidad de que así sea, señor Keller.

K. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Cómo supo usted que yo estaba involucrado en esto?

Fin del interrogatorio.

En el Departamento Central de Policía, el capitán Bronson dijo a Mancini:

—¿Cómo supiste que él estaba detrás de todo esto?

—Dejó un hilo suelto y yo lo seguí. Casi se me pasó por alto. En el legajo de Jesse Shaw se menciona que fue detenido a los diecisiete años por robar un equipo de béisbol a los Chicago Cubs. Recordé que Howard Keller había jugado para ese equipo. Hice averiguaciones y descubrí que habían sido compañeros de equipo. Fue entonces cuando Keller cometió su error. Cuando lo interrogué, me dijo que no conocía a Jesse Shaw. Llamé a un amigo mío que trabajó como periodista deportivo en Chicago. Él se acordaba de ambos. Eran amigos. Supuse que era Keller quien había conseguido a Shaw el empleo en Cameron Enterprises. Lara Cameron contrató a Jesse Shaw porque Howard Keller se lo pidió. Es probable que ella nunca lo haya visto siquiera.

–Buen trabajo, Sal.

Mancini meneó la cabeza.

–¿Sabes una cosa? A fin de cuentas no importa. Si yo no lo hubiera descubierto, si no hubiéramos ido tras Lara Cameron, Howard Keller habría venido a confesar.

El mundo de Lara se estaba derrumbando. Parecía increíble que Howard Keller, nada menos, fuera el responsable de las cosas terribles que habían ocurrido. *Lo hizo por mí*, pensó Lara. *Tengo que ayudarlo*.

Kathy la llamó por el intercomunicador.

–Ya está el coche aquí, señora Cameron.

–Bien. – Iba camino a Reno, para declarar ante el Gran Jurado.

Cinco minutos después de que Lara partiese, Philip telefoneó a la oficina.

–Lo siento, señor Adler, pero acaba de salir. Ya va camino a Reno.

Él sintió una aguda punzada de desilusión. Estaba desesperado por verla, por pedirle perdón.

–Si habla con ella, dígame que la estaré esperando.

–Se lo diré.

Hizo una segunda llamada. Habló por espacio de diez minutos y luego telefoneó a William Ellerbe.

—Bill... me quedo en Nueva York. Voy a enseñar en Juilliard.

—¿Qué puede ocurrirme? — preguntó Lara.

—Eso depende. Escucharán tu testimonio -respondió Terry Hill-. Pueden decidir que eres inocente y devolverte el casino. O recomendar que seas procesada, considerando que hay pruebas suficientes en tu contra. Si ése es su veredicto, serás juzgada por cargos criminales y puedes ir a prisión.

Lara murmuró algo.

—¿Cómo dices?

—Digo que mi padre tenía razón. Es el destino.

La audiencia del Gran Jurado se prolongó por cuatro horas. Lara fue interrogada sobre la adquisición del Hotel y Casino Cameron. Cuando salían de la sala de audiencias Terry Hill le estrechó la mano.

—Has estado muy bien, Lara. Creo que quedaron impresionados. Como no tienen pruebas firmes contra ti, es muy probable que... -se interrumpió, estupefacto. Lara giró en redondo.

Paul Martin estaba en la antesala. Vestía un anticuado terno gris, tal como cuando Lara lo había conocido.

Terry Hill dijo:

—¡Oh Dios! Ha venido a testificar. — Se volvió hacia Lara-. ¿Hasta qué punto te odia?

—¿Qué quieres decir?

—Si le han ofrecido clemencia para que atestigüe contra ti, Lara, estás acabada. Irás a prisión.

Ella miraba a Paul Martin desde el lado opuesto de la sala.

—Pero... se destruiría a sí mismo.

—Por eso te pregunto hasta qué punto te odia. ¿Sería capaz de tanto con tal de destruirte?

—No lo sé -reconoció Lara, estupefacta.

Paul Martin caminaba hacia ellos.

—Hola, Lara. Me han dicho que tus cosas no marchan bien. — Sus ojos no revelaban nada-. Lo siento mucho.

Ella recordó las palabras de Howard Keller. «Es siciliano, y los sicilianos no perdonan ni olvidan.» Desde un principio había guardado dentro de sí esa ardorosa sed de venganza, sin que ella lo sospechara.

Paul Martin empezó a alejarse.

—Paul...

Se detuvo.

—¿Sí?

—Quiero hablar contigo.

Él vaciló un momento.

—Está bien. — Señaló un despacho vacío—. Allí podemos hablar.

Terry Hill los vio entrar en la oficina. La puerta se cerró tras ellos. Habría dado cualquier cosa por escuchar esa conversación.

Lara no sabía por dónde comenzar.

—¿Qué quieres, Lara?

Fue mucho más difícil de lo que ella esperaba. Por fin, con voz ronca, dijo:

—Quiero que me sueltes.

Él enarcó las cejas.

—¿Cómo, si no te tengo sujeta?

Se estaba burlando de ella. A Lara le costaba respirar.

—¿No crees que me has castigado bastante?

Paul Martin parecía de piedra; su expresión era inescrutable.

—Lo que vivimos juntos fue maravilloso, Paul -continuó ella-. Aparte de Philip, en mi vida nadie ha sido tan importante como tú. Te debo más de lo que podría pagarte. Nunca quise hacerte sufrir. Debes creerme. — Le costaba continuar-. En tu mano está destruirme. ¿Es realmente eso lo que quieres? ¿Serás más feliz si me haces encarcelar? — Luchaba por contener las lágrimas-. Te lo ruego, Paul. Déjame vivir mi vida. Por favor, no sigas tratándome como a una enemiga.

Paul Martin seguía inmóvil; sus ojos negros no revelaban nada.

—Te estoy pidiendo perdón. Estoy... estoy demasiado cansada para seguir luchando, Paul. Has ganado... -Se le quebró la voz.

Alguien tocó a la puerta. El alguacil echó un vistazo dentro.

—El Gran Jurado está listo para oír su testimonio, señor Martin.

Él siguió mirando a Lara un largo rato. Luego giró en redondo y salió sin decir palabra.

Se acabó, pensó Lara. Todo ha terminado.

Terry Hill entró precipitadamente en el despacho donde se hallaba Lara.

—Por Dios, cómo me gustaría saber qué va a declarar ese hombre. No nos queda sino esperar.

Esperaron. Pareció una eternidad. Cuando Paul Martin salió finalmente de

la sala de audiencias se lo veía cansado y ojeroso. *Se ha vuelto viejo*, pensó ella. *Y me culpa de ello*. Él la observaba. Vaciló un momento. Luego se le acercó.

—Jamás podré perdonarte. Pero fuiste lo mejor que me pasó en la vida. Creo que por eso te debo algo. No les dije nada, Lara.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, Paul. No sé cómo...

OceanofPDF.com

–Considéralo mi regalo de cumpleaños. Feliz cumpleaños, cariño.

Mientras lo miraba alejarse, Lara captó súbitamente el significado de esas palabras. ¡Era su cumpleaños! Lo había olvidado por completo. Y la fiesta. Doscientos invitados la esperarían en el Cameron Plaza de Manhattan.

Se volvió hacia Terry Hill.

–Tengo que volver a Nueva York esta misma noche. Han organizado una gran fiesta para mí. ¿Me dejarán ir?

–Un momento -dijo Terry Hill.

Desapareció dentro de la sala de audiencias. Cinco minutos después le dijo:

–Puedes ir a Nueva York. El Gran Jurado dará su veredicto por la mañana, pero es sólo una formalidad. Bastará con que vuelvas antes de la mañana. A propósito: tu amigo dijo la verdad. No declaró nada.

Treinta minutos más tarde Lara partía hacia Nueva York.

–¿Te encuentras bien? – preguntó Hill.

–Por supuesto -respondió ella.

Esa noche habría cientos de personas importantes en su fiesta. Se presentaría con la cabeza en alto. Era Lara Cameron.

De pie en el centro del gran salón desierto, miró a su alrededor. *Yo creé esto.*

Creé monumentos que se elevan al cielo, que cambiaron la vida a miles de personas en toda América. Y ahora todo pertenecerá a banqueros sin rostro.

Oyó claramente la voz de su padre: *Es el destino. Siempre ha estado contra mí.* Pensó en Glace Bay y en la pequeña pensión donde se había criado. Recordó lo aterrorizada que estaba el primer día de clases. *¿Otra palabra que comience con C?* Rememoró a los pensionistas. A Bill Rogers: *La primera regla de los bienes raíces es DDO: Dinero De Otros.* No lo olvides nunca. Y a Charles Cohn: *Como sólo alimentos kosher y me temo que en Glace Bay no los hay...*

-Si pudiera adquirir esta parcela, ¿usted me firmaría un contrato de alquiler por cinco años?

-No. Tendría que ser por diez años.

Y Sean MacAllister: Necesitaría un motivo muy especial para hacerte ese préstamo. ¿Has tenido algún amante?

Y Howard Keller: Usted está encarando la operación al revés... ¿Te gustaría trabajar conmigo?

Luego, los triunfos. Los maravillosos, brillantes triunfos. Y Philip. El hombre que ella adoraba. Ésa era la pérdida mayor.

Una voz llamó:

—Lara...

Ella se volvió. Era Jerry Townsend.

—Carlos me dijo que estabas aquí. — Se le acercó—. Lamento lo de la fiesta de cumpleaños.

—¿Qué... qué fue lo que ocurrió?

Él la miró fijamente.

—¿Howard no te lo dijo?

¿Qué debía decirme?

—La publicidad negativa provocó tantos rechazos que decidimos cancelar la fiesta. Le pedí a Howard que te avisara.

Tengo algunos problemas con la memoria.

Lara dijo, suavemente:

—No tiene importancia. — Echó una última mirada al hermoso salón—. Tuve mis cinco minutos de fama, ¿verdad?

—¿Qué?

—Nada. — Echó a andar hacia la puerta.

—Subamos al despacho, Lara. Hay algunas cosas que resolver.

—Muy bien.

Tal vez no vuelva a pisar este edificio nunca más, pensó Lara.

En el ascensor que los subía a las oficinas principales, Jerry dijo:

—Me han contado lo de Keller. Cuesta creer que haya sido el responsable de lo que ocurrió.

—La responsable fui yo, Jerry. No me lo perdonaré jamás.

OceanofPDF.com

–No es culpa tuya.

Súbitamente la invadió la soledad.

–Si todavía no has cenado, Jerry...

–Lo siento, Lara, pero esta noche tengo un compromiso.

–Oh... no importa.

Se abrió la puerta del ascensor.

–Los papeles que debes firmar están en la mesa de la sala de reuniones -dijo Jerry.

–Bien.

La sala de reuniones estaba cerrada. Él dejó que Lara abriese. En ese momento, cuarenta voces comenzaron a cantar:

–Cumpleaños feliz... cumpleaños feliz...

Lara se quedó estupefacta. La sala estaba llena de personas que habían trabajado con ella en el curso de los años. Los arquitectos y los administradores de construcción. Charles Cohn y el profesor Meyer. Horace Guttman, Kathy, el padre de Jerry Townsend. Pero Lara sólo vio a Philip. Avanzaba hacia ella con los brazos extendidos. De pronto le costaba respirar.

–Lara... -Su voz era una caricia.

Estaba en sus brazos, tratando de contener las lágrimas. *Esto es mi hogar*, pensó. *Estas son mis raíces*. Y experimentó una balsámica y bendita sensación de paz. Lo abrazó, con fuerza. *Esto es lo único que importa*, se dijo.

La gente la rodeaba. Al parecer, todos hablaban al mismo tiempo.

—Feliz cumpleaños, Lara.

—Estás espléndida...

—¿Te hemos sorprendido...?

Lara se volvió hacia Jerry Townsend.

—¿Cómo hiciste para...?

El sacudió la cabeza.

—Lo organizó Philip.

—¡Oh, querido!

Estaban entrando los camareros con canapés y copas.

—Pase lo que pase -dijo Charles Cohn-, estoy orgulloso de ti, Lara. Dijiste que querías cambiar las cosas y lo has hecho.

—A esta mujer le debo la vida -dijo el padre de Jerry Townsend.

–También yo -sonrió Kathy.

–Brindemos -propuso Jerry-: por la mejor jefa que nunca tuve y jamás tendré.

Charles Cohn alzó su copa.

–Por una niña maravillosa que se convirtió en una maravillosa mujer.

Siguieron los brindis. Por fin le llegó el turno a Philip. Había mucho que decir y él lo expresó en cinco palabras:

–Por la mujer que amo.

Los ojos de Lara desbordaban de lágrimas. Le costó responder.

–Estoy... tan en deuda con todos vosotros-... Jamás podré pagaros. Sólo quiero decir... -Quedó sofocada, sin poder continuar-... gracias.

Se volvió hacia Philip.

–Gracias por esto, querido. Es el mejor cumpleaños de mi vida. – De pronto se acordó-: ¡Tengo que volver a Reno esta misma noche!

Philip la miró con una gran sonrisa.

–Nunca he estado en Reno...

Media hora después iban hacia el aeropuerto en la limusina. Lara pensaba:
No lo he perdido todo, al fin y al cabo. Pasaré el resto de mi vida compensando a Philip por lo que perdió. Lo demás no importa. Sólo importa estar con él, cuidarlo. Es todo cuanto necesito.

–¿Lara...?

Ella estaba mirando por la ventanilla.

—¡Detente, Max!

La limusina se detuvo con un chirrido de frenos.

Philip la miraba, desconcertado. Se habían detenido frente a una enorme parcela vacía, cubierta de hierbas. Lara la observaba.

—Lara...

—Mira eso, Philip.

Él se volvió a mirar.

OceanofPDF.com

—¿Qué?

—¿No lo ves?

—¿Qué cosa?

—Oh, es hermoso... En esa esquina, un centro comercial. En el medio pondremos lujosos apartamentos. Aquí hay lugar para cuatro edificios. Ahora lo ves, ¿verdad?

Él miraba a Lara, hipnotizado.

Ella se volvió con la voz cargada de entusiasmo.

—Verás... mi plan es éste...

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
07/09/2008**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com